CORNELIO TÁCITO

ANALES

LIBROS I-VI

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JOSÉ L. MORALEJO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 19



Asesor para la sección latina: SEBASTIÁN MARINER BIGORRA.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por LISARDO RUBIO FERNÁNDEZ.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1979.

Depósito Legal: M. 13270-1979.

ISBN 84-249-3523-3.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1979.—4914

INTRODUCCION

1. *Los «Anales» en la obra de Tácito*

Los *Anales* son sin duda la obra de Tácito por excelencia; y ello no sólo por ser la más amplia y mejor conservada de cuantas escribió, sino también por constituir, situados en los años finales de la actividad del historiador, su «testamento histórico y literario»[1].

La carrera literaria de Tácito es una empresa de madurez, como la de bastantes otros historiadores romanos, hombres públicos que encuentran en la cima de la vida el *otium* que les permite dar testimonio escrito de su propia experiencia vital. Si Livio, historiador profesional y de por vida, es una excepción a esa imagen, no lo es Salustio, el más admirado modelo romano de Tácito, ni Tácito mismo, que sólo tras la supresión del déspota Domiciano en el año 96 d. C. —lejana ya la juventud— comienza a unir los laureles literarios a los ya ganados en el foro y en la política. Su *cursus honorum*, que lo había alzado hasta el consulado, y su carrera de abogado habían alcanzado ya su cima cuando se da Tácito a conocer como escritor con su *Vida de Julio Agrícola*, del año 98, piadoso homenaje a la me-

---

[1] Véase P. Wuilleumier, *Tacite, Annales. Livres I-III*, París, 1974, pág. IX.

moria del notable militar que fuera su suegro. «Ahora, por fin, respiramos de nuevo»[2], escribe en la introducción al opúsculo, aludiendo al final de la tiranía; ha sonado la hora de iniciar una trayectoria de escritor libre que tan peligrosa hubiera resultado durante los quince años de reinado del último de los emperadores Flavios. Y parece como si Tácito quisiera recuperar el tiempo perdido, porque con relativa rapidez se sucede el resto de sus obras. Tal vez en el mismo año 98 o en el siguiente aparece su *Germania;* el *Diálogo sobre los oradores,* que no parece que falten razones para seguir atribuyéndole, puede situarse en los primeros cinco años del nuevo siglo[3]. Tácito cierra el ciclo de sus *opera minora,* y se apresta a proyectos de más alto vuelo.

En las *Historias* aborda Tácito el inmediato pasado de Roma a partir de la primera gran crisis del Principado con la caída de Nerón en el año 68. Los doce libros que comprendería la obra se extenderían hasta el final de Domiciano, y parece que ya estaban publicados en el año 109. En el prólogo de las *Historias* Tácito había declarado su propósito de reservar para la tranquilidad de la vejez la narración de los tiempos más recientes, los reinados de Nerva y Trajano[4]; sin embargo, acaba por alterar su primer designio y se dirige a épocas que distan de él entre un siglo y su propia edad[5], a las de la dinastía Julio-Claudia, primera

---

[2] TÁCITO, *Agric.* 3, 1.

[3] Justo Lipsio, el más importante crítico y editor humanístico de Tácito, le negó la paternidad del *Dialogus.* En nuestros días mantienen la misma postura, entre otros, E. PARATORE, *Tacito,* Roma, 1962², págs. 21, 101 y sigs., 172 y sigs., 583 y sigs., 736 y sigs.

[4] TÁCITO, *Hist.* I 1, 4.

[5] El nacimiento de Tácito puede situarse al comienzo del reinado de Nerón, entre los años 55 y 57 d. C.

del Principado romano, desde la muerte de su fundador, Augusto, en el año 14 d. C., a la de su último vástago, Nerón, en el 68.

Ab excessu Diui Augusti libri —«Libros a partir de la muerte del Divino Augusto»— parece haber sido, en efecto, el título original de la obra maestra de Tácito, acuñado sin duda sobre el modelo de los *Ab urbe condita libri* de Tito Livio. La denominación *Annales* que el propio Tácito emplea, ha de entenderse más bien como nombre común para una crónica que sigue el viejo principio de la exposición lineal año por año[6]; fueron los humanistas del Renacimiento quienes hicieron de ella un nombre propio.

La cronología de la composición y publicación de los *Annales* está oscurecida por imprecisiones ligadas a las lagunas informativas que en torno a la vida del propio Tácito tenemos. Parece que en medio de su elaboración ha de situarse el proconsulado del historiador en la provincia de Asia entre los años 112 y 114 d. C.; es seguro que la obra no se terminó antes, y parecen insuficientes para el total de la tarea los años que restarían entre el regreso a Roma y los más probables términos *ante quos*. Un pasaje del propio texto de los *Annales* en que se hace referencia a los límites del Imperio en el momento dado resulta ambiguo como fuente cronológica, toda vez que el *Rubrum Mare* al que en él se alude podría ser tanto el actual Mar Rojo abordado por la expansión romana en los años 105-106, como el Golfo Pérsico, lo que nos llevaría a las campañas de Mesopotamia en los años 116-117[7]. Wuilleumier concluye situando prudentemente el proceso de

---

[6] Tácito habla de sus *Annales*, por ejemplo, en *Ann.* IV 32, 1.

[7] El pasaje es *Ann.* II 61, 2; cf. PARATORE, *op. cit.*, págs. 415 y sigs.; R. SYME, *Tacitus*, II, Oxford, 1958, págs. 470 y sigs., 768 y sigs.

elaboración y publicación de los *Annales* entre los años 110 y 121 d. C., plazo lo bastante amplio como para casar con cualquiera de las interpretaciones posibles de los indicios discutidos[8].

La materia de los *Annales* es, según se ha apuntado ya, la historia interior y exterior de Roma desde el reinado de Tiberio al de Nerón, ambos incluidos, es decir, la del período comprendido entre los años 14 y 68 d. C. En su primer capítulo nos dice Tácito que la crónica de ese período se había escrito al dictado del miedo, en la vida de los príncipes, del resentimiento una vez desaparecidos aquéllos; de ahí su designio de revisar tales tiempos[9]. El lector avisado, que tenga simultáneamente presente la idea general que el razonamiento de Tácito encierra y su ya aludido proyecto inicial de historiar la época más próxima, sin duda se preguntará si en la elección de la materia de los *Annales* no perpetra Tácito un acto de premeditada autoalienación ante una perspectiva comprometida. Desde luego resulta difícil explicar de otro modo el cambio de idea, y parece haber motivos para pensar que el historiador, que tan cordialmente había saludado el advenimiento de Nerva en el año 96, acabó decepcionado ante el rumbo que el poder tomaba bajo Trajano. Tácito, remitiéndose a un pasado lo suficientemente alejado para no herir susceptibilidades, salvaba así —en cierta manera— su libertad de acción[10].

Parece hoy claro que los *Annales* constaban de dieciocho libros, distribuidos en tres héxadas —en cierta

---

[8] Véase Wuilleumier, *op. cit.*, págs. XII y sig.

[9] Tácito, *Ann.* I 1, 2-3: «la historia de Tiberio y de Gayo y la de Claudio y Nerón se escribieron falseadas por el miedo mientras estaban ellos en el poder; tras su muerte, amañada por los odios recientes. De ahí mi designio...».

[10] Véase Syme, *op. cit.*, I, pág. 219.

manera, también en tríadas— consagradas a períodos unitarios [11]. El mismo principio parece haber presidido la elaboración de las *Historias*, cuyos doce libros vendrían así a completar el total de treinta que San Jerónimo atribuye al conjunto de la obra mayor de Tácito [12]. Desde luego no resulta razonable pensar que en los, aproximadamente, cuarenta capítulos finales perdidos del libro XVI de los *Annales* —último de los conocidos— pudiera encerrarse la narración de los cuatro últimos años de Nerón, los que faltaban para desembocar en el comienzo de las ya publicadas *Historiae*. Del presunto total de dieciocho libros de los *Annales* ha llegado a nosotros la primera héxada —consagrada a Tiberio (14 a 37 d. C.)— con una importante laguna que abarca la mayoría del libro V y parte del VI, años 29 a 31 d. C. [13]. Se han perdido por entero los libros VII a X, que historiaban el reinado de Calígula (37-41 d. C.) y el principio del de Claudio hasta el año 46; en el 47 comienza la parte conservada del libro XI, su segunda mitad. Se ha conservado el resto del reinado de Claudio (libro XII), y la primera tríada de la héxada neroniana (XIII-XV), quedando la obra interrumpida hacia la mitad del libro XVI, en el año 66 d. C.

Los *Annales* son, pues, una crónica —y una meditación— en torno a más de medio siglo de poder per-

---

11 Así, por ejemplo, dentro de la héxada de Tiberio los libros I a III contrastan claramente con el IV y siguientes, que relatan un período de calamidades inaugurado por el gobierno de Sejano; véase IV 1.

12 SAN JERÓNIMO, *Comm. ad Zach.* III 14 (MIGNE, *Patrologia Latina* XXV, col. 1522): «Cornelio Tácito, que compuso en treinta volúmenes las vidas de los Césares desde Augusto hasta Domiciano.»

13 Véase la nota 527, correspondiente al indicado lugar del texto.

sonal dinástico en Roma; una reflexión a la que Tácito se entregó, tal vez, cargado de pesimismo con respecto a sus propios tiempos, y que probablemente no hizo sino acentuar ese sentimiento, al que con justeza se ha llamado deformación profesional del historiador.

2. *Los «Anales» como obra historiográfica*

Sin perjuicio de las prevenciones que la crítica fundada aconseje formular, puede afirmarse que los «Anales» son la fuente historiográfica más importante de que disponemos para el conocimiento de la historia de Roma entre los años 14 y 66 de nuestra era, con las lagunas ya indicadas de los años 29 a 31 y 37 a 47. Nuestro Tiberio, nuestro Claudio, nuestro Nerón tienen —para bien o para mal— un semblante básicamente tacíteo. De la trascendencia de los *Annales* como fuente histórica se da pronta cuenta el estudioso que, para comparar o suplir, se ve obligado a pedir ayuda a obras mucho menos profundas y menos fiables, como las de Suetonio y Dión Casio, respectivamente[14].

Sine ira et studio, «sin encono ni parcialidad», es el archifamoso lema que Tácito coloca como declaración de principios al comienzo de su gran obra. En qué medida los resultados finales se ajustan a esa declaración sigue siendo objeto de debate y de duda. El carácter de fuente primaria que los «Anales» tienen contribuye a avivar la polémica.

Por la misma selección de los hechos que Tácito lleva a cabo podría comenzar el análisis de su teoría y práctica historiográficas. Dejando de lado el tema ya

---

14 Para las fuentes historiográficas del período que contemplamos véase S. A. Cook et al. (eds.), *The Cambridge Ancient History*, X, «Appendix», págs. 866 y sigs.

tocado de la elección del período a tratar, podemos fijar nuestra atención en el excurso en que el historiador se queja de que la historia reciente de Roma no proporciona al cronista una cuantía notoria de hechos importantes con relación a tiempos más lejanos; «no ignoro —escribe— que la mayor parte de los sucesos que he referido y he de referir pueden parecer insignificantes y poco dignos de memoria; pero es que nadie debe comparar nuestros anales con los de quienes contaron la antigua historia del pueblo romano. Ellos podían relatar ingentes guerras, conquistas de ciudades, victorias sobre reyes o, en caso de que atendieran preferentemente a los asuntos del interior, las discordias de los cónsules con los tribunos, las leyes agrarias y del trigo, las luchas entre la plebe y los patricios, y ello marchando por camino libre; en cambio mi tarea es angosta y sin gloria, porque la paz se mantuvo inalterada o conoció perturbaciones leves, la vida política en la ciudad languidecía, y el príncipe no mostraba interés en dilatar el imperio» (IV 32, 1-2). En otro lugar distingue Tácito entre los sucesos dignos de figurar en unos anales y aquellos otros que no deben superar el marco de los *acta diurna*, el diario oficial de Roma (XIII 31, 1). Esa alergia del historiador a los hechos de menor cuantía —unida a una probable falta de experiencia personal— pudo ser la causa de la reiteradamente señalada imprecisión técnica de Tácito en las descripciones bélicas[15]. La comparación, por ejemplo, con el escueto pero exacto tecnicismo de César o la minuciosa erudición de Livio al tratar de tierras, pueblos y batallas, nos revelan a Tácito como a un historiador eminentemente cívico,

---

15 Véanse WUILLEUMIER, *op. cit.*, pág. XIX; SYME, *op. cit.*, I, páginas 157 y sigs.

urbano, e interesado primariamente en los aspectos morales de la historia.

Las fuentes de Tácito las conocemos, fundamentalmente, a través de su propio testimonio; porque Tácito, como buen clásico, provoca el característico fenómeno de la caída en el olvido de sus precedentes [16], al igual que la *Eneida* virgiliana elimina de la historia la obra del venerable y arcaico Ennio. Entre tales fuentes habría que citar en primer término —según hace repetidamente el propio historiador— los que podríamos llamar documentos oficiales del estado romano: los *acta diurna*, las actas senatoriales, y demás textos conservados en los archivos públicos [17]. En ellos pudo tener acceso, por ejemplo, a los originales de los discursos que reproduce o glosa, así como a la correspondencia oficial. A medio camino entre tal documentación y la propiamente historiográfica estarían las memorias privadas que declara Tácito haber manejado; así las de Agripina, la madre de Nerón [18]. Entre las fuentes historiográficas de que se valió ha de contarse, por de pronto, la obra perdida de Plinio el Viejo sobre las guerras de Germania, así como su continuación a la historia de Aufidio Baso. Esta última se extendía desde el final de la República hasta Claudio, pero Tácito no la menciona. Contemporáneo de Baso fue Servilio Noniano, cónsul en el año 35 d. C., del que quedan alusiones y restos tanto en Tácito como en Suetonio. Séneca el Viejo, por su parte, también historió el reinado de Tiberio en una obra perdida. Asimismo se nos ha perdido la historia de Cluvio Rufo, que se cree que

---

16 Véase E. Löfstedt, *Roman Literary Portraits*, Oxford, Clarendon, 1958, pág. 144.

17 Véase, por ejemplo, *Ann.* I 72; IV 42; V 4; XI 16; XII 24; XII 5 y 31; XVI 22.

18 *Ann.* IV 53.

abarcaba, casi justamente como los *Annales*, desde Augusto hasta la entronización de Vespasiano. Por último cabe citar la crónica de Fabio Máximo, a la que muchas veces alude Tácito, y que debió ser fuente importante para la última parte de los *Annales*. Mucho más prolija sería la mención de los numerosos testimonios anónimos, directos o no, que Tácito alega, especialmente en relación con hechos, causas o responsabilidades controvertidas. Tal confrontación de pareceres suele dar al historiador ocasión de dejarse llevar por una de sus más constantes tendencias metodológicas: la que le empuja a seguir, a contracorriente de la línea del pensamiento y de la decisión, la génesis de las acciones individuales o colectivas [19].

Esta actitud *psicologista*, decimos, es en Tácito tan insistente que llega a revestir carácter formular en su narración la exposición de los posibles condicionamientos internos de las conductas; así, por ejemplo «(el que Tiberio rechazara el culto de su persona), lo interpretaban unos como modestia, muchos achacándolo a que no se fiaba de sí, algunos como algo propio de un espíritu degenerado» (IV 38, 40). Otras veces es el propio narrador quien directamente imagina las posibles alternativas; pero más generalmente prefiere aprovechar esos enfrentamientos de pareceres para ejemplificar su idea de la dinámica psicológica de los grupos. A esa dinámica se incorpora incluso la reacción ante fenómenos tan naturales como un eclipse o una tempestad, en cuanto proporcionan ocasión de analizar su impacto en una colectividad [20]. Esta anatomía de las emociones individuales o compartidas es, sin duda,

---

[19] Véase WUILLEUMIER, *op. cit.*, págs. XIX y sig. Para fuentes, véanse también el lugar citado en la nota 14, y SYME, *op. cit.*, I, págs. 271 y sigs.; II, 688 y sigs.

[20] Véase *Ann.* I 28; I 23 y sig.

uno de los puntos fuertes del Tácito narrador. Naturalmente, a tal método de análisis pueden hacerse desde una mentalidad media de historiador moderno graves objeciones; pero tampoco cabe olvidar el paso adelante que Tácito da dentro de la historiografía romana ni la rentabilidad literaria que ese psicologismo le brindaba.

¿Quiere esto decir que Tácito no se plantea o no responde a un interrogante global sobre la dinámica de la historia humana? No exactamente, pues, por ejemplo, en un bien conocido excurso de los *Annales* medita en alta voz sobre el dilema del azar y la necesidad, del *casus* y del *fatum*. Tácito, tras recoger una anécdota en que sale a relucir la astrología, hace una síntesis, un tanto simplificadora, de las doctrinas más en boga en torno al destino humano: «pero yo, cuando oigo estas y otras historias parecidas, no sé si pensar que las cosas de los mortales ruedan según el hado y una necesidad inmutable, o bien según el azar. Desde luego, a los más sabios de los antiguos y a los que siguen sus escuelas los hallarás divididos: unos tienen la idea de que ni nuestros principios ni nuestro fin ni, en suma, los hombres son objeto de la preocupación de los dioses; y que por eso con mucha frecuencia les ocurren desgracias a los buenos y prosperidades a los malos. En cambio otros creen que hay un hado congruente con la historia, pero no derivado de las estrellas errantes, sino vinculado a los principios y nexos de las causas naturales, y que, sin embargo, nos dejan la elección de la vida, una vez escogida la cual, es invariable la sucesión de los acontecimientos...» (VI 22, 1-2). Se trata, como es claro, de la doctrina del providencialismo estoico[21] enfrentada con las más

21 Véase Syme, *op. cit.*, II, págs. 525 y sigs.

tradicionales críticas que a ella se hacían; pero no puede decirse que Tácito elabore o profese una teoría historiológica definida, algo —por otra parte— impropio de un temperamento típicamente romano, como el suyo, y poco amigo de la especulación teórica.

Al margen de las declaraciones de principios que Tácito hace, su misma praxis historiográfica permite decantar lo que podría llamarse un esquema de su ideario o de sus prejuicios. Se ha dicho, así, con razón, que en política es Tácito acérrimo adversario de la tiranía; pero es también un convencido partidario del *middle path*[22], de la vía media entre el servilismo y la rebelión frente al poder constituido. Con acierto se ha sugerido que su primera obra, el *Agrícola*, podría tener no poco de apología *pro uita sua* de un hombre que, después de todo, había llevado una brillante carrera política y profesional bajo el déspota Domiciano. «(Agrícola) —escribe Tácito— no provocaba a la fama y al hado con la rebeldía ni con la vana jactancia. Sepan cuantos tienen por costumbre admirar la ilegalidad que incluso bajo malos príncipes puede haber grandes hombres, y que la sumisión y la moderación, si a ellas se une la actividad y la energía, sobresalen con la misma gloria con que muchos, por un camino violento pero sin utilidad alguna para la república, brillaron con una muerte pretenciosa» (*Agr.* 42, 6). Tan categórico aserto de la posibilidad de digna subsistencia bajo el tirano aparece mucho más atenuado en los *Annales*, por ejemplo, en el análisis de la conducta y destino de Marco Lépido, al que considera Syme «the most distinguished senator in the reign of Tiberius»[23]. «Me veo obligado a dudar —escribe

---

[22] SYME, «The political opinions of Tacitus», en *Ten Studies on Tacitus*, Oxford, 1970, págs. 121 y sigs.

[23] SYME, *Tac.*, II, pág. 256.

a su propósito Tácito— de si la inclinación de los príncipes hacia unos y su odio hacia otros depende —como lo demás— del hado y suerte ingénita, o si, por el contrario, hay algo que dependa de nuestra sabiduría y es posible seguir un camino libre de granjerías y de peligros entre la tajante rebeldía y el vergonzoso servilismo» (IV 20, 3).

En un plano más concreto de lo político parece claro que el Tácito de las *Historias* todavía creía en la posibilidad de hacer compatibles principado y libertad; la apoyaba, ante todo, el mecanismo de la sucesión no hereditaria que haría posible la adopción del mejor, la recuperación de la *res publica* convertida en patrimonio familiar por la dinastía Julio-Claudia[24]. Parece, sin embargo, que esta ilusión no tardó, cuando menos, en empañarse ante la adopción intrafamiliar de Adriano por Trajano, y que a esta decepción no es ajena —como ya se ha indicado— la elección de la materia de los «Anales». Ese rechazo de la sucesión familiar —al lado de la veneración por las viejas virtudes romanas— es uno de los rasgos más acusadamente *republicanos* de Tácito. Con todo, no parece que dejara nunca de creer en la necesidad del gobierno de uno solo[25]; más que como adversario del Principado hay que considerarlo como un crítico implacable de los excesos y defectos de los príncipes.

Tácito añora, decimos, los viejos espíritus republicanos de igualdad y libertad, echándolos en falta, ante todo, en la clase senatorial, a la que se podría considerar en principio más obligada a conservarlos[26]. Su crítica social empieza, efectivamente, por las capas más altas de la sociedad, a las que no considera a la altura

---

24 Véase Syme, «The political...», págs. 132 y sigs.

25 Véase Syme, *Tac.*, I, págs. 408 y sigs.; II, págs. 547 y sigs.

26 Véase, por ejemplo, *Ann.* I 7, 1.

de las circunstancias; Tácito no representa, pues, la crítica de los restos del patriciado oligárquico al poder militar y demagógico de los Césares. Pero al propio tiempo muestra un marcado desdén por las masas populares en cuanto tales; para él la *plebs* es un continuo fermento de bulos y motines, y sus amores son tan despreciables como sus odios [27]. Esta desconfianza y desprecio son todavía mayores al hablar de esclavos y libertos. Tácito es también en este punto un típico romano, inmune a las ideas humanitaristas propagadas por los estoicos del tiempo, que no concibe al siervo como eventual sujeto de derecho alguno [28]. Para el historiador el sector más *sano* de la sociedad romana es, sin duda, la nueva clase de provincianos promocionados, herederos de las viejas virtudes, que habían ido accediendo a puestos importantes en la vida del estado gracias a medidas como las que Claudio toma para introducirlos en el Senado. El propio Tácito parece haber sido un típico *homo nouus* de procedencia periférica [29].

Ante los pueblos extranjeros también se muestra Tácito como un puro romano: cree en el destino imperial de Roma, llamada a ejercer la ley del más fuerte, a la manera en que se formula, por ejemplo, en el dramático diálogo entre atenienses y melíos que recogió Tucídides [30]. Su sentimiento de superioridad se acentúa especialmente al tratar de los griegos y de los reyes orientales. Los primeros le parecen gentes sin profundidad moral, y aunque Tácito no compartiera la dura opinión de Pisón sobre los atenienses, tampoco

---

[27] Véase Wuilleumier, *op. cit.*, págs. XXX y XIX, n. 5, con bibliografía.

[28] Véase, por ejemplo, *Ann.* IV 27 y I 76.

[29] Syme, *op. cit.*, II, págs. 611 y sigs.; Paratore, *op. cit.*, páginas 28 y sigs.

[30] Syme, *op. cit.*, II, págs. 527 y sigs.; Tucídides, V, 85 y sigs.

parece probable que sintiera por ellos el mismo aprecio que su admirado Germánico [31]. Frente a los déspotas orientales siente Tácito el característico menosprecio del viejo romano ante lo que considera inmoral y decadente [32]. Esta relativa xenofobia no impide a Tácito sentir ocasional curiosidad, y aun simpatía, por el bárbaro vencido, un poco en la idea de la prerromántica idealización del *buen salvaje* que actúa como hilo conductor en la *Germania*. Desde luego, el elogio del caudillo Arminio que cierra el libro II de los *Annales* es un noble homenaje dictado por tal sentimiento y que honra a su autor no menos que al destinatario.

Para Tácito la historia, en cuanto análisis y explicación de los hechos pasados, es una actividad aplicada, práctica y, más concretamente, moral. Y es tal vez éste el punto en el que más falsificadora resulta la manipulación de los textos del historiador dirigida a sustentar concepciones de tipo maquiavelista. Efectivamente, y con la parcial salvedad del punto ya tocado de las relaciones de Roma con los pueblos extranjeros, Tácito en manera alguna entendió su *sine ira et studio* como expresión de un indiferentismo ético. Al contrario, es por excelencia un historiador de buenos y malos ejemplos, y a ponerlos en relieve aplica todos los recursos de que como narrador dispone, forzando incluso, en ocasiones, las realidades secundarias. Es curioso observar, por ejemplo, cómo en el Tiberio de los últimos años se pintan a un tiempo la decadencia física y la depravación moral progresiva [33], o cómo en Germánico la prestancia corporal parece hacer de marco idóneo a las altas cualidades éticas [34].

---

31 *Ann.* II 53 y 55.
32 *Ann.* IV 35, 5; VI 1, 1; VI, 42, 2.
33 *Ann.* VI 1 y 50.
34 *Ann.* II 73.

Este acendrado *moralismo* de Tácito no tiene raíz o correspondencia teológica. Los dioses no son los que en el más allá premian o castigan; es la posteridad humana, que en los *Annales* aparece constantemente como juez último, la que ha de dar a cada cual la merecida retribución de aprecio o de infamia[35]. Este relativo escepticismo teológico no es en absoluto obstáculo para que Tácito proceda en todo momento con una actitud del más absoluto respeto por el aparato de la religión tradicional romana, al que incluso se siente honrado de haber prestado su colaboración[36]. En cambio muestra clara antipatía por la ola de cultos orientales que invadía Roma y en la que el Cristianismo no era para él sino uno más[37].

Con las ideas apuntadas, y sin duda con otras que se nos han escapado, podría construirse un esquema de urgencia del mundo intelectual y moral tacíteo. También a él se deberá, naturalmente, la manera en que el historiador nos cuente la historia. De que Tácito tuvo oportunidad de conocer los hechos a fondo no cabe duda; de que los haya realmente narrado *sine ira et studio* ya no podemos estar tan seguros, a no ser que consideremos como fruto de su afán de imparcialidad ciertas *contradicciones* que afloran en su relato: un Tiberio austero, modesto y desprendido al lado del Tiberio en cuyas intenciones supone Tácito, por principio, lo peor[38]; un Claudio cruel e imbécil al lado de un Claudio que defiende con habilidad y sensatez el acceso de los provinciales al Senado, y que acude generosamente en ayuda de los perjudicados por las ca-

---

35 *Ann.* IV 38.
36 *Ann.* XI 11.
37 *Ann.* XI 15; XIII 32; XV 44.
38 Véase Wuilleumier, *op. cit.*, págs. XXIV y sigs.

lamidades públicas [39]; un Nerón en el que, a pesar de deber el mismo poder al crimen, parece que por un momento se vislumbra la posibilidad de un príncipe justo y sabio bajo el consejo de Séneca [40]. Tal vez, repetimos, haya que considerar estas paradojas como muestras de imparcialidad. Queda por considerar, claro está, la servidumbre que para el historiador supone en la antigüedad su condición de literato; porque no debe olvidarse, en efecto, que en la literatura clásica la historiografía es, tanto como narración, literatura.

3. *Los «Anales» como obra literaria*

Sin mengua de los juicios favorables que los *Annales* puedan merecer en cuanto documento histórico, puede decirse que lo que les ha ganado un lugar de honor en la historia cultural de Occidente son sus valores literarios. Tal vez hay que empezar por recordar al no especialista que en el mundo antiguo la tarea del historiador es, tanto como un trabajo de averiguación, exposición y explicación de sucesos, una actividad artística sometida a convenciones de orden estético. Sin tener esto muy presente no se puede comprender por qué hombres como Tucídides, Salustio o el propio Tácito, historiadores, son al propio tiempo clásicos de la literatura universal; como tampoco se explican ciertas insuficiencias que a los ojos del historiador de hoy revela su práctica del oficio.

Como género literario la historiografía clásica —griega y latina— está situada en un lugar en el que se entrecruzan las influencias de varios otros de más

---

39 Así, por ejemplo, *Ann.* I 75, 2; XI 13 y sig.; XII 1 y sig.; XII 59, frente a XI 24; XII 63; XII 59.

40 *Ann.* XIII 3 y sigs.

antigua tradición. Por una parte nos tropezamos con la oratoria, con la que nace la prosa artística; por otra, con el drama —en particular con la tragedia—, con el que la historia puede compartir la materia a tratar; y está también, naturalmente, la vieja épica, a la que tanto el drama como la historia tienden a desplazar en cuanto género narrativo. De esos tres grandes polos de irradiación proceden las técnicas y preceptos que presiden la elaboración de la historiografía antigua. Al tratar de la romana —y en especial al tratar de Tácito— ha de tenerse en cuenta, además, la tradición nacional de los registros documentales, carentes de toda pretensión literaria. Esa tradición acaba siendo fecundada por los principios de la prosa artística para contribuir al nacimiento de la historiografía propiamente dicha. Una obra como los *Annales*, que conserva el nombre y la estructura expositiva lineal de las viejas crónicas nacionales, cae al mismo tiempo de lleno dentro del ámbito de las *bellas letras*.

El calificativo de «tarea oratoria en grado sumo» [41], que la escuela romana dio a la historiografía, parece guardar un recuerdo del hecho demostrado de que ésta había nacido en Roma como una particular variante de la práctica retórica: como discurso apologético dirigido a hacer valer la causa romana ante los ojos del mundo mediterráneo de fines del siglo II a. C., durante la guerra con Aníbal; de ahí que los primeros analistas romanos escriban en griego, *lingua franca* del mundo al que el alegato se encaminaba [42]. Nació, pues,

---

41 Cf. CICERÓN, *De legibus* I 5.

42 En griego estaba escrita la obra de los principales representantes de la primitiva *analística senatorial*: Fabio Píctor, Cincio Alimento, Casio Hemina, Aulo Postumio Albino, etc. El primer historiador propiamente latino es Catón (234-149 a. C.), que había combatido, precisamente, en la guerra contra Aníbal.

la historiografía como un desarrollo particular de la oratoria en el que, por así decirlo, la argumentación deliberativa se vuelve del futuro al pasado, de la defensa de una opción a tomar a la justificación de la propia conducta personal y colectiva. Naturalmente, tal clase de discurso sólo podía moverse por los carriles que la técnica retórica griega y sus derivaciones nacionales habían ido tendiendo. Dicho en otros términos, el primer instrumento de aproximación analítica a un texto historiográfico antiguo no puede ser otro que el de la propia *ars rhetorica;* el historiador es contemplado como alguien que, tanto como de *contarnos algo,* trata de *convencernos de algo.* Naturalmente, la aplicación de este principio de análisis a una obra como los *Annales* sobrepasa con mucho el marco de estas páginas; el lector puede fácilmente imaginar las dimensiones del inventario de recursos técnicos de que un historiador, como Tácito, que era al propio tiempo un orador de fama, podía en todo momento disponer[43].

Si toda la obra historiográfica es concebida como una gran pieza oratoria, especial ocasión de ejercer su oficio tiene el historiador-orador en los discursos que en su obra intercala. Al igual que sus modelos Tucídides y Salustio, gusta Tácito de incorporar a su texto parlamentos atribuidos a los protagonistas de la historia narrada; los *Annales* nos ofrecen una buena colección de ellos[44]. Como es sabido, Tácito prefiere la exposición de las palabras ajenas en el *estilo indirecto*

---

[43] Véase Wuilleumier, *op. cit.*, pág. XLVII.

[44] Pueden destacarse, por ejemplo, el de Germánico en I 42; el de Tiberio en III 53 y sig.; la autodefensa de Cremucio en IV 34 y sig.; la de M. Terencio en VI 8. Dos breves pero magníficas piezas, que glosó Quevedo en sendos sonetos, son los parlamentos de Séneca y Nerón cuando el primero trató de devolver al príncipe las riquezas recibidas (XIV 53 y sigs.).

u *oratio obliqua,* esa trasposición sintáctica a medio camino entre el estilo directo y la subordinación, tan característica de la prosa historiográfica latina, y que no tiene exacto equivalente castellano. Ahora bien, cuando desea llamar la atención sobre un determinado discurso o pasaje, el historiador recurre al estilo directo, el de la presunta reproducción literal de las palabras ajenas; *presunta,* decimos, porque era convención aceptada en la historiografía antigua la licencia para que el cronista recreara, dentro de los límites de lo verosímil, los discursos ajenos, aun cuando tuviera a mano copias literales de ellos, a la manera de los solos *ad libitum* de algunos conciertos clásicos [45]. Por ello no ha de pensarse que cuando Tácito, que en general debió poseer documentación de primera mano sobre los discursos, recurre al estilo directo está reproduciendo con mayor fidelidad las palabras del personaje en cuestión; incluso puede ocurrir, al contrario, que sea en tales lugares donde más libremente ejerce su oficio de orador. Y desde luego, todos los discursos que en los *Annales* tenemos revelan la mano de un técnico [46].

Si a la sombra de la prosa retórica había nacido la historiográfica, no tardó ésta en caer en la órbita de influjo del drama, y más concretamente de la tragedia, destinada —al fin y al cabo— a exponer de otra manera argumentos que por históricos se tenían. Esa influencia de la tragedia sobre la historiografía se produce ya en el ámbito de la literatura clásica griega, y el proceso vuelve a repetirse en el de la latina, en la que es precisamente Tácito uno de los más caracterizados exponentes de la *historia trágica* [47]. No hace falta

[45] Véase SYME, *op. cit.*, II, págs. 700 y sigs.

[46] Véase WUILLEUMIER, *op. cit.*, pág. XLVI.

[47] LÖFSTEDT, *op. cit.*, págs. 153 y sigs.

ser un especialista para apreciar la frecuencia con que nuestro historiador dispone la narración de manera que logre crear un *crescendo* de patetismo, una sensación de dramática presencia en el momento clave de los grandes acontecimientos. Difícil sería seleccionar en los *Annales* unos pocos ejemplos representativos de entre una serie que los incluye tan notables como el enfrentamiento de Germánico con los legionarios amotinados (I 42), el desembarco de Agripina en Brindis portando las cenizas de su marido, el diálogo entre Tiberio y Sejano (IV 39 y sigs.), muertes como las de Trásea, Octavia, Séneca, etc.[48]. Esta tendencia trágica domina en Tácito incluso en la descripción de procesos tan poco humanos como una tempestad, que cobra una vida especial en las sombrías tintas con que el maestro sabe pintarla (II 23 y sigs.).

La fuente última de la lengua de la tragedia era la épica, el viejo género narrativo al que —como ya hemos apuntado— vienen en cierta manera a suplantar drama e historia. La vinculación de esta última con el epos es en Roma particularmente clara desde un principio; no es casual que el padre de la epopeya nacional, Ennio, diera a su gran obra precisamente un título historiográfico, el de *Annales*, como no lo son las llamativas concomitancias —no ya de tema, claro está, sino también de estilo— que se dan entre el primer libro de Tito Livio y la *Eneida* de Virgilio. Es precisamente Livio el gran iniciador, desde la ribera de la prosa, de un proceso de eliminación de las barreras que separaban su lengua de la poética, y que tiene su correspondencia en una retorización de la poesía bien patente ya en Lucano; este fenómeno de mutuo acercamiento se tiene por característico de la época

[48] *Ann.* XIV 64; XV 60 y sigs.; XVI 21 y sigs.

postclásica o *argéntea* de la historia de la lengua y la literatura latinas[49]. Con Tácito alcanza el proceso de poetización de la prosa su más brillante cima. En busca de la *semnotēs*, «la solemnidad», tan cara a los historiadores romanos, entra a saco en el caudal lingüístico antaño reservado a la épica, especialmente en el vocabulario, cuando quiere dar realce a un determinado pasaje. Como resultado de ese mismo proceso de poetización podría interpretarse también la proverbial sentenciosidad de Tácito, que ha sido sin duda uno de los grandes proveedores de frases lapidarias de la Europa moderna, del tipo del mismo *sine ira et studio*, del *maior e longinquo reuerentia*, y de tantas otras que han pasado a la historia[50]. Cierto que ya en la prosa de Séneca reluce continuamente el *ornatus* de la epigramática *sententia* condensadora de un ejemplo, de una moral, de un universal humano; pero es Tácito quien lleva ese recurso a sus más altos rendimientos. Por lo demás, ningún otro hecho simboliza de manera tan clara la vinculación de Tácito con la poesía, y en concreto con la épica, como el de que el primer párrafo de sus *Annales* forma un hexámetro dactílico, el verso heroico de los antiguos[51].

Este alto grado de poetización estilizadora, buscadora del modo de expresión menos habitual, es lo que da a la lengua de Tácito esa fisonomía inconfundible que durante siglos ha sido la pesadilla de los estudian-

---

49 Véase Löfstedt, *op. cit.*, págs. 157 y sigs., y F. Stolz, A. Debrunner y W. P. Schmid, *Geschichte der lateinischen Sprache*, 4.ª ed., Berlín, 1966, págs. 101 y sigs.

50 Véase Löfstedt, *op. cit.*, págs. 163 y sigs. Algunos otros posibles ejemplos: I 73, 4; II 41, 3; II 88, 3; III 19, 2; IV 1, 3; IV 18, 3; XIII 5, 2; XIV 9, 3.

51 *Urbem Romam a principio reges habuere*, *Ann.* I 1, 1.

tes de latín. El estilo de Tácito[52] es el estilo de la sistemática desviación, de la *uariatio* —por acudir a un término de la escuela antigua— aplicada dentro de los límites máximos permitidos por el sistema lingüístico; por principio huye de lo vulgar, lo banal y lo superfluo. Tácito sorprende continuamente al lector frustrando sus posibilidades de previsión con respecto a las partes venideras del discurso. Este afán de *uariatio* lo desarrolla en dos dimensiones. En el plano paradigmático el historiador elige sistemáticamente el término o forma más alejada del habla vulgar; los dos subterfugios a que más normalmente acude son el arcaísmo y el poetismo, etiquetas que no siempre es fácil distinguir[53], toda vez que la lengua poética, por tradicional, es arcaizante. En el plano sintagmático —el de la construcción del discurso— es el Tácito historiador un típico representante de la nueva escuela oratoria que, pasando por encima del magisterio neoclasicista de Quintiliano, hunde sus raíces en Salustio y rechaza el modelo ciceroniano de la *concinnitas*, del período construido con miembros equivalentes y equilibrados; este tipo de construcción acababa por crear en la mente del oyente una sensación de ritmo que lo hacía capaz, en cierta manera, de prever el ulterior desarrollo del discurso. Frente a esa regularidad, a esa *concinnitas*, aplica Tácito el mismo principio de la *uariatio*[54], evitando sistemáticamente la armonía del período, que sin duda consideraba banal y redundante; no puede negarse, desde luego, que la búsqueda de la *concinnitas* había llevado a excesos y manierismos. Frente a ella

---

52 Cf. E. Löfstedt, «The Style of Tacitus», en *op. cit.*, páginas 157-180.

53 Löfstedt, *ibid.*, págs. 158 y sigs.; Syme, *op. cit.*, II, págs. 71 y sigs.

54 Véase E. Norden, *Die Antike Kunstprosa*, I, Leipzig, 1909, páginas 332 y sigs.

se alza la famosa *concisión* de Tácito, que pone en aprieto no pocas veces al traductor, forzándolo a la versión amplificada [55].

4. *La transmisión del texto de los «Anales»*

Si de manera general puede decirse que lo mejor que produjeron las letras antiguas no se cuenta en el inmenso caudal de las obras perdidas en el bache de la Edad Media, el caso de los *Annales* nos muestra que también de lo mejor pereció no poco, y que aun lo conservado lo debemos, a veces, a meros caprichos del azar.

El grupo de los seis primeros libros de los *Annales* —la héxada de Tiberio— se nos ha conservado (con la ya indicada laguna del libro V y parte del VI) en un único manuscrito, el famoso *Mediceus prior* de la Biblioteca Laurenziana de Florencia (núm. LXVIII, 1). Como en tantos otros casos se trata de un fruto de esa gran operación de rescate de los restos de la cultura antigua que fue el llamado Renacimiento Carolingio; el manuscrito, copiado en la segunda mitad del siglo IX, fue recuperado en el monasterio westfaliano de Corvey en el curso de una de las campañas de búsqueda llevadas a cabo por los primeros humanistas. Pasó a manos del cardenal Juan de Médicis, más tarde León X, y éste encargó al filólogo Filippo Beroaldo su inmediata edición (Roma, 1515) [56].

Más compleja es la tradición manuscrita del segundo grupo de libros conservados de los *Annales*, los libros XI a XVI. Por de pronto se contienen en el

---

55 NORDEN, *op. cit.*, pág. 334.

56 Véase E. KOESTERMANN, *Corneli Taciti Libri qui supersunt*, t. I: *Annales*, 3.ª ed., Leipzig, 1971, págs. V y sigs.

manuscrito llamado *Mediceus alter* (Biblioteca Laurenziana de Florencia, núm. LXVIII, 2), en el que también está copiada la parte conservada de las *Historias*, numerada a continuación de los *Annales*. El manuscrito —de letra lombarda— parece haber sido copiado en la Abadía de Montecasino a mediados del siglo XI. Pasó por manos de Boccaccio, y más tarde al convento florentino de San Marcos, de donde salió para acabar en la Laurenziana. De él procede la *editio princeps* de *Annales* XI-XVI, debida a Vindelino de Spira (Venecia, c. 1470)[57].

A larga distancia en el tiempo del *Mediceus alter* se encuentra el resto —bien abundante— de los códices que nos transmiten la segunda parte de la obra, ninguno de los cuales va más allá del siglo XV. De buena parte de ellos parece claro que son simples copias del *Mediceus*, es decir, *descripti* y, por ello, irrelevantes para la reconstrucción del texto. Más discutido ha sido el caso del manuscrito *Leidensis* (Biblioteca de la Universidad de Leiden, BPL 16 B), copiado hacia 1475, redescubierto por Mendell[58], y en el que se ha creído ver el testimonio de una tradición independiente y superior a la del *Mediceus*. Tal fue la actitud adoptada, por ejemplo, por Erich Koestermann, editor de Tácito en la Bibliotheca Teubneriana, quien en tiempos más recientes cedió un poco en su postura ante los argumentos de quienes lo acusaban de supervalorar el redescubierto códice de Leiden[59].

---

57 KOESTERMANN, *op. cit.*, págs. VI y sig.; WUILLEUMIER, *op. cit.*, págs. LIII y sigs.

58 C. W. MENDELL, artículos en *American Journal of Philology* 72 (1951), 337-345, y 75 (1954), 250-270; KOESTERMANN, *op. cit.*, página XII.

59 KOESTERMANN, *op. cit.*, pág. XII.

5. *Fortuna e influencia de Tácito*

Tácito, que por su carrera forense y política ocupó un lugar prominente en la sociedad romana de su tiempo, conoció también en vida la fama literaria. A falta de otros testimonios nos bastaría con un bien conocido pasaje de su amigo Plinio el Joven (*Epist.* 23, 2): "Contaba (Tácito) que en los pasados juegos circenses estaba sentado a su lado un caballero romano. Éste, tras una conversación variada y erudita, le preguntó: «¿Eres itálico o provincial?» Él le respondió: «Tú me conoces, y precisamente por mis escritos.» A esto dijo el otro: «¿Eres Tácito o Plinio?»"; y recuérdese, claro está, que la actividad literaria de Tácito se inicia en su madurez. Que tal gloria no se desvaneció en los tiempos inmediatamente siguientes lo prueba la igualmente bien conocida noticia de que el emperador Tácito, que tenía a gala descender del historiador, ordenó hacia el año 275 que sus obras se copiaran anualmente en diez ejemplares a cargo del Estado, y que se depositaran en todas las bibliotecas públicas (*Hist. Aug.*, FLAV. VOP., *Tac.* 10). No menos sabido es que en el siglo IV Ammiano Marcelino, el último gran historiador pagano, continúa e imita a Tácito[60].

Mucho menos próspera fue la fortuna medieval de Tácito, cuya obra llegará al Renacimiento con las graves amputaciones que ya conocemos. Hay constancia de que en el siglo IX era parcialmente conocida en la Abadía de Fulda, cercana al mencionado Corvey, de donde procede el manuscrito *Mediceus prior*[61]. Es a

---

[60] Sobre testimonios contemporáneos acerca de la vida y obra de Tácito véase KOESTERMANN, *op. cit.*, págs. XXIII y sigs.

[61] Véase M. MANITIUS, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters*, I, Munich, 1911, págs. 671 y sig.

finales del siglo XV y principios del XVI, con el redescubrimiento y edición de los dos famosos códices Mediceos cuando Tácito se reincorpora plenamente al caudal de la cultura europea. Este proceso lo lleva a su cima, a finales del XVI, el humanista flamenco Justo Lipsio[62], a quien debieron, en particular, los intelectuales españoles el conocimiento de la obra del historiador.

Pronto el *corpus* historiográfico de Tácito —en especial los *Annales*, como es natural, por su mayor volumen conservado— trascendió el ámbito de la estricta crítica filológica para atraer el interés de pensadores, tratadistas políticos e historiógrafos. En los *Annales* se ofrecía, al mismo tiempo, un magnífico campo de observación y un profundo análisis teórico del arte del gobierno personal. De su meditación surgió el *tacitismo*[63] de los siglos XVI y XVII, que en cierta manera sirvió como máscara para las doctrinas maquiavelistas en las regiones de Europa donde la censura eclesiástica había condenado las doctrinas del agudo florentino. Vino a ser así el *Tiberio* de Tácito una encarnación no nefanda del *Príncipe*. Más todavía, se llegó incluso a un *rescate* de Tácito por parte del pensamiento tradicional —especialmente por obra de los jesuitas—, con lo que vino a resultar su obra una teoría y ejemplario de un tipo reaccionario de *ragion di stato*. Muret en Francia, Ammirato en Italia, sentaron las bases de esa curiosa metamorfosis del maquiavelismo[64]. De Italia llega a España la nueva co-

---

62 Lipsio dio a la luz sus ediciones en Amberes, en 1574, 1578 y 1584.

63 Véanse BORZSÁK, en PAULY-WISSOWA, *RE*, *Suppl.* XI, cols. 510 y sigs., y las obras reunidas por HANSLIK, en *Lustrum* 17 (1973-74), 201-205.

64 Véanse J. VON STACKELBERG, *Tacitus in der Romania*, Tu-

rriente, que no tarda en levantar las suspicacias de los celadores de la ortodoxia, como Quevedo y el P. Rivadeneyra [65].

Para el progresismo prerrevolucionario del XVIII es Tácito un autor predilecto en cuanto debelador de tiranos y supuesta encarnación del espíritu republicano [66]. Evidentemente, ha sido el enfoque altamente moralista con que Tácito examina la historia y concibe la política el que ha hecho de él un escritor llamativamente *moderno*, hasta el punto de que Traube ha llegado a referirse a la época contemporánea con el término de *aetas Tacitea*, a la manera en que se ha hablado para el Medievo de una *aetas Vergiliana* y otra *Ovidiana*, y se ha aplicado al Renacimiento el de *aetas Horatiana* [67]. Si hay que reconocer que el papel de los estudios clásicos en el mundo contemporáneo no tiene ya una importancia tal que permita caracterizar su cultura por la huella de un determinado autor antiguo, tampoco puede negarse que Tácito sigue resultando verdaderamente actual para el hombre culto de nuestros días.

6. *Bibliografía*

Relativamente fácil resulta en los actuales momentos el proporcionar al lector no iniciado una noticia

---

binga, 1960, y E. L. ETTER, *Tacitus in der Geistesgeschichte des 16. und 17. Jahrhunderts*, Basilea, 1966.

65 Para todo lo referente a la presencia de Tácito en la cultura española, véase F. SANMARTÍ BONCOMPTE, *Tácito en España*, Barcelona, 1951. Con respecto a Quevedo y Rivadeneyra, véanse las págs. 131 y sigs. Véase, además, el artículo de E. TIERNO GALVÁN citado *infra*, pág. 38.

66 Véase BORZSÁK, *art. cit.*, col. 511.

67 Véase BORZSÁK, *ibid.*, cols. 511 y sig.

bibliográfica completa acerca de Tácito y los *Annales*. Efectivamente, acaban de publicarse dos importantes series de *Berichte* debidos a R. Hanslik y consagrados a censar y criticar la bibliografía tacítea aparecida entre los años 1939 y 1974. El más extenso e importante de ellos es: R. HANSLIK, «Tacitus» 1939-1972», *Lustrum* 16 (1971-72), 143-304, y 17 (1973-74), 71-216; a los *Annales* están expresamente dedicadas las páginas 71-172 de la segunda parte. Al mismo autor se deben los *Forschungsberichte* «Tacitus» publicados en el *Anzeiger für die Altertumswissenschaft* 13 (1960), 65-102; 20 (1967), 1-31; 27 (1974), 129-166. En los trabajos citados puede hallar el lector interesado una orientación exhaustiva y fiable sobre la bibliografía publicada en los últimos años; por ello damos a continuación solamente la referencia de las obras cuya mención parece inexcusable en cualquier caso.

A) EDICIONES:

Según se ha indicado ya más arriba, son ediciones príncipes de los *Annales* las de Ph. Beroaldus (Roma, 1515) para los libros I a VI, y la de V. de Spira (Venecia, c. 1470) para los libros XI a XVI.

Entre las ediciones modernas cabe destacar la de

ERICH KOESTERMANN, *Corneli Taciti Libri qui supersunt*, t. I: *Ab Excessu Diui Augusti* (Bibliotheca Teubneriana), 3.ª ed., Leipzig, 1971.

sobre la que nuestra traducción descansa. En honor a la verdad ha de decirse que a la edición de Koestermann se han dirigido no pocas críticas en razón de la importancia que atribuye al testimonio del ya mencionado manuscrito *Leidensis*. El propio editor remo-

deló con el tiempo su juicio sobre el discutido códice[68]. Al margen del concepto que se tenga de los resultados de la tarea crítica de Koestermann, no puede dejar de reconocérsele la autoridad que le confiere su larga experiencia de exégeta de los *Annales*, a la que más adelante nos referiremos en detalle.

Todavía en curso de publicación en el momento de escribirse estas páginas se encuentra otra importante edición:

P. WUILLEUMIER, *Tacite, Annales* (Collection des Universités de France), París, 1974 (l. I-III), 1975 (l. IV-VI), 1976 (l. XI-XII),

que sustituye a la ya obsoleta de Goelzer en la Colección Budé; va acompañada de traducción francesa, según la práctica de tal serie.

Incompleta, pero muy importante, es la edición de

M. LENCHANTIN DE GUBERNATIS, *Corneli Taciti, Libri ab excessu Diui Augusti I-VI*, Roma, 1940.

La única edición del texto latino de los *Annales* realizada en la España moderna de que tenemos noticia es la aparecida, con traducción catalana, en la Colección Bernat Metge de Barcelona:

F. SOLDEVILA, *P. C. Tàcit, Annals, llibres I-II*, Barcelona, 1930.
M. DOLÇ, *P. C. Tàcit, Annals, llibres III-IV*, Barcelona, 1965; *llibres V-XI*, 1967; *llibres XII-XIII*, 1968; *llibres XIV-XVI*, 1970.

Entre otras ediciones de menor actualidad merece citarse, por su comentario, la de H. FURNEAUX, H. F. PELHAM y C. D. FISHER, 2.ª ed., Oxford, 1907-1916.

68 Véase *supra*, nota 59.

B) TRADUCCIONES:

Entre las castellanas completas producidas en el fervor tacitista de nuestro Siglo de Oro pueden mencionarse las de Manuel Sueyro (Amberes, 1613)[69], Baltasar Álamos y Barrientos (*Tácito Español,* Madrid, 1614)[70] y Carlos Coloma (Douai, 1629)[71]. Esta última, tradicionalmente muy alabada, ha conocido hasta la actualidad numerosas reimpresiones.

La única versión española completa realizada en tiempos recientes de que tenemos noticia es la publicada en el volumen

CAYO CORNELIO TÁCITO, *Obras Completas, traducción, introducción y notas. Obra publicada bajo la dirección de V. Blanco García,* Madrid, 1957.

Como colaboradores en la traducción de los *Annales* (págs. 52-629) figuran los señores Merino Granell (l. XIII), Lerín Gavín (l. XIV) y las señoritas Herreros Bayod y Jiménez Jiménez (l. XVI). Suponemos que el resto de la versión ha de atribuirse al propio doctor Blanco García[72].

El lector interesado en una traducción catalana puede acudir a la que acompaña a la ya citada edición de Soldevila y Dolç.

---

69 Juicio crítico en SANMARTÍ, *op. cit.,* págs. 63 y sigs.

70 Juicio crítico en SANMARTÍ, *ibid.,* págs. 70 y sigs.

71 Juicio crítico en SANMARTÍ, *ibid.,* págs. 84 y sigs. Recientemente ha sido reeditada, por ej., en la Colección Austral de Espasa-Calpe, Madrid, 1964³. M. R. LIDA DE MALKIEL, en *La Tradición Clásica en España,* Barcelona, 1975, pág. 374, menciona, además, una traducción de Antonio de Herrera (Madrid, 1615).

72 En esta versión son más patentes de lo deseable las consecuencias del que se deba a varias manos.

Versión francesa muy fiable contiene la edición de Wuilleumier, que hemos ido confrontando con la nuestra a medida de su publicación. En las notas correspondientes damos cuenta de nuestras principales divergencias con respecto a ella.

C) Comentarios:

El más completo y moderno, instrumento imprescindible para la comprensión profunda de los *Annales*, es el debido al mismo filólogo cuya edición hemos seguido:

E. Koestermann, *Cornelius Tacitus, Annalen*, Heidelberg, 1963-1968.

En curso, al parecer lento, de publicación está el comentario de

F. R. D. Goodyear, *The Annals of Tacitus*, I (*Ann.* I, 1-54)..., Cambridge, 1972.

D) Léxico:

Un vocabulario completo de Tácito es el de

A. Gerber, A. Greef, *Lexicon Taciteum*, I-II, Leipzig, 1877-1890.

Para los nombres propios puede verse

Ph. Fabia, *Onomasticon Taciteum*, París-Lyón, 1900.

E) Estudios:

De entre la casi inabarcable bibliografía tacítea contemporánea, que el lector puede hallar debidamente ordenada y criticada en los ya citados *Berichte* de

R. Hanslik, destacaremos solamente tres estudios generales de primera magnitud:

St. Borzsák, artículo «P. Cornelius Tacitus», en Pauly-Wissowa, *Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft, Supplementband,* XI, Stuttgart, 1968, cols. 373-515; sobre los *Annales,* cols. 462-497.
R. Syme, *Tacitus,* I-II, Oxford, 1958, tal vez la más completa monografía existente sobre el historiador.
E. Paratore, *Tacito,* 2.ª ed., Roma, 1962. Se trata de un libro extenso y profundo, pero compuesto de manera que lo hace poco manejable.

F) Tradición manuscrita:

Puede verse sobre el tema el ya citado artículo de Borzsák en Pauly-Wissowa (cols. 505 y sigs.), la bibliografía recogida por Hanslik en *Lustrum* 17 (1973-74), 173-180, así como su artículo «Zur Überlieferung des Tacitus», *Anzeiger der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, Phil.-Hist. Klasse,* 105 (1968), 155-162.

G) Fortuna e influencia de Tácito:

Aparte del artículo de Borzsák en Pauly-Wissowa, puede verse la bibliografía recogida por Hanslik en *Lustrum* 17 (1973-74), 200-215. Para la presencia de Tácito en la cultura española puede acudirse a:

E. Tierno Galván, «El Tacitismo en las doctrinas políticas del Siglo de Oro español», *Anales de la Universidad de Murcia* (1947-48), 895-988.
F. Sanmartí Boncompte, *Tácito en España,* Barcelona, 1951.

H) Tácito como historiador:

Aparte las obras de Syme y Paratore hay que mencionar:

E. LÖFSTEDT, «Tacitus as an Historian», *Roman Literary Portraits*, Oxford, Clarendon, 1958, págs. 142-156.
PH. FABIA, *Les sources de Tacite dans les Histoires et les Annales*, París, 1893.
R. HÄUSSLER, *Tacitus und das Historische Bewusstsein*, Heidelberg, 1967.

I) LENGUA Y ESTILO:

E. LÖFSTEDT, «The Style of Tacitus», *Roman Literary Portraits*..., págs. 157-180.
R. SYME, «Style and Words», *Tacitus*, II, págs. 711-745.

7. *La presente traducción*

Según hemos adelantado ya, esta traducción está realizada tomando como base el texto latino de la edición de E. Koestermann en la Bibliotheca Teubneriana (3.ª ed., Leipzig, 1971). Ello no ha impedido, como puede verse en las notas correspondientes, que en algunos lugares hayamos preferido las lecturas de otros editores [73], especialmente las de Wuilleumier. Con la tra-

---

[73] A lo largo del texto traducido en este primer volumen disentimos de la edición de KOESTERMANN en los puntos siguientes:

I 69, 3, donde nos parece más adecuada la conjetura ⟨*studia*⟩ *militum* de Heraeus, seguida por WUILLEUMIER y otros editores, que el *militum* ⟨*mentes*⟩ que KOESTERMANN propone; la diferencia carece de relevancia práctica a efectos de traducción.

II 8, 2, donde nos apartamos de KOESTERMANN al excluir, siguiendo a otros editores, *transposuit* como probable glosa poco afortunada a *subuexit*, y eliminando toda puntuación entre este último término y *militem*, su complemento directo; véase la nota 165.

II 5, 1, donde KOESTERMANN omite, parece que por puro error mecánico, el punto tras *spe* en sus ediciones 2.ª y 3.ª, frente a la correcta puntuación de la 1.ª; véase la nota 174.

ducción de éste hemos confrontado la nuestra de manera especialmente detallada, lo que tampoco nos ha cerrado en ocasiones el camino del disentimiento. Aparte las ediciones y traducción citadas hemos tenido en cuenta en todo momento el comentario de Koestermann.

Nuestra intención ha sido proporcionar al lector una versión a un tiempo fiable, inteligible, y que pueda abrir el camino a un más amplio estudio. Particular cuidado hemos puesto en traducir de manera que los rasgos característicos del estilo de Tácito se transparenten en la mayor medida posible en el texto castellano. No quiere ello decir, naturalmente, que hayamos seguido un literalismo capaz de atentar contra la claridad o corrección de la versión; concretamente, no hemos dudado en alterar la puntuación tradicional del texto, para dividirlo en unidades menores, cuando se trataba de períodos largos en exceso para un lector moderno.

No poco nos ha preocupado el tema de la traducción de los textos en *estilo indirecto*. Por de pronto, somos de la opinión de que no deben entrecomillarse, por cuanto tal procedimiento gráfico está en la ortografía castellana destinado a la notación del estilo directo. Ahora bien, ello agrava el problema de la traducción por escrito, al faltar el indicador gráfico de los rasgos prosódicos del llamado «estilo indirecto libre» castellano. Para textos de no excesiva extensión no hemos dudado, con todo, en confiar en la imaginación del lector, que sin duda sabrá captar qué es lo que se dice *de segunda mano* a partir del contexto. En los casos en que el estilo indirecto se prolonga de manera dilatada, hemos recurrido a la subordinación introduciendo expresiones del tipo «decían» o «preguntaban», que estimamos que no traicionan gravemente

a la letra del original, y sí rinden un claro servicio a la mejor comprensión del texto. Este tipo de suplencias se han hecho particularmente necesarias en los subjuntivos de los párrafos en estilo indirecto correspondientes a expresiones voluntativas del directo, aunque en ocasiones haya bastado con introducir un simple «que». Esta praxis mixta nos ha parecido la más indicada para suplir la falta en castellano de un exacto equivalente del estilo indirecto latino. En qué grado nuestros tanteos dirigidos a establecer el adecuado puente han logrado su objetivo deberán juzgarlo nuestros colegas. A nosotros sólo nos resta agradecer al doctor Mariner su interés en dar a la publicidad nuestro trabajo y en enriquecerlo con numerosas y atinadas observaciones de método, así como las abundantes y valiosas correcciones que debemos al doctor don Lisardo Rubio.

Cortegada, 1974 – Munich, 1978.

LIBRO I

SINOPSIS

Año 14 d. C. (final; caps. 1-54)
Año 15 d. C. (caps. 55-81)

CAPÍTULOS:

1. Prefacio.
2-5. Historia sumaria del advenimiento del Principado. Muerte de Augusto y entronización de Tiberio.
6-15. Acontecimientos subsiguientes a la sucesión.
16-30. Motín de las legiones de Panonia.
31-52. Motín de las legiones de Germania.
53-54. Otros sucesos del año 14 d. C.
55-72. Campaña de Germánico en Germania.
72-81. Acontecimientos interiores del año 15 d. C.

LIBRO I

1. La ciudad de Roma estuvo al principio bajo el poder de reyes; la libertad y el consulado los estableció Lucio Bruto[1]. Las dictaduras se adoptaban con carácter temporal; tampoco la autoridad de los decémviros[2] duró más de dos años, ni mucho tiempo la potestad consular de los tribunos militares[3]. No fue larga la dominación de Cinna, como no lo fue la de Sila[4]; el poder de Pompeyo y de Craso pasó pronto a manos de César[5], y las armas de Lépido y de Antonio a las de Augusto[6], el cual recibió bajo su imperio, con el nombre de príncipe, el mundo agotado por las
2 discordias civiles. Pues bien, las fortunas y adversida-

---

[1] Según la tradición, ello tuvo lugar en el año 509 a. C. con la expulsión del último rey, Tarquinio el Soberbio. Tácito utiliza aquí, como en varios otros lugares, *libertas* con un sentido prácticamente equivalente a «república».

[2] Los nombrados para redactar las XII Tablas en los años 451-449 a. C.

[3] Nombrados en varias ocasiones entre los años 444 y 367 a. C.

[4] Cinna fue cónsul en los años 87-84; la dictadura de Sila tuvo lugar entre 82 y 79.

[5] Primer triunvirato, del año 60; dictadura de César del 49 al 44.

[6] Segundo triunvirato, del año 43; principado de Augusto desde el 27.

des del viejo pueblo romano han sido historiadas por escritores ilustres, y tampoco a los tiempos de Augusto les faltaron notables ingenios que los narraran, hasta que al crecer la adulación se fueron echando atrás. Así, la historia de Tiberio y de Gayo[7] y la de Claudio y Nerón se escribió falseada por el miedo mientras estaban ellos en el poder; tras su muerte, amañada por los odios recientes. De ahí mi designio 3
de tratar brevemente y sólo de los postreros momentos de Augusto, y luego el principado de Tiberio y lo demás sin encono ni parcialidad[8], para los que no tengo causas próximas.

2. Después de que, muertos violentamente Bruto y Casio, no existía ya un ejército republicano[9], que Pompeyo fue aplastado junto a Sicilia[10], y que, eliminado Lépido y muerto Antonio[11], no le quedaba ya tampoco al partido juliano otro jefe que César[12], abandonó éste el título de triúmviro presentándose como cónsul, «satisfecho con el poder tribunicio para la defensa del pueblo»[13]. Tras seducir al ejército con recompensas, al pueblo con repartos de trigo, a todos

[7] Primer nombre, y el más habitual en Tácito, del futuro emperador Calígula.

[8] Es la famosa declaración de principios de Tácito: *sine ira et studio.*

[9] Tras la batalla de Filipos, del año 42 a. C.

[10] En batalla naval, entre Milas y Náuloco, en el 36 a. C.; Sexto Pompeyo era hijo del rival de César; véase SUETONIO, *Augusto* 16, 1.

[11] Lépido quedó pronto al margen del triunvirato; Antonio se suicidó en el año 30 en Alejandría, sitiada por Augusto tras la batalla de Accio.

[12] Se refiere, naturalmente, al que luego será Augusto, hijo adoptivo de su tío-abuelo Julio César.

[13] Tácito reproduce probablemente, y no sin ironía, palabras literales de Augusto; véase nota 41.

con las delicias de la paz, se fue elevando paulatinamente; empezó a tomar para sí las prerrogativas del senado, de las magistraturas, de las leyes, sin que nadie se le opusiera, dado que los más decididos habían caído en las guerras o en las proscripciones, los que restaban de los nobles se veían enaltecidos con riquezas y honores en la misma medida en que se mostraban dispuestos a servirle, y encumbrados con la nueva situación preferían la seguridad presente al
2 problemático pasado. Tampoco las provincias ponían mala cara a aquel estado de cosas, toda vez que desconfiaban del gobierno del senado y el pueblo a causa de las rencillas entre los poderosos y la codicia de los magistrados, sin que de mucho les valiera el apoyo de unas leyes obstaculizadas por la violencia, las intrigas y, en fin, por el dinero.

3. Por lo demás, Augusto, buscando apoyos para su dominio, enalteció a Claudio Marcelo [14], hijo de su hermana y apenas un muchacho, con el pontificado y la edilidad curul, y a Marco Agripa [15], de origen humilde pero buen soldado y compañero de su victoria, con el consulado dos años seguidos, haciéndolo su yerno tras la muerte de Marcelo; a Tiberio Nerón y Claudio Druso [16], sus hijastros, los distinguió con el

---

[14] Marcelo, hijo de Octavia, hermana de Augusto, nació en 43 y murió en 23 a. C. Estuvo casado con Julia, hija del príncipe, y fue el primero de los frustrados sucesores de Augusto.

[15] Marco Vipsanio Agripa, íntimo colaborador militar de Augusto y segundo marido de su única hija Julia, de la que tuvo a Gayo, Lucio, Agripina, Julia y Póstumo Agripa; murió en el 12 a. C.

[16] Recuérdese que Tiberio y Druso eran hijos de la esposa de Augusto, Livia, con su primer marido, Tiberio Claudio Nerón; habían nacido en 42 y 38 a. C.

título de *imperator*[17], y eso cuando aún conservaba entera a su familia. Pues a Gayo y Lucio, hijos de 2
Agripa, los había hecho entrar en la familia de los Césares; su nombramiento como Príncipes de la Juventud cuando aún no habían dejado la pretexta infantil y su designación para el consulado, los había deseado ardientemente, si bien fingió no quererlos.
Una vez que Agripa partió de esta vida, que a Lucio, 3
cuando marchaba a los ejércitos de Hispania, y a Gayo, que volvía de Armenia gravemente herido, se los arrebató una muerte fatalmente prematura o tal vez una maniobra de su madrastra Livia[18], y que, muerto Druso ya tiempo atrás, le quedaba de sus hijastros sólo Nerón[19], todo se concentró en él: lo hizo hijo, colega en el imperio, consorte en la potestad tribunicia[20], y fue presentado ostentosamente ante todos los ejércitos, ya no —como antes— con las oscuras artes
de su madre, sino con abierta recomendación. En efec- 4
to, Livia se había impuesto de tal manera al ya decrépito Augusto, que éste relegó a la isla de Planasia[21] a su único nieto, Póstumo Agripa, muchacho carente, desde luego, de cualquier clase de aptitudes y de una

---

17 Preferimos no traducir este título, que no corresponde, todavía, al de «emperador», sino al máximo grado militar, que era ostentado simultáneamente por más de una persona como recompensa a méritos guerreros; véase III 74.

18 Gayo murió en el año 2, y Lucio en el 4 d. C. A sus nietos los había adoptado Augusto como hijos pensando en la sucesión; de ahí la alusión a Livia como «madrastra», que más bien preferiría que el poder, como de hecho ocurrió, llegara a manos de su propio hijo Tiberio.

19 Druso murió en el 9 a. C. El Nerón que aquí se nombra es, naturalmente, Tiberio, cuyo nombre antes de ser adoptado por Augusto en el 4 d. C. era Tiberio Claudio Nerón.

20 Potestad que, por su especialísima importancia, retuvo Augusto durante casi todo su principado; véase nota 41.

21 Frente a la costa de Etruria, al SO. de la de Elba.

fortaleza física que le producía un orgullo estúpido,
5 pero inocente de cualquier infamia. En cambio, a
Germánico[22], hijo de Druso, lo puso al frente de ocho
legiones junto al Rhin, y ordenó a Tiberio que lo adop-
tara por hijo, aunque tenía Tiberio un hijo ya crecido[23],
6 con el fin de proporcionarse un apoyo más. No que-
daba por aquel tiempo guerra alguna, a no ser contra
los germanos, motivada más por lavar la infamia del
ejército perdido con Quintilio Varo[24] que por afán de
extender el imperio o de una compensación que valiera
7 la pena. En el interior estaban las cosas tranquilas, las
magistraturas conservaban sus nombres; los más jó-
venes habían nacido con posterioridad a la victoria
de Accio, e incluso los más de los viejos en medio de
las guerras civiles: ¿cuántos quedaban que hubieran
visto la república?

4. Así pues, transformado el estado de arriba
abajo, nada quedaba ya de la vieja integridad: todos,
abandonando el espíritu de igualdad, estaban pendien-
tes de las órdenes del príncipe, sin temor alguno por
el presente mientras Augusto, en el vigor de la edad,
fue capaz de sostenerse a sí, a su casa y a la paz.
2 Cuando su edad ya avanzada se vio fatigada además
por las dolencias corporales, y se divisaban el final y
nuevas esperanzas, sólo unos pocos hablaban —para
nada— de los bienes de la libertad; los más temían
una guerra, otros la deseaban. Una parte, con mucho
la más numerosa, esparcía los más variados rumores
3 sobre los nuevos amos que se venían encima: Agripa

---

22 Nacido en 15 a. C.

23 Druso el joven, al que había tenido de su matrimonio con Vipsania.

24 En la célebre derrota del bosque de Teutoburgo, en 9 d. C. Véase nota 124.

era de condición feroz, exasperada por la posterga-
ción, y ni por su edad ni por su experiencia práctica
estaba a la altura de tan grave cargo; Tiberio Nerón
había madurado con los años y probado su valor en
la guerra, pero tenía la vieja soberbia ingénita en la
familia Claudia, y muchos indicios de crueldad, aunque
procuraba reprimirlos, le salían al exterior. Además 4
—advertían— se había educado desde la primera in-
fancia en una casa de reyes; se lo había colmado,
cuando aún era un muchacho, de consulados y triun-
fos; y ni siquiera en los años pasados en el exilio de
Rodas [25] con apariencia de retiro había alimentado en
su interior más que odio y simulación y secretas con-
cupiscencias. Estaba además su madre, con la falta de 5
propio dominio, característica de las mujeres: habría
que prestar servidumbre a una hembra y, encima, a
dos muchachos que oprimirían al estado para algún
día desgarrarlo [26].

5. En medio de tales y parecidas cábalas se iba agravando el estado de salud de Augusto, y algunos sospechaban un crimen de su esposa. De hecho se había esparcido el rumor de que pocos meses antes, sin saberlo más que algunos elegidos y acompañado solamente por Fabio Máximo [27], Augusto se había hecho llevar a Planasia a visitar a Agripa, y que allí había habido por ambas partes muchas lágrimas y señales de cariño, de donde parecía surgir la esperanza de que

[25] Tiberio residió en la isla desde el 6 a. C. al 2. d. C. Pudieron moverlo al retiro tanto la amargura por los escándalos de su esposa Julia, como la situación incómoda en que podía colocarlo el problema sucesorio; allí vivió rodeado de filósofos y adivinos.

[26] Comentarios que corrían sobre Druso y Germánico, pese a la popularidad del segundo.

[27] Cónsul del año 11 a. C.

el muchacho fuera devuelto al hogar de su abuelo.
2 Se decía que Máximo se lo había revelado a su esposa Marcia, y ésta a Livia, y que ello había llegado a oídos del César; que muerto Máximo no mucho después, sin que apareciera claro si de muerte provocada, se había oído en su funeral los gemidos de Marcia acusándose de ser la causa de la perdición de su ma-
3 rido. Comoquiera que fuera de ese asunto, Tiberio fue llamado por carta urgente de su madre cuando apenas había entrado en el Ilírico[28]; no se sabe con certeza si cuando encontró a Augusto en la ciudad de Nola[29] se hallaba éste todavía con vida o había ya exhalado
4 su espíritu. En efecto, Livia había colocado severas guardias en torno a la casa y por los caminos, y se publicaban de vez en cuando comunicados optimistas; hasta que, tras haberse proveído a lo que la ocasión exigía, un mismo anuncio dio cuenta del fallecimiento de Augusto y de que Tiberio se había hecho cargo del poder[30].

6. La primera hazaña del nuevo principado fue el asesinato de Póstumo Agripa[31]. A pesar de que lo cogió desprevenido e inerme, a duras penas logró acabar con él un centurión de ánimo decidido. Ninguna referencia al asunto hizo Tiberio en el senado, simulando ejecutar instrucciones de su padre, según las cuales

---

28 Provincia situada en el territorio que corresponde, aproximadamente, a la actual Yugoslavia. Tiberio marchaba a hacerse cargo de los ejércitos del Danubio.

29 Ciudad de Campania, a unos 20 kilómetros al NE. de Nápoles.

30 Murió Augusto en Nola, el 19 de agosto del año 14 d. C.

31 Es bastante habitual en Tácito la inversión de los elementos componentes de los nombres propios; así tenemos aquí Póstumo Agripa frente al normal Agripa Póstumo de los capítulos 3, 4, etc.

habría ordenado al tribuno encargado de custodiar a Agripa que no dudara en darle muerte tan pronto él hubiera cumplido su último día. Cierto que Augusto 2
se había quejado muchas veces y con saña de la conducta del muchacho, llegando a hacer sancionar su exilio por el senado; pero su dureza no llegó nunca hasta el asesinato de uno de los suyos, y no era creíble que hubiera provocado el de su nieto por la seguridad de su hijastro; más verosímil era que Tiberio y Livia —aquél por miedo, ésta por odios de madrastra— hubieran apresurado el asesinato del muchacho sospechoso y odiado. Al centurión que, según es costum- 3
bre en el ejército, le fue a dar cuenta de que estaba hecho lo que había ordenado, le respondió que él no había dado tal orden, y que habría que dar cuenta del hecho ante el senado. Cuando lo supo Salustio Crispo[32], que estaba en el secreto —él había enviado al tribuno la orden escrita—, temiendo verse bajo una acusación igualmente peligrosa ya mintiera, ya declarara la verdad, advirtió a Livia que no debían divulgarse los secretos de la casa, los consejos de los amigos ni los servicios de los soldados, ni Tiberio quebrantar la fuerza del principado remitiendo todo al senado, por ser la condición del imperio el que no haya otras cuentas que las que se dan a uno solo.

7. Pero en Roma cónsules, senadores, caballeros, corrieron a convertirse en siervos. Cuanto más ilustres, con tanta más falsía, apresuramiento y estudiada expresión —que no parecieran alegres por la muerte del príncipe ni demasiado tristes por el advenimiento de un sucesor—, mezclaban lágrimas y alegría, lamentos y adulación. Los cónsules Sexto Pompeyo y Sexto 2

[32] Caballero romano, sobrino, luego hijo adoptivo, del historiador Salustio.

Apuleyo fueron los primeros en prestar juramento de fidelidad a Tiberio César, y ante ellos Seyo Estrabón y Gayo Turranio: aquél, prefecto de las cohortes pretorias; éste, prefecto del suministro de grano; luego,
3 el senado, el ejército y el pueblo. Pues Tiberio ponía por delante en todo a los cónsules, como si se tratara de la antigua república y no estuviera decidido a ejercer el imperio. Incluso al edicto por el que convocaba a los senadores a la curia no le puso otro encabezamiento que el de la potestad tribunicia recibida
4 en tiempos de Augusto. Las palabras del edicto eran pocas y de tenor más que modesto: *quería consultar* al senado sobre los honores a tributar a su padre; no quería separarse de su cuerpo, y ése era el único co-
5 metido oficial que tomaba para sí. Ahora bien, muerto Augusto, había dado santo y seña a las cohortes pretorianas en calidad de *imperator* [33]; tenía guardias, armas y todo lo demás que es propio de una corte; los soldados lo escoltaban al Foro, los soldados lo escoltaban a la curia. Las cartas que envió a los ejércitos daban por sentado que se había convertido en príncipe; en ninguna parte, a no ser en el senado, se expresaba de
6 manera vacilante. La causa principal era el miedo, no fuera que Germánico, en cuyas manos estaban tantas legiones e incalculables fuerzas aliadas auxiliares, y que gozaba de asombroso favor entre el pueblo, pre-
7 firiera tener el imperio a esperarlo. En interés de su propio prestigio procuraba parecer elegido y llamado por la república más que sinuosamente impuesto por las intrigas de una esposa y la adopción de un viejo. Más tarde se vio también que había aparentado este aire de duda para conocer las voluntades de los hombres influyentes; pues convirtiendo en acusaciones las palabras y las miradas las iba guardando dentro de sí.

33 Es decir, de general en jefe; véase IV 74, 4.

8. El primer día de senado no permitió que se
tratara más que de las últimas disposiciones referen-
tes a Augusto, cuyo testamento, que fue presentado
por las vírgenes vestales, señalaba a Tiberio y Livia
como herederos. Livia era introducida por adopción
en la familia Julia y tomaba el nombre de Augusta;
como segundos herederos había inscrito a sus nietos
y biznietos, y en tercer grado a los notables del es-
tado; la mayoría de ellos, personas a quienes odiaba,
haciéndolo por jactancia y afán de gloria ante la pos-
teridad. Sus legados no iban más allá de lo normal 2
entre ciudadanos, a no ser que donó al pueblo y a la
plebe 43.500.000 sestercios[34], a los soldados de las
cohortes pretorianas mil a cada uno, < quinientos a
los soldados urbanos >[35], a los legionarios y a las
cohortes de ciudadanos romanos trescientos por ca-
beza. Luego se trató de los honores; buscando los más 3
insignes propusieron, Galo Asinio, que el cortejo pa-
sara bajo un arco triunfal, y Lucio Arruncio que se
exhibieran a la cabeza los títulos de las leyes por él
promulgadas y los nombres de los pueblos por él ven-
cidos. Proponía además Mesala Valerio que se reno- 4
vara anualmente el juramento a nombre de Tiberio;
y preguntado por Tiberio si había exteriorizado tal
iniciativa por mandato suyo, respondió que lo había
dicho espontáneamente, y que en las cosas que se re-
fieren a la república no había de usar sino de su propio
parecer, aun exponiéndose a molestar: ¡era ya lo último
que quedaba por ver en materia de adulación! Claman 5

[34] El legado «al pueblo» iba en realidad dirigido al tesoro público y era de 40 millones de sestercios; «a la plebe», es decir, a las tribus, fue a parar el resto de la cantidad global; véase Suetonio, *Augusto* 101.

[35] El texto suplido —*urbanis quingenos*— se debe a Sauppe, con base en Suetonio, *Augusto* 101.

a coro los padres[36] que el cuerpo debe ser llevado a
la pira a hombros de senadores. Accedió[37] el César
con una modestia no exenta de arrogancia, y por
medio de un edicto advirtió al pueblo para que —al
igual que antaño había perturbado el funeral del Divino
Julio por exceso de celo— no pretendiera quemar tam-
bién a Augusto en el Foro, en lugar de en el Campo
6 de Marte, lugar señalado para su sepultura[38]. El día
del funeral estaban los soldados como en pie de guerra,
con gran risa de quienes habían visto ellos mismos o
sabido por sus padres del día aquel de la servidumbre
todavía fresca y de la libertad en vano buscada, cuando
la muerte del dictador César les parecía a unos el hecho
más lamentable, a otros el más hermoso: «ahora —se
decía— un príncipe anciano, de largo reinado, incluso
tras haberse asegurado las fortunas de sus herederos
a costa de la república, necesita protección militar para
que sea tranquila su sepultura».

9. Con tal motivo mucho se habló del propio Augusto, prestando los más su admiración a verdaderas banalidades: que el mismo día había sido antaño el primero en que había ejercido el imperio y ahora el último de su vida[39]; que había terminado su vida en Nola, en la misma casa y habitación en que su padre

---

[36] La de *patres* (*conscripti*) es denominación tradicional de los senadores.

[37] El verbo *remisit* podría también traducirse por «declinó», aunque sea el sentido que hemos puesto en el texto el que parece más apoyado por otros traductores y los testimonios complementarios; puede verse al respecto la nota correspondiente de la edición de WUILLEUMIER.

[38] Se trata del mausoleo familiar, conservado todavía, construido por Augusto en el extremo N. del Campo de Marte, entre el Tíber y la Vía Flaminia.

[39] Se trata del 19 de agosto de los años 43 a. C. y 14 d. C.

Octavio. Se celebraba incluso el número de sus consu- 2
lados, con el que había igualado a Valerio Corvo y a
Gayo Mario juntos[40], su potestad tribunicia, prolon-
gada sin interrupción por treinta y siete años[41], el título
de *imperator* conseguido veintiuna veces, y otros ho-
nores multiplicados o nuevos. En cambio, entre la 3
gente sensata su vida era objeto de juicios contra-
puestos, que ya la enaltecían, ya la censuraban. Decían
los unos que la piedad para con su padre y la crisis
de la república, en la que no había entonces lugar para
las leyes, eran las que lo habían arrastrado a la guerra
civil, la cual no puede preverse ni realizarse con arreglo
a la moral. Muchas concesiones había hecho a Antonio 4
con tal de castigar a los que habían matado a su pa-
dre[42], y muchas también a Lépido. Después de que
éste se hubiera hundido por su falta de energía y aquél
acabara perdido por sus excesos, no quedaba para la
patria en discordia otro remedio que el gobierno de
un solo hombre. Sin embargo, no había consolidado 5
el estado con una monarquía ni con una dictadura,
sino con el simple título de príncipe[43]; su imperio es-
taba resguardado por el mar Océano o por remotos

---

40 Valerio Corvo había sido cónsul siete veces en el transcurso del siglo IV a. C.; Gayo Mario, el dictador, seis veces entre 107 y 86 a. C.

41 Véase III 56; Augusto retuvo una potestad propia de tribuno de la plebe, magistratura de excepcional importancia en el juego político romano, desde el año 23 hasta su muerte, si bien la compartió con sus presuntos sucesores. Esta magistratura le daba derecho a convocar al senado y a interponer un veto a sus resoluciones en nombre de la plebe.

42 Julio César, su padre adoptivo.

43 Véase cap. 1; el título de *princeps* era constitucionalmente atípico, y suponía una ambigüedad que Augusto parece haber mantenido deliberadamente mientras ejercía de hecho un supremo poder apoyado en su título de *imperator* y en su potestad tribunicia.

ríos[44]; las legiones, las provincias, las flotas, todo estaba estrechamente unido; el derecho reinaba entre los ciudadanos, la sumisión entre los aliados; la propia Ciudad[45] había sido magníficamente embellecida; en bien pocos casos se había empleado la fuerza, y ello por garantizar a los demás la paz.

10. Se decía en contra que la piedad para con su padre y las circunstancias por que pasaba la república las había tomado como pretexto; que, por lo demás, era la ambición de dominar lo que le había llevado a ganarse con dádivas a los veteranos; siendo un muchacho y un simple particular se había organizado un ejército, había corrompido a las legiones de un cónsul[46], había simulado adhesión al partido de Pompeyo.
2 Que más tarde, tras haber usurpado por un decreto de los senadores los haces y la jurisdicción del pretor, una vez muertos Hircio y Pansa[47] —ya los hubieran eliminado los enemigos, ya a Pansa un veneno vertido en su herida y a Hircio sus propios soldados y César[48] como maquinador del dolo—, se había apoderado de las tropas de ambos; que el consulado se lo había arrancado por la fuerza al senado, y que las armas que había tomado contra Antonio las había vuelto contra la república; las proscripciones de ciudadanos

---

44 En el momento de la muerte de Augusto eran límite oriental del imperio, en territorio europeo, el Rin y el Danubio; en el asiático lo era el Eufrates.

45 Tácito recurre, para referirse a Roma, a la habitual antonomasia de llamarla la *Urbs.*

46 Se refiere a Antonio y al año 44 a. C.

47 Cónsules del año 43, dramáticamente caídos en el transcurso de las guerras civiles desarrolladas durante su magistratura.

48 Se refiere, naturalmente, a Augusto, entonces todavía César Octaviano.

y los repartos de tierras no habían sido aprobados ni
por quienes las habían llevado a término. Cierto que 3
el final de Casio y de los Brutos había sido un tributo
a las enemistades paternas, aunque sea lícito subordinar los odios privados a los intereses públicos; pero
a Pompeyo lo había engañado con una apariencia de
paz, a Lépido con una amistad simulada; más tarde
Antonio, ganado por los pactos de Tarento y de Brindis y por el matrimonio con su hermana, había pagado
con la muerte las consecuencias de una alianza desleal[49]. No había duda de que tras todo esto había lle- 4
gado la paz, pero una paz sangrienta: los desastres de
Lolio y Varo[50], los asesinatos en Roma de los Varrones,
los Egnacios, los Julos[51]. No se mostraban más mo- 5
derados al hablar de su vida privada: le había quitado
la esposa a Nerón, y en un verdadero escarnio había
consultado a los pontífices si podía casarse según los
ritos aquella mujer que había concebido y estaba a la
espera de dar a luz[52]; los excesos de ***[53] y de Vedio
Polión; por último Livia, dura madre para la repú-

---

[49] Los pactos de Brindis (40 a. C.) y de Tarento (37 a. C.) supusieron sucesivas treguas en la lucha final por el poder único. Antonio desposó a Octavia, hermana de Augusto, a la que abandonó luego para unirse a Cleopatra.

[50] En los años 16 a. C. y 9 d. C., ambos en lucha contra los germanos.

[51] Se trata de plurales «estilísticos» de un tipo también corriente en castellano: se transfiere la pluralidad de un conjunto a cada uno de sus miembros. Varrón y Egnacio perdieron la vida tras una conspiración contra Augusto en el año 23 a. C. En cuanto a Julo Antonio, hijo de Marco Antonio, fue castigado con la muerte en el 2 a. C. como amante de Julia, hija única de Augusto.

[52] Sobre la tortuosa historia del matrimonio del que luego sería Augusto con Livia, véase V 1; tuvo lugar en el año 38 a. C.

[53] Lugar fragmentario o corrompido en que se lee un *que tedii* que no da sentido alguno; parece que el texto incomprensible oculta un nombre propio.

6 blica, dura madrastra para la casa de los Césares. No
había dejado honores para los dioses, pues se hacía
venerar en templos y en imágenes divinas por flá-
7 menes y sacerdotes[54]. Ni siquiera a Tiberio lo había
adoptado como sucesor por afecto o por cuidado de
la república; antes bien, dado que había calado en su
arrogancia y crueldad, se había buscado la gloria con
la peor de las comparaciones. La verdad es que unos
años antes Augusto, cuando solicitaba de los senadores
la potestad tribunicia para Tiberio por segunda vez,
aunque envueltos en términos laudatorios, le había
lanzado algunos reproches en torno a su carácter, ma-
neras y costumbres, aparentando excusarlo.
8 Por lo demás, terminado el sepelio según el rito
tradicional, se le decretan un templo y cultos divinos.

11. Luego las preces se dirigieron a Tiberio. Em-
pezó él a divagar sobre la magnitud del imperio y sobre
su propia modestia: sólo la mente del divino Augusto
—decía— estaba a la altura de tan inmensa mole; él,
a quien aquél había llamado a participar de sus traba-
jos, sabía por experiencia cuán ardua era, cuán sujeta a
la fortuna la carga de gobernarlo todo. Por ello, en un
estado que se apoyaba sobre tantos ilustres varones,
no debían concentrarlo todo en uno solo; entre varios
y aunando esfuerzos llevarían a término con mayor
2 facilidad las tareas de la república. En tal discurso
había más de dignidad que de sinceridad; las palabras
de Tiberio, incluso en cosas que no trataba de ocultar,
ya por naturaleza, ya por costumbre, eran siempre
vagas y oscuras, y en aquella ocasión, dado que se
esforzaba por esconder celosamente sus pensamientos,
quedaban envueltas en incertidumbre y ambigüedad

[54] Los *flamines* eran sacerdotes de Júpiter, Marte y Quirino. Del culto de Augusto se encargaban los *seuiri Augustales*.

aún mayores. Pero los senadores, que no tenían miedo 3
sino de que pareciera que entendían, se deshacían en quejas, en lágrimas, en ruegos; tendían sus manos a los dioses, a la efigie de Augusto, a las rodillas de Tiberio, cuando él ordenó traer y leer un cierto memorial. Se contenían en el mismo el inventario de los 4
recursos públicos, el número de ciudadanos y de aliados que estaban sobre las armas, la relación de flotas, de reinos y de provincias, los impuestos y rentas, los gastos necesarios y los donativos. Todo ello lo había escrito Augusto de su propia mano, y había añadido el consejo de mantener el imperio dentro de sus límites, sin que se viera claro si por temor o por envidia [55].

12. Cuando en tal situación el senado se rebajaba a las más humildes súplicas, dijo de pronto Tiberio que, si bien se consideraba incapaz de gobernar todo el estado, se le adjudicara alguna parte del mismo, cuya tutela tomaría a su cargo. Le dijo entonces Asinio 2
Galo [56]: «Quiero preguntarte, César, qué parte de la república deseas que se te encomiende.» Desconcertado por esta interpelación imprevista se quedó callado por un momento; luego, cobrando ánimo, le respondió que no le parecía en absoluto decoroso para su dignidad el escoger o evitar cosa alguna de algo que preferiría declinar en su totalidad. De nuevo Galo, que por 3
la expresión de Tiberio se había dado cuenta de que lo había herido, le dijo que no lo había interrogado para dividir cosas que no podían separarse, sino para convencerlo con su propia confesión de que uno solo era el cuerpo de la república, y de que debía ser regido por un solo espíritu. Añadió una loa de Augusto,

[55] Suetonio (*Augusto* 101) proporciona información detallada sobre este memorial.

[56] Cónsul del año 8 a. C.

y recordó a Tiberio sus propias victorias y las grandes
cosas que vistiendo la toga había hecho a lo largo de
4 tantos años[57]. Mas ni aun así calmó su resentimiento,
que se había ganado ya tiempo atrás por parecerle que
al tomar en matrimonio a Vipsania, la hija de Marco
Agripa que fuera antaño esposa de Tiberio[58], abrigaba
proyectos por encima de los de un simple ciudadano,
y que conservaba el ánimo arrogante de su padre, Polión Asinio[59].

13. A continuación Lucio Arruncio, con un discurso no muy diferente del de Galo, lo ofendió de manera similar, aunque no tenía Tiberio ningún viejo
resentimiento contra Arruncio; pero lo predisponían
contra él su riqueza, su decisión, su extraordinaria
2 categoría y una pareja popularidad. De hecho Augusto
en una de sus últimas conversaciones, tratando de
quiénes, pudiendo hacerse con el primer lugar, lo declinarían aun teniendo capacidad para desempeñarlo,
de quiénes aspiraban a él sin dar la talla, y de quiénes

---

[57] La expresión *in toga* corresponde a las acciones notables en la vida política y civil de Roma, por contraposición a sus hechos militares.

[58] Tiberio, cuyo matrimonio con Vipsania —madre de su hijo Druso— parece haber sido muy feliz, fue obligado por Augusto a repudiarla en 12 a. C. para casarse con su hija Julia al quedar ésta viuda de Agripa. Suetonio pinta con gran poder emotivo el sentimiento de Tiberio ante esta imposición, y cómo siguió, tras la separación, firme en su amor (cf. SUET., *Tiberio* 7).

[59] Gayo Asinio Polión, cónsul en el 40 a. C.; su larga vida (76 a. C. a 4 d. C.) cubre toda la época de crisis de la república y consolidación del principado, en cuyos orígenes desempeñó numerosos cargos a pesar de sus antecedentes republicanos. Fue orador notable y poeta, protector y amigo de Virgilio, que le dedica la famosa *Égloga* IV, aparte otras numerosas alusiones. Se le tiene por fundador de la primera biblioteca pública de Roma.

tenían capacidad para el mismo y además lo ambicio-
naban, había dicho que Marco Lépido[60] era capaz pero
que no tenía interés, Asinio Galo lo ambicionaba pero
no estaba a la altura, Lucio Arruncio no era indigno
y, si se le daba la ocasión, lo intentaría. Hay acuerdo 3
acerca de los dos primeros, en cambio algunos han
puesto a Gneo Pisón[61] en lugar de Arruncio; pues bien,
todos ellos, salvo Lépido, se vieron más tarde perdidos
por acusaciones urdidas por Tiberio[62]. También Quinto 4
Haterio y Mamerco Escauro[63] lastimaron su ánimo
suspicaz; Haterio porque dijo: «¿Hasta cuándo permi-
tirás, César, que la república esté sin cabeza?»; Es-
cauro por haber expresado su esperanza en que no
serían vanas las preces del senado habida cuenta que
no había interpuesto el veto de su potestad tribunicia
a la moción de los cónsules. Contra Haterio reaccionó
inmediatamente; a Escauro, contra quien nutría un
odio más implacable, lo dejó por el momento sin res-
puesta. Al fin, abrumado por el unánime clamor, se 5
fue plegando a los ruegos individuales, pero sin de-
clarar abiertamente que aceptaba el imperio, sino
dejando simplemente de decir que no y de hacerse
rogar. Consta que habiendo entrado Haterio en el Pa-
lacio[64] para suplicarle perdón y como se postrara a

---

60 Emilio Lépido, cónsul en 6 d. C.

61 Gneo Calpurnio Pisón, cónsul en 7 a. C. Se lo tuvo por causante de la muerte de Germánico en el 19 d. C., lo que le acarreó la suya en el 20. Véase, especialmente, III 7 y sigs.

62 *Como hace notar* WUILLEUMIER, esta imputación a Tiberio sólo parece justificada en el caso de Asinio Galo.

63 Cónsules en 5 a. C. y 21 d. C., respectivamente.

64 *Palatium*, de donde «palacio» como nombre común, era la denominación de la colina romana también llamada *mons Palatinus*. En él se hallaba la casa de Livia, que se convirtió más tarde en la de Augusto y de sus sucesores los Césares, quienes ampliaron el *palacio* hasta ocupar la práctica totalidad de la colina.

las rodillas de Tiberio, a quien halló paseando, estuvo a punto de ser muerto por los soldados cuando Tiberio cayó ya por casualidad, ya por haberse abrazado Haterio a sus piernas. Mas el peligro que corría un hombre de tanta talla no lo calmó hasta que Haterio suplicó a Augusta y se vio protegido por sus insistentes preces.

14. Grande fue también la adulación de los senadores para con Augusta: los unos proponían que se la llamara *Parens Patriae*, los otros *Mater Patriae*[65]; los más, que se añadiera al nombre del César el apelativo de «hijo de Julia». Él repitió una y otra vez que
2 se debía poner un límite a los honores de las mujeres, y que había de usar de la misma templanza en los que le atribuyeran a él mismo; por lo demás, inquieto por la envidia y tomando el encumbramiento de una mujer como una mengua para él, ni siquiera permitió que se le adjudicara un lictor[66], y prohibió erigir un
3 altar por su adopción y otras cosas por el estilo. En cambio, pidió para Germánico César el imperio pro-

---

[65] El texto reza: *alii parentem, alii matrem patriae apellandam*. Algunos intérpretes —como Wuilleumier— no creen que el genitivo *patriae* se refiera también a *parentem*, de manera que éste título vendría a ser para ellos simplemente «madre», o «madre del emperador». Nosotros creemos, al contrario, que el genitivo depende de ambos acusativos, y que la discusión de los senadores es sobre si llamarla *parens* —literalmente «la que pare»— o *mater*, término de significación más restringida, aunque en ambos casos «de la patria». Nuestra interpretación nos parece confirmada por Suetonio (*Tiberio* 50, 3), quien dice que el príncipe no toleró que llamaran a su madre «parentem patriae». Hemos preferido no traducir las denominaciones por no existir un término adecuado para *parens* a no ser el de «madre», que reclama para sí el inmediato *mater* y con mayor derecho.

[66] Funcionarios portadores de los *fasces*, adscritos a la compañía y servicio de magistrados y sacerdotes superiores.

consular[67], y envió legados para comunicárselo y para, al mismo tiempo, consolar su tristeza por el fallecimiento de Augusto. La razón por la que no solicitó lo mismo para Druso fue que era cónsul designado y estaba presente. Nombró doce candidatos a la pretura, 4
número establecido por Augusto; y cuando el senado le pidió que los aumentara, se obligó con juramento a no sobrepasarlo jamás.

15. Entonces por vez primera se trasladaron las elecciones del Campo de Marte al senado; pues hasta ese día, aunque las más trascendentes se hacían según el arbitrio del príncipe, todavía algunas se desarrollaban conforme a los intereses de las tribus. El pueblo no se quejó de que se le arrebatara su derecho sino con insignificantes rumores, y el senado, que así se libraba de tener que hacer donativos y ruegos humillantes, lo ejerció a gusto. Tiberio se limitó a recomendar no más de cuatro candidatos, que debían ser designados sin posibilidad de fracaso ni juego electoral. Entre las solicitudes presentadas por los tribunos 2
de la plebe estaba la de organizar a sus propias expensas unos juegos que en memoria de Augusto se añadieron a los fastos y se llamaron Augustales. Sin embargo se votó a tal fin un presupuesto salido del erario, y que los tribunos usaran en el circo de vestidura triunfal; no se les permitía ir en carro. Luego, 3
la celebración anual se transfirió al pretor al que correspondiera la jurisdicción entre ciudadanos y extranjeros.

---

67 Se trata de un poder a ejercer fuera de Roma con las mismas atribuciones que un cónsul, y generalmente destinado al desempeño de un mando militar en campaña.

16. Tal era el estado de cosas en Roma, cuando estalló una sedición en las legiones de Panonia[68], no por una causa nueva, sino más bien porque el cambio de príncipe parecía ofrecer licencia para perturbaciones y esperanza de recompensas tras una guerra civil.
2 Estaban reunidas tres legiones en los campamentos de verano al mando de Junio Bleso[69], quien, al enterarse del final de Augusto y del advenimiento de Tiberio, ya por duelo, ya por alegría, había interrumpido los ejercicios habituales. A partir de ahí empezaron los soldados a darse a la licencia, a la discordia, a prestar oídos a las palabras de los peores; luego a buscar la comodidad y el ocio, a rehuir la disciplina y el es-
3 fuerzo. Había en el campamento un tal Percennio, antaño jefe de una claque de teatro y luego soldado raso, hombre de lengua procaz y ducho en la agitación por las mañas propias de la escena. Este sujeto fue moviendo poco a poco, en coloquios nocturnos, aquellos ánimos inexpertos e inquietos por el porvenir de la milicia después de Augusto y, al atardecer y cuando los buenos se habían retirado, reunía a la peor gente.

17. Al fin, dispuestos ya también los demás artífices de la sedición, les preguntaba en tono de arenga por qué obedecían a unos pocos centuriones y aún menos tribunos[70] a la manera de siervos. ¿Cuándo se atreverían a exigir un remedio si no abordaban al prín-

---

68 Provincia limitada al N. y E. por el Danubio, y al O. y S. por los Alpes; su territorio venía a corresponder a la mitad occidental de la actual Hungría.

69 Cónsul en el 10 d. C. Su fortuna política se vio favorecida por la privanza de su sobrino Sejano con Tiberio.

70 Centuriones y tribunos —unos 60 y 6, respectivamente, para los aproximadamente 5.500 hombres de cada legión— correspondían, más o menos, a las actuales categorías de oficiales y jefes. Al mando de la legión había un *legatus*.

cipe nuevo y todavía vacilante con ruegos o con las
armas? Bastante habían pecado de cobardía por tantos 2
años tolerando servir por treinta o cuarenta[71] hasta
acabar viejos y, en la mayoría de los casos, con el
cuerpo mutilado por las heridas. Además —decía—, 3
tampoco los licenciados quedaban libres de la milicia,
sino que acampados al pie de un estandarte soporta-
ban, con otro nombre, las mismas fatigas[72]. Y si alguno
lograba salir de tantos peligros de muerte, todavía se
lo arrastraba a tierras remotas, donde con la etiqueta
de campos recibía pantanos encharcados y montes in-
cultos[73]. Y desde luego, la milicia misma era bien pe- 4
nosa y sin fruto: se valoraban cuerpo y alma en diez
ases por día; de ahí tenía que salir el vestuario, las
armas, las tiendas; de ahí el pago para prevenir la
crueldad de los centuriones y obtener la rebaja de
servicios[74]. Pero, ¡por Hércules!, los golpes y heridas,
la dureza del invierno, las fatigas del verano, las atro-
cidades de la guerra o la esterilidad de la paz eran
algo sempiterno. No había, pues, otra solución que la 5
de que se entrara en la milicia bajo condiciones esta-

---

71 Estos tiempos de servicio en filas, desmesurados para una mentalidad moderna, están acreditados por la documentación complementaria. Se había llegado prácticamente al tipo del soldado profesional, aunque no fuera voluntario. Augusto fijó en dieciséis años el tiempo de permanencia en filas, aunque de hecho la limitación no parece haber sido cumplida.

72 Efectivamente, los veteranos eran retenidos en los campamentos en alojamientos aparte y para servicios especiales, hasta el momento en que se tuviera a bien darles la verdadera licencia, lo que oficialmente ocurría a los cuatro años de concluir el servicio activo de dieciséis.

73 Se trata de los reglamentarios repartos de tierras a los soldados veteranos.

74 Todos estos gastos corrían, en efecto, a cargo de los soldados. Además, parece que era normal el tráfico de favores por parte de los mandos.

blecidas: que ganaran un denario por día, que a los
dieciséis años de servicio recibieran el licenciamiento
definitivo, y no se los retuviera por más tiempo bajo
los estandartes[75], antes bien, que en el mismo campa-
6 mento se les pagara el premio en dinero. ¿Acaso las
cohortes pretorianas[76], que ganaban dos denarios por
día, que a los dieciséis años eran devueltas a sus ho-
gares, corrían más peligros? No pretendía —alegaba—
denigrar a las guarniciones urbanas; pero él, entre
pueblos salvajes, veía desde las tiendas al enemigo.

18. Reaccionaba con gritos la masa, y exhibiendo
motivos diversos de excitación; mostraban los unos
irritados las marcas de los golpes, los otros sus canas,
la mayoría su vestuario destrozado y su cuerpo des-
2 nudo. Al fin llegaron a tal grado de furor que preten-
dieron juntar en una sola las tres legiones. Los disuade
el espíritu de cuerpo, pues cada cual exigía aquel
honor para su legión, por lo cual cambian de plan y
colocan juntas las tres águilas y los estandartes de las
cohortes[77]; al tiempo amontonan terrones y levantan
un tribunal[78], para que el emplazamiento resulte más
3 visible. Mientras se daban prisa en estos quehaceres,
llegó Bleso y comenzó a increparlos y a retenerlos in-
dividualmente gritando: «Mejor será que os ensangren-

---

75 Tal era el lugar donde acampaban los veteranos en el campamento.

76 Las de la guarnición de Roma.

77 Las águilas eran las enseñas de las legiones. Las cohortes no es seguro que tuvieran una enseña de conjunto para cada una de ellas, sino que parece que utilizaban como tal la de su primer manípulo o pelotón (cf. M. Marín y Peña, *Instituciones Militares Romanas*, Madrid, 1956, págs. 377 y sig.).

78 El *tribunal* era un arengario, generalmente construido por amontonamiento de terrones de césped, situado en el foro del campamento.

téis las manos con mi muerte; será más leve la infamia de matar a vuestro legado que la de desertar de vuestro emperador. Mantendré salvando la vida la lealtad de las legiones, o degollado apresuraré vuestro arrepentimiento.»

19. Mas no por ello dejaban de amontonar terrones[79], y ya les llegaban a la altura del pecho cuando al fin, vencidos por la obstinación de Bleso, desistieron de su empresa. Bleso, hablando con gran habilidad, les 2
dijo que las aspiraciones de los soldados no habían de presentarse al César por medio de sediciones y motines; ni los antiguos a los generales de antaño ni ellos mismos al divino Augusto habían formulado unas peticiones tan inusitadas; además, de manera poco oportuna recargaban las preocupaciones de un príncipe que estaba empezando; si a pesar de todo pretendían 3
intentar en la paz lo que ni siquiera los vencedores de las guerras civiles habían reclamado, ¿por qué contra el hábito de la subordinación, contra el sagrado derecho de la disciplina se aprestaban a usar de la fuerza? Debían elegir delegados y darles instrucciones en su presencia. Por aclamación decidieron que el 4
hijo de Bleso, que era tribuno, desempeñara aquella legación, y que pidiera para los soldados el licenciamiento a partir de los dieciséis años de servicio; las demás reivindicaciones se las encargarían cuando se hubiera logrado la primera. Con la partida del joven 5
se produjo un poco de calma; pero los soldados se llenaban de soberbia por el hecho de que el hijo del legado convertido en portavoz de la causa común mostrara bien a las claras que por la coacción habían arrancado lo que por la sumisión no habían conseguido.

[79] Para erigir el tribunal.

20. Entretanto, unos manípulos[80] que habían sido enviados antes de comenzar la sedición a Nauporto, por razón de los caminos, puentes y otras necesidades, una vez que se enteraron del motín ocurrido en el campamento, arrancan los estandartes, saquean los pueblos vecinos, y el propio Nauporto, que tenía carta de municipalidad[81]; a los centuriones que tratan de contenerlos los vejan con risas e insultos y, al cabo, también con golpes, con especial encono contra el prefecto de campamento[82], Aufidieno Rufo, al que sacan de su vehículo, lo cargan de bagajes y lo hacen marchar a la cabeza de la formación preguntándole en son de escarnio si soportaba a gusto tan enormes pesos, tan
2 largas caminatas. Y es que Rufo, largo tiempo soldado raso, luego centurión, más tarde prefecto de campamento, trataba de restablecer la vieja y dura vida militar, fanático del trabajo y la fatiga, y más intolerante cuanto que él los había soportado.

21. Con la llegada de esta gente se renueva la sedición, y vagando de un lado para otro se dedicaban a saquear los alrededores. Bleso ordena que a unos pocos, los más cargados de botín, para escarmiento de los demás los azoten y los encierren en el calabozo; pues entonces todavía obedecían al legado los centu-
2 riones y los mejores de los soldados; pero ellos se resistían por la fuerza a los que los llevaban presos, se agarraban a las rodillas de los circunstantes, gritaban ya el nombre de cada cual, ya el de la centuria

80 El manípulo era una unidad intermedia compuesta de dos centurias.

81 Estatuto jurídico que la equiparaba a la mayoría de las ciudades de Italia. Nauporto corresponde a Oberleibach, en Carniola (Yugoslavia).

82 Mando creado por Augusto con la finalidad de velar por el mantenimiento de la disciplina.

a la que cada uno pertenecía como soldado, el de la cohorte, el de la legión, repitiendo a voces que eso mismo les esperaba a todos. Al tiempo, acumulan insultos contra el legado, invocan al cielo y a los dioses, no omiten ningún medio con el que pudieran provocar
el odio, la compasión, el miedo y la ira. Todos se 3
deciden a socorrerlos, y violentando el calabozo sueltan sus cadenas y permiten ya mezclarse con ellos a los desertores e incluso a los condenados a muerte.

22. Se recrudece entonces la violencia, se multiplican los caudillos de la sedición. Un tal Vibuleno, soldado raso, levantado en hombros de los circunstantes ante el tribunal de Bleso, dice a los amotinados, pendientes de lo que él tramaba: «Ciertamente vosotros habéis devuelto la luz y el aliento a estos desgraciados inocentes; ¿pero quién devuelve a mi hermano la vida, y quién me devuelve el hermano a mí? A él, que os había sido enviado a vosotros por el ejército de Germania para tratar de comunes intereses, lo ha hecho degollar la noche pasada por medio de sus gladiadores, a quienes tiene y arma para matar soldados.
dados. Responde, Bleso, ¿dónde has arrojado el ca- 2
dáver? Ni siquiera los enemigos llevan su odio hasta negar la sepultura. Una vez que con besos y con lágrimas haya satisfecho mi dolor, manda asesinarme también a mí, con tal de que éstos sepulten a los que hayamos sido muertos no por crimen alguno, sino porque nos ocupábamos del bien de las legiones.»

23. Daba fuego a sus palabras con su llanto, y golpeándose pecho y rostro con las manos. Luego, apartando a aquellos en cuyos hombros se sostenía, y postrándose rostro en tierra ante los pies de cada uno, suscitó tanta consternación e ira, que una parte

de los soldados encadenó a los gladiadores que estaban al servicio de Bleso, parte al resto de sus esclavos, y otros se dispersaron a la búsqueda del cadáver.
2 Y si no llega a ser porque pronto se vio que no aparecía cuerpo alguno, y que los esclavos puestos en la tortura negaron el asesinato, y se supo que nunca había tenido un hermano, poco les faltó para acabar con el
3 legado. Sin embargo, a los tribunos y al prefecto de campamento los persiguieron, y saquearon sus bagajes mientras huían. Además, fue muerto el centurión Lucilio, al cual habían puesto de mote —una gracia típicamente militar— «Daca otra», porque, tras quebrar su vara de vid [83] en las espaldas de un soldado,
4 pedía en voz alta otra, y luego otra. Los demás se escondieron para protegerse; los soldados retuvieron solamente a Clemente Julio, a quien consideraban por lo dispuesto de su carácter como idóneo para trans-
5 mitir sus reclamaciones. Incluso dos legiones, la VIII y la XV, estaban a punto de acometerse con las armas, pues aquélla pretendía que se diera muerte a un centurión apellidado Sírpico, mientras que los de la XV lo protegían; pero intervinieron los soldados de la IX con ruegos e incluso con amenazas para el caso de que los desoyeran.

24. La noticia de estos sucesos empujó a Tiberio, aunque era de carácter enigmático y especialmente dado a ocultar los hechos más lamentables, a enviar allá a su hijo Druso con los principales del estado y dos cohortes pretorias, sin instrucciones concretas a no ser las de tomar decisiones a la vista de las circunstancias. Las cohortes, formadas con soldados es-

[83] La vara de vid era atributo del centurión, que con ella castigaba la indisciplina de los soldados. El mote que éstos habían puesto al centurión era, en latín, el de *Cedo alteram*.

cogidos, eran de una confianza por encima de lo habitual. Se les añadió gran parte de la caballería pre- 2
toriana y un fuerte grupo de germanos que tenían por entonces a su cargo la custodia del emperador; al mismo tiempo Elio Sejano[84], prefecto del pretorio nombrado colega de su padre Estrabón y hombre de gran confianza de Tiberio, actuaría como guía del joven y haría ver a los demás los peligros y las recompensas.
Cuando Druso se acercaba, salieron a recibirlo las le- 3
giones como por espíritu de subordinación, pero sin la alegría habitual y sin galas en sus enseñas; antes bien, mostraban un aspecto de sucio desarreglo y una expresión que fingía tristeza, aunque más cerca estaban de la rebeldía.

25. Una vez que hubo atravesado la empalizada, ponen guardias en las puertas y ordenan que pelotones armados ocupen ciertos puntos del campamento; los demás, en una formación enorme, rodean el tribunal. Estaba en pie Druso reclamando silencio con las
manos. Ellos, cuantas veces dirigían sus ojos a la mul- 2
titud, se ponían a alborotar con gritos feroces; pero cuando volvían su mirada hacia el César se echaban a temblar; un murmullo incierto, un clamor atroz, y de repente la calma; por movimientos contrarios de sus ánimos ya se llenaban de temor, ya lo producían.
Al fin, cuando se interrumpe el tumulto, lee la carta 3
de su padre, en la que estaba escrito que él tenía especialísimo cuidado de aquellas legiones de valor sin par con las que había soportado tantas guerras; que tan pronto como su ánimo se viera aliviado del duelo, trataría en el senado de sus reclamaciones; que entre-

[84] Primera mención del que será más tarde privado de Tiberio. Compartía con su padre la prefectura del pretorio, jefatura de la guarnición de Roma.

tanto les había enviado a su hijo para que sin vacilación les concediera lo que se les pudiera dar en el momento; lo demás debía reservarse al senado, a quien no era justo dejar al margen ni de la benevolencia ni de la severidad.

26. Respondió la asamblea que había dado al centurión Clemente el encargo de hablar en su nombre. Empezó él a tratar del licenciamiento a los dieciséis años, de las recompensas del final del servicio, de que el estipendio fuera un denario por día, de que no se retuviera a los veteranos bajo los estandartes. Como Druso replicara con el juicio del senado y de su padre,
2 fue interrumpido por los gritos: ¿A qué había venido si no era para aumentar los estipendios de los soldados ni para aliviar sus fatigas, en fin, sin licencia alguna para favorecerles? Por Hércules, decían, que para dar golpes y para matar se daba autorización a todos. Tiberio acostumbraba antaño a frustrar las aspiraciones de las legiones invocando el nombre de Augusto; Druso había echado mano de las mismas artes. ¿Acaso nunca iban a comparecer ante ellos sino
3 simples hijos de familia? Era realmente algo sin precedentes el que el emperador remitiera al senado solamente las cuestiones relativas al interés del ejército. Según eso habría que consultar al senado también cuando se decidían ejecuciones o guerras. ¿Es que las recompensas dependían de los señores y los castigos no tenían control?

27. Al fin abandonan el tribunal, y cuando se topaban con alguno de los soldados pretorianos o de los amigos del César, les tendían el puño, buscando discordia y pretexto para una lucha armada, especialmente irritados contra Gneo Léntulo, puesto que se creía que

él, que estaba por delante de los otros en edad y gloria militar, era quien daba fuerzas a Druso y era el primero en repudiar aquellos desafueros en el ejército.
Y no mucho después, cuando separándose del César 2
se dirigía de nuevo al campamento de invierno en previsión del peligro que amenazaba, lo rodean preguntándole adónde iba, si junto al emperador o al senado, para también allí oponerse a los intereses de las legiones; al mismo tiempo se lanzan sobre él y le arrojan piedras. Y cuando estaba ya cubierto de sangre por las pedradas y seguro de su final, acudió corriendo la tropa que había venido con Druso y lo protegió.

28. Aquella noche amenazadora y a punto de estallar en crimen vino a ser apaciguada por el azar. En efecto, de repente, en el cielo sereno se vio menguar la luna. El soldado, que ignoraba la causa, lo tomó como un presagio concerniente al momento, igualando el eclipse del astro a sus fatigas, y suponiendo que la marcha de sus asuntos llegaría a buen final si la diosa
recuperaba su brillo y claridad. Así, pues, hacen re- 2
sonar el bronce y el clamor de tubas y cuernos; según la luna se volviera más clara o más oscura se alegraban o se estristecían; y cuando surgieron unas nubes que la ocultaban a la vista y la creyeron hundida en las tinieblas, con la propensión a la superstición que tienen tales mentes una vez que están impresionadas, se lamentaban de que se les anunciaba una fatiga sin fin, y de que los dioses estaban disgustados por lo que
habían hecho. Pensando el César[85] que había que 3
aprovecharse de tal cambio y manejar sabiamente lo que la fortuna había brindado, manda recorrer las tiendas; se hace venir al centurión Clemente y a cuan-

[85] Se refiere a Druso, que siendo hijo de Tiberio hereda tal apellido cuando su padre es adoptado por César Augusto.

tos los hacían aceptos a la masa sus buenas cualidades.
4 Éstos se mezclan a las guardias nocturnas, a los centinelas, a las guardias de puertas; les ofrecen esperanzas, procuran infundirles miedo: «¿Hasta cuándo tendremos sitiado al hijo del emperador? ¿Cuándo terminará la lucha? ¿Es que vamos a prestar juramento a Percennio y a Vibuleno? ¿Es que Percennio y Vibuleno van a repartir estipendios a los soldados, tierras a los licenciados? En fin, ¿van a hacerse con el imperio del pueblo romano en lugar de los Nerones y los Dru-
5 sos? ¿Por qué, antes bien, ya que fuimos los últimos en la culpa, no somos los primeros en el arrepentimiento? Las reclamaciones comunitarias marchan despacio, en cambio la gracia particular tan pronto se
6 gana, en seguida se recibe.» Sembrando tales ideas, lograron impresionarlos y crear recelos entre ellos, con lo que quebrantaron la unidad entre bisoños y veteranos, entre legión y legión. Empezó entonces a volver poco a poco la inclinación a la disciplina, abandonan las puertas, los estandartes que al principio de la sedición habían reunido en un solo lugar los devuelven a sus emplazamientos.

29. Druso, convocada la asamblea al amanecer, aunque no era buen orador, con su ingénita dignidad les reprochó su anterior conducta, alabándoles la presente. Les dice que no se deja amilanar por el miedo ni por las amenazas; que si los ve inclinados a la subordinación, si se lo piden en tono de súplica, escribirá a su padre para que escuche benévolo los ruegos
2 de las legiones. A petición de ellos, son enviados a Tiberio de nuevo el mismo Bleso y Lucio Aponio, caballero romano de la cohorte de Druso, y Justo Cato-
3 nio, centurión de la primera cohorte. Hubo luego contraste de opiniones, dado que unos estimaban con-

veniente esperar el regreso de los comisionados, y entretanto calmar a la tropa tratándola con suavidad; otros, en cambio, que había que aplicar remedios más enérgicos: «todo es poco para la masa; aterroriza si no se le causa terror; una vez que se le mete miedo, se la puede despreciar»; añadían que mientras se encontraban dominados por la superstición era el momento de hacerles sentir también miedo del mando, quitando de en medio a los autores de la sedición.
Druso era de natural dispuesto a las actitudes más 4
duras: hace llamar y matar a Vibuleno y Percennio. Cuentan los más que fueron enterrados en la tienda del general; otros, que sus cuerpos fueron arrojados fuera del recinto para que sirvieran de ejemplo.

30. Entonces se emprendió la búsqueda de los principales perturbadores, y parte de ellos, que andaban dispersos fuera del campamento, fueron muertos por los centuriones o por los soldados de las cohortes pretorias, mientras que a otros los entregaron los propios manípulos como garantía de su lealtad. Había aumen- 2
tado las cuitas de los soldados la prematura llegada del mal tiempo, con lluvias continuas y tan recias que no podían salir de las tiendas, ni reunirse unos con otros, y apenas tener cuidado de los estandartes, que eran arrebatados por el vendaval y las aguas. Perma- 3
necía además en ellos el miedo de la ira celestial: no en vano menguaban los astros y se precipitaban las tempestades como respuesta a su impiedad; no había otro remedio para sus males —pensaban— que el abandonar aquel campamento maldito y profanado, y que purificado por medio de un sacrificio expiatorio volviera cada cual a su acuartelamiento de invierno. Par- 4
tió primero la legión VIII, luego la XV; los de la IX clamaban una y otra vez que había que esperar la

respuesta de Tiberio; luego, abandonados por la marcha de los otros, decidieron afrontar por las buenas
5 la necesidad que se les imponía. Y así Druso, sin esperar el regreso de los comisionados, puesto que la situación se había calmado bastante, volvió a la Ciudad.

31. Casi por los mismos días y por las mismas causas se amotinaron las legiones de Germania; por ser más, tanto más violenta fue la revuelta y también porque había grandes esperanzas de que Germánico César, no queriendo soportar el imperio de otro, se entregara a las legiones, las cuales todo lo arrastrarían
2 con su fuerza. Había dos ejércitos en la ribera del Rhin; el llamado superior estaba al mando del legado Gayo Silio, y el inferior a cargo de Aulo Cécina. El mando supremo estaba en manos de Germánico, ocupado en-
3 tonces en hacer el censo de las Galias. Pero mientras que los que estaban a las órdenes de Silio, indecisos aún, seguían con atención la fortuna de la sedición ajena, los soldados del ejército inferior se dejaron llevar por la furia, habiéndose iniciado el movimiento en la XXI y en la V, que arrastró también a las legiones I y XX, pues estaban acampadas en un mismo lugar, en los confines de los ubios [86], entregadas al ocio
4 o a tareas leves. Así, pues, conocido el final de Augusto, una multitud urbana, procedente de la leva recientemente hecha en Roma, acostumbrada al relajamiento, que no soportaba las fatigas, empezó a meter en los espíritus sencillos de los otros ideas como la de que había llegado el momento de reclamar los veteranos un pronto licenciamiento, los jóvenes estipendios más generosos, todos un límite a sus miserias, así como de vengarse de las crueldades de los centurio-

86 Pueblo que habitaba en la región de la actual Colonia.

nes. Esto no lo decía uno solo, como Percennio en las 5
legiones de Panonia, ni a los oídos inquietos de unos soldados que veían tras de sí a ejércitos más poderosos, sino que muchas eran las caras y voces de la sedición: en sus manos estaba el poder de Roma, decían; con sus victorias se engrandecía el estado, y los generales tomaban de ellos sus sobrenombres[87].

32. Y el legado no les salía al paso; es que la locura de los más lo había privado de su firmeza. De repente, fuera de sí acometen espada en mano a los centuriones, desde siempre objeto del odio de los soldados e inicio de sus atrocidades. Tras echarlos a tierra los azotan con vergajos, sesenta golpes a cada uno, para igualar el número de los centuriones; luego, cubiertos de contusiones y desgarros, muertos ya parte de ellos, los arrojan al pie de la empalizada o a las aguas del Rhin. Como Septimio se hubiera refugiado 2
en el tribunal y postrado a los pies de Cécina, lo reclamaron hasta que les fue entregado para darle muerte. Casio Quérea, que más adelante había de ganarse un lugar en la memoria de la posteridad por haber dado muerte a Gayo César[88], entonces un muchacho pero de ánimo muy decidido, se abrió camino espada en mano entre los hombres armados que le cerraban el paso. Desde aquel momento ni el tribuno ni el pre- 3
fecto de campamento conservaron su autoridad: las guardias de noche, los puestos de centinela y cualquier otro cometido que el momento exigiera, ellos mismos se los distribuían. Para quienes eran capaces

[87] Costumbre tradicional en Roma era la de los *cognomina* que los generales victoriosos tomaban de sus campañas. Aquí se refiere al de Germánico, atribuido a Druso el mayor y heredado por su hijo.

[88] El emperador Calígula, asesinado en el año 41.

de observar los ánimos de los soldados con una mayor profundidad, el principal indicio de que se trataba de un movimiento importante e implacable era que ni andaban desacordados ni se enardecían por instigación de unos pocos, sino todos a una, y todos a una también guardaban silencio, con tal cohesión y firmeza, que se creería que tenían un mando.

33. Entretanto le llegó a Germánico, que, como dijimos, andaba por la Galia haciéndose cargo del censo, la noticia de la muerte de Augusto. Tenía a su nieta Agripina por esposa, y varios hijos de su matrimonio[89]; él era hijo de Druso, el hermano de Tiberio, y nieto de Augusta, pero vivía inquieto por los ocultos resentimientos de su tío y abuela contra él, cuyas cau-
2 sas resultaban aún más enérgicas por injustas. Y es que permanecía vivo en el pueblo romano un gran recuerdo de Druso, y se pensaba que, si hubiera llegado a obtener el poder, hubiera restablecido la libertad; de ahí el mismo favor y esperanza con relación a Germánico. En efecto, era un joven de talante liberal, de una admirable bondad, tan diversa del modo de hablar
3 y de mirar de Tiberio, arrogante y sombrío. Se añadían luego los resentimientos propios de mujeres: Livia alimentaba contra Agripina enconos de madrastra, y también Agripina tenía un carácter más bien excitable, aunque era virtuosa, y por amor a su marido procuraba llevar a buena parte su natural indómito.

34. Ahora bien, Germánico, precisamente por estar más cerca de la suprema esperanza, tanto más esforzadamente apoyaba a Tiberio; y así le prestó jura-

[89] Nerón, Druso, Calígula y Agripina; más tarde nacieron Drusila y Livila.

mento de fidelidad, e hizo que lo prestaran sus allegados y las ciudades belgas. Luego, al enterarse del motín de las legiones, partió al instante y las encontró fuera del campamento; los soldados miraban al suelo como arrepentidos. Una vez que penetró en el recinto, 2
empezaron a oírse quejas confusas. Algunos, tomando su mano como si fueran a besarla, metían sus dedos en sus bocas para que tocara sus encías sin dientes; otros le mostraban sus miembros encorvados por la vejez. Manda a la asamblea que le rodeaba que forme 3
por manípulos, pues aparecía desordenada: así oirían mejor su respuesta; también que pongan al frente los estandartes, pues al menos por ese medio podría distinguir las cohortes; le obedecieron sin darse prisa. Entonces comenzó a hablar con palabras de veneración 4
a Augusto, para pasar luego a las victorias y triunfos de Tiberio, extendiéndose en especiales alabanzas acerca de las más hermosas que había obtenido en Germania con aquellas legiones. Luego exalta el consenso de Italia, la lealtad de las Galias; en ningún lugar se habían producido perturbaciones o discordias. Esto lo escucharon en silencio o con leves murmullos.

35. Cuando tocó el tema de la sedición, preguntándoles dónde estaba la subordinación militar, dónde el honor de la vieja disciplina, adónde habían echado a los tribunos, adónde a los centuriones, todos desnudan sus cuerpos, le echan en cara las cicatrices de las heridas, las marcas de los golpes; luego, con griterío entremezclado, protestan del tráfico de los rebajes, de las angustias del estipendio, de la dureza de los trabajos, enumerándolos por sus nombres propios: empalizadas, fosos, acopio de pienso, de materiales, de leña; y eso si no se les exigen otros por necesidad o para evitar el ocio en los campamentos. Se levantaba un 2

clamor especialmente feroz de entre los veteranos que,
haciendo valer sus treinta o más años de servicio, pe-
dían remedio para sus fatigas, y no morir en los mis-
mos trabajos, sino un término a tan esforzada milicia
3 y un descanso sin miseria. Los hubo incluso que recla-
maron el dinero legado por el divino Augusto, con
palabras de buen augurio para Germánico; le dieron
además claras señales de que si quería el imperio los
4 tenía a su disposición. Pero entonces, como si se viera
contaminado por un crimen, bajó inmediatamente del
tribunal. Como tratara de marcharse, intentaron ce-
rrarle el paso con las armas, amenazándole si no volvía;
mas él, repitiendo a voces que moriría antes de faltar
a la fe jurada, arrancó de su costado la espada y ya la
dirigía contra su pecho, si no fuera que los que esta-
5 ban a su lado le sujetaron por fuerza la diestra. La
parte que se amontonaba al fondo de la asamblea e
incluso algunos acercándose a él, lo que ya resultaba
increíble, lo animaban a clavarse la espada; incluso
un soldado llamado Calusidio le ofreció la suya desen-
vainándola y añadiendo que estaba más afilada. Eso
les pareció feroz y desaforado incluso a aquellos locos,
y al fin se produjo un respiro que permitió a los ami-
gos llevarse al César a su tienda.

36. Allí se deliberó sobre las medidas a tomar,
pues se anunciaba que se aprestaban comisionados
para arrastrar al ejército superior a la misma causa;
que la ciudad de los ubios [90] estaba condenada al ex-
terminio, y que una vez que las tropas se hubieran
hartado de saqueo, habrían de lanzarse a devastar las
2 Galias. Aumentaba los temores el enemigo, enterado
de la sedición romana, y que si se desguarnecía la ri-

[90] La que luego será Colonia.

bera estaba presto a invadirla. Ahora bien, si se armaban las fuerzas auxiliares y aliadas contra la rebeldía de las legiones, se desencadenaría una guerra civil. La severidad resultaba peligrosa, la condescendencia criminal: ya se le concediera al soldado nada o todo, la república estaba en peligro. Así, pues, tras dar vueltas 3
a unas razones con otras, pareció conveniente redactar una carta a nombre del príncipe: se les concedía el licenciamiento a los veinte años de servicio; se rebajaba a los que ya hubieran cumplido dieciséis, y se les retenía bajo el estandarte, con la única obligación de colaborar ante ataques enemigos; los legados que habían reclamado se les pagarían doblados.

37. Percatóse la tropa de que era un recurso para salir del paso, y exigió su cumplimiento inmediato. Los tribunos se apresuraron a conceder los licenciamientos; los repartos de dinero se diferían para el momento en que cada cual estuviera en su cuartel de invierno. Pero los de la V y los de la XXI no quisieron marcharse hasta que en el mismo campamento de verano se les pagó con dinero reunido de las dietas de viaje de los amigos del César y del César mismo. A las 2
legiones I y XX se las llevó de nuevo el legado Cécina a la ciudad de los ubios: un cortejo vergonzoso en el que se transportaban en medio de los estandartes y las águilas los caudales arrebatados al general en jefe. Germánico, marchando al ejército superior, tomó ju- 3
ramento a las legiones II, XII y XVI, que lo prestaron sin vacilar. Los de la XIV dudaron un poco; se les ofreció dinero y el licenciamiento aun sin exigirlo ellos.

38. En tierra de los caucos[91] iniciaron una sedición los veteranos de las legiones amotinadas que estaban

---

91 Pueblo costero, entre los ríos Ems y Weser.

encargadas de la guarnición, y se los reprimió un poco con la ejecución sumaria de dos soldados. Había dado la orden Manio Ennio, prefecto de campamento, más atento a dar un buen ejemplo que al derecho que tenía.
2 Después, al crecer el motín, se dio a la fuga, pero fue apresado, y buscó en la audacia la protección que su escondrijo no le brindara: no era a un prefecto a quien ellos violentaban —les dijo—, sino a su general Germánico, a su emperador Tiberio. Tras atemorizar a los que le hacían frente, arrebató el estandarte, se dirigió hacia la ribera del río, y clamando repetidamente que si alguno se salía de la formación sería tenido por desertor, los llevó de nuevo al campamento de invierno, agitados pero sin que se atrevieran a nada.

39. Entretanto los comisionados del senado se reúnen con Germánico que ya había regresado al Altar de los Ubios[92]. Invernaban allí dos legiones, la I y la XX, y los veteranos recién licenciados que se en-
2 contraban ahora bajo el estandarte. Alterados por el miedo y la mala conciencia, les asalta el temor de que hubieran venido con orden del senado de anular las concesiones que habían arrancado por medio de la
3 sedición. Y según es costumbre del vulgo el buscar un culpable aunque la imputación sea falsa, empiezan a acusar a Munacio Planco, que había sido cónsul y era jefe de la delegación, de ser el inspirador del decreto senatorial; a media noche se ponen a reclamar el estandarte colocado en el pabellón de Germánico, y amontonándose ante la entrada, rompen la puerta, y levantando al César del lecho lo obligan a entregar el
4 estandarte con amenazas de muerte[93]. Luego, merodeando por las calles se toparon con los legados, que

[92] Santuario fundado por Augusto en Colonia.
[93] Con el estandarte le retiraba su obediencia.

al oír el escándalo acudían junto a Germánico. Los
cubren de insultos, se aprestan a darles muerte, espe-
cialmente a Planco, a quien su dignidad le había impe-
dido huir; y no tuvo en tal peligro otro refugio que el
campamento de la legión I. Allí, abrazándose a los es-
tandartes y al águila, trataba de protegerse bajo su
religioso asilo, y si el portador del águila Calpurnio no
hubiera rechazado el último ataque, hubiera ocurrido
algo raro incluso entre enemigos: que un legado del
pueblo romano, en un campamento romano, manchara
con su sangre los altares de los dioses. Al fin, con el 5
alba, una vez que se podían discernir jefe y soldados
y acciones, entrando Germánico en el campamento or-
dena que lleven ante él a Planeo y le da acogida en
su tribunal. Entonces, increpando aquella furia fatal 6
y diciendo que resurgía no la ira de los soldados, sino
la de los dioses, les declara a qué habían venido los
legados; deplora con elocuencia la violación de su de-
recho de tales, y el grave e inmerecido ultraje sufrido
por Planco, y al mismo tiempo el gran deshonor en que
había incurrido la legión; y dejando a la asamblea más
atónita que tranquilizada, hace marchar a los legados
protegidos por caballería auxiliar.

40. En aquella situación de alarma todos reprocha-
ban a Germánico que no marchara al ejército superior,
donde había disciplina y refuerzos contra los rebeldes:
bastante y demasiado se había pecado ya con el licen-
ciamiento y el dinero y las medidas blandas. Y si él 2
no valoraba su vida —decían—, ¿por qué tenía a su
hijo pequeño, por qué a su esposa encinta entre aque-
llos dementes y violadores de todo derecho humano?
Que al menos los restituyera a su abuelo y al estado.
Dudó durante mucho tiempo, pues su mujer se negaba 3
a marchar, protestando que era descendiente del divino

Augusto y que ante los peligros no se mostraría una degenerada. Al final, abrazando con gran llanto su seno y al hijo común logró convencerla de que partiera.
4 Allá marchaba el triste cortejo de mujeres: la esposa del general convertida en fugitiva, llevando en brazos a su hijo pequeño; en torno a ella las esposas de los amigos, a quienes se obligaba a seguir el mismo camino; y no era menor la tristeza de los que se quedaban.

41. No era aquélla la imagen de un César en la cima de su éxito y en su propio campamento, antes bien la de una ciudad conquistada; los gemidos y los llantos atrajeron incluso los oídos y miradas de los soldados. Van saliendo de las tiendas: ¿qué era aquel estrépito lamentable?, ¿qué triste acontecimiento había sucedido? Unas mujeres ilustres, sin un centurión para guardarlas, sin un soldado, sin nada propio de la esposa de un general, sin la habitual escolta, se marchaban a tierra de los tréviros[94] para confiarse a una fe
2 extranjera. Empezaron entonces a sentir vergüenza y lástima, a recordar a su padre Agripa, a su abuelo Augusto, a su suegro Druso; la insigne fecundidad de la propia Agripina, su castidad resplandeciente; luego, aquel niño nacido en el campamento, criado en la camaradería de las legiones, a quien habían dado el nombre militar de Calígula[95] porque casi siempre se le ponía ese calzado para hacerlo simpático a la tropa.
3 Pero nada influyó tanto en su cambio de ánimo como su envidia contra los tréviros. Le suplican, se plantan ante ella, le piden que vuelva, que se quede, rodeando unos a Agripina y volviendo los más al lado de Ger-

---

94 Pueblo que da nombre a Tréveris (Trier).

95 *Calígula* es diminutivo de *caliga*, sandalia típicamente militar.

mánico. Y él, con su dolor y su ira todavía reciente, habló así a los que le rodeaban:

42. «No me son mi esposa o mi hijo más queridos que mi padre y que la república; pero a aquél, ciertamente, lo defenderá su majestad, y al imperio romano los demás ejércitos. A mi mujer y a mis hijos, a quienes de buena gana expondría a la muerte por vuestra gloria, trato ahora de alejarlos de vuestra locura, de manera que, sea cual sea ese crimen con que se me amenaza, quede expiado con mi sola sangre, y no os hagan más culpables la muerte de un biznieto de
Augusto y el asesinato de la nuera de Tiberio. ¿Pues 2
qué no habéis osado y violado a lo largo de estos días? ¿Qué nombre daré a esta asamblea? ¿He de llamar soldados a quienes habéis puesto sitio con armas y trincheras al hijo de vuestro emperador? ¿He de llamar ciudadanos a quienes así habéis pisoteado la autoridad senatorial? Habéis incluso quebrantado el derecho debido a un enemigo, el carácter sagrado
de una legación y las leyes de gentes. El divino Julio 3
apaciguó una sedición del ejército con una sola palabra, llamando «ciudadanos»[96] a quienes hacían caso omiso del juramento a él prestado; el divino Augusto con su mirada y su presencia hizo temblar a las legiones en Accio[97]. Nosotros, aun no siendo los mismos, de ellos venimos, y si soldados nacidos en Hispania o en Siria nos faltaran al respeto, sería algo asombroso e indigno. Vosotros, legiones primera y vigésima, una la que re-

[96] El término que traducimos por «ciudadanos» es el tradicional *Quirites;* en este caso el tono es claramente despectivo.

[97] Teatro de la batalla naval que en el 31 a. C. dio a Augusto la victoria sobre Antonio y el poder absoluto sobre Roma y el mundo romano, situado en la entrada del golfo de Ambracia, en el límite S. del Epiro, extremo NO. de la Grecia actual.

cibió sus enseñas de Tiberio, la otra su compañera de tantas batallas, la que tantas recompensas recibió:
4 ¡buen agradecimiento mostráis a vuestro jefe! ¿He de llevarle yo esta noticia a mi padre[98], que de las otras provincias no las recibe sino faustas? Que sus reclutas, que sus veteranos no están saciados con el licenciamiento ni con los dineros. Que sólo aquí se mata a los centuriones, se expulsa a los tribunos, se encierra a los legados; que se han manchado de sangre campamentos y ríos, y que yo arrastro mi vida en precario entre enemigos.»

43. «¿Por qué, pues, el primer día de asamblea apartasteis aquel hierro que me disponía a hundir en mi pecho, oh amigos imprudentes? Más y mejor me quería aquel que me ofrecía su espada. Al menos hubiera caído sin llegar a ser cómplice de tantos crímenes de mi ejército; hubierais elegido un jefe que sin duda dejaría impune mi muerte, pero que al menos
2 hubiera vengado la de Varo y sus tres legiones[99]. No permitan los dioses a los belgas —que son los primeros en ofrecerse— alcanzar esa honra y esa gloria de haber socorrido al nombre romano, sometiendo a
3 los pueblos de Germania. Que tu espíritu, divino Augusto, acogido en el cielo, que tu imagen, padre Druso, que tu memoria, en compañía de estos soldados que fueron vuestros, y a quienes ya está volviendo el sentido del honor y de la gloria, laven esta mancha y que vuelvan las iras civiles[100] en perdición de los enemigos.
4 Y vosotros, en quienes veo ahora otros rostros, otros

---

98 Germánico era en realidad sobrino de Tiberio, como hijo de su hermano Druso, pero debe recordarse que cuando Augusto adoptó a Tiberio hizo que éste a su vez adoptara a Germánico.

99 Véase 3, 6.

100 Es decir, que estallaban en violencias intestinas.

corazones, si devolvéis al senado sus legados, a vuestro emperador vuestra subordinación, a mí mi esposa y mi hijo, separaos también de los perturbadores y dejadlos aparte: ésa será la garantía de vuestro arrepentimiento, el vínculo de vuestra lealtad.»

44. Respondieron a su discurso confesando que sus reproches eran justos, y suplicándole que castigara a los culpables, perdonara a los extraviados y los guiara contra el enemigo; que hiciera volver a su esposa, que retornara aquel niño criado por las legiones, y no fuera entregado como un rehén a los galos. El regreso de Agripina lo excusó por la inminencia de su parto y del invierno; vendría su hijo, y el resto sería cometido de ellos mismos. Transformados, se 2
disuelven y a los más sediciosos los traen encadenados ante el legado de la primera legión Gayo Cetronio, que juzgó e impuso penas a cada uno del modo siguiente. Estaban formadas en asamblea las legiones con las espadas desenvainadas; un tribuno mostraba al reo desde el estrado; si clamaban a voces que era culpable, se daba con él en tierra y se lo degollaba. Y los 3
soldados se alegraban con las ejecuciones, como si se absolvieran a sí mismos; el César no interfería, con lo que, al no haber dado él orden alguna, la crueldad del hecho y el odio de él derivado caería sobre ellos mismos. Siguiendo el ejemplo se envía poco después a 4
los veteranos a Recia [101], oficialmente para defender la provincia de la amenaza de los suevos, pero en realidad para apartarlos del campamento todavía marcado por la ferocidad a causa no menos de la aspereza del

[101] La *Raetia* era una provincia limitada por el Danubio al N., el Rin al O., los Alpes al S. y al E. por la del *Noricum;* su territorio coincidía con el de la actual Suiza (Grisones), Baviera y Tirol.

5 remedio que del recuerdo del crimen. Trató luego de los centuriones; cada uno, llamado individualmente por el general, declaraba su nombre, cuerpo, patria, años de servicio, qué hechos de armas había realizado y qué recompensas tenía. Si los tribunos y la legión respondían de su competencia y honestidad, conservaban su grado; si unánimemente se les acusaba de codicia o crueldad, se le daba de baja en la milicia.

45. Arreglada así la situación del momento, restaba todavía una tarea no menor a causa de la actitud obstinada de las legiones V y XXI, que invernaban a
2 sesenta millas, en el lugar llamado Vétera[102]. Habían sido, en efecto, las primeras en iniciar la sedición; habían perpetrado con sus manos los crímenes más atroces, y ni el miedo por el castigo de sus camaradas ni el ejemplo de su arrepentimiento contenían sus iras. Así, pues, el César se dispone a bajar por el Rhin con un ejército, una flota y tropas aliadas, resuelto a imponerse por las armas si se menospreciaba su autoridad.

46. Pero en Roma, sin conocerse todavía el resultado del motín en el Ilírico y ante la noticia del de las legiones de Germania, la Ciudad llena de miedo acusaba a Tiberio de estar burlándose del senado y del pueblo, impotentes e inermes, con vacilaciones fingidas, mientras que los soldados se desmandaban, sin que pudiera someterlos la inmadura autoridad de dos
2 muchachos[103]. Debía haber ido él mismo, decían, e imponer su majestad imperial a los sediciosos, que cederían tan pronto hubieran visto a un príncipe de

---

102 *Castra Vetera*, es decir, Campamento Viejo; estaba situado en las cercanías de la actual Xanten.

103 Druso y Germánico.

tan larga experiencia, y que era al tiempo la cima de la severidad y la munificencia. ¿Acaso no había podido 3
Augusto viajar tantas veces a Germania ya decrépito por la edad? En cambio Tiberio, en la plenitud de la vida, se estaba sentado en el senado enredando con las palabras de los senadores. Ya se había dedicado bastante atención al sometimiento de la Ciudad; era el momento de aplicar calmantes a los ánimos de los soldados para que se avinieran a tolerar la paz.

47. Frente a tales comentarios, permaneció fijo e inquebrantable en Tiberio el designio de no abandonar la capital del estado ni exponerse a sí mismo y a la república al azar. Cierto que eran muchas y diversas sus angustias: más fuerte era el ejército de Germania, más cercano estaba el de Panonia; aquél estaba apoyado por los recursos de las Galias; éste amenazaba a Italia: ¿a cuál daría preferencia? Y era de temer que los pospuestos lo tomaran a despecho. En cambio, por me- 2
dio de sus hijos podía visitarlos a un tiempo conservando su majestad, cuyo respeto aumenta con la distancia[104]. Además a los muchachos les sería permitido remitir ciertos asuntos a su padre, y si plantaban cara a Germánico o a Druso, podría él calmarlos o quebrantarlos; ¿qué recuros le quedaba si llegaban a menospreciar al mismo emperador? Por lo demás, como 3
si estuviera a punto de partir de un momento a otro, eligió acompañantes, dispuso los bagajes, aprestó naves. Luego, echando la culpa ya al invierno, ya a los quehaceres, engañó primero a los prudentes, luego al vulgo, y durante mucho tiempo a las provincias.

---

104 Se trata de una bien conocida *sententia* de Tácito: *maior e longinquo reuerentia.*

48. Pero Germánico, aunque tenía ya concentrado
su ejército y preparado el castigo para los sublevados,
juzgando que se les debía dar todavía un plazo por si
reflexionaban en su propio bien ante el reciente ejem-
plo, envía por delante una carta a Cécina anunciándole
su llegada con un fuerte contingente y que, si no se
aprestan ellos mismos a castigar a los malvados, va
2 a llevar a cabo una matanza indiscriminada. Cécina
se la lee ocultamente a los aquilíferos y portaestan-
dartes y a cuantos en el campamento se habían man-
tenido fieles, exhortándolos a que libren a todos de la
infamia y a sí mismos de la muerte: «En efecto, en
situación de paz hay consideración para causas y mé-
ritos; cuando se desencadena la guerra caen juntos
3 inocentes y culpables.» Ellos, tras tentar a los que
consideraban más idóneos, cuando ven que la mayor
parte de los legionarios acata la subordinación, siguien-
do el plan del legado acuerdan un momento para atacar
espada en mano a los más indignos y prontos a la
sedición. Entonces, a una señal establecida, irrumpen
en las tiendas, los degüellan por sorpresa, sin saber
nadie más que los que estaban en el plan cuál sería
el principio y cuál el término de la matanza.

49. El espectáculo fue muy distinto del de cuantas
guerras civiles ha habido. Sin combate, sin partir de
un campamento opuesto, sino saliendo de los mismos
lechos, aquellos a quienes un mismo día había visto
comer juntos, una misma noche juntos descansar, se
dividen en bandos, se atacan a mano armada. Al exte-
rior, clamor, heridas, sangre, la causa permanece oculta;
el resto lo gobierna el azar. Fueron también muertos
algunos de los buenos, una vez que los peores tomaron
2 también las armas al saber a quiénes se atacaba. Y ni
legado ni tribuno comparecieron para imponer mode-

ración: se permitió a la turba licencia y venganza hasta la hartura. Cuando luego entró Germánico en el campamento, con lágrimas abundantes dijo que aquello no era remedio, sino desastre, y ordenó quemar los cuerpos. Entonces se apodera de los ánimos todavía fero- 3
ces el ansia de marchar contra el enemigo para expiar su locura; no había otro remedio —decían— de aplacar a los manes de sus camaradas que recibir en sus pechos impíos heridas honorables. El César se une al 4
ardor de los soldados y tendiendo un puente hace cruzar el río a doce mil de los legionarios, veintiséis cohortes aliadas y ocho escuadrones de caballería, que durante la sedición habían mantenido inalterada su disciplina.

50. No lejos y muy satisfechos andaban los germanos, por haber estado los nuestros inactivos a causa del duelo por la pérdida de Augusto, y luego por los motines. Pero los romanos en marcha rápida cortan el bosque de Cesia[105] y la barrera levantada por Tiberio; colocan su campamento en el confín, protegidos al frente y a la espalda por la trinchera, y a los flancos por troncos de árboles. Penetran luego en oscuros 2
sotos, y deliberan sobre si seguir de los dos caminos el más breve y frecuentado o el más difícil e insólito y, por ello, no vigilado por el enemigo. Se elige el camino 3
más largo, pero se acelera la marcha, pues los exploradores habían anunciado que aquella noche era festiva para los germanos y que la celebrarían con solemnes banquetes. Se da orden a Cécina de marchar delante con cohortes ligeras y de eliminar los obstáculos que estorbaran el paso por los bosques; las legiones siguen a corta distancia. Colaboró la noche plagada de estre- 4

105 De localización incierta.

llas; se llegó a las aldeas de los marsos[106] y se las rodeó de posiciones; los germanos estaban todavía tendidos por los lechos y junto a las mesas, sin ningún temor y sin puestos avanzados de guardia; tan desorganizado estaba todo por su incuria. No temían una guerra, pero tampoco era paz aquel lánguido relajamiento de beodos.

51. El César dispuso sus ávidas legiones en cuatro cuñas, para que la devastación fuera más amplia; saquea un territorio de cincuenta millas a sangre y fuego. Ni el sexo ni la edad fueron motivo de compasión; tanto las edificaciones civiles como las sagradas, e incluso el templo más frecuentado entre aquellas gentes, llamado de Tanfana, quedaron arrasadas. Ninguna herida recibieron los soldados, que acabaron con los
2 enemigos medio dormidos, inermes o vagabundos. Excitó esta matanza a los brúcteros, tubantes y usípetes[107], que se apostaron en los desfiladeros por los que debía regresar el ejército. Al enterarse el general se preparó para la marcha y para el combate. Iban delante una parte de la caballería y las cohortes auxiliares, luego la legión I, y, dejando en medio los bagajes, la XXI cerraba el costado izquierdo y la V el derecho; la legión XX cubría la retaguardia, y luego
3 iban los restantes aliados. Los enemigos se mantuvieron quietos mientras la columna se alargaba por los desfiladeros; después, hostigando ligeramente los flancos y la vanguardia, atacaron la retaguardia con toda su fuerza. Las cohortes ligeras se desbarataban ante las apretadas bandas de germanos; entonces el César, llegándose a los de la XX, empezó a decirles a voces que aquél era el momento esperado para borrar

106 Pueblo situado entre el Lippe y el Ruhr.
107 Pueblos situados entre el Lippe y el Ems.

la mancha de la sedición, que avanzaran, que se dieran prisa en cambiar su culpa en honor. Se encendieron 4
los ánimos, y en una sola acometida arrollan al enemigo, lo empujan hacia campo abierto y lo aplastan. Al mismo tiempo las tropas de vanguardia lograron salir del bosque y fortificaron un campamento. A partir de ahí el camino fue tranquilo, y los soldados, orgullosos del presente y olvidados del pasado, quedan instalados en los cuarteles de invierno.

52. La noticia de estos sucesos provocó en Tiberio alegría y preocupación: se alegraba del aplastamiento de la sedición, pero el que Germánico se hubiera ganado el favor de los soldados con donativos pecuniarios y adelantándoles el licenciamiento, así como su gloria militar, le producía inquietud. De todos modos 2
dio cuenta al senado de sus hazañas e hizo grandes elogios de su valor, con palabras demasiado amañadas y ampulosas para que pareciera que lo sentía de verdad. Más brevemente alabó a Druso y el final del motín 3
del Ilírico, aunque con un discurso más entusiasta y sincero. Todas las concesiones que Germánico había 4
hecho a los ejércitos las mantuvo, incluso para los de Panonia.

53. El mismo año aconteció el óbito de Julia[108], recluída tiempo atrás por su padre Augusto, a causa de sus escándalos, en la isla de Pandateria, y luego en la ciudad de Reggio, situada junto al estrecho de Si-

108 Seguimos en el año 14 d. C. Julia era la única hija de Augusto, casada sucesivamente con su primo Marcelo, con Agripa —del que dio descendencia al príncipe— y con Tiberio. Fue relegada por sus escándalos en el año 2 d. C., y se cree que con ellos pudo tener alguna relación el destierro en que acabó su vida el poeta Ovidio. La isla de Pandateria era la actual Vandotena, en la bahía de Nápoles.

cilia. Había estado casada con Tiberio en los buenos
días de Gayo y Lucio Césares [109], y acabó por desdeñarlo
como persona que no estaba a su altura; ésta fue la
más profunda razón que llevó a Tiberio a retirarse a
2 Rodas. Una vez que alcanzó el imperio y ella se encon-
traba proscrita, deshonrada y, tras la muerte de Agripa
Póstumo, privada de toda esperanza, la dejó perecer
lentamente de hambre y miseria, pensando que su
muerte, por lo lejano de su exilio, había de quedar en
3 la oscuridad. Similar motivo de ensañamiento tenía
contra Sempronio Graco, de noble familia, agudo in-
genio, y una elocuencia a la que daba mal uso, quien
había seducido a la misma Julia cuando estaba casada
con Marco Agripa. Y no fue ése el término de su
pasión, pues una vez que ella fue entregada a Tiberio,
aquel adúltero taimado encendía en ella la resistencia
y el odio contra su marido. Una carta que dirigió Julia
a su padre Augusto con acusaciones contra Tiberio se
4 creía que había sido redactada por Graco. Desterrado,
pues, a la isla de Cercina [110], en el mar de África, re-
5 sistió catorce años de exilio. Luego, los soldados en-
viados para matarlo lo encontraron sobre un pro-
montorio de la ribera; algo malo se temía. Al llegar
ellos les pidió un poco de tiempo para transmitir su
última voluntad a su esposa Aliaría por medio de una
carta, y luego ofreció su cuello a los verdugos. Por su
firmeza ante la muerte no se mostró indigno del nom-
bre de Sempronio, pero en su vida había sido un de-
6 generado. Cuentan algunos que los soldados no fueron
enviados desde Roma, sino por el procónsul de África
Lucio Asprenate [111], instigado por Tiberio, quien en

---

109 Hijos de Julia y Agripa.

110 Actual Qerqenna, en el golfo de Sidra, frente a la costa de Túnez.

111 Lucio Nonio Asprenate, cónsul en 6 d. C.

vano esperaba que la responsabilidad de aquella muerte se atribuyera a Asprenate.

54. Aquel año trajo también nuevos cultos, al instituirse el sacerdocio de los cofrades augustales a la manera en que antaño Tito Tacio había fundado el de los ticios para conservar los ritos sabinos[112]. Se eligieron a suerte veintiún notables de la ciudad, y se añadió a Tiberio y Druso y a Claudio y Germánico.
Los Juegos Augustales, que entonces se celebraron 2
por vez primera, se vieron perturbados por discordias surgidas de la rivalidad entre histriones. Augusto se había mostrado indulgente con tal clase de espectáculos condescendiendo con Mecenas, quien estaba prendado por Batilo[113]; y en realidad tampoco él sentía aversión por esas actividades, por considerar político el mezclarse a las diversiones del vulgo. Distinta era la actitud de Tiberio; pero tras haberse tratado al pueblo con blandura durante tantos años no osaba todavía aplicarle un régimen más severo.

55. Durante el consulado de Druso César y Gayo Norbano[114] se concede el triunfo a Germánico, a pesar de la guerra inconclusa. Preparaba la campaña para el verano con todos los recursos disponibles, pero súbitamente la adelantó al inicio de la primavera con un

---

112 Con el mítico rey Tito Tacio, que compartió con Rómulo el trono de Roma, se integra en la primitiva comunidad latina un núcleo de sabinos, pueblo vecino de estirpe itálica.

113 Gayo Cilnio Mecenas, caballero romano, tal vez el más íntimo de los amigos de Augusto, fue el intermediario entre el príncipe y los grandes escritores del tiempo, a los que protegió, hasta el punto de que su apellido pasó a designar a todos los «mecenas». Batilo era un actor de pantomimas.

114 Comienza la historia del año 15 d. C.

ataque contra los catos[115]. En efecto, había concebido la esperanza de que el enemigo se dividiera entre Arminio y Segestes, señalados ambos el uno por su perfidia para con nosotros, el segundo por su fideli-
2 dad. Arminio andaba siempre revolviendo la Germania; Segestes, como bastantes otras veces, había descubierto a Varo[116] los preparativos de la rebelión también en aquel último banquete tras el cual se había presentado batalla, y le había aconsejado que lo prendiera a él y a Arminio y a los demás notables: nada osaría el pueblo privado de sus príncipes, y así tendría también él ocasión de distinguir a culpables e
3 inocentes. Pero Varo sucumbió al hado y a la fuerza de Arminio; Segestes, aunque arrastrado a la guerra por el consenso del pueblo, mantenía su disentimiento, acrecentados sus rencores personales porque Arminio había raptado a su hija, prometida a otro; yerno odiado por un suegro enemigo, lo que entre gentes bien avenidas son vínculos de afecto, entre ellos eran motivos para acumular odio sobre odio.

56. Así pues, Germánico confía a Cécina cuatro legiones, cinco mil auxiliares y contingentes irregulares de germanos que habitaban más acá del Rhin; él se pone al frente de otras tantas legiones y doble número de aliados, y tras erigir un fuerte sobre los restos del puesto establecido por su padre en el monte Tauno[117], lanza contra los catos su ejército libre de impedimenta, dejando atrás a Lucio Apronio para disponer los
2 caminos y pasos fluviales. En efecto, cosa rara en aquel clima, la sequía y lo poco caudaloso de los ríos le habían facilitado una marcha sin problemas, pero

115 Pueblo situado entre el Rin y el Weser.
116 En 9 d. C.; véase nota 124.
117 Cerca de Maguncia.

temía para la vuelta las lluvias y crecidas. Cayó tan 3
de improviso sobre los catos, que cuantas personas no podían valerse a causa de su edad o su sexo quedaron presas o muertas donde fueron halladas. Los jóvenes habían conseguido atravesar a nado el río Eder[118], y frustraban los intentos de los romanos de tender un puente; fueron luego rechazados por los disparos de las máquinas y por las flechas, y tras intentar en vano que se les concediera una paz negociada, algunos se pasaron a Germánico y los demás, abandonando sus poblados y aldeas, se dispersaron por los bosques. El 4
César, tras haber incendiado Mattio[119] —así se llamaba la capital de aquel pueblo—, y devastado el campo abierto, torció hacia el Rhin, sin que el enemigo osara hostigar la retaguardia del ejército en retirada, lo que es su costumbre cuando ha cedido terreno más por astucia que por miedo. Habían tenido los queruscos[120] 5
la idea de ayudar a los catos, pero los disuadió Cécina moviendo su ejército de acá para allá; a los marsos, que se atrevieron a plantarle cara, los echó para atrás en un combate favorable.

57. No mucho después llegaron embajadores de parte de Segestes pidiendo ayuda contra la violencia de su pueblo, por la que se veía asediado; Arminio se había impuesto entre ellos porque aconsejaba la guerra: para los bárbaros, cuanto más dispuesto y audaz es uno, por más de fiar se lo tiene, y mayor es su poder en una situación de revuelta. Había añadido 2
Segestes a la embajada a un hijo suyo llamado Segismundo, pero el joven dudaba por su mala conciencia.

118 El nombre latino es *Adrana.*

119 *Mattium,* donde hoy está Wiesbaden.

120 El pueblo de los *Cherusci* habitaba entre el Weser y el Elba.

Y es que el año de la sublevación de los germanos, investido sacerdote en el Altar de los Ubios, había roto las cintas sacerdotales y escapado junto a los rebeldes. Sin embargo, atraído a la esperanza de la clemencia romana, acató las órdenes de su padre, y recibido amistosamente fue enviado a la ribera gala con una escolta.
3 Germánico juzgó que valía la pena hacer dar la vuelta a la columna, y luchó con los sitiadores, con lo que rescató a Segestes y a un contingente notable de sus
4 allegados y clientes. Estaban en el grupo algunas mujeres nobles, entre ellas la que era a un tiempo esposa de Arminio e hija de Segestes; tenía más el ánimo de su marido que el de su padre, y ni se rebajó a llorar ni pronunció una palabra de súplica, permaneciendo con las manos cruzadas bajo el pliegue de su vestido
5 y mirando a su vientre grávido. Traían también despojos del desastre de Varo, y a la mayoría de los que ahora se entregaban se los había hecho partícipes del botín; luego, el propio Segestes con su aspecto impresionante, impávido por el recuerdo de una alianza leal.

58. Sus palabras fueron de este tenor: «No es éste el primer día de mi segura lealtad para con el pueblo romano. Desde que por el divino Augusto se me concedió la ciudadanía, elegí a mis amigos y enemigos mirando a vuestra conveniencia; y no por odio a mi patria —que los traidores resultan aborrecibles incluso para aquellos a quienes favorecen—, sino porque propugnaba que uno mismo es el interés de romanos
2 y germanos, y defendía la paz y no la guerra. Por ello a Arminio, raptor de mi hija, violador de vuestra alianza, lo denuncié ante Varo, que entonces mandaba vuestro ejército. Me dio largas con su inacción aquel general, y porque yo veía en las leyes escaso apoyo, le rogué con insistencia que nos detuviera a mí, a Armi-

nio y a sus cómplices; ¡testigo es aquella noche, que
ojalá hubiera sido para mí la última! A lo que luego 3
siguió le cuadra más el lamento que la justificación;
por lo demás, no sólo puse cadenas a Arminio, sino
que soporté las que su facción me puso a mí. Y hoy,
cuando por primera vez te encuentro, antepongo lo
antiguo a lo reciente y la paz a la turbulencia; y no
por esperanza de premio, antes bien para absolverme
de la acusación de perfidia, y sirviendo al tiempo de
adecuado conciliador del pueblo germano, si prefiere
el arrepentimiento a la perdición. Pido tu perdón para 4
el juvenil extravío de mi hijo; respecto a mi hija, te
confieso que ha sido traída aquí por la necesidad. De-
cisión tuya será si ha de prevalecer el que haya con-
cebido de Arminio o el que la haya engendrado yo.» 5
El César, con una respuesta llena de clemencia, le ga-
rantiza la indemnidad de sus hijos y allegados, y a él
una residencia en una provincia antigua. Volvió con el
ejército y recibió por moción de Tiberio el título de
imperator. La esposa de Arminio dio a luz un retoño 6
varón; fue criado en Ravenna, y a su tiempo contaré
hasta qué punto paró en juguete del azar [121].

59. Al extenderse la noticia de la entrega de Se-
gestes y la benigna acogida que se le tributó, es re-
cibida con esperanza o con dolor según cada cual
fuera opuesto o favorable a la guerra. A Arminio, apar-
te su natural violento, el rapto de su mujer, el fruto
del vientre de su esposa sometido a servidumbre, lo
traían en un estado de locura, y se movía continua-
mente entre los queruscos arengando a la lucha contra
Segestes y contra el César. No ahorraba injurias: «un 2
padre egregio, un gran general, un ejército tan fuerte,

121 Tácito se refiere a una parte perdida de su obra.

3 ¡tantas manos para llevarse a una pobre mujer!» Ante él —decía— habían caído tres legiones, otros tantos legados; pues no hacía la guerra a traición ni contra mujeres embarazadas, sino cara a cara y contra hombres armados: todavía podían verse en los bosques sagrados de los germanos las enseñas romanas colga-
4 das como ofrenda a los dioses patrios; que habitara Segestes la ribera sometida, que devolviera a su hijo aquel sacerdocio puramente humano[122]: los germanos nunca podrían excusar bastante el haber visto entre
5 el Elba y el Rhin las varas, las hachas y la toga. Otras gentes, por no conocer al pueblo romano, desconocían los suplicios, no sabían de tributos; y puesto que se los habían sacudido de encima, y sin conseguir nada había tenido que marcharse aquel Augusto venerado entre los dioses, aquel Tiberio por él escogido, no debían temer a un muchacho inexperto ni a un ejército
6 de sediciosos. Si preferían la patria, sus mayores y sus antiguas cosas a aquellos señores y a nuevas colonias, debían seguir a Arminio, caudillo de la gloria y la libertad, y no a Segestes, que lo era de vergonzosa servidumbre.

60. Estas arengas movieron no sólo a los queruscos, sino también a los pueblos limítrofes, pasándose al partido de Arminio su tío Inguiomero, que desde antiguo gozaba de autoridad ante los romanos, lo que
2 aumentó el temor del César. Para no afrontar la guerra concentrando todas sus fuerzas en un solo punto, envía a Cécina a través de la tierra de los brúcteros en dirección al río Ems con cuarenta cohortes romanas, y con la misión de distraer al enemigo; el prefecto Pedón conduce la caballería a los confines de los fri-

[122] Se refiere al sacerdocio del Altar de los Ubios conferido a Segismundo, según se narra en 57, 2.

sios[123]. Él personalmente llevó cuatro legiones embarcadas por los lagos, y así se reunieron junto al río dicho la infantería, la caballería y la flota. Los caucos, que ofrecieron tropas auxiliares, fueron acogidos como aliados. A los brúcteros, cuando se dedicaban a que- 3
mar sus posesiones, los desbarató Lucio Estertinio, enviado por Germánico con una tropa ligera, y en medio de la matanza y el botín encontró el águila de la legión XIX, perdida con Varo. Marchó luego la columna hasta el confín extremo de los brúcteros, y fue devastado todo el territorio entre el Ems y el Lippe, no lejos del bosque de Teutoburgo[124], en el que se decía que estaban insepultos los restos de Varo y sus legiones.

61. Por ello se apoderó del César el deseo de rendir las postreras honras a aquellos soldados y a su general; todos los militares presentes se movían a conmiseración al pensar en los allegados, en los amigos, en fin, en los reveses de la guerra y en la suerte humana. Tras enviar por delante a Cécina con la misión de explorar las partes escondidas de los bosques y de tender puentes y terraplenes sobre el suelo húmedo y poco seguro de los pantanos, penetran en aquellos tristes lugares de aspecto y memoria sinies-

---

123 Pueblo costero, entre el Rin y el Ems.

124 En el año 9 d. C. el legado Quintilio Varo se vio encerrado con sus tres legiones en el *Teutoburgiensis saltus*, que se tiende hoy a localizar entre Bielefeld-Iburg y los montes Wiehen, en la zona limitada por los ríos Ems y Lippe, en el actual confín de Westfalia con Baja Sajonia. Los germanos cercaron al ejército romano, que mal podía desenvolverse en un bosque pantanoso, y lo aniquilaron. Varo se quitó la vida. Fue uno de los peores desastres de la historia militar romana, y amargó a Augusto sus últimos años. Como crónica de la batalla y sus antecedentes puede verse VELEYO PATÉRCULO, II 117-120.

2 tros. El primer campamento de Varo, por lo amplio de su recinto y las medidas del puesto de mando, denotaba el trabajo de las tres legiones. Luego se veía que los restos ya diezmados del ejército se habían asentado en una fortificación que se hallaba medio derruída, con una trinchera de escasa profundidad. En mitad del llano, huesos blanquecinos, esparcidos o
3 amontonados según hubieran huido o resistido. Al lado yacían trozos de armas y restos de caballos; también había cabezas clavadas en los troncos de los árboles. En los bosques cercanos estaban los altares de los bárbaros, ante los cuales habían sacrificado a los tribunos y a los centuriones de los primeros órdenes.
4 Y los supervivientes de aquel desastre, que habían escapado del combate o del cautiverio, contaban cómo aquí habían caído los legados, allá les habían arrebatado las águilas; donde había recibido Varo su primera herida, dónde había hallado la muerte por un golpe de su desdichada diestra; en qué tribuna había pronunciado Arminio su arenga, cuántos eran los patíbulos para los cautivos, cuáles las fosas, y cómo habían hecho altanero escarnio de enseñas y águilas.

62. Así, el ejército romano que allí había llegado, a los seis años del desastre, daba sepultura a los huesos de las tres legiones; nadie sabía si enterraba restos de extraños o de los suyos, mas procedían como si todos hubieran sido allegados y aun consanguíneos, acrecentada su ira contra el enemigo y a un tiempo tristes y llenos de odio. El César[125] colocó el primer terrón para levantar el túmulo, en un gesto de piedad para con los muertos y asociándose al dolor de los presen-
2 tes. Ello no le pareció bien a Tiberio, ya porque juz-

[125] Germánico, entrado en la familia de los Césares al ser adoptado por su tío Tiberio, adoptado a su vez por Augusto.

gara mal todo cuanto Germánico hacía, ya por creer que la visión de aquellos hombres muertos e insepultos menguaría los ánimos del ejército cara al combate y ante un enemigo tan temible, y que un general en jefe, investido con el augurio[126] y los más antiguos ritos, no debía haber puesto su mano sobre objetos fúnebres.

63. Pero Germánico, tras perseguir a Arminio cuando se metió por lugares impracticables, tan pronto como tuvo oportunidad mandó cargar a la caballería y arrebatarle el llano en que el enemigo estaba asentado. Arminio, después de aconsejar a los suyos que se replegaran y se aproximaran a los bosques, les hizo dar vuelta de repente; acto seguido ordenó atacar a los que había dejado ocultos por los sotos. Ante este 2
dispositivo nuevo se desbarató la caballería, y las cohortes auxiliares que allá se enviaron, arrolladas por la masa de los que huían, vinieron a aumentar la confusión; ya estaban a punto de verse empujadas a un pantano conocido por los vencedores y fatal para quienes lo ignoraran, cuando el César hizo avanzar a las legiones desplegadas. Ello produjo terror entre los enemigos y confianza en nuestros soldados, con lo que se llegó a una separación, quedando el combate indeciso. Llevó luego de nuevo el ejército al Ems, y embar- 3
cando a las legiones en la flota, las hizo volver como las había llevado. A una parte de la caballería se le mandó alcanzar el Rin siguiendo la ribera del Océano; a Cécina, que llevaba a su propio ejército, se le ordenó que, aunque volviera por caminos conocidos, pasara lo más rápidamente posible los Puentes Largos. Era éste un trecho angosto entre vastos pantanos 4

[126] La ceremonia adivinatoria del *augurium* acompañaba la toma de posesión de los mandos y magistraturas superiores.

construido antaño por Lucio Domicio[127]; los alrededores los formaban ciénagas ya firmes por un barro espeso, ya inseguras por los arroyos que las cruzaban; había en torno bosques de suave pendiente, que entonces llenó Arminio de tropas, tras haberse adelantado por atajos y a marchas forzadas al ejército car-
5 gado con bagajes y armamentos. Cécina, que dudaba sobre cómo rehacer los puentes rotos con el paso del tiempo y, al mismo tiempo, rechazar al enemigo, decidió establecer un campamento en el lugar, para que unos soldados se pusieran a la tarea mientras otros entablaban combate.

64. Los bárbaros, en un esfuerzo por romper las defensas y lanzarse sobre los que trabajaban, los hostigan, los rodean, les lanzan ataques repetidos. Se
2 mezcla el clamor de zapadores y combatientes. Y todo a un tiempo se pone en contra de los romanos: era un lugar de pantano profundo, inestable para pisar en él y resbaladizo para la marcha; los soldados iban sobrecargados con sus lórigas, y en medio de las aguas no podían ni lanzar sus venablos. En cambio, los queruscos estaban habituados a combatir en los pantanos, eran de gran estatura, y con sus largas lanzas podían
3 herir también de lejos. Al fin la noche libró de aquel combate desfavorable a las legiones, que ya empezaban a flaquear. Los germanos, infatigables a causa de sus éxitos, ni siquiera entonces se tomaron reposo, y todas las aguas que manaban de las alturas circundantes las dirigieron hacia la parte baja; lo que estaba ya hecho de la obra, sumergido o derruido, duplicó las fatigas
4 de los soldados. Cécina llevaba cuarenta años de servicio, ya obedeciendo ya mandando, y sabía de la for-

127 Cónsul en 16 d. C.

tuna favorable y de la adversa, por lo que no perdió la
serenidad. Dando, pues, vueltas a lo que podía ocurrir,
no encontró otra salida que contener al enemigo en
los bosques, mientras tomaban la delantera los heridos
y la parte más pesada de la columna; en efecto, entre
los montes y el pantano se extendía una llanura que
podía dar cabida a un despliegue ligero. Escoge la 5
legión V para el flanco derecho, la XXI para el iz-
quierdo; los de la I irían en cabeza, y la XX haría
frente a los perseguidores.

65. La noche fue intranquila por motivos distintos
según los bandos. Los bárbaros, entregados a festivos
banquetes, llenaban con alegre canto y salvajes gritos
el fondo del valle y los montes que les hacían eco;
entre los romanos, débiles fogatas, voces entrecorta-
das, y los hombres dispersos junto a la empalizada o
errantes entre las tiendas, más insomnes que vigilan-
tes. Al general lo aterrorizó un sueño horrible: creyó 2
ver a Quintilio Varo cubierto de sangre saliendo de los
pantanos, y oír como si lo llamara, pero él no le
obedeció y rechazó la mano que le tendía. Al alumbrar 3
el día, las legiones enviadas a los flancos, ya por
miedo ya por rebeldía, abandonaron su puesto, y ocu-
paron rápidamente el campo más allá de los pantanos.
Pero Arminio, aunque tenía vía libre para el ataque, 4
no se lanzó al momento; antes bien, una vez que los
bagajes se atascaron en el cieno y en los hoyos, que
a su alrededor se desordenaron las filas, que ya las
enseñas no conservaban sus puestos, en ese momento
en que cada cual sólo mira por sí y tiene oídos tardos
para las órdenes, manda cargar a los germanos cla-
mando a voces: «¡Aquí está Varo, y las legiones otra
vez encadenadas por el mismo hado!» Al tiempo y
acompañado por hombres escogidos corta la columna

5 hiriendo preferentemente a los caballos. Los animales,
resbalando en su sangre y en el cieno y sacudiéndose
sus jinetes, dispersan a los que se encuentran al paso
y pisotean a los caídos. Lo más arduo del combate fue
en torno a las águilas, que ni era posible llevar contra
la lluvia de armas arrojadizas ni clavar en la tierra
6 cenagosa. Cécina, mientras trataba de sostener la for-
mación, cayó de su caballo cuando éste fue herido, y
ya estaba a punto de verse rodeado cuando la primera
legión lo defendió. Vino a favorecerles la avidez del
enemigo, que persiguiendo el botín descuidaba la ma-
tanza; al caer el día las legiones lograron situarse en
7 terreno abierto y sólido. Mas no fue ése el término de
las calamidades: había que levantar una empalizada,
construir un terraplén, y eso cuando se había perdido
en gran parte el instrumental necesario para cavar y
voltear los terrones; no había tiendas para la tropa
ni medicinas para los heridos; repartiéndose los víve-
res manchados de cieno o sangre lamentaban aquellas
funestas tinieblas y aquel día que esperaban que sería
el último para tantos millares de hombres.

66. Ocurrió que un caballo, tras haber roto las riendas, corriendo desbocado y asustado por los gritos arrolló a varios hombres que se encontró a su paso. Produjo ello tanta consternación —pues creyeron que atacaban los germanos—, que todos corrieron a las puertas, y especialmente a la decumana[128], que miraba al lado contrario al enemigo y era más segura para la

---

[128] Los campamentos romanos tenían, por lo general, las puertas llamadas *praetoria, principalis dextra, principalis sinistra* y *decumana*. Esta última recibe su nombre del hecho de encontrarse tras el emplazamiento de los décimos manípulos; las vías que unen las cuatro puertas se cruzan perpendicularmente.

huida. Cécina, que se dio cuenta de que era una falsa 2
alarma, no logró ni con órdenes ni con ruegos, ni siquiera con sus propias manos, parar y contener a los soldados, hasta que al fin, tendiéndose en el umbral de la puerta y acudiendo a la conmiseración, ya que había que pasar sobre el cuerpo del legado, consiguió cerrarles el paso. Entonces los tribunos y los centuriones les hicieron ver lo infundado de su terror.

67. Luego los reúne en el puesto de mando y, tras ordenarles que le escucharan en silencio, los alecciona sobre la circunstancia y necesidad presentes. La única salvación —les decía— estaba en la lucha; pero ésta debía acomodarse a un plan meditado, y era preciso permanecer dentro de la empalizada hasta que el enemigo se acercara más con la esperanza de asaltarla; luego habría que lanzarse fuera por todas partes, y con
esa carga llegar hasta el Rhin. Si se daban a la huida, 2
sólo les esperaban más bosques, pantanos más profundos y la saña del enemigo; en cambio, si vencían, tendrían el honor y la gloria. Les recuerda los bienes de la patria y el honor militar. Nada dijo de
adversidades. Luego, empezando por los suyos y con- 3
tinuando con los de los legados y tribunos, entrega caballos a los más valientes luchadores sin ninguna discriminación, para que se lanzaran sobre el enemigo y, tras ellos, la infantería.

68. No menos inquietos estaban los germanos por la esperanza, la codicia y la divergencia de pareceres entre los jefes. En efecto, Arminio aconsejaba que los dejaran salir para luego, en terreno húmedo y dificultoso, rodearlos de nuevo. Más violenta era la propuesta de Inguiomero, y también más grata a los bárbaros: rodear arma en mano la empalizada, pues el asalto

sería fácil, más los prisioneros, y tendrían el botín
2 intacto. Así, pues, al salir el día empiezan a rellenar
las fosas, lanzan cañizos, llegan a escalar lo alto de la
empalizada, defendido por escasos soldados, como cla-
3 vados allí por miedo. Una vez apostados sobre la for-
tificación, se da la señal a las cohortes al toque simul-
táneo de cuernos y tubas. Entonces se lanzan con ím-
petu y a voces contra las espaldas de los germanos,
gritándoles que allí no había bosques ni pantanos, sino
4 dioses iguales en terreno igual. A los enemigos, que
esperaban la matanza fácil de unos pocos hombres
medio inermes, el sonido de las tubas y el resplandor
de las armas les produjeron una confusión tanto mayor
cuanto que inesperada, e iban cayendo, tan incautos
5 en la adversidad como ávidos en el éxito. Arminio
ileso e Inguiomero gravemente herido abandonaron
la lucha; entre la masa se hizo una matanza que duró
lo que el odio y el día. Al fin con la noche regresaron
las legiones, a quienes afligían más heridas y la misma
falta de víveres que la víspera; sin embargo, con la
victoria obtuvieron la fuerza, la salud, la abundancia,
todo.

69. Entretanto se había divulgado la noticia de
que el ejército estaba rodeado, y de que una columna
germana se dirigía en son de guerra contra las Galias;
y si no fuera porque Agripina impidió que se cortara
el puente que cruzaba el Rhin, había quienes por
miedo se hubieran atrevido a tal infamia. Pero aquella
mujer de ánimo gigante tomó sobre sí por aquellos
días las responsabilidades de un general, y prodigó
entre los soldados que sufrían de miseria o heridas
2 ropas y remedios. Cuenta Gayo Plinio[129], historiador

[129] Se refiere a Plinio el Viejo (23-79 d. C.). Escribió una obra en 20 libros, hoy perdida, sobre las guerras de Germania.

de las guerras de Germania, que a pie firme a la en-
trada del puente dirigió alabanzas y palabras de gra-
titud a las legiones que regresaban. Ello hizo profunda 3
impresión en el ánimo de Tiberio: no le parecían na-
turales aquellos cuidados, ni que buscara ganarse ⟨los
ánimos⟩[130] de los soldados contra los extranjeros.
Nada les quedaba a los generales —decía— una vez 4
que una mujer revistaba las tropas, se acercaba a las
enseñas, intentaba liberalidades; y luego, como que-
riendo aparentar modestia, llevaba al hijo de un ge-
neral con atuendo de soldado y permitía que a un
César se le llamara Calígula[131]. Más poder iba ya a
tener ante los ejércitos Agripina que los legados y que
los propios generales; una mujer había reprimido una
sedición ante la cual nada había podido el nombre del
príncipe. Estos pensamientos los encendía y reforzaba 5
Sejano, que, conociendo la psicología de Tiberio, sem-
braba en él odios a largo plazo, que guardaría para
sacarlos aumentados a la luz.

70. Germánico, de las legiones que había trans-
portado en las naves, la II y la XIV las entregó a
Publio Vitelio[132] para que las llevara por tierra, a fin
de que la flota, así aligerada, navegara mejor por el
mar poco profundo o varara más suavemente en caso
de reflujo. Vitelio no tuvo inconvenientes en la pri- 2
mera parte de su marcha, por tierra seca o sólo leve-
mente húmeda a causa de la marea. Luego, al empuje
del aquilón, y al mismo tiempo por la acción meteoro-

---

130 La inclusión de *studia* se debe a Heraeus.

131 Véase nota 95.

132 Uno de los amigos íntimos de Germánico que recibieron el encargo de vengar su muerte y presentaron la acusación contra el presunto instigador de la misma, Gneo Pisón; véase especialmente III 10-17.

lógica del equinoccio[133], que es cuando más se hincha el Océano, su columna se veía azotada y desbaratada. Las tierras se inundaban: mar, ribera y campos tenían un mismo aspecto, y no se podía distinguir la tierra firme de los suelos movedizos, las aguas superficiales de los lugares profundos. Las olas los derriban, los 3
remolinos se los tragan; las caballerías, los bagajes, los cadáveres flotan por medio obstruyéndoles el paso. Los manípulos se mezclan entre sí, con el agua ya hasta el pecho, ya hasta el cuello, y en ocasiones se dispersan o se hunden al perder pie. Ni las voces de mando ni los ánimos que se daban unos a otros podían nada frente a las olas; no había diferencia entre el esforzado y el cobarde, entre el prudente y el insensato, entre la reflexión y el azar: todo se veía arrollado por igual violencia. Al fin Vitelio, tras haber 4
escalado un lugar más alto, reúne allí el ejército. Pernoctaron sin pertrechos, sin fuego, la mayor parte desnudos o con el cuerpo molido, no menos dignos de lástima que si estuvieran cercados por el enemigo; en efecto, al menos en tal caso tendrían el recurso de una muerte honrosa, en cambio así les esperaba un final sin gloria. Con la luz volvió la tierra firme, y se llegó 5
hasta el río hacia donde el César se había dirigido con la flota. Se embarcaron luego las dos legiones, de las que se había dicho que habían quedado anegadas, y no se creyó en su salvación hasta que vieron volver al César con el ejército.

71. Ya Estertinio, enviado a recoger a Segimero, hermano de Segestes que se había entregado, lo había

133 El aquilón es un viento del Norte. Hemos traducido «por la acción meteorológica del equinoccio» la expresión *sidere aequinoctii*, con la que Tácito presenta metafóricamente al equinoccio de otoño como un astro.

conducido a él y a su hijo a la ciudad de los ubios. Se otorgó gracia sin dificultad a Segimero, y con más reservas a su hijo, pues se decía que había hecho escarnio del cuerpo de Quintilio Varo. Por lo demás, 2
para reparar los daños sufridos por el ejército rivalizaron las Galias, las Hispanias e Italia, ofreciendo, según las disponibilidades de cada una, armas, caballos y oro. Germánico, tras alabar ese interés, tomó solamente las armas y los caballos de guerra y socorrió a los soldados con su propio dinero. Además, para sua- 3
vizar también con la benevolencia el recuerdo del desastre procuraba visitar a los heridos y ensalzar las hazañas de cada cual; examinando las heridas, a unos con la esperanza, a otros con la gloria, a todos con su palabra y su desvelo se los ganaba para sí y los robustecía cara a la guerra.

72. En este año se concedieron los honores del triunfo a Aulo Cécina, a Lucio Apronio y a Gayo Silio por las hazañas realizadas en compañía de Germánico. Tiberio rechazó el título de Padre de la Patria que el pueblo trató varias veces de imponerle; además, no permitió que se jurara por sus actos, a pesar de que así lo había decidido el senado, argumentando que todas las cosas de los mortales son inciertas, y que él, cuanto más consiguiera, más expuesto estaría al fracaso. Mas no por ello se ganaba crédito de talante 2
liberal, pues había reactualizado la ley de majestad[134],

[134] La *Lex maiestatis,* nombre que podría traducirse por *Ley de soberanía,* había sido arbitrada contra los delitos de alta traición; pero, según deja Tácito bien claro, bajo el principado pasó a manipularse profusamente como medio de protección del poder absoluto de los Césares y, más aún, de satisfacer venganzas meramente personales, habida cuenta de la facilidad con que se admitían las acusaciones. A partir de este capítulo los procesos por majestad aparecen, con triste monotonía.

la cual tenía entre los antiguos el mismo nombre, pero eran otros los casos que por ella se juzgaban: si alguno había dañado al ejército con una traición, o con una sedición a la plebe o, en fin, a la majestad del pueblo romano con la mala gestión de un cargo público; eran los hechos los que se sometían a juicio, quedando
3 impunes las palabras. Fue Augusto el primero que se escudó en esa ley para perseguir judicialmente los libelos escandalosos, indignado por la desvergüenza de Casio Severo, que había difamado a varones y damas ilustres en escritos procaces. Más tarde Tiberio, cuando el pretor Pompeyo Macro le consultó sobre si debían tramitarse procesos de majestad, le respondió
4 que las leyes había que aplicarlas. También a él le habían irritado unas coplas publicadas por autores inciertos a cuenta de su crueldad y soberbia, y de sus discordias con su madre.

73. Vale la pena contar las acusaciones que se intentaron en los casos de Falanio y Rubrio[135], caballeros romanos modestos, para que se sepa con qué principios, por qué estudiadas artes de Tiberio se fue abriendo paso esta grave calamidad; cómo luego se reprimió, para estallar a la postre invadiéndolo todo.
2 A Falanio se le acusaba de que había admitido entre los adoradores de Augusto, que había por todas las casas a manera de colegios, a un cierto Casio, payaso de infame cuerpo, y de que al vender una villa había enajenado también una estatua de Augusto. A Rubrio se le acusaba de haber violado con un perjurio el nom-
3 bre de Augusto. Cuando todo ello llegó a conocimiento de Tiberio, escribió a los cónsules que si se había de-

[135] Personajes de los que no hay más noticias. En el manuscrito el primer nombre aparece también en la forma *Faianio*, si bien corregido en *Falanio* por la misma mano.

cretado la divinización de su padre, no debía ese honor servir para perder a ciudadanos; que el histrión Casio había participado, a menudo entre otros del mismo arte, en las representaciones que su madre consagrara a la memoria de Augusto; por otra parte, no era un sacrilegio el que su efigie, como otras imágenes de dioses, se incluyera en la venta de villas y casas. Por lo que miraba al juramento, se lo debía 4
juzgar como si hubiera engañado a Júpiter: las injurias a los dioses eran cuidado de los dioses.

74. No mucho después denunció de majestad al pretor[136] de Bitinia Granio Marcelo su propio cuestor[137] Cepión Crispino, con la colaboración de Romano Hispón. Adoptó éste una forma de vida que luego las miserias de los tiempos y las audacias de los hombres pusieron de moda. En efecto, pobre, desconocido, in- 2
quieto, tras haber accedido a la crueldad del príncipe con libelos secretos, se dedicaba luego a poner en peligro a los hombres más ilustres; habiendo conseguido el poder ante uno solo, el odio ante todos, dio un ejemplo siguiendo el cual algunos de pobres se hicieron ricos, de hombres despreciables pararon en personajes temibles, buscando la perdición a otros y, a la postre, a sí mismos. Por lo que se refiere a Marcelo, 3
lo acusaba de haber hablado mal de Tiberio, imputación inevitable, dado que el acusador escogía los aspectos más siniestros de la conducta del príncipe y se

---

136 Se trataba, en realidad, de un procónsul, gobernador de una provincia que dependía del senado; el llamarlo *praetor* supone un arcaísmo. La provincia de Bitinia se halla en el NO. del Asia Menor, y en su costa incluía el lado asiático del Bósforo.

137 El cuestor era un funcionario de carácter fiscal y financiero; los procónsules en la provincia los tenían como colaboradores inmediatos del mismo modo que los cónsules en Roma.

los echaba encima al reo; en efecto, lo que era verdad se creía también dicho. Añadía Hispón que una estatua de Marcelo estaba colocada más alta que las de los Césares, y que a otra efigie, tras quitarle la cabeza de
4 Augusto, le había puesto la de Tiberio. Ante esto se encendió de tal manera que rompiendo su habitual taciturnidad declaró a voces que en aquella causa también él declararía, públicamente y bajo juramento, para que los demás se vieran en la misma necesidad.
5 Quedaban todavía entonces restos de la libertad moribunda. Y así Gneo Pisón le dijo: «¿En qué lugar, César, quieres declarar? Si eres el primero, tendré una pauta para guiarme; pero si lo haces el último, tengo
6 miedo de disentir de ti sin saberlo.» Estas palabras lo desconcertaron; y precisamente porque se había inflamado sin controlarse, al arrepentirse toleró que se absolviera al reo de las acusaciones de majestad. Respecto a la malversación de fondos, se envió el asunto a los recuperadores [138].

75. No saciado con los procesos contra senadores, se sentaba en los juicios —en un extremo del tribunal, para no desplazar al pretor de la silla curul [139]—, y su presencia valió mucho contra las presiones e intrigas de los poderosos. Pero mientras se favorecía la verdad,
2 se corrompía la libertad. En cierta ocasión el senador Aurelio Pío, quejándose de que la construcción de una vía pública y de una conducción de agua había socavado los cimientos de su casa, invocaba la ayuda del

[138] Los *reciperatores* eran un equivalente aproximado de los modernos jurados, generalmente elegidos de entre los caballeros romanos.

[139] El adjetivo *curulis*, que parece derivar de *currus*, «carro», pasó de designar en origen las magistraturas que tenían derecho a tal atributo, a referirse a cuanto con tales magistraturas se relacionaba.

senado. Ante la oposición de los pretores del erario, el César lo socorrió y pagó a Aurelio el precio de la casa, deseoso de gastar su dinero en cosas que le proporcionaran honor; fue ésta una virtud que conservó largo tiempo, mientras se iba despojando de las
demás. A Propercio Céler, ex pretor, que pedía ser 3
dispensado del orden[140] a causa de su pobreza, le regaló diez millones de sestercios, tras haber constatado
que su fortuna familiar era escasa. Cuando otros 4
pretendieron lo mismo ordenó que el senado aprobara las causas, mostrándose desagradable por su afán de severidad incluso en las cosas en que hacía bien. En consecuencia, los demás antepusieron el silencio y la pobreza a la confesión y al beneficio.

76. Aquel mismo año[141] el Tíber, engrosado por las continuas lluvias, había inundado las partes bajas de la Ciudad. Al retirarse las aguas arrastraban restos de edificios y cadáveres. Por ello estimó oportuno Asinio Galo consultar los libros sibilinos[142]. Se negó Tiberio, tan dado a oscurecer los asuntos divinos como los humanos; en cambio se encargó a Ateyo Capitón[143] y a Lucio Arruncio de poner remedio para controlar
el río. Las provincias de Macedonia y Acaya solicitaron 2

140 Es decir, del orden senatorial, para pertenecer al cual era preciso acreditar la posesión de un determinado patrimonio.

141 Continúa el año 15 d. C.

142 El estado romano tenía confiado al colegio sacerdotal de los *Quindecimuiri* la custodia, consulta y exégesis de una vieja colección de oráculos atribuidos a la Sibila de Cumas. La más antigua recopilación, según la versión tradicional, habría sido vendida al rey Tarquinio Prisco por una misteriosa anciana. La consulta de los libros sibilinos era preceptiva en las situaciones de especial gravedad para Roma, aunque sólo el senado podía ordenarla.

143 Famoso juriconsulto, cónsul en el año 5 d. C.

una desgravación; se decidió que por el momento se las liberara del mando proconsular y pasaran a de-
3 pender del César[144]. En los juegos de gladiadores que ofreció en nombre propio y en el de su hermano[145] Germánico presidió Druso, que se gozó en demasía de ver correr la sangre, aunque fuera sangre vil; ello produjo miedo en el vulgo, y se decía que su padre se
4 lo había reprochado. El porqué Tiberio no participó en el espectáculo era objeto de explicaciones diversas: unos lo achacaban a su fastidio por las masas, otros a lo sombrío de su carácter y al miedo a las comparaciones, porque Augusto había asistido con gesto benévolo. No creo que pretendiera dar a su hijo ocasión para evidenciar su crueldad y provocar contra él la inquina del pueblo, aunque eso también se dijo.

77. Entretanto, la licencia en el teatro, que se había desencadenado en el año anterior, estalló entonces de manera grave, y resultaron muertos no sólo de entre la plebe, sino también soldados y un centurión, y herido un tribuno pretoriano, que intentaron

[144] Macedonia —al Norte— y Acaya —al Sur— eran las dos provincias en que la Grecia continental estaba estructurada dentro del Imperio Romano. Ambas pertenecían a la categoría de las senatoriales, es decir, de las que por hallarse totalmente pacificadas dependían por entero del poder civil, y estaban por ello bajo el mando de un procónsul o pretor. Por el contrario, aquellas de reciente conquista o que no estaban plenamente sometidas —así como las que por conveniencia se consideraban tales—, quedaban bajo el poder directo del César en cuanto jefe máximo del ejército, y eran administradas por sus legados. Estas provincias parecen haber disfrutado de ventajas fiscales —por de pronto tributaban al *fiscus* imperial, no al *aerarium* público—, según se desprende del trato dispensado en esta ocasión a Acaya y Macedonia.

[145] Al haber sido adoptado Germánico por Tiberio, venía a ser ante la ley hermano de Druso.

impedir insultos contra los magistrados y la disensión entre el vulgo. Se trató de la sedición en el senado, 2
y hubo propuestas en el sentido de que los pretores tuvieran contra los histriones el derecho de azotarlos.
Interpuso su veto el tribuno de la plebe Haterio 3
Agripa, que fue increpado por Asinio Galo en su discurso, mientras guardaba silencio Tiberio, que quería proporcionar al senado aquellos simulacros de libertad. Se impuso, sin embargo, el veto porque antaño el divino Augusto había declarado a los histriones inmunes a los castigos corporales, y para Tiberio sería un sacrilegio infringir sus disposiciones. Se toman nu- 4
merosos acuerdos sobre sus salarios y contra los excesos de sus seguidores; las más notables fueron que ningún senador entrara en casa de un actor de pantomima, que los caballeros romanos no los acompañaran por la calle, que no hicieran espectáculos a no ser en el teatro, y que se diera a los pretores la potestad de castigar con el exilio la falta de moderación de los espectadores.

78. Se accedió a la solicitud de los hispanos para erigir un templo a Augusto en la colonia de Tarragona, y con ello se dio a todas las provincias un ejemplo[146].
Aunque el pueblo estaba descontento del impuesto de 2
la centésima de las cosas venales establecido tras las guerras civiles, declaró Tiberio que ése era el sostén del presupuesto de guerra; añadió que sería una carga intolerable para el estado el que los veteranos se licenciaran antes de los veinte años de servicio.

[146] Entre las regiones del Occidente romano Hispania abrió camino, efectivamente, en el desarrollo del culto al emperador. Ya con anterioridad había en *Tarraco* un ara dedicada a Augusto; parece que ahora se trata de un templo erigido por toda la provincia.

Así, los acuerdos en mala hora tomados con motivo de la reciente sedición, y en virtud de los cuales habían arrancado a la fuerza el licenciamiento a los dieciséis años, quedaron abolidos para lo sucesivo.

79. Se trató luego en el senado, por moción de Arruncio y Ateyo, de si convenía desviar los ríos y lagos por los que aumentaba el caudal del Tíber, a fin de controlar sus crecidas. Se escuchó a las legaciones de las colonias y municipios [147], entre las cuales la de los florentinos pedía que no se trasvasara el Chiana de su curso natural al Arno, con lo cual se les echaría
2 a ellos encima la calamidad. Los de Interamna [148] se expresaron en términos parecidos: se arruinarían los más fecundos campos de Italia si el río Nera —tal como estaba previsto— se estancaba tras haberlo di-
3 vidido en arroyos. Tampoco callaban los de Reate [149], quienes se oponían a que se obstruyera el lago Velino por la parte en que se vacía en el Nera, puesto que inundaría los alrededores: bien había dispuesto las cosas humanas la naturaleza, la cual —decían— había dado a los ríos sus orillas, sus cursos y, al igual que un manantial, también un término; había que considerar además las tradiciones religiosas de los aliados, que habían dedicado a los ríos patrios templos, bosques y aras; aún más, el propio Tíber no querría co-

[147] La diferencia inicial entre municipios y colonias obedecía a la naturaleza de sus habitantes: los primeros estaban constituidos por itálicos que se incorporaban a la vida política romana por la *ciuitas sine suffragio*, en tanto que las colonias sólo existían si, literalmente, se había dado una colonización por auténticos ciudadanos romanos. Con el paso del tiempo la diferencia ya no obedecía exactamente a tales criterios, aunque la colonia siguió gozando de un estatuto jurídico superior.

[148] Actual Terni.

[149] Actual Rieti.

rrer con menor gloria privado de sus afluentes. Se 4
impusieron ya los ruegos de las colonias, ya la dificultad de las obras, ya la superstición, de manera que se adoptó el parecer de Pisón, quien había propuesto no cambiar nada.

80. Se prorroga a Popeo Sabino el gobierno de la Mesia[150], añadiéndosele Acaya y Macedonia. También era costumbre de Tiberio esa de mantener los mandos y conservar casi siempre a las mismas personas hasta el final de sus vidas en los mismos ejércitos o jurisdicciones. Se suelen dar varias explicaciones: unos di- 2
cen que mantenía sus acuerdos como definitivos por huir de nuevas preocupaciones; otros piensan que lo hacía por envidia de que los disfrutaran muchos; hay quienes estiman que tan agudo como era su ingenio, era indeciso su juicio; en efecto, por una parte no buscaba virtudes eminentes, por otra aborrecía los vicios; de los mejores temía un peligro para sí, de los peores un deshonor para el estado. En tales vacila- 3
ciones llegó hasta el extremo de encomendar provincias a algunos a quienes no estaba dispuesto a dejar salir de Roma.

81. De los comicios consulares que hubo por vez primera bajo su principado y en lo sucesivo, no me atrevería a decir nada seguro: tal es la divergencia de juicios que se encuentran no sólo en los historiadores, sino también en los discursos del propio Tiberio. Unas 2
veces, sin citar los nombres de los candidatos, describía el origen, la vida y los servicios militares de cada cual, de modo que entendieran de quiénes se

---

150 La provincia de la *Moesia* venía a corresponder a la mitad septentrional de la actual Bulgaria, limitada al N. por el Danubio y al S. por los Balcanes.

trataba; otras, omitiendo incluso esas indicaciones, tras exhortar a los candidatos para que no perturbaran los comicios con intrigas, les prometía su colaboración para ello. Las más de las veces declaraba que sólo se habían presentado ante él los candidatos cuyos nombres había dado a los cónsules: podían presentarse también otros —añadía—, si confiaban en su popularidad o en sus méritos. Palabras especiosas; en realidad, falsedad y engaño; y cuanto mayor era la apariencia de libertad que las cubría, tanto más pararían en implacable esclavitud.

LIBRO II

SINOPSIS

Año 16 d. C. (caps. 1-41)
Año 17 d. C. (caps. 41-52)
Año 18 d. C. (caps. 53-58)
Año 19 d. C. (caps. 59-88)

CAPÍTULOS:

1-4. Perturbaciones del Oriente.
5-26. Campañas de Germánico en Germania.
27-41. Sucesos interiores del año 16. Proceso de Libón.
42-47. Asuntos del Oriente y Germania en el año 17.
48-51. Asuntos del interior en el año 17.
52. Guerra de Africa.
53-61. Germánico en Oriente.
62-63. Druso en Germania.
64-68. Asuntos del Oriente.
69-83. Muerte de Germánico.
84-87. Sucesos del interior en el año 19: medidas sobre moralidad, religiones orientales y carestía.
88. Muerte y elogio de Arminio.

LIBRO II

1. Durante el consulado de Sisenna Estatilio Tauro y Lucio Libón[151] se produjeron perturbaciones en los reinos y en las provincias romanas del Oriente. Primero, entre los partos, que tras haber pedido y recibido de Roma un rey, aunque pertenecía a la familia de los Arsácidas[152] lo rechazaban como a extranjero. Se trataba de Vonones, entregado como rehén a Au-
2 gusto por Fraates[153]. En efecto, Fraates, a pesar de haber rechazado a los ejércitos y generales romanos[154], había dirigido a Augusto toda clase de muestras de respeto, enviándole una parte de su prole como garantía de amistad; y no tanto por miedo a nosotros como por desconfianza hacia sus paisanos.

2. Tras el fin de Fraates y de los reyes que le siguieron[155], a causa de las matanzas intestinas acu-

---

151 Comienza la narración del año 16 d. C.

152 Dinastía pártica fundada por Arsaces I, cuyo reinado se sitúa en la segunda mitad del siglo III a. C.

153 Vonones era el hijo mayor de Fraates IV (37-2 a. C.), que había estado bajo la protección de Augusto.

154 Entre ellos a Marco Antonio en el 36 a. C.; véase más abajo, 2, 2.

155 Fraates IV fue asesinado en el 2 a. C. por su hijo

dieron a la Ciudad unos embajadores de los notables partos con la misión de hacer volver a Vonones, el mayor de sus hijos. El César pensó que era un honor para él, y lo colmó de riquezas. También los bárbaros lo recibieron con alegría, como suele ocurrir con los nuevos príncipes. Pero luego sintieron vergüenza: los 2
partos habían degenerado; habían ido a otro mundo a pedir un rey, contaminado por las costumbres de los enemigos; ya el solio de los Arsácidas se consideraba y se adjudicaba como una provincia romana; ¿dónde estaba aquella gloria de los que habían matado a Craso[156] y puesto en fuga a Antonio, si un esclavo del César, que por tantos años había soportado la servidumbre, imperaba sobre los partos? Tam- 3
bién el propio Vonones exasperaba los desprecios con su apartamiento de las costumbres de sus mayores: raramente cazaba, se preocupaba poco por los caballos; cuando marchaba por las ciudades era llevado en litera, y desdeñaba los banquetes a la usanza patria. También producían risa los griegos de su séquito, y el sello de su anillo estampado incluso en los utensilios más viles. Eso sí, era fácilmente accesible y de una 4
espontánea benevolencia, virtudes desconocidas para los partos y que por ello las consideraban vicios nuevos; bastaba que se apartara de sus costumbres para que aborrecieran por igual lo que de malo y de honesto en él había.

3. Así las cosas, llamaron a Artábano, del linaje de los Arsácidas y criado entre los dahas[157], quien, derrotado en el primer encuentro, repone sus fuerzas

---

Fraataces o Fraates V, depuesto en el 5 d. C. por Orodes II, que fue a su vez muerto a causa de sus crueldades en 7 d. C.

156 En la terrible derrota de *Carrhae*, en el 53 a. C.

157 Pueblo escita asentado en el Cáucaso.

y se hace con el reino. El vencido Vonones halló refugio en Armenia, entonces tierra de nadie y vacilante entre el poder parto y el romano a causa del crimen de Antonio, quien, atrayéndose al rey de los armenios Artavasdes con apariencias de amistad, lo había car-
2 gado de cadenas para acabar dándole muerte[158]. Su hijo Artaxias, enemigo nuestro por la memoria de su padre, se había protegido a sí mismo y a su reino con la fuerza de los Arsácidas. Asesinado Artaxias por una traición de sus allegados, César dio como rey a los armenios a Tigranes, quien fue llevado al reino por Tiberio Nerón[159]. Mas no le duró el imperio a Tigranes ni a su hijo e hija, aunque siguiendo la costumbre extranjera se habían unido en el matrimonio y en el reino.

4. Más adelante Artavasdes, impuesto por orden de Augusto, fue destronado no sin pérdidas para nosotros. Entonces se delegó a Gayo César[160] para arreglar las cosas de Armenia. Puso éste a la cabeza de los armenios a Ariobárzanes, medo de origen y bien acogido por ellos a causa de su notable prestancia fí-
2 sica y brillante personalidad. Arrebatado Ariobárzanes por una muerte imprevista, no toleraron a su descendencia; tras probar el imperio de una mujer llamada Erato, a la que en breve depusieron, inciertos y sin rumbo, más que libres carentes de amo, adoptan como
3 rey al huido Vonones. Ahora bien, ante las amenazas de Artábano, como poca defensa tenía en los armenios, y si se lo defendía con nuestras fuerzas ello signifi-

[158] Fue muerto en el año 30 a. C.

[159] En el año 20. César es, naturalmente, Augusto, y el encargado de la misión el futuro emperador Tiberio. El rey fue Tigranes II.

[160] El mayor de los nietos de Augusto; véase I 3, 3.

caría una guerra contra los partos, el gobernador de Siria Crético Silano[161] lo hace venir y lo pone bajo custodia, conservándole la pompa y el nombre de rey. Cómo Vonones trató de escapar a este escarnio lo contaremos en su momento[162].

5. Por lo demás, a Tiberio no le desagradó mucho la perturbación de las cosas del Oriente, pues le brindaba un pretexto para apartar a Germánico de las legiones acostumbradas[163] y, colocándolo al frente de provincias nuevas, exponerlo a un tiempo al dolo y al
azar. Y él, más empeñado en apresurar la victoria 2
cuanto mayores eran el afecto de sus soldados y la aversión de su tío, meditaba sobre los planes de guerra y sobre lo que de adverso y próspero le había
acontecido en los ya tres años de lucha. A los ger- 3
manos se los podía desbaratar en combate de formaciones y sobre terreno llano; en cambio encontraban ayuda en los bosques, en los pantanos, en lo breve del verano y en lo precoz del invierno; a sus soldados no los afectaban tanto las heridas cuanto las jornadas de marcha y la pérdida de las armas; las Galias estaban cansadas de suministrar caballos; una larga columna de impedimenta se prestaba a emboscadas y
era mala de defender. En cambio, entrando por el 4
mar, tendrían en sus manos el dominio, y cogerían por sorpresa al enemigo; se podría empezar antes la campaña y transportar a la par las legiones y los suministros; se llevaría intacta la caballería —hombres y

---

161 Quinto Cecilio Metelo Crético Silano era su nombre completo; fue cónsul en 7 d. C. A la sazón era *legatus* del César en la provincia imperial de Siria.

162 En cap. 68.

163 Las del ejército del Rin.

monturas— al corazón de Germania entrando por las bocas de los ríos y siguiendo sus cursos.

6. En consecuencia, se puso a la tarea, tras enviar al censo de las Galias a Publio Vitelio y Gayo Ancio. Silio, Anteyo y Cécina fueron encargados de la cons-
2 trucción de una flota. Parecieron suficientes mil naves, cuya fabricación se aceleró: unas pequeñas, de popa y proa estrechas y ancho vientre, para que soportaran mejor las olas. Algunas eran de carena plana para varar sin daño; las más tenían timón a proa y popa, para poder dirigirse en uno u otro sentido cambiando de golpe la remada. Muchas estaban cubiertas de puentes para llevar encima máquinas de guerra, sirviendo al tiempo para el transporte de caballos y pertrechos; buenas para la vela, rápidas al remo, el entusiasmo de
3 los soldados aumentaba su impresionante aspecto. Se acordó que se reunieran en la isla de los bátavos, por sus fáciles accesos, y por su idoneidad para acoger
4 tropas y enviarlas luego desde allí a la guerra. Pues el Rin, tras llevar un único cauce de manera continuada o dejando en medio islas pequeñas, al principio de la tierra de los bátavos se divide formando como dos ríos, y conserva su nombre y lo impetuoso de su curso por donde recorre el confín de Germania, hasta perderse en el Océano. Hacia el lado de la ribera gala corre más ancho y tranquilo; cambiándole el nombre, los paisanos lo llaman Vahal, pero luego, perdiendo también esa denominación al unirse al Mosa, se derrama en el mismo Océano por su inmensa desembocadura.

7. El César[164], mientras se reúnen las naves, ordena al legado Silio que con una tropa ligera haga una

[164] Germánico.

incursión contra los catos; él, al saber que un fuerte adyacente al río Lippe estaba sitiado, condujo allá seis legiones. Por su parte Silio, a causa de las lluvias im- 2
previstas, no pudo hacer otra cosa que apoderarse de un reducido botín y de la esposa e hija de Arpo, príncipe de los catos; tampoco los sitiadores dieron al César ocasión de combate, pues se dispersaron al oír hablar de su llegada. Sin embargo, habían destruido el túmulo recientemente levantado en honor de las legiones de Varo y el antiguo altar consagrado a Druso. Restauró el altar, y en honor de su padre desfiló ante 3
él a la cabeza de sus legiones; reconstruir el túmulo no le pareció oportuno. Y todo el territorio entre el fuerte de Alisón y el Rin quedó fortificado con nuevas empalizadas y terraplenes.

8. Y ya había llegado la flota, con lo que, tras enviar por delante los abastecimientos y distribuir las naves entre las legiones y los aliados, entró por el canal llamado de Druso, invocando a su padre para que a él, que intentaba repetir su acción, benévolo y aplacado lo ayudara con el ejemplo y con la memoria de sus planes y trabajos; de allí llegó por los lagos y el Océano hasta el río Ems en una navegación próspera. La flota fue dejada en el lado izquierdo del 2
Ems, y se cometió un error al no llevar río arriba las tropas [165], que habían de marchar hacia las tierras de

---

165 Texto incierto y muy discutido. Por una parte, no hemos aceptado la conjetura *Amisiae ⟨ore⟩ relicta* de Seyffert, que siguen, entre otros, Miller y WUILLEUMIER; corresponde a una traducción «la flota fue dejada en la desembocadura del Ems, en la ribera izquierda», y nos parece innecesaria. En cambio, frente a KOESTERMANN, sí hemos excluido, siguiendo a Nipperdey, WUILLEUMIER, etc., el *transposuit* del manuscrito, probable glosa a *subuexit*. Una solución sería la de pensar que *laeuo amne* signifique «el brazo derecho» de un delta; en tal caso

la derecha; así se consumieron varios días en la cons-
3 trucción de puentes. Y cierto es que la caballería y
las legiones cruzaron sin alterarse los primeros esteros,
pues las aguas aún no crecían; pero entre los del final
de la columna, compuesto de auxiliares, los bátavos
que iban en aquella parte, por saltar al agua e inten-
tar mostrar su habilidad de nadadores, fueron arras-
4 trados y se ahogaron algunos. Cuando el César estaba
trazando el campamento, se le anuncia la defección
de los angrivarios [166] a retaguardia; al instante fue en-
viado con caballería y tropas ligeras Estertinio, quien
a sangre y fuego castigó aquella deslealtad.

9. El río Weser corría entre romanos y queruscos.
En su ribera se presentó Arminio con los demás nota-
bles, y tras haber preguntado si había venido el César,
cuando se le respondió que allí estaba, pidió que se
le permitiera conversar con su hermano. Estaba éste
en el ejército con el sobrenombre de Flavo [167]; era
hombre distinguido por su lealtad, y había perdido por
una herida un ojo pocos años antes, a las órdenes de
2 Tiberio. Entonces, con autorización *** [168] y al avanzar
es saludado por Arminio, el cual, tras alejar a su es-
colta, pide que se retiren los arqueros colocados al
borde de nuestra ribera; una vez que se apartaron,
pregunta a su hermano de dónde le viene aquella mu-
3 tilación del rostro. Al contarle él del lugar y del com-

subuehere, al tiempo que seguiría siendo «llevar» o «marchar río arriba», vendría a equivaler a «hacer cruzar», pues al remontar el río se superaría el brazo derecho sobre el que habría habido que construir los puentes; sin embargo, no parece que haya fundamento geográfico para esta interpretación.

166 Asentados en el curso medio del río Weser.

167 El sobrenombre significa «rubio».

168 El texto es incierto, aunque, de faltar una parte, no puede ser notable.

bate, lo interroga sobre el premio que había recibido. Flavo le habla de un aumento de estipendio, de un torques y una corona, y de otras recompensas militares; Arminio se ríe de ellas diciendo que son bajo precio de la esclavitud.

10. Empiezan entonces a discutir, ponderando el uno la grandeza romana, los poderes del César y las graves penas que esperaban a los vencidos, así como la clemencia dispuesta para el que se entregara voluntariamente; añade que tampoco su esposa e hijo reciben trato de enemigos[169]. El otro le habla de los sagrados deberes para con la patria, de la libertad ancestral, de los dioses tradicionales de Germania, de su madre, que se une a sus propios ruegos de que no prefiera ser desertor y traidor a sus allegados y pa-
rientes, en fin, a su pueblo, antes que su general. Poco 2
a poco pasan de esto a los insultos, y ni siquiera el río que corría por medio parecía capaz de hacerlos desistir de llegar a las manos; pero entonces acudió Estertinio y contuvo a Flavo, que enfurecido pedía sus
armas y caballo. Se veía enfrente a Arminio, amena- 3
zando y provocando al combate; pues en sus denuestos mezclaba muchas palabras en latín, lo que resultaba explicable por haber servido en campamentos romanos a la cabeza de sus gentes.

11. Al día siguiente el ejército germano se desplegó al otro lado del Weser. El César, juzgando que no era propio de un buen general el exponer al riesgo las legiones sin puentes ni protección, hizo cruzar a la caballería por un vado. Se dio el mando a Estertinio

---

169 Recuérdese que la esposa de Arminio e hija de Segestes estaba en poder de los romanos desde al año anterior, y que en el cautiverio había tenido un hijo varón; véase I 57 y sigs.

y a uno de los primipilares [170] llamado Emilio, quienes pasaron por lugares alejados entre sí para dividir al enemigo. Por donde el curso del río era más rápido
2 se lanzó Cariovalda, caudillo de los bátavos. Los queruscos, simulando la fuga, lo atrajeron a un llano rodeado de sotos; saliendo luego y desplegándose por todas partes rechazan a los que resisten, persiguen a los que se retiran, y a los que se habían reunido en formación circular los atacan cuerpo a cuerpo, mien-
3 tras otros los hostigan de lejos. Cariovalda, tras aguantar largamente la dura acometida del enemigo, animó a los suyos a que atacando en masa rompieran las formaciones que se les venían encima; al lanzarse él mismo contra las más apretadas, cayó entre una lluvia de proyectiles con su caballo herido, y a su alrededor muchos de los notables bátavos; a los demás los salvó del peligro ya su propio esfuerzo, ya la ayuda de la caballería de Estertinio y Emilio.

12. El César, tras atravesar el Weser, supo por un tránsfuga el lugar escogido por Arminio para presentar batalla; se enteró también de que se habían reunido otros pueblos en un bosque consagrado a Hércules [171], y que iban a intentar un asalto nocturno al campamento. Se dio fe al informador: en efecto, se veían fuegos y, según la avanzadilla de nuestros exploradores,

---

170 Se denominaba «primipilo» a un centurión de rango superior, el cual mandaba la primera centuria del primer manípulo de la primera cohorte de un legión. Un «primipilar» era un antiguo primipilo destinado a misiones de mayor responsabilidad.

171 «Cuentan también que estuvo entre ellos Hércules, y antes de marchar al combate lo celebran como al primero de los varones esforzados», TÁCITO, *Germania* 3, 1. Es claro que estamos ante una superposición de tradiciones grecorromanas similares a las que los germanos tenían.

se oía el relinchar de los caballos, y el rumor de aquel ejército inmenso y poco organizado. En consecuencia, 2
considerando oportuno probar los ánimos de los soldados ante la proximidad de un encuentro decisivo, buscaba un medio fidedigno de hacerlo. Y es que ha- 3
bitualmente los tribunos y centuriones le daban parte de las cosas agradables más que de lo que realmente habían averiguado; los libertos tenían mentalidad servil, y los amigos eran dados a la adulación; si convocaba asamblea, también allí los demás se adherirían por aclamación a la primera cosa que dijeran unos pocos. Se podría conocer lo que en el fondo pensaban cuando en los ranchos, a solas y sin vigilancia, dieran suelta a su esperanza o su miedo.

13. Al comienzo de la noche, saliendo del augural[172] por una parte oculta y desconocida por los soldados, acompañado por un solo hombre y cubriendo sus espaldas con una piel de fiera, enfiló las calles del campamento, se apostó junto a las tiendas y gozó de su fama: unos alababan la nobleza del general, otros su prestancia, los más su paciencia, su amabilidad, su carácter invariable en las cuestiones serias y en las diversiones; decían que en el combate había que corresponderle dignamente, y al tiempo inmolar a la venganza y a la gloria a aquellos pérfidos y violadores de la paz. En esto, uno de los enemigos que conocía la 2
lengua latina, acercándose con su caballo hasta la empalizada promete a grandes voces en nombre de Arminio mujeres y tierras y cien sestercios diarios de estipendio mientras dure la guerra a los que se pasen a su campo. Aquella afrenta exasperó las iras de las 3

172 Lugar del *praetorium* o puesto de mando del campamento donde el general realizaba la ceremonia del *augurium*.

legiones: ya vendría el día y les darían batalla —decían—; las tierras de los germanos las habían de tomar para sí los soldados, y habían de arrancarles a sus esposas; aceptaban el augurio, considerando como futuro botín las mujeres y dineros de los germanos. Hacia la tercera vela los germanos se lanzaron contra el campamento, pero sin disparar un solo proyectil, al darse cuenta de que las fortificaciones estaban guarnecidas por numerosas cohortes y que nada se había descuidado.

14. Esa misma noche proporcionó a Germánico un sueño de buen augurio: se vio a sí mismo ofreciendo un sacrificio y, como su toga pretexta[173] se hubiera manchado con la sangre sagrada, recibía otra más hermosa de manos de su abuela Augusta. Animado con el presagio y habiendo coincidido en lo mismo los auspicios, convoca asamblea y expone lo que su sabiduría le había aconsejado en vista del inminente combate.
2 Les dijo que no sólo los llanos eran para el soldado romano buen campo de batalla, sino también, si se actuaba con táctica, los bosques y sotos; pues los enormes escudos de los bárbaros y sus desmesuradas lanzas no se podían manejar entre los árboles y el monte bajo igual que los venablos y espadas y las armaduras
3 pegadas al cuerpo. Tenían que multiplicar los golpes, buscar con la punta los rostros; los germanos no llevaban lórigas ni cascos, ni escudos reforzados con hierro y cuero, sino simples trenzados de mimbre o tablas ligeras pintadas de colores; en todo caso su primera fila era la única que tenía lanzas, las demás solamente picas aguzadas al fuego o cortos venablos.

---

173 La toga *praetexta*, decorada con ancha franja, era propia de las magistraturas superiores.

Además, así como su cuerpo era de aspecto impresio-
nante y fuerte para un combate breve, no tenían re-
sistencia alguna a las heridas; huían sin vergüenza
por su infamia, sin cuidarse de sus jefes, desmorali-
zados en las adversidades, y sin tener en cuenta en la
prosperidad el derecho divino ni el humano. Si ellos, 4
cansados de marchas y de mar, deseaban el final, po-
dían conseguirlo con este combate: ya estaba más cerca
el Elba que el Rin, y más allá no se continuaría la
guerra; sólo les pedía que a él, que seguía las huellas
de su padre y de su tío, lo afirmaran victorioso en las
mismas tierras.

15. Al discurso del general siguió el ardor de los
soldados, y se dio la orden de ataque. Tampoco Armi-
nio y los demás próceres germanos dejaban de poner
por testigos cada uno a los suyos de que aquellos ro-
manos eran los más veloces desertores del ejército de
Varo, que, por no soportar la guerra, se habían dado
a la sedición; les decían que una parte de ellos tenían
las espaldas cargadas de heridas, que otros venían a
enfrentar ahora de nuevo sus miembros quebrantados
por las olas y tempestades a unos enemigos llenos de
odio y a unos dioses adversos, sin ninguna esperanza
de éxito[174]; habían recurrido al transporte por medio 2
de la flota y a través de las soledades del Océano,
para que nadie se interpusiera en su camino y evitar
que los hostigaran en su huida; pero una vez que lle-
garan al cuerpo a cuerpo, vencidos, de nada les val-

[174] El punto y seguido que tradicionalmente colocan los editores tras *nulla boni spe*, y que separa el párrafo 1 del 2, se omite en las ediciones 2.ª (1965) y 3.ª (1971) de KOESTERMANN, al parecer por error meramente mecánico. Naturalmente, hemos seguido la puntuación tradicional y correcta, la misma que el propio KOESTERMANN presentaba en su 1.ª edición (1960).

3 drían el viento ni los remos. Que se acordaran tan sólo de su codicia, de su crueldad y de su soberbia: ¿les quedaba otra salida que aferrarse a su libertad o morir antes de ser esclavos?

16. Así inflamados y pidiendo entrar en combate los llevan a un campo abierto llamado Idistaviso. Está situado entre el Weser y unas colinas; tiene forma desigualmente sinuosa, según las riberas del río se retiran o las cimas lo limitan. A la espalda se levantaba un bosque de altos árboles y tierra pelada entre
2 ellos. El despliegue bárbaro ocupó el campo y el borde del bosque; sólo los queruscos se situaron en las alturas, para lanzarse sobre los romanos cuando éstos
3 estuvieran ya combatiendo. Nuestro ejército avanzó así: los auxiliares galos y germanos al frente, tras ellos los arqueros de a pie; luego cuatro legiones y el César con dos cohortes pretorianas y caballería escogida; después otras tantas legiones y las tropas ligeras con los arqueros de a caballo y las demás cohortes de aliados. Los soldados estaban atentos y preparados a pasar de columna de marcha a orden de batalla.

17. Al ver a las bandas de queruscos, que por su ardor incontenible se habían lanzado ya, ordena a lo más fuerte de la caballería atacar su flanco, y a Estertinio con los demás escuadrones rodearlas y atacarlas por la espalda, esperando él para apoyarlos en el mo-
2 mento indicado. Entretanto, el mejor de los augurios, aparecieron ocho águilas que volaron hacia el bosque y entraron en él; el general lo advirtió. Les grita que marchen, que sigan a las aves de Roma, númenes pro-
3 pios de las legiones[175]. Al momento avanza la infan-

[175] El augurio es doble: el águila es símbolo de la legión, y ocho es también el número de las legiones del ejército.

tería, mientras que la caballería enviada por delante
atacaba ya la retaguardia y los flancos. Hecho extraño,
dos ejércitos enemigos corriendo en sentidos contra-
rios: los que ocupaban el bosque se precipitaban hacia
lo abierto, los que estaban en el campo, hacia el bosque.
En medio de unos y otros los queruscos, a quienes se 4
estaba arrojando de las colinas; Arminio, sobresaliendo
entre ellos, con su brazo, su voz, sus heridas sostenía
el combate. Y ya se iba a lanzar sobre los arqueros
para romper por allí, cuando las cohortes de retos,
vindélicos[176] y galos dirigieron a aquel lugar sus en-
señas. Sin embargo, con su esfuerzo y el ímpetu de su 5
caballo logró pasar, tras untarse el rostro con su pro-
pia sangre para no ser reconocido. Cuentan algunos
que fue identificado por los caucos que militaban entre
los auxiliares romanos y que lo dejaron escapar. El
mismo valor o el mismo fraude permitió huir a In-
guiomero. Los demás fueron muertos en masa; a la 6
mayoría de los que intentaron cruzar a nado el Weser
los anegaron los proyectiles o la fuerza del agua, y
también el tropel desordenado de los que huían y los
desprendimientos de las riberas. Algunos, que habían
buscando una escapatoria vergonzosa subiéndose a los
árboles y ocultándose entre las ramas, fueron asaetea-
dos en medio del escarnio de los arqueros traídos al
efecto; otros se estrellaron al derribarse los árboles.

18. Grande fue aquella victoria, y apenas nos costó sangre. Los cadáveres y armas de los enemigos caídos en la matanza, que duró desde la hora quinta hasta

---

[176] Los vindélicos habitaban la zona comprendida entre el Danubio, en su curso superior, y el borde septentrional de los Alpes; su capital, *Augusta Vindelicorum*, corresponde a la actual Augsburgo.

la noche, cubrían diez millas[177]. Entre sus despojos se
hallaron las cadenas que llevaban preparadas para los
romanos, absolutamente seguros del resultado de la
2 batalla. Los soldados, en el lugar del combate, dirigie-
ron un saludo a Tiberio como *imperator*, y se levantó
un terraplén sobre el que colocaron, a la manera de
un trofeo, las armas con los nombres de los pueblos
vencidos escritos debajo.

19. A los germanos las heridas, los duelos, el de-
sastre, no les causaron tanto dolor e ira como aquel
espectáculo. Los que hacía un momento se disponían
a abandonar sus tierras y a retirarse más allá del Elba,
se deciden a luchar, echan mano a las armas. La plebe
y los notables, los jóvenes y los viejos se lanzan re-
pentinamente sobre la columna romana y provocan en
2 ella el desorden. Al fin escogen un lugar rodeado por
el río y los bosques, en cuyo centro había un llano
estrecho y húmedo; también los bosques tenían a su
alrededor profundos pantanos, pero los angrivarios
habían elevado uno de los flancos con un ancho te-
rraplén a fin de separarse de los queruscos. Allí se
asentó la infantería; los de a caballo se escondieron
en los bosques cercanos para estar a espaldas de las
legiones cuando entraran en ellos.

20. Nada de esto pasó desapercibido al César: se había enterado de los planes, emplazamientos y acciones abiertas u ocultas del enemigo, y buscaba convertir su astucia en su propia perdición. Encargó al legado Seyo Tuberón la caballería y el llano. El despliegue de infantería lo dispuso de manera que una parte entrara

---

177 La hora quinta correspondía, aproximadamente, a las once de la mañana. Las diez millas —de mil pasos cada una—, a unos 15 kilómetros.

en el bosque por el acceso bajo y la otra subiera al asalto del terraplén; él se encargó de lo más arduo, dejando el resto a los legados. Aquellos a quienes ha- 2
bía correspondido la parte llana se abrieron paso sin dificultad; los que debían asaltar el terraplén, como si se hallaran al pie de un muro, se veían gravemente hostigados desde arriba. Se dio cuenta el general de que la lucha de cerca resultaba desigual, y retirando un poco las legiones, mandó a los honderos y artilleros[178] que dispararan sus proyectiles y desbarataran al enemigo; las máquinas lanzaron picas, y precisamente por hallarse tan a la vista los defensores, en mayor número caían abatidos por los impactos. Con- 3
quistado el terraplén, el César se lanzó a la cabeza de las cohortes pretorianas contra los bosques; allí se luchó cuerpo a cuerpo. El enemigo tenía a sus espaldas el pantano, los romanos el río o los montes: ni unos ni otros podían cambiar de terreno, y para ambos estaba la esperanza en el valor, la salvación en la victoria.

21. No eran menores los ánimos de los germanos, aunque estaban en inferioridad por el tipo de lucha y las armas. En efecto, aquella ingente multitud en un lugar tan apretado no podía tender y retirar sus picas demasiado largas, ni atacar a saltos aprovechando su agilidad, obligada a un combate estable. En cambio, nuestros soldados, con el escudo pegado al pecho y empuñando con firmeza la espada, herían los enormes cuerpos de los bárbaros y sus rostros desprotegidos, y se abrían camino con la matanza de enemigos. Arminio ya no mostraba tanta vitalidad, sea por los continuos peligros, ya le restara fuerzas la herida reciente-

[178] Los *libritores* manejaban las ballestas y catapultas.

mente sufrida. También a Inguiomero, que corría acá y allá por toda la formación, lo abandonaba más la
2 fortuna que el valor. Germánico, para hacerse reconocer mejor, se había quitado el casco y les pedía que no cejaran en la matanza: no había que coger prisioneros —les gritaba—; sólo el exterminio de aquella gente pondría fin a la guerra. Y ya al caer el día saca del combate una legión para establecer el campamento. Las demás se saciaron de sangre enemiga hasta que cayó la noche. La caballería obtuvo un resultado ambiguo.

22. Tras felicitar en la asamblea a los vencedores, el César amontonó armas para formar un trofeo, con una soberbia inscripción en la que se decía que, tras derrotar a las naciones de entre el Rin y el Elba, el ejército de Tiberio César había consagrado aquel monumento a Marte, a Júpiter y a Augusto. Nada añadió acerca de sí mismo, ya por temor a la envidia, ya porque pensara que bastaba con la conciencia del hecho
2 realizado. Luego encarga a Estertinio que lleve la guerra contra los angrivarios si no se apresuran a entregarse; pero ellos, poniéndose en actitud suplicante y aceptándolo todo, recibieron un perdón universal.

23. Como el verano estaba ya avanzado[179], una parte de las legiones fue devuelta por tierra a sus cuarteles de invierno; a la mayoría la embarcó el César en la flota y por el río Ems la llevó al Océano.
2 Al principio no había en la mar en calma otro ruido que el del batir de los remos ni otro movimiento que el de la singladura a vela de las mil naves. Luego cayó

179 Como es sabido, en el mundo antiguo, y máxime en tales latitudes, no eran pensables campañas de invierno.

granizo de un negro conglomerado de nubes, al tiempo que las olas sin rumbo, levantadas de todas partes por huracanes encontrados, impedían la visión y hacían imposible el manejo de los timones. Los soldados, llenos de miedo e ignorantes de los azares de la mar, estorbando a los marineros o tratando intempestivamente de ayudarlos, anulaban el esfuerzo de los entendidos. Después, todo el cielo y todo el mar queda- 3
ron a merced de un austro que, reforzado por el arrastre de un inmenso cúmulo de nubes salidas de las tierras de Germania, rebosantes de humedad, y de sus profundos ríos, y exasperado por la cercanía del frío septentrión [180], se llevó las naves y las dispersó por mar abierta, o las lanzó contra islas peligrosas por sus abruptos acantilados o sus ocultos bajíos. Tras 4
evitarlas por un poco y a duras penas, cuando el oleaje cambió a la misma dirección en que empujaba el viento, no lograban quedarse anclados ni achicar las olas que se les metían dentro. Los caballos, las bestias de carga, los bagajes, incluso las armas, todo lo echan

---

[180] El pasaje, aparte de problemas críticos, presenta ciertas dificultades de traducción. Los primeros, sin embargo, no tienen mayor trascendencia, toda vez que se limitan a leer *humidis* en *in austrum cessit, qui tumidis Germaniae terris, profundis amnibus immenso nubium tractu ualidus*... Nuestra interpretación entiende que los ablativos *terris* y *amnibus* dependen de *tractu* e indican el origen del arrastre de nubes; *tractu* sería ablativo de causa dependiendo de *ualidus*. WUILLEUMIER, en cambio, pone coma también después de *amnibus*, y considera los tres ablativos asindéticamente coordinados en dependencia causal de *ualidus;* además, traduce *tumidis Germaniae terris* por «par les vallonnements de la terre germanique», lo que a nuestro entender ignora no sólo la orografía de la Germania septentrional, sino también el verdadero sentido que creemos que tiene *tumidis*, el de «reich an Feuchtigkeit» (KOESTERMANN, en su comentario), y que nuestra traducción recoge.

por la borda para aliviar los cascos que hacían agua y se veían anegados por los golpes de mar.

24. Cuanto más violento que los otros mares es el Océano y más inhóspito el clima de Germania, tanto más sobresalió aquel desastre en novedad y magnitud. Además, en torno sólo había costas hostiles o un mar tan vasto y profundo que se lo considera el último y
2 sin tierras al otro lado. Una parte de las naves se hundió; las más fueron arrojadas a islas lejanas, y los soldados perecieron de hambre en tales lugares inhabitados, salvo aquellos a quienes sostuvo la carne de los caballos arrojados a los mismos parajes. Sólo la trirreme de Germánico arribó a la tierra de los caucos; y a lo largo de todos aquellos días y noches anduvo por acantilados y escarpadas riberas, gritando que él era culpable de tan grande exterminio, hasta el punto de que a duras penas lograron sus amigos impedirle
3 que se arrojara al mar. Al fin, al cambiar la dirección de las olas y ayudadas por el viento volvieron las naves desmanteladas, con escasos remeros o izadas las ropas a manera de velas, algunas a remolque de las más resistentes. Mandó repararlas apresuradamente y las envió a explorar las islas, medida que permitió recoger a muchos. Los angrivarios, recientemente acogidos a nuestro protectorado, devolvieron a un gran número, rescatado de entre los pueblos del interior; algunos fueron arrastrados hasta Britania [181] y devueltos por los
4 reyezuelos. Cuantos volvían de aquellas lejanías contaban cosas admirables: tormentas violentísimas y aves inauditas, monstruos marinos, seres mixtos de

181 Toda vez que el término *Bretaña* evoca hoy preferentemente una región de Francia, preferimos emplear el semicultismo *Britania* para recoger *Britannia* (Gran Bretaña).

hombres y bestias; cosas que habían visto o que se habían figurado por el miedo.

25. Pero la noticia de la pérdida de la armada animó tanto a los germanos a esperanzas guerreras como al César a mantenerlos a raya. Ordena a Gayo Silio marchar contra los catos con treinta mil soldados de infantería y tres mil de a caballo; él se lanza con tropas mayores contra los marsos, cuyo jefe Malovendo —recientemente acogido a nuestra protección— le indica que en un bosque sagrado cercano se halla enterrada un águila de una legión de Varo, y que está custodiada por una guardia reducida. Envía al momento 2
una tropa que atraiga al enemigo hacia el frente, mientras otros, rodeándolos por la espalda, excavan la tierra; ambas operaciones tuvieron fortuna. Animado por ello el César continúa hacia el interior: devasta y saquea sin que el enemigo se atreva a plantarle cara o, en caso de que lo hiciera, rechazándolo al momento, pues —según se supo por los prisioneros— tenía más miedo que nunca. En efecto, declaraban que los 3
romanos eran invencibles y no había azar que los abatiera, pues perdida su flota, tras quedarse sin armas, tras cubrir de cadáveres de caballos y hombres las costas, habían atacado con el mismo valor, con pareja fiereza y como si su número hubiera aumentado.

26. Entonces se hizo volver a los soldados a sus cuarteles de invierno, con la moral alta dado que habían compensado las adversidades del mar con una expedición próspera. Se sumó la munificencia del César [182], que indemnizó a cada uno por lo que declaraba haber perdido. No había duda de que el enemigo se

182 Germánico.

venía abajo y proyectaba pedir la paz, ni de que añadiendo el próximo verano, se podría poner fin a la
2 guerra. Pero Tiberio le avisaba repetidamente por carta que volviera para el triunfo que se le había concedido: ya habían ocurrido bastantes éxitos, ya estaba bien de azares; había llevado a cabo campañas prósperas y grandes, pero debía acordarse también de los graves y crueles daños que los vientos y las olas —sin culpa
3 alguna del general— habían provocado; él, enviado nueve veces a Germania por el divino Augusto, había hecho más por el cálculo que por la fuerza; así había recibido a los sicambros en protectorado, así había asegurado con la paz a los suevos y a su rey Maroboduo[183]. También —añadía— podía abandonarse a los queruscos y a los demás pueblos rebeldes a sus discordias internas, puesto que ya se había atendido
4 a la venganza romana. Como Germánico le pidiera todavía un año para llevar a término su empresa, tentó con más fuerza su modestia ofreciéndole un segundo consulado, que tendría que desempeñar estando presente en Roma. Le decía también que, si había que hacer la guerra todavía, dejara ocasión de gloria a su hermano Druso, que, al no haber entonces otro enemigo, no podría conseguir el título de *imperator* y
5 ganarse los laureles más que en Germania. Germánico no vaciló más, aunque entendía que todo aquello era una ficción y que por envidia se le arrebataba un honor que ya había conseguido.

27. Por el mismo tiempo fue acusado Libón Druso, de la familia de los Escribonios, de preparativos revo-

---

[183] Los *Sugambri* estaban situados en la zona del Ruhr; tras las campañas de Tiberio en Germania, Augusto los había asentado en la región renana de la Galia, al igual que a los *Suebi*, que dieron nombre a Suabia.

lucionarios. Relataré cuidadosamente el principio, el desarrollo y el final del asunto, porque fue aquélla la primera manifestación de los procedimientos que por tantos años consumieron a la república. El senador 2
Firmio Cato, íntimo amigo de Libón, infundió en aquel joven inexperto y dado a cosas vanas la afición a las promesas de los caldeos[184], a los ritos mágicos y también a la interpretación de los sueños, llamándole la atención sobre su bisabuelo Pompeyo, su tía-abuela Escribonia, que había sido esposa de Augusto, sus primos los Césares[185], su casa llena de imágenes; y lo empuja al lujo y a contraer deudas, haciéndose compañero de sus excesos y necesidades a fin de implicarlo con mayores evidencias.

28. Cuando encontró bastantes testigos y esclavos que estuvieran al tanto de las cosas, solicitó acceso al príncipe tras ponerlo al tanto de la acusación y del reo por medio del caballero romano Flaco Vesculario, que tenía más estrecha relación con Tiberio. El César, 2
aunque no rechazó la denuncia, se negó a recibirlo: bien podía continuar la información a través del mismo Flaco. Y entretanto enaltece a Libón con la pretura, lo invita a comer, sin la menor alteración en su rostro ni emoción en sus palabras; tan escondido tenía su odio. Aunque podía impedir todos sus dichos y hechos, prefería conocerlos, hasta que un tal Junio, al que tentó Libón a que con encantamientos hiciera aparecer

184 En la Roma del tiempo, invadida por ritos y cultos orientales, tenía gran boga la actividad de los astrólogos caldeos.

185 Libón era hijo de una hija de Pompeyo Magno. Hermana de su abuelo era Escribonia, esposa de Augusto entre los años 40-39 a. C., de la que tuvo a Julia, la que propagó la estirpe de los Césares. Libón era, pues, primo segundo de Gayo, Lucio y Agripa Póstumo —muertos ya—, y de Julia la Menor y Agripina, esposa de Germánico.

a las sombras infernales, dio parte a Fulcinio Trión[186].
3 Era Trión célebre entre los acusadores por su astucia y por su avidez de mala fama. Al momento lo denuncia, recurre a los cónsules, pide una investigación del senado. Se convoca a los senadores con la advertencia de que se va a tratar de un asunto grave y terrible.

29. Entretanto Libón, vestido de duelo y acompañado de mujeres ilustres, iba por las casas suplicando a sus allegados y pidiendo una voz que lo defendiera del peligro; todos se negaron, con pretextos diversos
2 pero por el mismo temor. El día de la sesión del senado, deshecho por el miedo y la tristeza, o bien —como escriben algunos— simulando una enfermedad, se hizo llevar en una litera hasta la puerta de la curia y, apoyado en su hermano, dirigió sus manos y su voz suplicante a Tiberio, quien lo acogió con un rostro impasible. Luego el César da lectura a las denuncias y a la relación de acusadores, de una manera lo bastante pensada para que no pareciera ni restar ni añadir importancia a las imputaciones.

30. Se habían unido a Trión y a Cato como acusadores Fonteyo Agripa y Gayo Vibio, y se disputaban el cometido de pronunciar el discurso de imputación contra el reo, hasta que Vibio, visto que ninguno cedía a los otros y que Libón había comparecido sin defensor, declaró que él expondría las acusaciones una por una. Presentó un memorial descabellado en que se decía que Libón había consultado a los adivinos sobre si llegaría a tener riquezas suficientes como para cu-
2 brir de dinero la Vía Apia hasta Brindis[187]. Había otras

[186] Cónsul en el año 31 d. C.

[187] La Vía Apia unía a Roma con el S. de Italia, y tenía una continuación hacia Grecia —como todavía hoy— en los

necedades por el estilo, carentes de fundamento y, tomadas por el lado bueno, motivo de lástima. Sin embargo el acusador argüía que en un documento estaban puestas por mano de Libón notas siniestras o misteriosas a los nombres de los Césares o de senadores.
Al negarlo el reo se estimó conveniente interrogar en 3
el tormento a los siervos que declaraban reconocerlas[188]; y como en virtud de un antiguo decreto del senado se prohibía tal investigación si estaba implicada en ella la vida del amo, el astuto Tiberio, inventando un nuevo derecho, manda que sean vendidos a un agente estatal, de manera que se pudieran buscar en los esclavos testimonios contra Libón dejando a salvo
el decreto del senado. Con tal ocasión el reo pidió un 4
aplazamiento hasta el día siguiente, y marchando a su casa envió a su allegado Publio Quirinio sus últimos ruegos dirigidos al príncipe.

31. Le respondió que encaminara sus súplicas al senado. Entretanto su casa quedó rodeada de soldados; incluso alborotaban en el vestíbulo, de manera que se los podía oír y ver. Entonces Libón, atormentado por el mismo banquete que había organizado como último placer, reclama a uno que le aseste el golpe fatal y estrecha las manos de sus siervos tra-
tando de poner en ellas su espada. Ellos se llenan de 2
miedo, escapan, y derriban la luz puesta sobre la mesa,

---

barcos que desde su extremo, Brindis, hacia ella partían. El recorrido total de Roma a Brindis puede calcularse en torno a los 600 kilómetros.

188 El texto dice, simplemente, *adgnoscentes seruos,* que WUILLEUMIER traduce «les esclaves qui étaient au courant des faits»; nosotros creemos, por el contrario, que va referido a *notas* como a su complemento directo; en este sentido parece pronunciarse la correspondiente nota de KOESTERMANN en su comentario.

y Libón, en aquellas tinieblas que para él eran ya las de la muerte, se hirió por dos veces en las entrañas. Al gemido del que caía acudieron sus libertos, y al ver
3 su muerte se retiraron los soldados. Sin embargo, en el senado se llevó adelante la acusación con la misma severidad, y Tiberio juró que hubiera pedido la vida del reo, aunque fuera declarado culpable, si él no hubiera apresurado voluntariamente su muerte.

32. Sus bienes son divididos entre los acusadores, y se dieron preturas extraordinarias a aquellos que pertenecían al rango senatorial. Entonces Cotta Mesalino[189] propuso que la imagen de Libón no pudiera acompañar las exequias de sus descendientes, y Gneo Léntulo que ningún Escribonio tomara el apellido de
2 Druso. Se determinaron días de súplica por moción de Pomponio Flaco y ofrendas a Júpiter, Marte y Concordia, y asimismo que el día 13 de septiembre, en que Libón se había dado muerte, se considerara festivo, por iniciativa de Lucio P⟨lanco⟩[190], Asinio Galo, Papio Mútilo[191] y Lucio Apronio. Pongo aquí sus mociones y su adulación para que se sepa que ese mal es ya
3 viejo en la república. Se hicieron también decretos del senado sobre la expulsión de Italia de los astrólogos y magos; uno de ellos, Lucio Pituanio, fue despeñado desde la roca Tarpeya; a otro, Publio Marcio, lo hicieron ejecutar los cónsules a la manera antigua fuera de la puerta Esquilina, tras ordenar que sonara la trompeta militar[192].

---

[189] Se trata del amigo de Ovidio, cónsul en el 20 d. C.

[190] El *cognomen* de Lucio Munacio Planco ha sido restaurado en el texto por iniciativa de R. Syme.

[191] Cónsul en el 9 d. C.

[192] Suetonio (*Nerón* 49) da una descripción de este género de suplicio, en el que el condenado, con el cuello inmovilizado en una horquilla, era muerto a golpes de vara.

33. En la siguiente sesión del senado hubo un fuerte ataque al lujo de la ciudad por parte del ex cónsul Quinto Haterio y del ex pretor Octavio Frontón; se decretó que no se fabricaran vajillas de oro macizo y que la seda no deshonrara el atuendo de los hombres. Frontón, yendo aún más lejos, exigió un límite para la plata, los muebles y los esclavos; y es que todavía los senadores, cuando les tocaba el turno, tenían ocasión de expresar lo que opinaban que iba en bien de la república. Habló en contra Galo Asinio: con el engran- 2
decimiento del imperio habían prosperado también las fortunas privadas, y eso no era algo nuevo, sino habitual desde lo más antiguo; no eran los mismos los capitales de los Fabricios que los de los Escipiones; y todo se debía a la república, que cuando era pobre había alojado a los ciudadanos en casas angostas, y una vez que había llegado a aquel grado de magnificencia, permitía el progreso de cada cual. Por lo que 3
miraba al número de esclavos, a la plata y a las cosas de uso corriente, lo mucho y lo poco dependía de la fortuna de su poseedor. El censo de los senadores y el de los caballeros era distinto no porque fueran diversos por naturaleza, sino que, al igual que aquéllos precedían en lugar, rango y dignidad, así también en las cosas que se procuran para el reposo del ánimo o la salud del cuerpo; a no ser, claro, que los más ilustres tuvieran que afrontar más responsabilidades y mayores peligros, careciendo en cambio de los medios para aliviar responsabilidades y peligros. Aquella con- 4
fesión de vicios que Galo disfrazaba con palabras honorables le ganó fácilmente el asentimiento del auditorio, compuesto por sus iguales. Además añadió Tiberio que no era el momento para ejercer censuras y que, si se producía cierto relajamiento en las costum-

bres, no había de faltar quien se encargara de corregirlo.

34. En esto Lucio Pisón[193], atacando las intrigas del foro, la corrupción de la justicia y el encarnizamiento de los abogados que continuamente amenazaban con acusaciones, declaró que él se marcharía y abandonaría la Ciudad, para vivir en algún lugar lejano y escondido del campo; y al momento se fue de la curia. Quedó muy alterado Tiberio, y tras haber intentado apaciguar a Pisón con palabras amables, movió también a algunos de sus allegados a que trataran de impedir su marcha con su autoridad o con
2 sus ruegos. Pronto el mismo Pisón dio una muestra no menor de su indignación de hombre libre llevando ante los tribunales a Urgulania, a quien la amistad de Augusta había elevado por encima de las leyes. Y ni Urgulania obedeció, haciéndose llevar a casa del César tras despreciar a Pisón, ni él se echó atrás hasta que Augusta se quejó de que se la afrentaba y disminuía
3 a ella misma. Tiberio, quien juzgó político condescender con su madre sólo hasta el punto de decirle que iría al tribunal del pretor y asistiría a Urgulania, salió del Palacio dando orden a los soldados de que lo siguieran de lejos. Se juntaba la gente para verlo pasar, con la expresión compuesta y alargando el tiempo y el camino con conversaciones varias, hasta que, en vista de que los allegados de Pisón no lograban contenerlo,
4 Augusta mandó pagar la suma demandada. Éste fue el final de aquel asunto, del que salió no sin gloria Pisón y Tiberio con su fama aumentada. Por lo demás, el poder de Urgulania ante la ciudad era tan excesivo

193 Se trata del áugur Lucio Calpurnio Pisón, hermano de Gneo, el rival de Germánico.

que, citada como testigo en una cierta causa que se desarrollaba en el senado, desdeñó comparecer; hubo que enviar a un pretor que la interrogara en su casa, cuando era costumbre antigua que a las propias vírgenes vestales se las oyera en el Foro y en el tribunal cuantas veces tuvieran que prestar testimonio.

35. De unas vacaciones que hubo aquel año[194] nada diría si no valiera la pena conocer los opuestos pareceres de Gneo Pisón y Asinio Galo acerca del asunto. Pisón, aunque el César había anunciado su intención de ausentarse, propugnaba que con mayor razón debían continuarse las sesiones, pues sería un honor para la república el que en ausencia del príncipe el senado y los caballeros se mostraran capaces de seguir desempeñando sus cometidos[195]. Galo, puesto que Pisón 2
se había adelantado en el gesto de mostrar un espíritu libre, decía que nada bastante brillante y a la altura de la dignidad del pueblo romano se podría hacer a no ser en presencia y ante los ojos del César, y que por ello el pleno de Italia y el congreso de las provincias debían hacerse esperar a su vuelta. Tiberio escuchó en silencio estas intervenciones y el vivo debate que se desarrolló, pero acabó por decidirse el aplazamiento.

36. Suscitó también Galo una discusión con el César. En efecto, propuso que las elecciones para las

---

194 Continúa el 16 d. C.

195 El texto es: ... *ob id magis agendas censebat, ut absente principe senatum et equites posse sua munia sustinere decorum rei publicae foret.* Estimamos que *ut ... foret* recoge en estilo indirecto un *ut* que resulta de valor causal en cuanto que exegético de *ob id,* y que no es, por tanto, una oración final, como piensan otros traductores, entre ellos WUILLEUMIER.

magistraturas fueran para cinco años, que los legados de las legiones, que solían desempeñar ese mando militar antes de la pretura, fueran ya desde entonces propuestos como pretores, y que el príncipe designara doce candidatos para cada uno de los años. No había duda de que la moción trataba de calar hondo, pro-
2 bando las secretas intenciones del poder[196]. Sin embargo Tiberio, como si sus potestades resultaran acrecentadas, razonó que era una carga demasiado grave para su modestia el elegir a tantos, posponiendo a tantos otros. Apenas le era posible —decía— evitar el ofender a alguno cada año, aunque la esperanza próxima consolara de un fracaso: ¿cuánto mayor sería el resentimiento de aquellos a quienes se arrinconara
3 hasta cinco años después? ¿Cómo se podían conjeturar —preguntaba— los cambios de intención, de situación familiar y de fortuna de cada cual en tan largo lapso de tiempo? La gente caía en la soberbia incluso con los nombramientos anuales: ¿qué iba a ocurrir si ostentaban las dignidades por cinco años? Además eso vendría a suponer el quintuplicar las magistraturas y subvertir las leyes, que tenían establecidos los tiempos de que disponían los candidatos para ejercer su acti-
4 vidad con vistas a pretender y poseer los cargos. El caso fue que con un discurso complaciente en apariencia mantuvo aferrada la fuerza del poder.

37. También elevó las rentas de algunos senadores, por lo que resultó más sorprendente la altivez con que recibió las súplicas de Marco Hórtalo, joven noble que se hallaba en pobreza manifiesta. Era nieto del

---

196 En efecto, si lograba que el César proclamara entonces tan elevado número global de candidatos, conseguiría hacerle exteriorizar su concepto sobre un amplio sector de la clase política, al tiempo que lo dejaba comprometido para el futuro.

orador Hortensio[197], y el divino Augusto, con una liberalidad de un millón de sestercios[198], lo había movido a tomar esposa y engendrar hijos, para que no se extinguiera aquella familia esclarecida. Pues bien, con 2
sus cuatro hijos en pie ante el umbral de la sala del Palacio[199] donde en aquella ocasión se reunía el senado, al corresponderle su turno y mirando ya a la estatua de Hortensio colocada entre las de los oradores, ya la de Augusto, comenzó a hablar en estos términos: «Senadores, a estos niños cuya tierna edad y número podéis ver por vosotros mismos, no los traje al mundo por mi propia voluntad, sino porque el príncipe me lo aconsejaba; y también mis mayores merecían tener una posteridad. Pues yo, que ni riquezas, ni populari- 3
dad, ni elocuencia —ese bien familiar de nuestra casa— logré recibir ni agenciarme por la inestabilidad de los tiempos, tenía bastante, ya que lo exiguo de mi patrimonio no era para mí motivo de vergüenza ni carga para otros. Por orden del emperador tomé esposa. ¡He ahí a la estirpe y linaje de tantos cónsules[200], de tantos dictadores! Y esto no lo cuento para ganar- 4
me envidias, sino misericordias. Recibirán bajo tu imperio floreciente, César, los honores que tú les des;

---

197 Contemporáneo y amigo de Cicerón, y su mayor rival en el foro.

198 Para tener una idea del valor de la donación, recuérdese que en el año 14 d. C. los legionarios recibían 10 ases, es decir, cuatro sestercios diarios de soldada, retribución considerada muy baja.

199 Parece que se trataba de la biblioteca de la morada imperial del Palatino, en la que estaban colocadas efigies de los oradores célebres, entre ellas —sin duda— la del propio Hortensio.

200 En la familia Hortensia había habido dos cónsules y un dictador. Koestermann hace notar con acierto que tal vez no estamos ante una exageración, en cuanto que puede haber referencia a los antepasados por línea materna.

entretanto, a los biznietos de Quinto Hortensio, a los que deben su existencia al divino Augusto, defiéndelos de la miseria.»

38. La buena disposición del senado fue un acicate para que Tiberio se opusiera más decididamente, empleando unos términos más o menos de este tenor: «Si cuantos pobres hay empiezan a venir aquí y a pedir dineros para sus hijos, nunca se saciará a cada cual, y el estado se verá en dificultades. Y, desde luego, no se permitió por nuestros mayores salirse alguna vez del orden del día y proponer en el propio turno mociones que lleven al interés común para que favorezcamos aquí nuestros negocios privados y haciendas particulares, provocando encima rencores contra el senado y los príncipes, tanto si acceden a la largueza
2 como si la deniegan. Pues no es súplica, sino exigencia, y por cierto intempestiva e imprevista, eso de levantarse cuando los padres se han reunido para tratar de otros asuntos, y con el número y la edad de los propios hijos, presionar sobre la discreción del senado, para hacer caer sobre mí la coacción y, por decirlo así, tratar de descerrojar el erario; y, desde luego, si lo agotamos por condescendencia, habrá que
3 reponerlo por el crimen. El divino Augusto te dio dineros, Hórtalo, pero sin que se lo pidieran y sin la condición de que se te fueran a dar siempre. Además se relajaría el esfuerzo personal y crecería la indolencia si nadie saca sus temores o esperanzas de sí mismo, y si todos esperan tranquilos la ayuda ajena, holgaza-
4 nes para sí y carga para nosotros.» Estas expresiones y otras por el estilo, aunque escuchadas con asentimiento por quienes tienen por costumbre alabar todo lo que los príncipes hacen, sea honesto o deshonesto, las acogieron los más en silencio o con ocultos murmu-

llos. Tiberio se dio cuenta, y tras callarse por un momento, añadió que a Hórtalo ya le había respondido; por lo demás, si les parecía bien a los senadores, daría a sus hijos varones doscientos mil sestercios a cada uno. Los demás le dieron las gracias; Hórtalo se 5
quedó en silencio, tal vez por miedo, o quizá más bien porque aún entre las estrecheces de la fortuna conservaba el recuerdo de la nobleza de sus abuelos. Y en adelante Tiberio no volvió a compadecerse de él aunque la casa de Hortensio paró en una miseria vergonzosa.

39. Aquel mismo año la osadía de un solo hombre, y además esclavo, estuvo a punto de afligir a la república con discordias y guerras civiles, si no fuera por que se acudió a tiempo. Un siervo de Agripa Póstumo llamado Clemente, al saber del final de Augusto concibió el plan —nada propio de un ánimo servil— de llegarse a la isla de Planasia y, tras apoderarse por la fuerza o con engaño de Agripa, llevárselo a los ejércitos de Germania[201]. Impidió su intento la len- 2
titud de la nave de carga en que se embarcó; y como entretanto ya se había perpetrado el asesinato de Agripa[202], decidiéndose por un plan más grande y descabellado, robó sus cenizas y se dirigió a Cosa[203], promontorio de Etruria, donde se escondió en un lugar ignorado hasta que le crecieron el pelo y la barba[204],

[201] Junto a aquellos ejércitos se encontraba Agripina, hermana de Agripa Póstumo —ambos eran hijos de Julia y nietos de Augusto—, casada con Germánico, *imperator* de las legiones del Rin. La maniobra miraba, pues, a oponer al anormal y confinado Agripa —en cuanto auténtico César— al sucesor Tiberio, hijastro del príncipe.

[202] Véase I 6.

[203] Junto al actual Porto Ercole.

[204] La barba y pelo crecidos los llevaría Agripa como señal de luto por la muerte de su abuelo Augusto.

pues en edad y aspecto físico no era muy distinto a
3 su señor. Entonces, por medio de colaboradores ade-
cuados, cómplices de su secreto, difunde el bulo de
que Agripa está vivo, primero en conversaciones disimu-
ladas, con el aire de las cosas prohibidas, y luego con
vagos rumores a los oídos prontos de la gente igno-
rante, para abordar luego a los turbulentos y, por ello
4 mismo, ansiosos de situaciones revolucionarias. Él
mismo se acercaba a los municipios al caer la noche,
pero sin dejarse ver públicamente ni detenerse mucho
en los mismos lugares; antes bien, como la verdad se
impone con la luz y con el tiempo y las falsedades con
el apresuramiento y la incertidumbre, dejaba tras de sí
su fama o procuraba que lo precediera.

40. Entretanto se esparcía por Italia el rumor de
que por gracia de los dioses se había salvado Agripa,
y se lo creía en Roma. A Clemente, cuando desembarcó
en Ostia, lo acogieron enormes multitudes y, ya en la
Ciudad, asambleas clandestinas, mientras Tiberio, en
angustioso dilema, no sabía si aplastar al que era su
esclavo con la fuerza de sus soldados, o dejar que la
vana credulidad fuera disipada por el tiempo mismo.
Por momentos pensaba que no había enemigo pequeño,
pero también, dudando entre el miedo y la vergüenza,
2 que no había que asustarse por todo. Al fin encarga
el asunto a Salustio Crispo, quien escoge a dos de sus
clientes —algunos cuentan que eran soldados— y les
ordena que simulando estar de su parte se acerquen a
Clemente, que le ofrezcan dinero, y que le prometan
fidelidad y arriesgarse por él. Hacen tal cual se les
había mandado. Después, escogiendo una noche en que
no estaba protegido y tomando una tropa idónea, lo
prendieron y lo arrastraron amordazado al Palacio.
3 Cuando Tiberio le preguntó cómo se había convertido

en Agripa, se cuenta que le respondió: «Del mismo modo que tú te convertiste en César»[205]. No se consiguió obligarlo a delatar a sus cómplices. Tiberio, no atreviéndose a hacer público su castigó, mandó que lo mataran en una parte retirada del Palacio y que sacaran su cuerpo a escondidas. Y aunque se decía que muchos de la casa del príncipe y caballeros y senadores lo habían apoyado con su dinero y ayudado con sus consejos, no se hizo investigación.

41. Al final del año[206] se dedicó un arco junto al templo de Saturno[207] para celebrar la recuperación, bajo el mando de Germánico y los auspicios de Tiberio, de las enseñas perdidas con Varo, y también el templo de Fors Fortuna junto al Tíber, en los jardines que el dictador César había legado al pueblo de Roma, así como un santuario a la familia Julia y una estatua del divino Augusto en Bovilas[208].

En el consulado de Gayo Celio y Lucio Pomponio[209], 2
el día 26 de mayo, celebró Germánico César su triunfo sobre los queruscos, catos y angrivarios, y demás naciones que habitan más acá del Elba. Se hicieron desfilar despojos, cautivos e imágenes de montes, ríos y batallas; la guerra, puesto que se le había impedido terminarla, se daba por terminada. Al espectáculo aña- 3
dían especial realce su eximia prestancia y el carro cargado con sus cinco hijos. Pero sentían un oculto

205 Sarcástica alusión al hecho de que Tiberio no era por su sangre un César, sino un Claudio.

206 16 d. C.

207 Situado en la ladera del Capitolio que mira al Foro.

208 Población cercana a la antigua Alba Longa, y relacionada con Julo, el hijo de Eneas, de quien pretendía descender la familia Julia.

209 Comienza la narración del año 17 d. C.

temor al pensar que a su padre Druso no le había resultado próspero el favor del pueblo, y que a su tío Marcelo lo había arrebatado la muerte en plena juventud al ardiente entusiasmo de la plebe; breves e infaustos amores del pueblo romano[210].

42. Por lo demás, Tiberio donó a la plebe en nombre de Germánico trescientos sestercios por cabeza, y se designó a sí mismo como colega suyo en el consulado. Sin haber conseguido con ello que se creyera que lo quería sinceramente, determinó deshacerse del joven aparentando honrarlo, y para ello urdió motivos
2 o echó mano de otros que el azar le ofreció. El rey Arquelao gobernaba Capadocia[211] desde hacía cincuenta años, mal visto por Tiberio porque cuando se hallaba en Rodas no había tenido para con él gesto alguno de pleitesía. Y no los había omitido Arquelao por soberbia, sino por consejo de algunos íntimos de Augusto, pues estando entonces Gayo César[212] en su época dorada y habiéndosele enviado a administrar las cosas del Oriente, la amistad de Tiberio se consideraba como
3 poco segura. Cuando, desaparecido el linaje de los Césares, alcanzó el imperio, atrajo a Arquelao por medio de una carta de su madre en la que, tras exponer sin disimulo los resentimientos del hijo, le ofrecía su clemencia si venía a suplicarle. Él, ignorante del engaño o temeroso de la fuerza si se creía que comprendía, se apresura a presentarse en Roma. El prín-

---

210 Druso, hermano de Tiberio y padre de Germánico, había muerto a los treinta años. Marcelo, en cuanto medio hermano de Antonia, como hijo de Antonio y Octavia, era tío de Germánico; murió a los veinte años.

211 Reino que ocupaba la zona central del oriente de Asia Menor.

212 Se refiere al nieto de Augusto, hijo de Julia y Agripa, prematuramente muerto; cf. I 3.

cipe lo recibió desabridamente y al momento fue acu-
sado en el senado; pero acabó su vida por voluntad
propia o por la del destino, no a causa de las acusa-
ciones falsas que se le hicieron, sino agobiado por la
angustia, por el agotamiento de los años, y porque si
para los reyes es algo insólito la igualdad, mucho más
lo es la humillación. El reino fue convertido en pro- 4
vincia, y tras declarar el César que con su producto
se podría aliviar el impuesto de la centésima, lo dejó
rebajado a la mitad para lo sucesivo[213]. Por el mismo 5
tiempo, muertos los reyes Antíoco de la Comagena[214]
y Filópator de Cilicia[215], se produjeron perturbaciones
en sus pueblos, por desear los más el imperio de Roma
y otros el de un rey. Por su parte, las provincias de
Siria y Judea, sobrecargadas de tributos, suplicaban
que se les aliviaran.

43. En consecuencia expuso estos acontecimientos en el senado, así como los de Armenia a que ya me he referido más arriba, añadiendo que las perturbaciones del Oriente no podrían arreglarse a no ser con la sabiduría de Germánico; en efecto —decía—, su propia edad ya declinaba y la de Druso no era aún lo bastante madura. Entonces, por un decreto del senado se encomendaron a Germánico las provincias de ultramar, y un mando mayor, dondequiera que fuera, que el de aquellos que lo hubieran obtenido por sorteo o

---

213 Se trata del impuesto del 1 por 100 sobre las ventas ya aludidas en I 78, que ahora queda reducido a la *ducentesima.*

214 La Comagena era la parte septentrional de Siria, limitada por el Éufrates al E., Capadocia al N. y los Montes Amanos al O.; su capital era Samosata. El rey era Antíoco III.

215 Reino de la costa S. E. de Asia Menor, entre el Tauro y el mar; su capital era Tarso. El rey del que se habla es Filópator II.

2 por delegación del príncipe[216]. Ahora bien, Tiberio había removido de Siria a Crético Silano, ligado por afinidad a Germánico por estar prometida la hija de Silano a Nerón, el mayor de sus hijos, y había dado el mando a Gneo Pisón, hombre de natural violento y sin sentido de la condescendencia; era un carácter indómito, heredado de su padre Pisón, quien en la guerra civil ayudó con gran energía a los grupos anticesarianos que resurgían en África, siguió a Bruto y Casio, y cuando se le concedió el regreso se abstuvo de aspirar a cargos, hasta que fue persuadido a aceptar
3 el consulado que le ofreció Augusto. Pero aparte el orgullo paterno, también inflamaban a Pisón la nobleza y riquezas de su esposa Plancina; apenas cedía ante
4 Tiberio y a sus hijos los miraba muy por encima. No tenía la menor duda de que lo había escogido para Siria a fin de contener las esperanzas de Germánico. Algunos incluso creían que había recibido órdenes secretas de Tiberio. A Plancina, sin lugar a duda, la había prevenido Augusta para que persiguiera a Agripina con
5 las artes de la emulación mujeril. En efecto, la corte estaba dividida y desacordada por las secretas preferencias hacia Druso o hacia Germánico. Tiberio favorecía a Druso como hijo que era de su sangre; a Germánico la antipatía de su tío le había ganado el afecto de los otros, y además por lo ilustre de su linaje materno salía ganando, al poder exhibir como abuelo a
6 Marco Antonio y como tío-abuelo a Augusto[217]. En cambio Druso había tenido por bisabuelo a Pomponio Ático, simple caballero romano, cuya imagen parecía

[216] Se refiere, por una parte, a los procónsules de las provincias senatoriales; por otra, a los legados del emperador.

[217] Germánico, por su madre Antonia, era nieto de Marco Antonio, el rival del futuro Augusto; a su vez, Antonia era hija de Octavia, hermana del propio príncipe.

desdecir entre las de los Claudios[218]. También Agripina, la esposa de Germánico, aventajaba por su fecundidad y su reputación a Livia, esposa de Druso. Ahora bien, los dos hermanos mantenían una egregia concordia, inmunes a las polémicas de sus allegados.

44. No mucho después fue enviado Druso al Ilírico para que se habituara a la vida militar y se fuera ganando las voluntades del ejército. Tiberio pensaba también que aquel joven, que se iba reblandeciendo por el lujo de la Ciudad, estaría mejor en un campamento, y que él mismo se hallaría más seguro si uno y otro de sus hijos mandaban legiones. Por otra parte los 2
suevos ofrecían un pretexto al pedir auxilio contra los queruscos. Pues al retirarse los romanos, libres de miedos exteriores, siguiendo la costumbre de su pueblo, y también entonces por emulación de gloria, habían vuelto sus armas unos contra otros. La fuerza de los pueblos y el valor de sus caudillos estaban a la misma altura; pero el título de rey que llevaba Maroboduo lo hacía odioso a su gente, mientras que Arminio gozaba de favor por su lucha por la libertad.

45. Así, pues, no sólo los queruscos y sus aliados, los antiguos soldados de Arminio, tomaron las armas, sino que también grupos suevos del reino de Maroboduo, los semnones y lombardos[219], se pasaron a su bando. Con tales adhesiones iba adquiriendo superiori-

---

[218] Druso era hijo de Tiberio y de Vipsania, hija de Marco Vipsanio Agripa y nieta de Tito Pomponio Atico, escritor, editor y corresponsal de Cicerón.

[219] Los semnones habitaban la orilla derecha del curso medio del Elba; los *Langobardi*, que más tarde darán su nombre a Lombardía, estaban por entonces asentados entre el Weser y el Elba.

dad, pero ocurrió que Inguiomero[220] escapó con una tropa de clientes suyos junto a Maroboduo, sin otro motivo que el no estar dispuesto a obedecer al joven hijo de su hermano, él que era su tío y un anciano.
2 Se disponen a la batalla con igual esperanza por ambas partes, y no como es habitual entre los germanos, con incursiones aisladas y guerrillas dispersas; en efecto, la larga guerra contra nosotros los había acostumbrado a seguir a las enseñas, a asegurarse tropas de re-
3 serva, a obedecer las órdenes de los generales. Arminio, acudiendo a todas partes con su caballo, mostraba a todos la libertad recuperada, las legiones aniquiladas, los despojos y armas arrebatadas a los romanos que todavía muchos llevaban en sus manos. Llamando a Maroboduo fugitivo, diciendo que no sabía lo que era una batalla y que se había protegido en los escondrijos del bosque de Hercinia[221], para luego solicitar con presentes y embajadas una paz; lo tachaba de traidor a la patria y satélite del César, a quien había que perseguir con la misma saña con que habían termi-
4 nado con Quintilio Varo. Ahora debían acordarse tan sólo de tantas batallas cuyo resultado, seguido en última instancia por la expulsión de los romanos, había probado bien a las claras quién había sido el vencedor de la guerra entera.

46. Tampoco Maroboduo se quedaba corto en jactancia y en vituperios contra el enemigo. Tomando de la mano a Inguiomero afirmaba que en aquella persona estaba toda la gloria de los queruscos, que a sus consejos se debía el resultado de las acciones que habían tenido éxito. Decía que Arminio, fanático y desco-

[220] Era tío de Arminio; véase I 60 y 68.
[221] En la región de Bohemia.

nocedor de la realidad, usurpaba la gloria ajena, porque había sorprendido por la perfidia a tres legiones desorientadas y a su jefe ignorante del engaño, y ello con grandes pérdidas para Germania, ya que su esposa y su hijo estaban todavía bajo servidumbre. Él, en 2
cambio, cuando había tenido que enfrentarse a doce legiones al mando de Tiberio, había preservado inmaculada la gloria de los germanos, acabando por concluir un pacto de igualdad; y no le pesaba el que en sus propias manos estuviera el escoger entre una guerra con los romanos para la que tenía intactas sus tropas, o una paz incruenta. A los ejércitos, enardecidos con 3
esta proclama, los incitaban además las motivaciones particulares, dado que los queruscos y lombardos luchaban por una antigua gloria o una reciente libertad; en cambio los del bando contrario lo hacían por aumentar su dominio. No hubo nunca un encuentro de ma- 4
yores masas ni de resultado más ambiguo, pues en ambos bandos fue desbaratada el ala derecha, y se veía venir un nuevo combate, si no fuera porque Maroboduo retiró su campamento hacia las colinas. Ésa 5
fue la señal de su derrota, y abandonado poco a poco por las deserciones se refugió entre los marcomanos y envió embajadores a Tiberio en solicitud de ayuda. Se le respondió que no tenía derecho a reclamar contra los queruscos las armas romanas, puesto que ninguna ayuda había prestado a los romanos cuando luchaban contra el mismo enemigo. Sin embargo, como ya dijimos, se envió a Druso para asegurar la paz.

47. Aquel mismo año [222] fueron destruidas doce importantes ciudades de Asia [223] por un terremoto noctur-

---

[222] Continúa el 17 d. C.

[223] La provincia de *Asia* comprendía la parte occidental de Asia Menor.

no, circunstancia que hizo la catástrofe más imprevista y más grave. Además no se pudo acudir al medio de salvación habitual en tales casos escapando a campo abierto, porque por los corrimientos de tierras se abrían abismos. Cuentan que desaparecieron montes inmensos mientras se levantaban a lo alto las que habían sido llanuras, y que brillaban fuegos en medio
2 del cataclismo. El daño especialmente cruel que sufrieron los de Sardes atrajo sobre ellos una conmiseración mayor, pues el César les prometió diez millones de sestercios, y cuanto pagaban al erario o al fisco lo
3 condonó por cinco años. Los de Magnesia de Sípilo los siguieron de cerca en daño y remedio. A los de Temno, Filadelfia, Egeas, Apolónide, y a los llamados mostenos o macedonios hircanos[224], así como a los de Hierocesarea, Mirina, Cime y Tmolo, se acordó eximirlos de tributos por el mismo tiempo, y enviar a un senador que personalmente inspeccionara y reme-
4 diara el desastre. Fue elegido Marco Ateyo, del grupo de ex pretores, a fin de que, al estar Asia gobernada por un ex cónsul, no surgiera emulación entre iguales y, de ella, obstáculos.

48. Su magnífica liberalidad en el plano público la aumentó el César con un gesto de generosidad no menos agradecido. Los bienes de Emilia Musa, rica dama muerta sin testar, que fueron reclamados por el fisco, los entregó a Emilio Lépido, que parecía pertenecer a su familia. La herencia de un rico caballero romano llamado Pantuleyo, aunque el propio Tiberio aparecía inscrito como heredero parcial, la cedió a Marco Servilio, pues sabía que estaba designado en un

[224] Son los de la ciudad de Mostene, en Lidia, cercana a Magnesia; el sobrenombre parece obedecer a antiguas colonizaciones.

testamento anterior y no sospechoso. En ambos casos declaró que la nobleza de los interesados debía verse ayudada por el dinero. Y no aceptó la herencia de 2
nadie si no se la había ganado con su amistad; a los desconocidos que, movidos de su rencor para con otros, ponían por delante el nombre del príncipe, los rechazaba. Por lo demás, al igual que alivió la pobreza 3
honrada de quienes la sufrían sin culpa, a los pródigos y a los que estaban en la miseria por sus vicios los apartó del senado o permitió que se retiraran por propia iniciativa; tal fue el caso de Vibidio Varrón, Mario Nepote, Apio Apiano, Cornelio Sila y Quinto Vitelio.

49. Por el mismo tiempo dedicó varios templos destruidos por la antigüedad o el fuego y cuya reconstrucción había iniciado Augusto: el de Líber, Líbera y Ceres junto al Circo Máximo, que había nacido de un voto del dictador Aulo Postumio[225], y en el mismo lugar el templo de Flora erigido por los ediles Lucio y Marco Publicios, así como el templo de Jano levantado junto al mercado de las legumbres por Gayo Duilio, el primero que mandó con éxito una armada romana y alcanzó el triunfo naval sobre los cartagineses[226]. El 2
templo de la Esperanza fue consagrado por Germánico; procedía de un voto de Aulo Atilio[227] durante la misma guerra.

---

225 Líbera era una divinidad simétrica de Líber (Baco); el templo había sido resultado de un voto en el año 496 a. C.

226 En el año 260 a. C. el cónsul Gayo Duilio consiguió ante los cartagineses y en las cercanías de *Mylae* (Milazo, Sicilia) la primera gran victoria naval romana, en el transcurso de la primera de las guerras púnicas. Su victoria se conmemoró con la erección de la famosa *columna rostralis* del Foro Romano.

227 Cónsul en 258 y 254 a. C.

50. Entretanto iba tomando fuerza la ley de majestad[228]. Y así, a Apuleya Varila, nieta de la hermana de Augusto[229], la acusaba de majestad un delator, imputándole haberse burlado con expresiones ultrajantes del divino Augusto y de Tiberio y de su madre, y que, siendo pariente del César, era culpable de adul-
2 terio. Respecto al adulterio, se estimó que bastaba con lo prevenido por la ley Julia[230]. En cuanto a la acusación de majestad, el César pidió que se distinguiera: si había pronunciado palabras sacrílegas contra Augusto, debía ser condenada; lo que hubiera dicho contra él no quería que se investigara. Cuando el cónsul le preguntó lo que juzgaba acerca de la acusación de haber hablado mal de su madre, guardó silencio; luego, en la siguiente reunión del senado, también rogó en nombre de ella que no fueran motivo de inculpación para nadie las palabras, fueran las que
3 fueran, pronunciadas acerca de su persona. Y así libró a Apuleya de la ley de majestad. Pidió que no se le aplicara la pena más grave del adulterio, y siguiendo el ejemplo de los antiguos aconsejó a sus allegados que se la desterrara a doscientas millas. A su amante Manlio se le prohibió residir en Italia y en Africa.

51. Se planteó una polémica por la elección de un pretor en lugar de Vipstano Galo, a quien había arrebatado la muerte. Germánico y Druso, que todavía estaban en Roma, favorecían la candidatura de Haterio Agripa, pariente de Germánico, y en contra estaba la postura de los más, quienes propugnaban que esta-

---

228 Véase I 72 y sigs.

229 Es decir, de Octavia.

230 De 17 a. C., y parte del programa de reforma de costumbres promovido por Augusto; preveía para los culpables multas y destierros.

bleciera una preferencia entre los candidatos el nú-
mero de hijos, según estaba legislado. Se alegraba 2
Tiberio de que el senado dudara entre sus hijos y las
leyes. La ley fue vencida, sin duda alguna, pero no de
manera inmediata y por pocos votos, como resultaban
vencidas las leyes cuando tenían todavía valor.

52. El mismo año estalló la guerra en Africa[231]; el
enemigo estaba al mando de Tacfarinate. Era éste un
númida que había servido en tropas auxiliares en cam-
pamentos romanos; luego desertó y empezó por reunir
a grupos nómadas habituados al robo para dedicarse
al pillaje y al saqueo; más adelante los organizó en
plan militar con enseñas y por escuadrones, para aca-
bar como caudillo no de una tropa desorganizada, sino
del pueblo de los musulamios[232]. Aquel pueblo pode- 2
roso, situado junto a los desiertos de África y que por
entonces no habitaba todavía en ciudades, tomó las
armas y arrastró a la guerra a sus vecinos los moros[233].
También éstos tenían un caudillo: Mazippa. Se dividió
el ejército de manera que Tacfarinate se quedara en
el campamento con hombres escogidos y armados a la
manera romana para habituarlos a la disciplina y a
obedecer órdenes, mientras Mazippa, con una tropa
ligera, sembraba el incendio, la matanza y el terror.
Habían ya empujado a tomar el mismo camino a los 3

---

231 La provincia de *Africa* propiamente dicha —la llamada Proconsular— sólo abarcaba la extensión aproximada del actual Túnez y parte de la costa de Libia. Limitaba al O. con la Numidia, en tierras de la actual Argelia.

232 Pueblo asentado en el límite del Sahara.

233 Los *mauri* dan nombre a *Mauretania*, región que venía a cubrir las extensiones actuales de Marruecos y mitad occidental de Argelia.

cinicios[234], nación nada despreciable, cuando Furio Camilo[235], procónsul de África, juntó su legión y las tropas aliadas que estaban bajo las banderas y marchó contra el enemigo, un contingente reducido teniendo en cuenta la multitud de los númidas y moros. Sin embargo, la única preocupación era que por miedo eludieran el combate; de hecho la esperanza en la vic-
4 toria les valió la derrota. Así, pues, se colocó en medio le legión, las cohortes ligeras y los dos destacamentos de caballería en las alas. Tacfarinate no rehusó la lucha. Los númidas fueron desbaratados, y muchos años después el nombre de Furio volvió a ganarse la gloria
5 militar. Pues con posterioridad a aquel que fue salvador de la Ciudad y a su hijo Camilo[236], el renombre de ilustres generalatos había estado en manos de otras familias, y este Furio al que ahora nos referimos no era tenido por militar experto. Con tal motivo fue mayor el entusiasmo de Tiberio al celebrar en el senado su hecho de armas, y los padres le concedieron las insignias del triunfo; Camilo las recibió impunemente gracias a la modestia de su vida.

53. El siguiente año[237] tuvo como cónsules a Tiberio por tercera vez y a Germánico por segunda. Pero Germánico tomó posesión del cargo en Nicópolis, ciudad de Acaya, adonde había llegado costeando Iliria, tras visitar a su hermano Druso que se hallaba en Dalmacia; hubo de soportar una navegación adversa por

---

[234] Los *Cinithii* se situaban junto a la *Syrtis Minor* o parte occidental del Golfo de Sidra.

[235] Cónsul en el 8 a. C.

[236] En el 390 Furio Camilo venció a los invasores Galos y reconstruyó Roma. Su hijo fue cónsul en 349. Parece que Tácito no da importancia a otras glorias militares de los Furios, que los comentaristas no dejan de reseñar.

[237] Comienza la narración del año 18 d. C.

el Adriático y luego por el mar Jonio. Por ello se tomó 2
unos pocos días para reparar su flota; aprovechó para visitar las ensenadas famosas por la victoria de Accio[238], los despojos consagrados por Augusto y el campamento de Antonio, todo ello ocasión para recordar a sus antepasados. Pues, según ya dije, tenía por tío-abuelo a Augusto, y por abuelo a Antonio, y aquel lugar le ofrecía la imagen grandiosa de acontecimientos tristes y alegres. De allí marchó a Atenas, y por 3
consideración a la alianza con aquella antigua ciudad, entró en ella acompañado de un solo lictor[239]. Lo recibieron los griegos con escogidísimos honores, poniendo por delante hechos y dichos de sus mayores, a fin de que la adulación resultara más digna.

54. Tras marchar a Eubea cruzó a Lesbos, donde Agripina dio a luz a Julia[240], la última de sus hijos. Se adentró después en las extremidades de Asia, Perinto, Bizancio, ciudades de Tracia, luego las estrechuras de la Propóntide y la boca del Ponto[241], deseoso de conocer aquellos antiguos lugares celebrados por la fama. Al mismo tiempo ponía remedio a las provincias agotadas por las discordias internas o los desafueros de los magistrados. *Cuando en el viaje de vuelta trató de* 2
asistir a los misterios de Samotracia[242], se lo impidieron los vientos contrarios del norte. Entonces, tras

---

[238] De Augusto sobre la flota de Antonio y sus aliados egipcios en el 31 a. C.

[239] Actitud de deferencia, renunciando a entrar con el acompañamiento de doce a que le daba derecho su consulado.

[240] Julia Livila.

[241] La *Propontis* era el nombre del Mar de Mármara; el Ponto es, naturalmente, el Mar Negro.

[242] La isla de Samotracia, junto a la entrada de los Dardanelos, era un importante centro de cultos mistéricos dedicados a los *Cabiri*, divinidades ctónicas.

visitar Ilio y cuanto allí hay de venerable por los azares de la historia y su relación con el origen de nuestro pueblo[243], costeó de nuevo el Asia y arribó a Colofón, para consultar al Oráculo de Apolo Clario.
3 No hay allí una mujer, como en Delfos, sino que un sacerdote escogido de entre ciertas familias, generalmente de Mileto, se limita a escuchar el número y el nombre del consultante; desciende luego a la cueva, bebe agua de una fuente misteriosa y, siendo como suele ser ignorante de las letras y la poesía, da sus respuestas en verso sobre las cuestiones que cada uno
4 plantea en su pensamiento. Se decía que a Germánico, en los términos vagos que acostumbran los oráculos, le había profetizado un final prematuro.

55. Pero Gneo Pisón, en su prisa por poner en práctica sus planes, entró turbulentamente en Atenas, con lo que aterrorizó a la ciudad, para luego increparla con un discurso violento, en el que reprochaba indirectamente a Germánico que, contra el honor del nombre de Roma, hubiera tratado con excesiva amabilidad no a los atenienses, que se habían extinguido por tantos desastres, sino a aquel desecho de las naciones; aquéllos —decía— eran los aliados de Mitrídates contra Sila[244], de Antonio contra el divino Augusto.
2 Les echaba en cara también viejas historias, como sus fracasos frente a los macedonios[245] y las violencias contra sus paisanos, rencoroso contra la ciudad también por motivos personales, porque a un tal Teófilo,

243 Alusión a Troya y a los legendarios orígenes troyanos de Roma.

244 En la guerra de 88-86, aunque por la fuerza.

245 Se refiere al dominio de las *póleis* griegas por Filipo y Alejandro Magno.

condenado por falsedad en el Areópago[246], no lo habían indultado a ruego suyo. Después, en rápida navegación 3
entre las Cíclades y por atajos alcanzó en la isla de Rodas a Germánico, quien no ignoraba los ataques que le había dirigido; pero lo llevaba con tal mansedumbre que, cuando se levantó una tempestad que arrastró a Pisón hacia lugares abruptos y la muerte de su enemigo podría atribuirse al azar, envió trirremes con cuya ayuda se libró del peligro. Mas no por 4
ello se calmó Pisón, y sin soportar apenas el retraso de un día abandonó a Germánico y se le adelantó. Cuando llegó a Siria y junto a las legiones, se puso a 5
favorecer con larguezas y halagos a los soldados de ínfima condición, mientras destituía a los antiguos centuriones y a los tribunos severos, y colocaba en sus puestos a clientes suyos y a los peores hombres; además permitió la desidia en los campamentos, la licencia en las ciudades, dejaba a los soldados vagabundear a su gusto por los campos, con lo que llegó a tal grado de corrupción que en la jerga de la tropa lo llamaban «padre de las legiones». Tampoco Plancina 6
observaba una conducta digna en una mujer, sino que participaba en los ejercicios de la caballería y en los desfiles de las cohortes, lanzaba injurias contra Agripina y contra Germánico, llegando incluso algunos de los buenos soldados a mostrarle una disponibilidad de mala ley, pues se esparcía el oscuro rumor de que tales acciones no eran contrarias a la voluntad del César. Esto llegó a conocimiento de Germánico, pero ante todo se preocupó de dirigirse a Armenia.

246 El Areópago era el máximo órgano judicial de Atenas, menguados ya desde mucho tiempo atrás sus poderes de asamblea política. Tácito utiliza aquí un rebuscado giro: *Areo iudicio*, es decir, «por un juicio (del tribunal) de Ares»; Areópago significa, en efecto, «colina de Ares», lugar todavía hoy reconocible, al pie de la Acrópolis, donde la corporación se reunía.

56. La actitud de aquel pueblo era desde siempre ambigua, tanto por el carácter de sus hombres como por la disposición de su territorio, ya que si por una parte tiene una larga frontera con nuestras provincias, también se extiende en profundidad hasta los medos; metidos entre dos grandísimos imperios, los armenios están casi siempre en discordia: con los ro-
2 manos por odio, con los partos por envidia. En aquel momento no tenían rey, ya que Vonones había sido depuesto; pero el favor del pueblo se inclinaba por Zenón, hijo de Polemón, rey del Ponto, porque habiendo tratado de imitar desde su infancia las costumbres y modo de vida de los armenios —caza, banquetes y demás celebraciones de los bárbaros—, se había ganado
3 por igual a los notables y a la plebe. En consecuencia Germánico, en la ciudad de Artaxata, con la aprobación de los nobles y en presencia de la multitud, puso sobre la cabeza de Zenón la corona real. Los circunstantes le rindieron veneración saludándolo con el nombre de rey Artaxias, que le habían dado a partir del
4 de la ciudad. En cambio Capadocia, convertida en provincia, recibió a Quinto Veranio como legado, y se redujeron algunos de los antiguos tributos reales a fin de que se concibieran más amables esperanzas sobre el imperio romano. Quinto Serveo fue puesto al frente de la Comagena, que entonces por vez primera pasó a ser gobernada por un pretor[247].

57. Sin embargo, el buen arreglo dado a todos los asuntos de las naciones aliadas no proporcionó a Germánico una alegría completa a causa de la soberbia de Pisón; en efecto, le ordenó que personalmente o

---

[247] Fue segregada de la jurisdicción del legado del emperador en Siria, lo que parece suponer, además, que pasaba a la administración senatorial.

por medio de su hijo llevara parte de las legiones a Armenia, pero él no hizo ni una cosa ni otra. Al fin se 2
reunieron en Cirro[248], en el campamento de invierno de la legión X, afectando ambos una expresión decidida: Pisón contra el miedo, Germánico para que no pareciera que amenazaba; además era, como ya dije, amable en exceso. Pero sus amigos, astutos a la hora de atizar los agravios que se le hacían, le exageraban la realidad, amontonaban falsedades y acusaban de varias maneras a Pisón, a Plancina y a sus hijos. Por 3
fin, en presencia de unos pocos allegados, tomó el César la palabra en los términos que dictan a un tiempo la ira y el disimulo, y le respondió Pisón con pretensiones insolentes; se separaron en abierta enemistad. En adelante raramente aparecía Pisón por el tribunal del César[249], y si alguna vez se sentaba en él, mantenía un aire torvo y no ocultaba su disentimiento. También 4
se le oyó decir en un banquete, cuando por el rey de los nabateos les fueron ofrecidas coronas de oro de gran peso al César y a Agripina, y más livianas a Pisón y a los demás, que aquel convite se ofrecía al hijo de un príncipe romano, no al de un rey parto; al mismo tiempo arrojó su corona y añadió muchas críticas al lujo. Todo esto lo iba tolerando Germánico aunque le resultaba amargo.

58. Entretanto llegaron unos embajadores de Artábano, rey de los partos. Los enviaba para recordar su amistad y alianza, para expresar su deseo de renovarlas y para anunciar que, en honor de Germánico, se acercaría a la ribera del Éufrates[250]; entretanto pe-

---

248 Ciudad situada entre Antioquía de Siria y el río Éufrates.

249 Germánico.

250 Era por entonces frontera de romanos y partos.

día que no se mantuviera a Vonones en Siria, y que no se le permitiera, aprovechando la cercanía, arrastrar a los notables del pueblo a la revuelta por medio
2 de emisarios. Germánico le respondió con palabras magníficas acerca de la alianza de romanos y partos, en tono digno y modesto por lo que miraba a la venida del rey y al honor que le dispensaba. A Vonones se le relegó a Pompeyópolis, ciudad de la costa de Cilicia. No fue sólo una concesión a los ruegos de Artábano, sino también un medio de herir a Pisón, para quien Vonones era persona muy grata por las muchas consideraciones y obsequios con que se había ganado a Plancina.

59. En el consulado de Marco Silano y Lucio Norbano[251], Germánico partió para Egipto a fin de conocer sus antigüedades. Sin embargo utilizó como pretexto el cuidado de la provincia; abriendo los silos alivió los precios del grano, y siguió una conducta muy del agrado del pueblo: iba sin escolta militar, calzado solamente con sandalias, y con un atuendo similar al de los griegos, imitando a Escipión, de quien se cuenta que hacía lo mismo en Sicilia en plena guerra púnica[252].
2 Tiberio, tras criticar con palabras suaves su atuendo y conducta, lo increpó duramente porque contra lo establecido por Augusto había entrado en Alejandría sin
3 autorización del príncipe. Pues Augusto, entre otros misterios de su dominación, había hecho caso aparte de Egipto, prohibiendo entrar en él a los senadores o caballeros romanos ilustres[253] sin su permiso, a fin de que no pudiera amenazar con el hambre a Italia uno que se apoderara de la provincia, en la que, teniendo

251 Comienza la narración del año 19 d. C.
252 En la segunda; véase TITO LIVIO, XXIX 19.
253 Eran los *equites* que podían acreditar un patrimonio propio de senadores.

las llaves de la tierra y del mar, se puede resistir con una pequeña guarnición a ejércitos ingentes.

60. Pero Germánico, que aún no había sabido que su viaje se le tomaba a mal, iba subiendo por el Nilo, tras partir de la plaza fuerte de Canopo[254]. La fundaron los espartanos por haber sido sepultado allí el piloto Canopo, en la época en que Menelao al volver a Grecia[255] fue arrojado al mar de enfrente y a la tierra de Libia. De allí siguió a la desembocadura próxima, 2
que está consagrada a Hércules, de quien los indígenas dicen que nació entre ellos, que fue el más antiguo así llamado y que a los que en la posteridad mostraron un valor semejante se les dio tal nombre en conmemoración suya. Luego visitó las grandes ruinas de la antigua Tebas[256]. Sobre las construcciones colosales se 3
conservaban inscripciones egipcias que recordaban la antigua opulencia; cuando se le ordenó a uno de los viejos sacerdotes que tradujera la lengua de sus padres, refirió que allí habían habitado antaño setecientos mil hombres en edad militar, y que con aquel ejército el rey Ramsés[257] se había apoderado de Libia, Etiopía, Media y Persia y Bactriana, y de la Escitia, y que las tierras habitadas por los sirios y armenios y los vecinos capadocios, desde el mar de Bitinia por un lado al de Licia por el otro, las había mantenido bajo

---

254 En la desembocadura del brazo más occidental del Nilo, cerca de Alejandría.

255 De la guerra de Troya; se trata de una de tantas tradiciones etiológicas conectadas con el ciclo épico de los *nóstoi* o regresos.

256 Corresponden a los actuales lugares arqueológicos de Luxor, Karnak y Valle de los Reyes, en el Alto Egipto y sobre el curso medio del río.

257 Inscripciones, naturalmente, jeroglíficas; el rey es el faraón Ramsés II, de la dinastía XIX, siglo XIII a. C.

4 su imperio[258]. Se leían también los tributos impuestos a los pueblos, el peso de la plata y el oro, el número de las armas y los caballos, el marfil y los perfumes ofrendados en los templos, y las cantidades de grano y de toda clase de pertrechos que cada nación debía pagar, algo no menos magnífico que lo que ahora impone la fuerza de los partos o la potencia romana.

61. Germánico dedicó su atención también a otras maravillas, especialmente a la efigie pétrea de Memnón, que, cuando es herida por los rayos del sol, emite un sonido como el de la voz[259], y a las Pirámides[260] que se alzan entre las arenas móviles y apenas transitables a la manera de montes, fruto de la espléndida emulación de los reyes, así como a los lagos cavados en la tierra para recibir el exceso de aguas del Nilo[261]; además, sus desfiladeros y profundos abismos, que nin-
2 gún explorador ha logrado sondear. De allí llegó a Ele-

---

[258] Los mares indicados son el Mar Negro y el Egeo.

[259] Se trata, en realidad, de una de las dos estatuas, todavía parcialmente conservadas, del faraón Amenofis III, a la entrada de la necrópolis de Medinet Habu, junto al Valle de los Reyes. Los griegos identificaron en ella a Memnón, el hijo de Titono y de la Aurora. Por un curioso efecto físico, una grieta de la estatua —que más adelante fue suprimida—, producía al salir el sol un sonido similar al de un gemido.

[260] El principal grupo de pirámides se alza, como es sabido, en Gizah, en las cercanías de la antigua Menfis y a unos 20 kilómetros del actual Cairo.

[261] Puede hacer referencia a los canales que comunicaban el lago *Moeris* (Qarún) y el oasis de El Fayyún, a unos 80 kilómetros al S. de El Cairo y en la margen izquierda del Nilo, con el propio curso del río, de manera que el lago —que en la actualidad va camino de desaparecer— servía de depósito de agua.

fantina y a Siene[262], antaño barrera del imperio romano, que ahora se abre hasta el Mar Rojo[263].

62. Mientras Germánico pasaba el verano recorrien-
do las provincias, se ganó Druso no pequeña gloria
atrayendo a la discordia a los germanos, y a que aco-
saran hasta acabar con él al ya quebrantado Maro-
boduo. Había entre los gotones[264] un joven noble lla- 2
mado Catualda, en otro tiempo fugitivo del poder de
Maroboduo y que entonces, aprovechando su difícil
situación, decidió vengarse. Con una fuerte tropa entra
por los confines de los marcomanos, y tras ganarse
por la corrupción la alianza de los notables, se apo-
dera de la morada del rey y de la fortaleza que al lado
había. Encontraron allí un botín acumulado desde an- 3
tiguo por los suevos, y a cantineros y traficantes pro-
cedentes de nuestras provincias, a quienes la libertad
de comercio, así como la ambición de aumentar su
caudal y, en fin, el olvido de su patria, había tras-
ladado desde sus países al campo enemigo.

63. A Maroboduo, abandonado por todos, no le quedó otro recurso que la misericordia del César. Pasó el Danubio, que limita la provincia del Nórico, y escribió a Tiberio no como un refugiado o un suplicante, sino con la idea de su fortuna anterior: muchas naciones —decía— estaban llamando a un rey antaño

---

262 *Syene,* actual Assuán, junto a la Segunda Catarata, está ya en el límite del Sudán.

263 Parece ser éste un dato fundamental para fechar los *Annales,* aunque muy discutido por cuanto *Rubrum mare* podría indicar tanto el Mar Rojo como el Golfo Pérsico. Según la interpretación por la que se opte, Tácito haría referencia a las campañas de Arabia de los años 105-106, o bien a las de Mesopotamia de 115-117.

264 Pueblo situado en el alto curso del Elba.

muy ilustre, pero él había preferido la amistad de
2 Roma. Le respondió el César que tendría una residencia segura y honorable en Italia si estaba dispuesto a permanecer en ella; pero que, si a sus intereses convenía de otro modo, podía marcharse con la misma
3 tranquilidad con que había venido. Por lo demás, afirmó ante el senado que ni Filipo para los atenienses, ni Pirro o Antíoco para los romanos habían sido tan temibles[265]. Se conserva su discurso, en el que destacó la grandeza de aquel hombre, el carácter violento de las gentes a él sujetas, el peligro de tal enemigo tan cercano a Italia, y los planes arbitrados por
4 él para destruirlo. De todas maneras Maroboduo fue instalado en Ravenna y era mostrado a los suevos como amenazándolos con imponérselo de nuevo como rey si acaso se insolentaban; pero no salió de Italia en los restantes dieciocho años, y envejeció muy disminuido en su gloria por su excesivo amor a la vida.
5 Catualda tuvo el mismo final y ningún otro refugio: expulsado no mucho después por obra de los hermunduros al mando de Vibilio y acogido por los nuestros, fue enviado a Frejus, colonia de la Galia Narbonense.
6 Los bárbaros que habían acompañado a uno y a otro, para que no turbaran la paz de las provincias al insertarse en ellas, fueron situados más allá del Danubio,

---

[265] Filipo de Macedonia, padre de Alejandro Magno, sometió en la batalla de Queronea (año 338) la resistencia de las ciudades griegas encabezadas por Atenas. Pirro, rey de Epiro, intervino en la guerra de Roma contra Tarento; se trasladó a Italia, y con sus victorias (Heraclea en 280, Asculum en 279) llegó a amenazar gravemente a la ciudad, hasta que al final fue derrotado en Beneventum (año 275). Antíoco III, rey de Siria, dirigió la resistencia de las monarquías helenísticas contra Roma; se sometió tras la batalla de Magnesia (en 190) y la Paz de Apamea (en 188).

entre los ríos Maro y Cuso, tras habérseles dado como rey a Vannio, del pueblo de los cuados [266].

64. Al mismo tiempo, al anunciarse que Germánico había dado a los armenios a Artaxias como rey, decretaron los senadores que Germánico y Druso recibieran la *ovación* [267] al entrar en la Ciudad. Se construyeron también arcos en torno a los laterales del templo de Marte Vengador con la efigie de los Césares, y todo ello con mayor alegría de Tiberio por haber asegurado la paz por la prudencia, que si hubiera terminado la guerra por medio de batallas. En consecuencia, tam- 2
bién a Rescupóride, rey de Tracia, lo trató con la misma astucia. Toda aquella nación había estado bajo el poder de Remetalces; muerto éste, Augusto atribuyó una parte de los tracios a su hermano Rescupóride, otra a su hijo Cotis. En aquella división tocaron las zonas cultivadas, las ciudades y las partes cercanas a Grecia a Cotis, y a Rescupóride el territorio inculto, salvaje y frontero a los enemigos [268]; así eran también los caracteres de los dos reyes: el de aquél, amable y cordial; el del segundo, arisco, ávido e intolerante de la sociedad. Mas en un principio vivieron en una concor- 3
dia fingida; luego Rescupóride empezó a traspasar las

[266] Los hermunduros habitaban en Turingia. El primero de los ríos citados corresponde al actual March, en tanto que es dudosa la identificación del segundo con el Waag. Los *Quadi* habitaban en tierras de Moravia.

[267] Los *ouatio* es una variedad menor de ceremonia triunfal.

[268] La antigua Tracia venía a abarcar, aproximadamente, la mitad meridional de la actual Bulgaria —entre los Balcanes y el Ródope—, además de la parte europea de Turquía, y la actual Tracia griega, la comprendida entre el Ródope y el mar. En la partición del reino quedarían a Cotis las dos últimas zonas, y a Rescupóride las montañosas y septentrionales, fronteras a los escitas.

fronteras, a apoderarse de lo que había tocado a Cotis, haciéndole fuerza cuando le plantaba cara, sin gran decisión todavía en tiempos de Augusto, a quien, como autor que había sido de la división en dos reinos, temía también como vengador en caso de que se viera despreciado. Pero una vez que se enteró del cambio de príncipe enviaba tropas de bandoleros, arruinaba las fortalezas y provocaba a la guerra.

65. Nada producía tanta ansiedad en Tiberio como el temor de que se perturbara la paz. Envió a un centurión para que conminara a los reyes a no batirse; al momento Cotis despidió a las fuerzas auxiliares que
2 se había agenciado. Rescupóride, con fingida modestia, pide que se celebre una entrevista: así podrían —decía— solucionar sus controversias por la negociación. No hubo largas dudas sobre el momento, el lugar y, en fin, las condiciones, dado que el uno por buena voluntad, el otro por fraude aceptaban todas las con-
3 cesiones que pedía la parte contraria. Rescupóride añadió además un banquete para sancionar el acuerdo —así decía él—, y después que la alegría se alargó hasta altas horas de la noche entre la comida y el vino, cargó de cadenas al desprevenido Cotis, quien al darse cuenta del engaño protestó invocando el carácter sagrado de un rey, a los dioses comunes de la
4 familia y la hospitalidad de la mesa. Tras hacerse así con toda Tracia, escribió a Tiberio que, habiéndose tramado asechanzas contra él, se había adelantado al autor de las mismas; al mismo tiempo, pretextando una ofensiva contra los bastarnas y los escitas [269], le hacía saber que reforzaba su ejército con nuevas tropas
5 de a pie y de a caballo. Le respondió Tiberio en tér-

[269] Situados en la zona NE. de la actual Rumania.

minos suaves que si no había en él engaño, se podía confiar a su inocencia; por lo demás, ni él ni el senado habían de discernir entre la justicia y la injusticia sino tras haber conocido la causa; por tanto, que entregara a Cotis y viniera, transfiriendo a otro la impopularidad de la acusación.

66. Esta misiva la hizo llegar a Tracia Latinio Pandusa, propretor de Mesia, junto con un destacamento al que debía ser entregado Cotis. Rescupóride, tras dudar entre el miedo y la ira, prefirió ser reo de un crimen consumado que de un simple conato de crimen: manda dar muerte a Cotis diciendo que se la había dada él mismo voluntariamente. Mas no por ello 2
el César alteró los métodos que de una vez para siempre había adoptado, sino que, muerto Pandusa —a quien acusaba Rescupóride de profesarle enemistad personal—, puso al frente de la Mesia a Pomponio Flaco, veterano en el servicio y gran amigo del rey, y por ello más idóneo para engañarlo, razón decisiva de su nombramiento.

67. Flaco pasó a Tracia y con grandes promesas movió a Rescupóride, que estaba indeciso y echando cuenta de sus crímenes, a meterse en medio de la guarnición romana. Luego rodeó al rey, aparentando hacerle un honor, con una fuerte tropa; los tribunos y centuriones lo iban aconsejando y persuadiendo, y cuanto más se alejaban, más a las claras se veía que lo llevaban detenido, hasta que, consciente ya de que no le quedaba otro remedio, lo arrastraron a Roma. Acusado en el senado por la esposa de Cotis, fue con- 2
denado al extrañamiento del reino. Tracia fue dividida entre su hijo Remetalces, de quien constaba que se había opuesto a los designios de su padre, y los hijos

de Cotis; y como éstos eran todavía menores, se de-
signó al ex pretor Trebelieno Rufo para que gober-
nara interinamente el reino, a la manera que nuestros
mayores habían enviado a Marco Lépido a Egipto
3 como tutor de los hijos de Tolomeo[270]. Rescupóride
fue llevado a Alejandría, donde encontró la muerte sin
que se sepa si en un intento de fuga o por una falsa
acusación.

68. Por el mismo tiempo Vonones, de quien ya
dije que había sido relegado a Cilicia, tras corromper
a sus guardianes intentó refugiarse en Armenia, luego
entre los albanos y heníocos[271], y al fin junto al rey de
los escitas, consanguíneo suyo. Aparentando ir de caza
abandonó la zona marítima dirigiéndose hacia bosques
impracticables; luego, a todo el galope de su caballo,
tiró hacia el río Píramo[272], cuyos puentes habían roto
los lugareños al saber de la huida del rey, y no existía
2 vado para cruzarlo; en consecuencia, fue preso en la
ribera por Vibio Frontón, prefecto de caballería. Al
momento Remmio, un reenganchado[273] que estaba an-
teriormente a cargo de la custodia del rey, lo atravesó
con su espada como dejándose llevar por la ira. Por
ello creció la sospecha de que era su cómplice y de
que había dado muerte a Vonones por miedo a su de-
nuncia.

69. Pero Germánico al volver de Egipto se entera de que cuantas órdenes tenía dadas con relación a las legiones o a las ciudades habían sido anuladas o vuel-

---

[270] Marco Emilio Lépido, cónsul en 187 y 175, recibió en 181 la tutela de los hijos de Tolomeo V Epífanes.

[271] Pueblos del Cáucaso.

[272] Actual Djihan, en el extremo E. de Cilicia.

[273] Los *euocati* o reenganchados ejercían funciones de oficial.

tas en sentido contrario. De ello surgieron duros reproches contra Pisón, y no menos acerbas eran las intenciones que éste abrigaba contra el César. Luego 2
Pisón decidió ausentarse de Siria, pero se vio retenido por la mala salud de Germánico; cuando supo que se había recuperado ya y se estaban cumpliendo los votos hechos por su restablecimiento, por medio de sus lictores dispersó las víctimas preparadas, el aparato del sacrificio y a la plebe de Antioquía que celebraba la fiesta. Se marchó después a Seleucia, esperando los resultados de la enfermedad que nuevamente se había apoderado de Germánico. La cruel vi- 3
rulencia del mal se veía reforzada por su convicción de que había sido envenenado por Pisón; además se encontraban en el suelo y en las paredes restos desenterrados de cuerpos humanos, encantamientos y maldiciones, y el nombre de Germánico grabado en láminas de plomo, cenizas a medio quemar y cubiertas de sangre ennegrecida, y otros maleficios con los que se cree consagrar las almas a los númenes infernales[274]. Al tiempo, los enviados de Pisón eran acusados como si estuvieran espiando un final adverso de la enfermedad.

70. Todo ello produjo en Germánico no menos ira que miedo. Si el umbral de su casa estaba asediado, si había de entregar su espíritu ante los ojos de sus enemigos, ¿qué sería después de su desgraciada esposa, qué de sus hijos todavía infantes? El veneno parecía lento —decía—; Pisón le estaba metiendo prisa y lo urgía para gozar él sólo de la provincia y de las legiones. Pero Germánico no estaba todavía tan hundido, ni le había de durar a su asesino el premio de su cri-

[274] Se trata de ritos y objetos característicos de magia negra.

2 men. Redacta una carta en la que le comunica que rechaza su amistad[275]; añaden los más que también le ordenaba abandonar la provincia. Pisón, sin esperar más, hizo zarpar sus naves, pero controlaba su marcha de manera que, si la muerte de Germánico le abría Siria, pudiera volver lo antes posible.

71. El César por un momento concibió esperanzas, pero luego sintió su cuerpo desfallecer, y viendo próximo su fin habló a los amigos que le rodeaban en estos términos: «Si yo muriera por disposición del hado, tendría derecho a dolerme incluso frente a los dioses, por arrebatarme a mis padres, a mis hijos, a mi patria, en plena juventud con una muerte tan prematura. Pues bien, ahora, detenido en mi carrera por el crimen de Pisón y Plancina, confío mis últimos ruegos a vuestros pechos: que hagáis saber a mi padre y a mi hermano por qué crueldades desgarrado, por qué asechanzas rodeado he terminado mi desdi-
2 chada vida con la peor de las muertes. Si a alguno movían hacia mí en vida mis esperanzas, si a alguno la comunidad de sangre, si a alguno incluso la envidia, llorarán el que yo, antaño floreciente y tras haber sobrevivido a tantas guerras, haya caído víctima del dolo de una mujer. Tendréis ocasión de quejaros ante
3 el senado, de invocar las leyes. No es la principal obligación de los amigos el acompañar al que muere con una inútil lamentación, sino el recordar su voluntad y cumplimentar sus mandados. Llorarán a Germánico incluso los desconocidos, lo vengaréis vosotros, si
4 erais amigos míos más que de mi fortuna. Mostrad al pueblo romano a la que es nieta del divino Augusto y

275 Se trata del trámite tradicional de *amicitiam renuntiare*, por el que se ponía término a una relación personal.

esposa mía, contadle mis seis hijos: la misericordia se pondrá del lado de los acusadores, y a los que traten de fingir órdenes criminales, o no los creerán los hombres o no se lo perdonarán.» Juraron los amigos, estrechando la diestra del moribundo, perder antes la vida que la venganza.

72. Entonces, volviéndose a su esposa le rogó por
su propia memoria y por los comunes hijos que depu-
siera su ánimo rebelde, que sometiera su espíritu a
la fortuna cruel, y que al regresar a la Ciudad no irri-
tara, tratando de emular su poder, a quienes eran más
fuertes que ella. Esto le dijo en voz alta, y en secreto
otras advertencias en las que se creía que le mostraba
lo que debía temer de Tiberio. Y no mucho después 2
se extinguió, causando gran duelo en la provincia y
en los pueblos cercanos. Lo lloraron las naciones y
reyes extranjeros; tanta había sido su benevolencia
para los aliados, su clemencia para con los enemigos;
verlo y oírlo inspiraban pareja veneración, pues con-
servando la grandeza y gravedad de la suma fortuna,
huía de los motivos de envidia y de la arrogancia.

73. Su funeral, que tuvo lugar sin imágenes ni
pompa, fue memorable por sus alabanzas y el re-
cuerdo de sus virtudes. Y había quienes asimilaban
su figura, su edad, el género de su muerte, incluso la
cercanía de los lugares donde pereció, al destino de
Alejandro Magno[276]. Pues ni uno ni otro, bellos en lo 2
físico y de linaje insigne, habían sobrepasado en mucho
los treinta años, y habían muerto por asechanzas de los
suyos entre gentes extrañas. Sin embargo Germánico,
amable para con los amigos, moderado en los placeres,

[276] Alejandro Magno (356-323) había muerto en Babilonia; Germánico muere en Dafne de Siria a edad similar.

fiel a una sola esposa, con sólo hijos legítimos, no
había sido menos guerrero, aunque no tenía la teme-
ridad de Alejandro, y se le había impedido someter a
servidumbre las Germanias abatidas en tantas victo-
3 rias. Y si hubiera sido el único árbitro del estado, si
hubiera tenido derecho y título de rey, hubiera obte-
nido la gloria militar tanto antes que Alejandro cuanto
lo sobrepasaba en clemencia, templanza y demás bue-
4 nas cualidades. Su cuerpo fue desnudado antes de
incinerarlo en el foro de Antioquía, lugar designado
para sus exequias, y no quedó claro si presentaba
señales de envenenamiento, pues según cada cual es-
tuviera más dispuesto a la conmiseración por Germá-
nico y diera por supuesta la sospecha, o bien fuera
favorable a Pisón, hacía interpretaciones diversas.

74. Se deliberó entonces entre los legados y entre
los demás senadores presentes sobre quién debía ser
puesto al mando de Siria. No habiendo mostrado ex-
cesivo interés los demás candidatos, hubo larga deli-
beración entre Vibio Marso y Gneo Sencio[277]; al final
Marso cedió ante Sencio, que era más viejo y defendía
2 con más fuerza su candidatura. Éste envió detenida a
Roma a una mujer llamada Martina, de triste fama en
la provincia por sus envenenamientos y muy querida
de Plancina, por demanda de Vitelio y Veranio y los
demás que preparaban la inculpación y acusación como
si se hubiera ya aceptado a los reos como tales.

75. Agripina, aunque abatida por el duelo y con el cuerpo enfermo, impaciente ante cuanto pudiera retrasar su venganza, se embarcó en la flota con las

[277] El primero había sido cónsul en 17 d. C.; el segundo, en 4 d. C.

cenizas de Germánico y con sus hijos. A todos producía pena el que aquella mujer, la primera por su alcurnia y que hasta un momento antes viviera un maravilloso matrimonio, a quien siempre se había visto rodeada de veneración y gratitud, marchara entonces llevando en su seno aquellos fúnebres despojos, incierta de su venganza, angustiada por sí misma, y tantas veces castigada por la fortuna a causa de su desdichada fecundidad. Entretanto a Pisón le alcanzó 2
en la isla de Cos[278] la noticia de la muerte de Germánico. Al recibirla dio rienda suelta a sus sentimientos: ofreció sacrificios, acudió a los templos, mostrando una alegría inmoderada; mayor fue la insolencia de Plancina, que entonces por vez primera abandonó el luto que llevaba por una hermana suya para vestirse de fiesta.

76. Le llegaban muchos centuriones avisándole que tenía a su disposición el apoyo de las legiones: debía volver a la provincia que se le había quitado sin derecho y que ahora estaba vacante. Cuando le consultó 2
sobre lo que hacer, su hijo Marco Pisón opinó que debía marchar rápidamente a Roma: todavía no había hecho nada inexpiable, y no había por qué temer a sospechas inconsistentes y vanos rumores; su desacuerdo con Germánico le había ganado odios, pero no un castigo; y con habérsele quitado la provincia ya se había dado satisfacción a sus enemigos. Si trataba 3
de volver a ella —le decía—, la resistencia de Sencio significaría la guerra civil, y ni los centuriones ni los soldados se iban a mantener largo tiempo de su parte, pues en ellos prevalecía reciente la memoria de su general y un afecto profundamente arraigado por los Césares.

278 Cos está frente a Caria, al SO. del Asia Menor.

77. En cambio Domicio Céler, uno de sus amigos íntimos, le decía que había que aprovecharse del acontecimiento: era Pisón, no Sencio, quien estaba puesto al frente de Siria; a él se habían dado los haces y el derecho de pretor, a él las legiones[279]. Si surgían hostilidades, ¿quién podría oponerles las armas con más justicia que el que había recibido autoridad de legado
2 e instrucciones personales? Además, a los rumores había que dejarles tiempo para que envejecieran: casi siempre los inocentes se ven desprotegidos ante los odios frescos. Pero si echaba mano del ejército, si aumentaba sus fuerzas, muchas cosas que no podían preverse con el azar tomarían un rumbo más favorable.
3 «¿Es que nos vamos a dar prisa a arribar al mismo tiempo que las cenizas de Germánico, para que sin que se te oiga e indefenso te arrastren el llanto de Agripina y el vulgo ignorante al oír el primer rumor? Dispones de la complicidad de Augusta y del favor del César, pero de manera oculta; y de que haya perecido Germánico nadie se dolerá con mayor ostentación que los que más se alegran.»

78. Pisón, que era dado a las actitudes violentas, fue arrastrado sin esfuerzo a este parecer, y en carta dirigida a Tiberio acusó a Germánico de exceso de lujo y de soberbia; él, que se había visto expulsado para que quedara vía libre a una situación subversiva, se había encargado de nuevo del ejército con el mismo espíritu de lealtad con que antes lo había man-
2 dado. Al mismo tiempo ordena a Domicio embarcarse

[279] No le falta parte de razón, en cuanto que Germánico se había hecho cargo del Oriente en virtud de un *imperium maius* de carácter extraordinario, en tanto que Pisón estaba puesto por Tiberio al frente de Siria como magistrado ordinario; véase 43.

en una trirreme y, evitando las costas y las islas, dirigirse por alta mar a Siria. A los desertores que se iban juntando los organiza en manípulos, arma a los cantineros y pasando con las naves al continente intercepta una bandera de reclutas que iba a Siria; ordena por escrito a los reyezuelos de Cilicia que le proporcionen tropas auxiliares, ayudándole activamente el joven Pisón a montar el dispositivo de guerra, aunque se había opuesto a emprenderla.

79. Cuando iban costeando Licia y Panfilia[280] se encontraron con las naves que llevaban a Agripina, y en un primer momento por ambas partes se aprestaron las armas con ánimo de atacarse; luego, por mutuo miedo no se pasó más allá de las imprecaciones, y Marso Vibio emplazó a Pisón a que viniera a Roma a defender su causa. Él le respondió irónicamente que iría cuando el pretor que entendiera de los envenenamientos fijara día al reo y a los acusadores. Entre- 2
tanto Domicio había arribado a Laodicea[281], ciudad de Siria, y cuando se dirigía al campamento de la legión VI, a la que juzgaba especialmente idónea para los planes subversivos, se encontró con que se le había adelantado el legado Pacuvio[282]. Sencio informa de ello por carta a Pisón, y le advierte que no intente la corrupción en los campamentos ni la guerra contra la provincia. A cuantos sabía que tenían presente a 3
Germánico o que eran opuestos a sus enemigos los reúne, recordándoles sin cesar la grandeza del emperador y diciéndoles que se ataca con las armas al

[280] Licia y Panfilia cubrían el extremo occidental de la costa meridional del Asia Menor.
[281] La actual Latakia.
[282] El comandante de la legión.

estado; marcha así al frente de un tropa fuerte y preparada para el combate.

80. Pisón, aunque sus primeras acciones mostraban resultados desfavorables, no dejó de tomar las medidas más seguras para la situación presente, y así ocupó un castillo bastante fortificado de Cilicia llamado Celénderis[283]; pues mezclando a los desertores, a los reclutas recientemente interceptados y a sus esclavos y a los de Plancina con los refuerzos de Cilicia que le habían enviado los reyezuelos, había reunido
2 el contingente de una legión. Protestaba que él, legado del César, se veía apartado de la provincia que aquél le había confiado, y no por obra de las legiones —pues venía respondiendo a la llamada de ellas—, sino de Sencio, quien encubría su odio personal con falsas acusaciones. Si se los disponía en orden de batalla —decía— los soldados no lucharían cuando le vieran a él, a quien antes habían llamado padre[284], y que teniendo mayor derecho, si de derecho se trataba, tam-
3 poco carecía de fuerza, si se trataba de luchar. Entonces desplegó sus manípulos ante las defensas del castillo, sobre una cima alta y escarpada, puesto que el resto lo ciñe el mar. Enfrente se dispusieron los veteranos en orden cerrado y con sus refuerzos: de un lado la dureza de los soldados, de otro la del lugar, pero sin ánimos ni esperanzas, y ni siquiera armas, a no ser útiles de labranza o instrumentos improvisados
4 para la necesidad urgente. Cuando vinieron a las manos ya no quedó duda a partir del momento en que las cohortes romanas escalaron la altura alcanzando la

283 En la costa occidental de Cilicia, frente a Chipre.
284 Recuérdese lo narrado en 55.

parte llana: los cilicios volvieron la espalda y se encerraron en el castillo.

81. Entretanto Pisón intentó en vano atacar a la flota fondeada no lejos de allí; volvió y desde lo alto del muro, ya mostrando aflicción, ya llamando a cada cual por su nombre, intentaba provocar la sedición prometiendo recompensas; y logró conmoverlos hasta tal punto, que el portaestandarte de la legión VI se pasó a él con la enseña. Entonces Sencio ordenó 2
tocar los cuernos y tubas, atacar el terraplén y alzar las escalas, que subieran los más dispuestos y que los demás lanzaran con las máquinas picas, piedras y antorchas. Al fin, vencida su obstinación, Pisón rogó que tras entregar las armas se le permitiera permanecer en el castillo hasta que se consultara al César a quién confiaba Siria. No se aceptaron sus condiciones y se le concedieron solamente naves y salvoconducto para Roma.

82. Pero en Roma, desde que se multiplicaron las noticias de la enfermedad de Germánico, y a causa de la distancia, todo se exageraba para mal, reinaban el dolor, la ira y estallaban las lamentaciones. Para eso —se decía— se lo había relegado al extremo del mundo, para eso se había encomendado la provincia a Pisón; de eso habían tratado las conversaciones secretas de Augusta con Plancina. Bien habían dicho los viejos 2
a propósito de Druso: a los que reinan les molesta que sus hijos tengan temperamento liberal[285]; Druso y Germánico habían sido interceptados en su carrera

[285] Se refiere a Druso, hermano de Tiberio y padre de Germánico, del que se había dicho que, en caso de alcanzar el supremo poder, estaba dispuesto a restaurar la república; véase I 33.

sólo porque pretendían organizar al pueblo romano en
3 igualdad de derechos devolviéndole la libertad. El ambiente de estas conversaciones del vulgo se encendió de tal manera con la noticia de la muerte que, acordado el duelo antes del edicto de los magistrados y antes del decreto del senado, quedaron desiertos los foros y se cerraron las casas. Por todas partes silencio y llanto, sin nada de amañada ostentación, y aunque no se abstenían de las muestras externas de duelo,
4 más profundo era el dolor de los ánimos. Ocurrió que unos comerciantes que habían salido de Siria cuando todavía vivía Germánico dieron noticias optimistas sobre su salud. Al momento fueron creídas, y al momento divulgadas; cada cual, según se los iba encontrando, transmitía a otros lo que había oído sin discernimiento, y ellos a más gentes, exagerado por el propio gozo. Corren por la ciudad, fuerzan las puertas de los templos; ayuda a la credulidad la noche, y entre las tinieblas son más categóricas las afirmaciones.
5 Tiberio no puso coto a las falsas noticias, dejando que se desvanecieran con el tiempo y la distancia; y el pueblo, como si le hubiera sido arrebatado por segunda vez, se dolió más crudamente.

83. Se buscaron y votaron honores según el amor a Germánico y el ingenio de cada cual: que su nombre se cantara en el canto de los salios [286]; que se colocaran sillas curules en los lugares de los sacerdotes augustales, y sobre ellas coronas de encina [287]; que su efigie

---

[286] Los *Salii* formaban una cofradía sacerdotal dedicada al culto de Marte. Su nombre parece proceder de *salire* —«saltar», «danzar»—, aludiendo a los bailes rituales que acompañaban su canto.

[287] Los augustales habían sido creados para el culto del emperador divinizado; la corona de encina o *corona ciuica* era

en marfil precediera el desfile de los juegos circenses, y que nadie, a no ser de la familia Julia, fuera nombrado flamen o augur[288] en el lugar de Germánico. Se 2
añadieron arcos en Roma, junto a la ribera del Rin y en el Monte Amano de Siria, con una inscripción en que se narraran sus gestas y que había encontrado la muerte por servir al estado; además, un cenotafio en Antioquía, donde había sido incinerado, y un tribunal en Epidafne[289], lugar en que había acabado su vida. El número de las estatuas o de los lugares en que se le rendiría culto sería difícil de calcular. Cuando se 3
pretendió hacerle un escudo de oro y grandes dimensiones para colocarlo entre los de los maestros de la elocuencia[290], resolvió Tiberio que le dedicaría él uno normal e igual a los demás; pues, según dijo, la elocuencia no se juzgaba por la fortuna, y bastante honor se le tributaba con ponerle entre los antiguos escritores. El orden ecuestre *dio el nombre de Germánico* 4
al graderío[291] que se llamaba «de los jóvenes», y esta-

---

la más alta recompensa militar de carácter individual, y estaba normalmente destinada a quien en la guerra había salvado la vida de un ciudadano.

288 Germánico ostentaba la dignidad sacerdotal de *flamen Augustalis*, en el colegio a que hace referencia la nota precedente; el colegio sacerdotal de los augures, de funciones adivinatorias, se componía de 16 miembros, que alcanzaban su dignidad por cooptación.

289 Parece tratarse de un error de Tácito, pues todos los datos apuntan a que el lugar se llamaba Dafne; su raíz debe estar en que a la cercana Antioquía se la llamó también *Antiochia Epidaphnes*, según recuerda KOESTERMANN.

290 Se refiere a los colocados en la biblioteca imperial del Palatino. Germánico había sido también un apreciable poeta y orador.

291 Seguimos en este punto la interpretación de KOESTERMANN y WUILLEUMIER: *cuneus* —literalmente «cuña»— no designaría aquí una formación militar, sino un «sector» atribuido en el graderío del teatro al orden de los caballeros.

bleció que la cabalgata del 15 de julio fuera precedida de su imagen. Los más de estos honores siguen vigentes; algunos se abandonaron en seguida o los borró el tiempo.

84. Por lo demás, en un ambiente de tristeza todavía reciente, Livia, hermana de Germánico casada con Druso, dio a luz a dos gemelos varones. Este acontecimiento poco frecuente y alegre incluso para los hogares modestos, causó tanto gozo al príncipe que no se recató de jactarse ante el senado de que nunca antes a un varón romano de tal rango le había nacido una descendencia doble; pues todo, incluso los hechos
2 fortuitos, los dirigía hacia su propia gloria. Pero en tal ocasión también este acontecimiento causó dolor al pueblo: daba la impresión de que Druso, enriquecido en hijos, se imponía más a la casa de Germánico.

85. El mismo año[292], por rigurosos decretos del senado se puso coto a la impudicia de las mujeres, y se estableció que no pudieran hacer comercio de su cuerpo la que tuviera por abuelo, padre o marido a un
2 caballero romano. Pues Vistilia, nacida de familia de pretores, había proclamado ante los ediles su licencia para prostituirse, según una costumbre admitida entre los antiguos, que juzgaban que las impúdicas tenían bastante castigo en la misma confesión de su vergüen-
3 za. También se tomó cuenta a Titidio Labeón, marido de Vistilia, de por qué había omitido la venganza de la ley contra su esposa, manifiestamente delincuente. Y como él pretextara que los sesenta días concedidos para consultar no habían pasado todavía, pareció suficiente con tomar medidas acerca de Vistilia, y se la

[292] Continúa el 19 d. C.

relegó a la isla de Sérifo[293]. Se acordó también prohibir 4 los cultos egipcios y judaicos[294], y se redactó un decreto senatorial disponiendo que cuatro mil libertos contaminados de tal superstición y que estaban en edad idónea, fueran transportados a la isla de Cerdeña para reprimir allí el bandolerismo; si perecían por la dureza del clima, sería pequeña pérdida; los demás debían salir de Italia si antes de un plazo fijado no habían abandonado los ritos impíos.

86. Luego propuso el César nombrar a una doncella para sustituir a Occia, que por cincuenta y siete años había presidido con la mayor santidad los cultos de Vesta[295]. Dio gracias a Fonteyo Agripa y a Domicio Polión porque ofreciendo sus hijas rivalizaban en el servicio al estado. Fue preferida la hija de Polión, no 2
por otra razón que porque su madre continuaba en el mismo matrimonio; pues Agripa con su divorcio había causado mengua a su casa. El César consoló a la pospuesta con una dote de un millón de sestercios[296].

87. Como el pueblo se quejaba de la carestía de los alimentos, estableció para el trigo un precio que pagaría el comprador, y prometió a los vendedores una subvención de dos sestercios por moyo. Mas no por

---

293 En el Egeo, archipiélago de las Cíclades.

294 Se habían incrementado notablemente en Roma los practicantes de cultos orientales; estas medidas y ambiente son datos a tener en cuenta para explicar las ulteriores persecuciones contra los cristianos.

295 El colegio de las vestales estaba formado por sacerdotisas obligadas a castidad absoluta.

296 Anota WUILLEUMIER que era justamente el importe del censo exigido a los senadores.

ello aceptó el título de Padre de la Patria que ya antes se le había ofrecido, e increpó duramente a los que habían dicho que sus ocupaciones eran divinas y le habían llamado señor[297]. De ahí que resultara difícil y resbaladiza la oratoria bajo aquel príncipe, que temía a la libertad y odiaba la adulación.

88. Veo en los historiadores y senadores de la misma época que se leyó en el senado una carta de Adgandestrio, príncipe de los catos, en la que prometía la muerte de Arminio si se le enviaba un veneno para realizar la acción, y que se le respondió que el pueblo romano castigaba a sus enemigos no con fraude ni recursos ocultos, sino abiertamente y con las armas en la mano. Con este gesto igualaba Tiberio la gloria de los antiguos generales, que al que trató de envenenar a Pirro se lo habían prohibido y lo habían denunciado.
2 Por lo demás Arminio, con la retirada de los romanos y la expulsión de Maroboduo pretendía reinar, pero le resultó adverso el espíritu de libertad de su pueblo; atacado con las armas luchó con varia fortuna, para acabar cayendo por traición de sus allegados. Fue sin duda el liberador de la Germania, y no atacó, como otros reyes y caudillos, al pueblo romano en sus inicios, sino cuando su imperio estaba en su más alta cumbre; tuvo en las batallas suerte ambigua, pero no
3 fue vencido en la guerra. Duró treinta y siete años su vida y siete su poder, y todavía pervive en los cantos de los bárbaros, desconocido por los historiadores grie-

---

297 Durante siglos, y a pesar de su poder absoluto, los Césares procuraron evitar tratamientos que repugnaban al viejo espíritu de la igualdad romana. Suetonio (*Tiberio* 27) cuenta del especial empeño que Tiberio puso en frenar estas adulaciones.

gos, que sólo admiran sus propias cosas, y no demasiado célebre entre los romanos que, por ensalzar lo antiguo, descuidamos los acontecimientos recientes[298].

---

[298] Tácito habla más expresamente en su *Germania* (2, 2; 3, 1) de la épica tradicional de aquellos pueblos.

LIBRO III

Sinopsis

Año 20 d. C. (caps. 1-30)
Año 21 d. C. (caps. 31-51)
Año 22 d. C. (caps. 52-76)

Capítulos:

1-19. Acontecimientos subsiguientes a la muerte de Germánico.
20-21. Guerra de Africa.
22-38. Asuntos del interior en los años 20 y 21. Debates senatoriales y procesos diversos.
38-47. Perturbaciones en Oriente. Levantamiento de la Galia.
48-72. Asuntos del interior. Procesos y debates senatoriales. Asuntos varios.
72-74. Guerra de Africa.
75-76. Defunciones de personas ilustres en el año 22.

LIBRO III

1. Después de una travesía que el mar invernal no interrumpió ni por un momento, Agripina arriba a la isla de Corfú, situada frente a las costas de Calabria[299]. Allí se toma unos pocos días para recomponer su ánimo, pues el duelo la había exasperado y no era ca-
2 paz de soportarlo. Entretanto, al oír de su llegada, todos los amigos íntimos y numerosos militares que habían servido a las órdenes de Germánico, pero también muchos desconocidos de los municipios vecinos —algunos creyendo cumplir un deber para con el príncipe, los más por seguir a los otros—, corrieron a la ciudad de Brindis, que era para los navegantes el
3 lugar más cercano y seguro de desembarco. Y tan pronto como se avistó a la flota en el horizonte, no sólo el puerto y la marina, sino también las murallas y tejados y cuantos lugares permitían ver más lejos, se llenaron de una turba de gentes en duelo que se preguntaban unas a otras si al desembarcar Agripina debían recibirla en silencio o con alguna aclamación. Aún no aparecía bastante claro lo que resultaba más

[299] Nos hallamos ya en el año 20 d. C., pero Tácito ha pospuesto la datación consular al cap. 2, 3, a fin de reservar el comienzo del libro a la narración de la llegada de las cenizas de Germánico a Italia, de manera que resalte su conexión con la historia de su muerte expuesta en el libro precedente.

oportuno, cuando la flota entró lentamente en el puerto; los remos no se movían con la alegría habitual, sino que todo se acomodaba al duelo. Después de 4
que, acompañada de dos de sus hijos, llevando en sus manos la urna fúnebre, desembarcó y se quedó con los ojos clavados en tierra, uno solo fue el gemido de todos, y no era posible distinguir entre allegados y extraños, entre los llantos de los hombres y los de las mujeres; a no ser que a los del séquito de Agripina, fatigados ya por su largo luto, los superaban los que habían salido a recibirlos, por estar más reciente su dolor.

2. El César había enviado dos cohortes pretorianas, ordenando además que los magistrados de Calabria, Apulia y Campania tributaran a la memoria de su hijo los honores supremos. Y así sus cenizas mar- 2
chaban a hombros de tribunos y centuriones, precediéndolas las enseñas sin adornos y los haces vueltos[300]. Cuando cruzaban por las colonias, la plebe enlutada y los caballeros ataviados con trábea[301] quemaban ricas telas, perfumes y otras ofrendas fúnebres según los recursos del lugar. Incluso los que pertenecían a ciudades apartadas del camino les salían al paso, levantaban aras y ofrecían víctimas a los dioses manes[302], atestiguando su dolor con lágrimas y plañidos. Druso se adelantó hasta Terracina[303] con Claudio[304], 3

[300] Se refiere a los *fasces* de varas y hacha, atributo de los lictores acompañantes de los magistrados; tal disposición vendría a ser un equivalente de modernas señales de duelo como la de armas a la funerala.

[301] Era su atuendo oficial, un manto blanco con franjas rojas.

[302] Es decir, a los espíritus de los muertos.

[303] Terracina es una villa costera del Lacio, unos 100 kilómetros al S. de Roma.

[304] El futuro emperador sucesor de Calígula.

hermano de Germánico, y los hijos de éste que se encontraban en Roma. Los cónsules Marco Valerio y Marco Aurelio, que ya habían tomado posesión de sus cargos[305], los senadores y una gran parte del pueblo cubrían el camino, desordenados y llorando cada cual según su sentimiento; cierto que no había allí adulación, sabiendo todos que Tiberio disimulaba mal su alegría por la muerte de Germánico.

3. Tiberio y Augusta se abstuvieron de aparecer en público, tal vez pensando que no era digno de su majestad el mostrar su duelo ante todos, o quizá para no aparecer como falsos a los ojos de todo el pueblo,
2 que estarían puestos sobre sus rostros. Respecto a Antonia[306], madre de Germánico, no encuentro en los historiadores ni en el diario oficial noticia de que tuviera alguna intervención importante, y eso que aparte de Agripina, Druso y Claudio, también de sus demás consanguíneos se da nota nominal; puede ser que se encontrara impedida por su estado de salud, o bien que su ánimo quebrantado por el luto no le permitiera contemplar con sus ojos la magnitud de la desgracia.
3 Sin embargo, más bien me inclinaría a creer que se vio forzada por Tiberio y Augusta, que no salían de casa, para que pareciera que era igual su dolor, y que también la abuela y el tío quedaban retenidos por el ejemplo de la madre.

4. El día en que se depositaron sus restos en el túmulo de Augusto mostraba ya la desolación del si-

---

305 Ello tenía lugar el 1 de enero de cada año. Véase nota 299.

306 Era hija de Marco Antonio, el triúnviro, y de Octavia, hermana de Augusto, y de su matrimonio con Druso el Mayor había tenido a Germánico, a Livia —casada con Druso el Menor— y a Claudio.

lencio, ya la conmoción de las lamentaciones. Estaban abarrotadas las calles de la Ciudad y brillaban las antorchas por todo el Campo de Marte. Allí el soldado armado, el magistrado sin insignias, el pueblo ordenado en tribus clamaba que había perecido la república, que no quedaba esperanza alguna, con una decisión y franqueza que no se creería que se acordaban de sus dominadores. Pero nada caló tan hondo en Ti- 2
berio como la encendida solidaridad de las gentes para con Agripina, a quien llamaban honra de la patria, la sola sangre de Augusto, el único ejemplo de los tiempos antiguos; además, dirigiéndose al cielo y a los dioses, suplicaban que su prole se mantuviera íntegra y sobreviviera a las iniquidades.

5. Hubo quienes echaron de menos la pompa de un funeral público[307], y sacaron a comparación los honores magníficos que Augusto había tributado a Druso, padre de Germánico. En efecto, recordaban que él mismo se había adelantado hasta Ticino[308] en lo más duro del invierno, y que sin apartarse del cadáver había entrado con él en la Ciudad; en torno al lecho fúnebre se habían colocado las imágenes de Claudios y Julios[309]; se le había llorado en el Foro, alabado en los Rostros[310]; se habían acumulado todos los honores

307 Es decir, de un duelo y exequias de la máxima categoría oficial.

308 En la Lombardía, actual Pavía. Druso había muerto en Germania.

309 Recuérdese que Tiberio y Druso eran Claudios y no Julios, aunque entraran en esta casa por el matrimonio de su madre, Livia, con Augusto.

310 Los *Rostra* era un lugar del Foro Romano así llamado por estar decorado con los *rostra* o espolones de las naves vencidas (véase nota 226). Era allí el lugar señalado para los elogios fúnebres.

establecidos por los mayores y excogitados por la posteridad. En cambio a Germánico no le habían correspondido siquiera los habituales y debidos a cualquier
2 notable. Era comprensible —decían— que su cuerpo, a causa de lo largo del viaje, hubiera sido incinerado en tierra extraña de cualquier manera; pero hubiera sido justo tributarle luego tantos más honores, cuantos antes le había negado la fortuna. Ni su hermano le había salido al encuentro sino a la distancia de una jornada, ni su tío tan siquiera hasta la puerta. ¿Dónde estaban aquellas instituciones de los antiguos, la imagen colocada en el catafalco, los cantos compuestos para memoria del valor, los elogios y las lágrimas, o cuando menos los simulacros de duelo?

6. Todo esto llegó a conocimiento de Tiberio, y para poner coto a los comentarios del pueblo advirtió en un edicto que muchos ilustres romanos habían muerto por la república, y que ninguno había sido honrado con tanto sentimiento; que eso era un honor para su persona y para todos, pero siempre que hubiera un sentido de la medida. En efecto —decía—, no eran unas mismas actitudes las que estaban bien a los príncipes y al pueblo imperial que las que cua-
2 draban a las casas o naciones modestas. El luto había sido adecuado al reciente dolor, y bien estaba buscar solaz en la pena; pero era ya hora de hacer volver el ánimo a la firmeza, al igual que antaño el divino Julio al perder a su única hija, al igual que el divino Augusto cuando le fueron arrebatados sus nietos [311], habían
3 ahogado su tristeza. No había por qué recurrir a ejemplos más antiguos, de cuántas veces el pueblo romano

311 Julio César perdió en el 54 a. C. a Julia, su única hija, casada con Pompeyo. Respecto a los nietos de Augusto, Gayo y Lucio Césares, véase I 3.

había sobrellevado con entereza los desastres de sus ejércitos, las muertes de sus caudillos, la desaparición total de nobles familias. Los príncipes eran mortales, la república eterna. Por tanto, debían volver a sus ocupaciones habituales y, ya que se acercaba el tiempo de los Juegos Megalenses[312], también a las diversiones.

7. Entonces se abandonó el duelo y se volvió a las actividades normales. Druso marchó al ejército del Ilírico, mientras los ánimos de todos quedaban dispuestos a exigir venganza de Pisón, y se repetían las protestas de que entretanto, vagando por entre las amenidades del Asia y de Acaya, se dedicaba a destruir con su retraso arrogante y doloso las pruebas de sus crímenes. Pues se había divulgado la noticia de que 2
Martina, la bien conocida envenenadora enviada por Gneo Sencio a Roma, según ya dije[313], había muerto repentinamente en Brindis, y que había veneno escondido en una trenza de su tocado, sin que se hubiera encontrado en su cuerpo señal alguna de suicidio.

8. Pero Pisón, tras enviar a Roma a su hijo con encargo de ablandar al príncipe, marchó junto a Druso, a quien no esperaba encontrar tan riguroso para con él por la muerte de su hermano como bien dispuesto al haberse librado de un rival. Tiberio, por aparentar integridad de juicio, recibe amablemente al joven Pisón, agasajándole con la liberalidad que acostumbraba para con los hijos de las familias nobles. Druso respondió a Pisón que, si eran ciertas las acusa- 2
ciones que se lanzaban, él tendría que dolerse muy especialmente, pero que prefería que fueran falsas y

312 Se celebraban del 4 al 10 de abril en honor de la *Magna Mater*.

313 En II 74.

vanas y que la muerte de Germánico no supusiera la perdición de nadie. Esto se lo dijo abiertamente y evitando todo secreto; y no se dudaba de que se lo había dictado Tiberio, dado que, siendo Druso en general poco astuto y hombre abierto a causa de su juventud, procedía en aquella ocasión con artes propias de un viejo.

9. Pisón, tras cruzar el mar de Dalmacia y dejar en Ancona sus naves, atravesando por el Piceno[314] y luego por la vía Flaminia alcanzó a una legión que marchaba desde Panonia a Roma, para seguir de allí a la guarnición de África; y se comentó mucho el hecho de que durante el camino y la marcha se dejara
2 ver repetidamente de los soldados. Desde Narni[315], tal vez por evitar sospechas o quizá por la incertidumbre que el miedo provocaba en sus decisiones, descendió por el Nera y luego por el Tíber; aumentó las iras del vulgo cuando atracó su nave junto al túmulo de los Césares[316], y en pleno día y con el muelle abarrotado de gente, acompañado él de un gran cortejo de clientes y Plancina de un séquito de mujeres, desembarca-
3 ron con expresión alegre. A excitar los odios contribuyó el festivo ornato de su casa, que dominaba el Foro, y el espléndido banquete que en ella se dio, sin que lo céntrico del lugar permitiera ocultación alguna.

10. Al día siguiente Fulcinio Trión emplazó a Pisón ante los cónsules. A él se opusieron Vitelio, Veranio y

[314] Región de la costa E. de la Italia central, correspondiente, de manera aproximada, a la actual de Le Marche, cuya capital es Ancona.

[315] Villa de la Umbría, junto al curso medio del Tíber. La Vía Flaminia unía Roma con Rímini.

[316] El Mausoleo de Augusto se encuentra al mismo borde del río.

demás hombres del séquito de Germánico, alegando que Trión no tenía parte en el asunto, y que ellos no comparecían como acusadores, sino como denunciantes y testigos de los hechos y para hacer presentes los mandatos de Germánico. Trión, abandonando la denuncia de aquella causa, obtuvo que se le permitiera acusarlo por su vida anterior, y se pidió al príncipe que se encargara de la investigación. Esto no lo recha- 2
zaba ni siquiera el acusado, que temía la parcialidad del pueblo y de los senadores; en cambio —pensaba— Tiberio tenía bastante fuerza como para despreciar los rumores, y estaba atado por la complicidad de su madre; además, la verdad y lo que se admitía como tal por pensar lo peor serían más fácilmente discernidos por un solo juez, mientras que en una multitud prevalecería el odio y el resentimiento. No le pasaba 3
desapercibida a Tiberio la magnitud del proceso y la fama que sobre él se cebaba. Y así, en presencia de unos pocos de sus familiares escuchó las amenazas de los acusadores y los ruegos de la otra parte, para luego remitir toda la causa al senado.

11. Entretanto Druso, que volvía del Ilírico, aunque el senado había decretado que en consideración a la entrega de Maroboduo y a sus hechos de armas del verano anterior recibiera la ovación, aplazó el honor y entró en la ciudad. Después el reo solicitó como defen- 2
sores a Lucio Arruncio, Publio Vinicio, Asinio Galo, Esernino Marcelo y Sexto Pompeyo, que se excusaron con pretextos diversos, por lo que le asistieron Marco Lépido, Lucio Pisón y Livineyo Régulo, mientras toda la ciudad estaba pendiente de hasta dónde llegarían la lealtad de los amigos de Germánico y la seguridad del acusado; se preguntaban si Tiberio sería capaz de dominar y reprimir sus sentimientos. El pueblo, particu-

larmente preocupado, se permitió más que nunca conversaciones ocultas o suspicaces silencios a cuenta del príncipe.

12. El día en que el senado se reunió pronunció el César un discurso estudiadamente moderado. Recordó que Pisón había sido legado y amigo de su padre, y que él mismo se lo había puesto a Germánico como ayudante para la administración del Oriente, a propuesta del senado. Si allí con su rebeldía o su enemistad había amargado al muchacho y se había alegrado con su muerte, o si además la había causado de manera criminal, había que juzgarlo con ánimo íntegro.
2 «Pues si un legado se ha saltado los límites de su deber y la subordinación que debe a su general, y se ha alegrado con su muerte y con mi luto, lo odiaré y lo alejaré de mi casa, pero no vengaré con la fuerza del príncipe mis enemistades privadas; ahora bien, si se descubre un crimen punible en caso de que hubiera perecido cualquier mortal, vosotros debéis dar a los hijos de Germánico y a nosotros sus parientes
3 los justos consuelos. Examinad también estos otros puntos: si Pisón se condujo con el ejército en términos de turbulencia o sedición, si se buscó por medios ilícitos la adhesión de los soldados, si trató de volver a entrar en la provincia por las armas, o bien si todo esto son exageraciones divulgadas por sus acusadores.
4 Yo, en verdad, no puedo por menos que censurar el celo excesivo de éstos. Pues ¿a qué venía el desnudar el cuerpo de Germánico, y el exponerlo al manoseo de los ojos del vulgo, y el esparcir incluso entre los extranjeros rumores en el sentido de que había sido envenenado, si se trata de cuestiones todavía inciertas
5 y por investigar? Cierto que lloro a mi hijo y lo lloraré siempre, pero no le impido al acusado que declare

todo cuanto pueda apoyar su inocencia e incluso, si hubo injuria por parte de Germánico, hacer a éste culpable; y a vosotros os ruego que no porque la causa esté ligada a mi dolor toméis las acusaciones que se le imputan como cosa probada. Si los vínculos de san- 6
gre o su crédito han proporcionado a Pisón defensores, en la medida de vuestra elocuencia y celo ayudad todos al que está en peligro. A la misma tarea, a la misma firmeza exhorto a los acusadores. Sólo ese pri- 7
vilegio habremos concedido a Germánico: que la investigación sobre su muerte se haga en la curia en lugar de en el Foro, ante el senado en lugar de ante los jueces; en lo demás debe haber la misma mesura. Que nadie mire a las lágrimas de Druso, nadie a mi tristeza, y tampoco a lo que se pueda inventar contra nosotros.»

13. A continuación se estableció un plazo de dos días para presentar las inculpaciones, y que dejando pasar un intervalo de seis el reo dispusiera de otros tres para su defensa. Entonces Fulcinio empezó con acusaciones viejas y vanas: que en su gobierno de Hispania[317] Pisón había procedido con intriga y codicia; lo cual aunque se probara no supondría la condena del reo en caso de que se justificara de las acusaciones nuevas, ni lo absolvería en caso de que lograra defenderse, si se le probaban los crímenes mayores. Después, Serveo, Veranio y Vitelio con parejo celo, y 2
mucha elocuencia Vitelio, lo acusaron de que por odio a Germánico y con propósitos subversivos, permitiendo a la masa de los soldados licencias y agravios hacia los aliados, la había corrompido hasta tal punto que los peores lo llamaban «padre de las legiones»; que

317 Parece que Pisón había gobernado la Hispania Citerior.

en cambio se había ensañado con los mejores y en particular con los compañeros y amigos de Germánico; que, al fin, había acabado con él con maleficios y veneno; que luego Pisón y Plancina habían oficiado ritos y sacrificios nefandos, había atacado con las armas a la república, y que para poder llevarlo ante la justicia había sido necesario vencerlo en combate.

14. En los demás asuntos la defensa resultó poco convincente, pues no podía negar su complacencia con los soldados ni que la provincia estuviera en manos de la gente peor, ni siquiera sus injurias dirigidas al general. Sólo del cargo del envenenamiento pareció lograr exculparse, pues tampoco los acusadores pudieron apoyarlo sólidamente al argumentar que en un banquete de Germánico en que Pisón estaba colocado en el lugar precedente al de aquél, había envenenado con
2 sus propias manos los alimentos. Realmente parecía absurdo que entre un servicio ajeno y a la vista de tanta concurrencia, en la cara del propio Germánico, se hubiera atrevido a tal cosa; además el reo ofrecía a sus siervos para una investigación por la tortura y pedía se hiciera lo mismo con los que habían servido
3 a la mesa. Pero los jueces se mostraron implacables por razones diversas: el César porque se había llevado la guerra a una provincia, el senado porque nunca se avino a creer que Germánico hubiera perecido sin mediar un crimen ***[318] hubieran escrito solicitándolo,
4 lo que Tiberio rechazó no menos que Pisón. Al tiempo se escuchaban los gritos del pueblo ante la curia amenazando con no quedarse mano sobre mano en caso de que escapara a la sentencia del senado. Además

[318] Parece que el contenido de la laguna del texto se refería a alguna propuesta de moratoria o repetición de la acusación.

habían arrastrado a las Gemonias[319] las efigies de Pisón,
y las habrían destrozado si no hubieran sido prote-
gidas y repuestas en su lugar por orden del príncipe.
En consecuencia, fue instalado en su litera y conducido 5
por un tribuno de una cohorte pretoriana en medio de rumores varios: tanto se decía que lo acompañaba como guardián de su seguridad, como que iba en calidad de responsable de su muerte.

15. Con relación a Plancina se dieron los mismos odios, aunque mayor gracia; y por tal razón se dudaba de hasta qué punto el César podría actuar contra ella, que, mientras Pisón tuvo unas medianas esperanzas, prometía ser su compañera en cualquier fortuna y, si así se presentaban las cosas, acompañarlo en la muerte; pero una vez que por medio de secretas preces de Augusta obtuvo la gracia, empezó poco a poco a des-
hacerse de su marido y a separar su defensa. Cuando 2
el acusado se dio cuenta del funesto significado que esto tenía para él y dudando si continuar en sus esfuerzos, ante la exhortación de sus hijos robusteció su ánimo y volvió a presentarse ante el senado; y tras soportar la reanudación de la acusación, las voces hostiles de los senadores, la adversidad que desde todas partes se ensañaba con él, nada le causó más espanto que el ver a Tiberio sin misericordia ni encono, obstinadamente encerrado en sí mismo, sin afectarse por
emoción alguna. Tras hacerse llevar de nuevo a casa, 3
como si preparara la continuación de su defensa escribió unas líneas, las selló y las entregó a un liberto; luego atendió según su costumbre al aseo de su persona. Después, ya muy avanzada la noche, tras salir su

319 Las Gemonias eran unas escaleras que unían el Capitolio con el Foro Romano, en la proximidad de la cárcel del estado; a ellas se arrojaban los cuerpos de los ajusticiados.

esposa del dormitorio mandó cerrar las puertas; al despuntar el alba fue encontrado con una gran herida que le atravesaba el cuello, y la espada a su lado.

16. Recuerdo haber oído a los más viejos que con
frecuencia se había visto en manos de Pisón un me-
morial al que él no dio publicidad, pero del que sus
amigos decían con insistencia que contenía una carta
de Tiberio e instrucciones contra Germánico, y que
estaba decidido a presentarlo ante el senado y a in-
culpar al príncipe, pero que fue engañado por Sejano
con falsas promesas; también contaban que no había
muerto por propia voluntad, sino por mano de un eje-
cutor que se le envió. No me atrevería a asegurar ni
uno ni otro punto, pero tampoco debía ocultar lo que
se me relató por quienes vivieron hasta nuestra ju-
2 ventud. El César, adoptando una expresión de tristeza,
⟨se quejó⟩ ante el senado de que con tal muerte se
hubiera buscado provocar un resentimiento contra él;
⟨manda llamar a Marco Pisón⟩[320] y en un insistente
interrogatorio procura averiguar cómo habían sido el
último día y la última noche de Pisón. Como él le res-
pondiera con general prudencia, pero también en algu-
nos puntos de manera destemplada, le leyó el memo-
rial de Pisón, redactado más o menos en los siguientes
3 términos: «Aplastado por una conspiración de mis ene-
migos y por el odio derivado de una acusación falsa,
dado que no queda lugar alguno para mi verdad y mi
inocencia, pongo por testigos a los dioses inmortales,
César, de que te he sido fiel toda mi vida, y de que no
otra ha sido mi piedad para con tu madre, y os ruego
que miréis por mis hijos, de los cuales Gneo Pisón

[320] Aunque en la traducción —por una cuestión de orden de palabras— figuran dos pasajes lagunosos, responden a uno solo del texto; en la suplencia sigue KOESTERMANN a Weissenborn.

no se ha unido para bien ni para mal a mi fortuna, puesto que ha permanecido todo este tiempo en Roma, y Marco Pisón me desaconsejó volver a Siria. ¡Y ojalá hubiera hecho más caso de mi hijo, con ser él un muchacho, que él de su padre, con ser yo un viejo!
Por ello ruego con más encarecimiento que no tenga 4
que pagar, ya que es inocente, el castigo de mi error. Por mis cuarenta y cinco años de disciplinado servicio, por el consulado que *compartí contigo*, por haber merecido antaño el aprecio de tu padre el divino Augusto, por mi amistad contigo, y no habiendo de volver a pedirte nada, te ruego la salvación de mi desdichado hijo.» Nada añadió acerca de Plancina.

17. Tras esto Tiberio exoneró al joven de la acusación de promover la guerra civil: habían sido órdenes de su padre que el hijo no podía desoír; al mismo tiempo se refirió con piedad a la nobleza de aquella casa e incluso al desdichado destino de Pisón, aunque lo hubiera merecido. En favor de Plancina habló con vergüenza y en términos infamantes, sacando a relucir los ruegos de su madre, contra quien se encendían con mayor fuerza las quejas secretas de los hombres
mejores. Así, pues —decían—, ¡era lícito a la abuela 2
mirar cara a cara, hablar y arrancar de manos del senado a la asesina de su nieto! Lo que a todos los ciudadanos aseguraban las leyes, sólo a Germánico le había faltado. Vitelio y Veranio habían llorado a voces al César[321], el emperador y Agusta habían defendido a Plancina. Ahora sólo faltaba —decían— que volviera del mismo modo contra Agripina y sus hijos sus artes de envenenadora tan felizmente experimentadas, y que saciara con la sangre de aquella casa tan desgraciada

321 Germánico.

3 a la egregia abuela y al tío. Se consumieron aún dos días en este simulacro de proceso, en tanto que Tiberio urgía a los hijos de Pisón a que miraran por su madre. Y como los acusadores y los testigos peroraron denodadamente sin que nadie les respondiera, la conmise-
4 ración crecía más que el odio. El cónsul Aurelio Cotta, el primero a quien se preguntó su voto —pues cuando informaba el César los magistrados ejercían también el sufragio—, propuso que el nombre de Pisón se borrara de los fastos[322], que se confiscara una parte de sus bienes, y que otra se diera a su hijo Gneo Pisón, quien debería cambiar su primer nombre[323]; que a Marco Pisón se le privara de su dignidad y, tras recibir cinco millones de sestercios, fuera relegado por diez años; a Plancina se la salvaba por los ruegos de Augusta.

18. El príncipe suavizó esta propuesta en muchos puntos: el nombre de Pisón no debía borrarse de los fastos, dado que el de Marco Antonio, que había hecho la guerra contra la patria, y el de Julo Antonio, que había deshonrado la casa de Augusto, permanecían en ellos. Además salvó a Marco Pisón de la ignominia y le dejó los bienes de su padre; pues, según ya he dicho varias veces, Tiberio era bastante insensible ante el dinero, y en aquella ocasión aparecía más clemente por la
2 vergüenza de la absolución de Plancina. Es más, cuando propuso Valerio Mesalino que se erigiera una estatua de oro en el templo de Marte Vengador, y Cécina Severo un ara a la Venganza, se opuso, repitiendo que tales ofrendas se consagraban a victorias en el exte-

---

322 Es decir, de las listas de magistrados; se trata de la *damnatio memoriae.*

323 Para que no siguiera habiendo un Gneo Calpurnio Pisón; lo cambió por el de Lucio.

rior, y que las calamidades domésticas debían cubrirse con la tristeza. Había añadido Mesalino la propuesta 3
de una acción de gracias a Tiberio, Augusta, Antonia, Agripina y Druso por haber vengado a Germánico, omitiendo la mención de Claudio. Entonces Lucio Asprenate preguntó a Mesalino en pleno senado si la omisión era intencionada; sólo entonces se añadió el nombre de Claudio. Cuantas más vueltas doy a los 4
acontecimientos recientes y a los antiguos, tanto más claramente me encuentro con que el capricho anda en todas las cosas humanas. Y es que a juzgar por la fama, la esperanza y el prestigio, cualquiera parecía más destinado al imperio que aquel a quien la fortuna mantenía en oculto como futuro príncipe [324].

19. Pocos días después el César propuso al senado otorgar sacerdocios a Vitelio, Veranio y Serveo; a Fulcinio, tras prometerle su apoyo en la elección para los honores, lo amonestó para que no echara a perder su elocuencia con actitudes violentas. Así terminó la 2
venganza por la muerte de Germánico, que no sólo entre los hombres que entonces vivían, sino también en tiempos posteriores fue objeto de comentarios encontrados. Y es que los acontecimientos más importantes vienen a resultar igualmente ambiguos dado que unos tienen como cosa averiguada lo que de cualquier manera han oído, y otros cambian la verdad en mentira; y con el tiempo se robustecen una y otra actitud. Por 3
lo demás, Druso salió de la Ciudad para tomar nueva-

---

324 Era proverbial la ineptitud de Claudio, que siempre vivió postergado hasta su accidental elevación al imperio tras el asesinato de Calígula en el año 41. SUETONIO (*Claudio*) ilustra detenidamente esta imagen, aunque, según se verá más adelante, Tácito no deja de señalar rasgos positivos en su actuación como emperador.

mente los auspicios y al momento volvió a entrar con la ovación[325]. Pocos días después falleció su madre Vipsania, la única de los hijos de Agripa que tuvo una muerte apacible, pues de los demás uno murió de modo manifiesto por la espada, y los otros se creyó que por veneno o por hambre[326].

20. El mismo año[327] Tacfarinate, de quien ya conté que en el verano anterior[328] había sido desbaratado por Camilo, reanuda la guerra en África, primero con saqueos ocasionales que por su carácter sorpresivo quedaron sin castigo, luego arruinando pueblos y arrebatando grueso botín; por último, sitió a una cohorte
2 romana no lejos del río Págida. El fuerte estaba al mando de Decrio, un luchador incansable y curtido en la milicia, que consideraba aquel asedio como una vergüenza. Tras arengar a los soldados, despliega su tropa ante la fortificación a fin de dar la batalla en lugar abierto. Al primer ataque fue desbaratada la cohorte; él, en medio de los proyectiles, no dejaba de cortar el paso a los que huían, increpando a los portaestandartes por permitir que soldados romanos volvieran la espalda ante una tropa desorganizada de desertores.

---

325 Dado que había entrado ya en Roma antes de recibir el homenaje, debía salir nuevamente para realizar la ceremonia de los *auspicia*, que venía a equivaler a la investidura del mando, ya que los jefes militares lo perdían automáticamente al penetrar en la ciudad.

326 Vipsania había estado casada con Tiberio; véase nota 58. La referencia a los hijos de Agripa mira a los que tuvo con Julia, hija de Augusto: de Gayo y Lucio se dijo que habían sido envenenados por instigación de Livia, Agripa Póstumo fue asesinado violentamente, Julia moriría de hambre, y también, tal vez, Agripina. Véanse I 3, 6; IV 71 y VI 25.

327 Continúa el 20 d. C.

328 Error cronológico; la referencia es a II 52, que corresponde al año 17.

Entonces recibió varias heridas, pero aún con un ojo vaciado no dejó de plantar cara al enemigo, ni cejó en la lucha hasta que cayó abandonado por los suyos [329].

21. Cuando ello llegó a conocimiento de Lucio Apronio —que había sucedido a Camilo—, más afectado por el deshonor de los suyos que por la gloria del enemigo, recurrió a una práctica rara por aquella época y que recordaba a la antigüedad: diezma a la cohorte deshonrada dando muerte a palos a quienes correspondió por sorteo. Tan grande fue el efecto de la 2
severidad que una bandera de veteranos, que no pasaba de quinientos hombres, desbarató a las mismas tropas de Tacfarinate, que habían atacado un fuerte llamado Tala [330]. En este combate un soldado raso llamado Rufo 3
Helvio consiguió el honor de salvar a un ciudadano y fue premiado por Apronio con los brazaletes y la lanza; el César añadió la corona cívica quejándose, aunque no enfadado, de que Apronio no se la hubiera concedido también en virtud de su autoridad proconsular [331].
Pero Tacfarinate, toda vez que los númidas estaban 4
quebrantados y se resistían a plantear asedios, empieza a practicar una guerra de dispersión, cediendo cuando se le presionaba y volviéndose luego para atacar las retaguardias. Y mientras el bárbaro mantuvo tal táctica, sometió al romano, impotente y cansado, a un escarnio impune; pero una vez que se volvió hacia las zonas marítimas y atado por el botín se

---

329 Este Decrio sólo nos es conocido por la noticia que aquí da Tácito; por ello se ha dicho con razón que se trata de un tributo del historiador a un héroe casi anónimo.

330 Según Wuilleumier, cerca de Ammaedara.

331 Los *torques* y *hasta* no eran recompensas a la altura de la hazaña realizada, a la que correspondía la *corona ciuica* de hojas de encina; véase nota 288.

quedó asentado en campamentos estables, Apronio Cesiano, enviado por su padre con la caballería y las cohortes auxiliares, a las que había añadido a los legionarios más rápidos, libró un combate próspero contra los númidas y los empujó hacia los desiertos.

22. Pero en Roma, Lépida, que aparte de llevar sobre sí la gloria de los Emilios[332] tenía como bisabuelos a Lucio Sila y a Gneo Pompeyo, fue denunciada por haber simulado tener un hijo de Publio Quirinio, hombre rico y sin descendencia; se añadían cargos de adulterio, de envenenamientos y de especulaciones por medio de adivinos caldeos contra la casa del César; defendía a la acusada su hermano Manio Lépido. Quirinio, tras haberla repudiado, seguía persiguiéndola con saña, con lo cual, por infame y culpable que fuera,
2 provocaba la compasión hacia ella. No sería fácil averiguar el pensamiento del príncipe en aquel proceso: hasta tal punto varió y mezcló las señales de ira y de clemencia. Primero rogó al senado que no se examinaran las acusaciones de majestad, pero luego movió a Marco Servilio, uno de los consulares, y a otros testigos a que sacaran a relucir lo que había aparen-
3 tado rechazar. Además, a los siervos de Lépida, que estaban bajo custodia militar, los transfirió a los cónsules y no permitió que fueran interrogados en el tormento acerca de asuntos que se refirieran a su
4 propia casa. Todavía más, a Druso, que era cónsul designado, lo eximió de pronunciar su voto en primer lugar; esto lo consideraban algunos como un gesto de-

---

332 Sería muy difícil resumir la historia política y militar de la *gens Aemilia* en una breve nota; baste recordar a Emilio Paulo, vencedor de Macedonia, o a su hijo Escipión Emiliano, luego pasado a la *gens Cornelia* por adopción; a Lépido el triúnviro, etc.

mocrático, de manera que los demás no se vieran en la necesidad de asentir, pero otros lo interpretaban como una crueldad: en efecto, no hubiera cedido de su prerrogativa si no se tratara de condenarla.

23. Lépida, en los días de los juegos que habían interrumpido el proceso, se presentó en el teatro acompañada de damas ilustres; se puso a invocar en lastimosa lamentación a sus mayores y al propio Pompeyo, a la vista de aquel monumento levantado por él y de sus estatuas que allí se alzaban[333]. Provocó con ello tanta conmiseración, que la gente rompía a llorar con gritos de odio e imprecaciones contra Quirinio, a cuya vejez sin hijos y a cuya casa más que oscura —decían— se había entregado a la que antaño estuviera destinada para esposa de Lucio César y nuera del divino Augusto[334]. Más tarde, por el tormento de los 2
siervos, se pusieron al descubierto los crímenes, y se adoptó la propuesta de Rubelio Blando, por la que se la privaba del agua y el fuego[335]. Druso se mostró de acuerdo con él, a pesar de que otros habían formulado propuestas más clementes. Luego, en consideración a Escauro, que había tenido de ella una hija, se accedió a que sus bienes no fueran confiscados. Sólo entonces reveló Tiberio haber averiguado también por los siervos de Publio Quirinio que Lépida había tratado de envenenar a su marido.

---

333 Se trata del teatro construido por Pompeyo en el 55 a. C., el primero de fábrica estable con que contó Roma.

334 Lucio, hijo de Julia y Agripa, era nieto de Augusto, pero al igual que su hermano Gayo había sido adoptado por él como hijo. Murió prematuramente en el 2 d. C.; véase I 3.

335 Fórmula jurídica que designa la pena consistente, en principio, en retirar al condenado todo medio de vida, y que venía en realidad a suponer su muerte como ciudadano: en la práctica, su destierro.

24. Las adversidades de las casas ilustres —pues en un no largo espacio de tiempo los Calpurnios habían perdido a Pisón y los Emilios a Lépida— recibieron una compensación con la devolución de Décimo
2 Silano a la familia Junia. Recordaré brevemente su peripecia. Así como el divino Augusto gozó de invariable fortuna en los asuntos del estado, la de su casa fue poco próspera a causa de la desvergüenza de su hija y de su nieta[336], a las que expulsó de la Ciudad, castigando con la muerte o el exilio a sus amantes; pues calificando una culpa tan corriente entre hombres y mujeres con el grave nombre de sacrilegio y violación de majestad, se salía de los límites de la clemen-
3 cia de los mayores y de sus propias leyes. Pero el final de los otros lo contaré al mismo tiempo que los demás acontecimientos de aquella época si, terminada la obra que me he propuesto, dispongo de vida para dedicarla a otros afanes. Décimo Silano, que había cometido adulterio con la nieta de Augusto, aunque no fue objeto de otra persecución que el verse apartado de la amistad del César, entendió que se le indicaba el camino del exilio[337], y sólo bajo el reinado de Tiberio osó pedir clemencia al senado y al príncipe apoyado en el poder de su hermano Marco Silano, que destacaba
4 por su insigne nobleza y elocuencia. Tiberio, cuando Silano le dio las gracias, le respondió en presencia del senado que él también se alegraba de que su hermano hubiera regresado de su largo viaje, y que ello era una acción legalmente lícita porque no se lo había expulsado por un decreto del senado ni por una ley; pero que él mantenía frente a Silano los mismos motivos de resentimiento que su padre, y que no con su

336 Se refiere a Julia la Mayor, su hija única, y a la hija de ésta, Julia la Menor; véanse I 10 y 63; IV 71.

337 En el 8 d. C.

regreso quedaba en nada lo que había sido la voluntad de Augusto. En adelante permaneció en la Ciudad, pero sin conseguir los honores.

25. Luego se presentó una moción para moderar la ley Papia Popea, que Augusto había sancionado en su vejez, después de las leyes Julias, con el fin de incrementar las multas a los solteros y enriquecer el erario[338]. Mas no por tales medidas aumentaban los matrimonios ni la cantidad de hijos que se criaban, prevaleciendo sobre ellas la falta de descendencia; por lo demás crecía el número de los que se encontraban en peligro, pues todas las casas se veían expuestas a los trastornos causados por los enredos de los delatores, y al igual que antes por los escándalos, se sufría ahora por culpa de las leyes. El asunto me inclina a 2
tratar con un poco más de detalle de los principios del derecho y del modo en que se llegó a esta infinita multitud y variedad de leyes.

26. Los más antiguos de los mortales, al no existir todavía ninguna mala pasión, vivían sin deshonor ni crimen, y por ello sin castigos ni coerciones. Tampoco había necesidad de recompensas, toda vez que buscaban el bien por propia inclinación; y como no deseaban nada contrario a la costumbre, nada había que prohibirles con el miedo. Pero después de que se 2
desterró la igualdad, y la intriga y la violencia fueron desplazando a la moderación y al pudor, surgieron las tiranías, que en muchos pueblos se convirtieron en permanentes. Algunos, inmediatamente o bien tras 3
haber aborrecido a la monarquía, prefirieron las leyes.

338 La *lex Iulia de maritandis ordinibus* era del 18 a. C.; la *Papia Poppaea,* del 9 d. C. Miraban a incrementar la natalidad.

Eran éstas en un principio sencillas, de acuerdo con
el espíritu rudimentario de aquellos hombres; la fama
ha hecho especialmente célebres las de Creta, redac-
tadas por Minos[339]; las de Esparta, por Licurgo[340], y
luego las de Atenas, ya más elaboradas y numerosas
4 y debidas a Solón[341]. Sobre nuestro pueblo había im-
perado Rómulo según su libre voluntad; luego Numa
ligó al pueblo con prescripciones religiosas y de dere-
cho divino, a las que se añadieron las excogitadas por
Tulo y Anco. Ahora bien, fue Servio Tulio el principal
autor de las leyes, a las que incluso los reyes debían
someterse[342].

27. Tras la expulsión de Tarquinio[343] el pueblo tomó numerosas medidas contra las facciones senatoriales a fin de proteger la libertad y asegurar la concordia; se instituyeron los decénviros, y echando mano de lo mejor que había en otros lugares, se compusieron las XII Tablas, cima de la equidad en el derecho. Pues si bien las leyes que siguieron fueron en ocasiones promulgadas contra los malvados según iban apareciendo los delitos, con mayor frecuencia lo fueron por la violencia a causa de la disensión entre las

---

339 El mítico Minos, rey de Creta, pasaba por haber sido en extremo justo, por lo que en el más allá formaba con Éaco y Radamantis el tribunal examinador de las almas.

340 Licurgo era el legendario fundador del orden político y jurídico de Esparta; no hay datos para negar ni afirmar categóricamente su personalidad histórica.

341 Solón, poeta y legislador ateniense, es figura plenamente histórica, cuya actividad se sitúa hacia el 600 a. C.

342 En la cronología legendaria de la monarquía romana (753-509 a. C.), Numa ocupa el segundo lugar, seguido de Tulo Hostilio y Anco Marcio; Servio Tulio fue el sexto y penúltimo rey, segundo de los de origen etrusco.

343 Tarquinio el Soberbio, último rey de Roma, expulsado en el 509 a. C., según la tradición.

clases, por afán de honores ilícitos, o de desterrar a varones ilustres, o por otras torcidas razones. De ahí 2
las perturbaciones que los Gracos y Saturninos promovieron en la plebe, y el no menor despilfarro de Druso actuando en nombre del senado[344]. Nuestros aliados fueron corrompidos por la esperanza o engañados por el derecho de veto, y ni siquiera en la guerra itálica ni luego en la civil[345] se dejó de votar una cantidad enorme de leyes encontradas, hasta que el dictador Lucio Sila[346], tras abolir o transformar las anteriores y añadir aún más, estableció en tal actividad una pausa que no iba a durar mucho. En efecto, pronto vinieron las subversivas propuestas de Lépido[347] y no mucho después se devolvió a los tribunos la licencia de agitar al pueblo a su libre arbitrio. Y así no se legisló ya 3
sólo para todos, sino también contra hombres particulares, y en una república corrompida a más no poder se multiplicaron las leyes.

28. Entonces Gneo Pompeyo, cónsul por tercera vez[348], fue elegido para la reforma de las costumbres; y mostró en sus remedios un rigor mayor que el de los delitos, convirtiéndose en autor y al tiempo destructor de sus propias leyes y perdiendo por las armas

---

344 Se trata de los tribunos de la plebe de los años 133, 122, 100 y 91 a. C., promotores de reformas agrarias que la oligarquía senatorial frustró por todos los medios.

345 Se refiere al *bellum sociale* de 90-88 a. C., en que los aliados —en realidad súbditos— itálicos de Roma trataron de obtener un trato de igualdad; las guerras civiles que aquí se nombran son las de Mario y Sila, inmediatamente siguientes a las itálicas.

346 Del 83 al 79.

347 De nuevo, tras la muerte del dictador en 78, las reivindicaciones populares.

348 En el 52 a. C.

lo que con las armas trataba de proteger[349]. Luego hubo continua discordia a lo largo de veinte años: ni costumbre ni derecho; los peores crímenes quedaron impunes, y muchos rasgos de honestidad supusieron la
2 destrucción de sus autores. Al fin, César Augusto en su sexto consulado, seguro de su poder, abolió lo que en el triunvirato había ordenado y nos dio leyes de las que debíamos usar con paz y bajo un príncipe.
3 A raíz de ello fueron más estrechas las ataduras: se pusieron guardianes y, en virtud de la ley Papia Popea, se los indujo con recompensas, de manera que, si se dejaban de ejercer los privilegios propios de un padre, el pueblo como padre de todos se convirtiera en propietario de los bienes vacantes. Pero los delatores iban más allá: habían quedado a su merced Roma, Italia y los ciudadanos todos dondequiera que
4 estuviesen, y arruinaron así a muchos. El terror amenazaba a todos cuando Tiberio para poner remedio a la situación eligió a suerte a cinco consulares, a cinco pretorios[350] y a otros cinco del resto del senado, que, eliminando la mayoría de las trabas de la ley, proporcionaron un momentáneo alivio.

29. Por el mismo tiempo, como Nerón, uno de los hijos de Germánico, entrara ya en la juventud, lo recomendó ante el senado, y pidió —no sin la sonrisa de los que lo escuchaban— que se lo dispensara del requisito de desempeñar el vigintivirato[351], y que se le permitiera aspirar a la cuestura cinco años antes de la edad legal. Alegaba que a él mismo y a su hermano

---

349 Derrotado por César en Fársalo en el 48 a. C.

350 Es decir, que habían ejercido, respectivamente, el consulado y la pretura.

351 Se incluían bajo tal rúbrica una serie de magistraturas menores preparatorias al *cursus honorum*.

se les había hecho idéntica concesión a petición de Augusto. Y yo no dudo de que aún en aquella ocasión 2
hubo quienes ocultamente hicieron burla de tales ruegos; claro que eran los comienzos de la grandeza de los Césares, estaba más a la vista la costumbre de los mayores y era menor la vinculación de dos hijastros con su padrastro que la de un abuelo con su nieto[352]. El caso es que se le añadió además el ponti- 3
ficado[353], y el primer día en que Nerón hizo su entrada en el Foro se repartieron donativos al pueblo, alegre de ver ya crecido a un retoño de Germánico. La alegría se acreció luego con las bodas de Nerón y Julia, hija de Druso. Y en la misma medida en que se acogió este 4
matrimonio con comentarios favorables, se supo con desagrado que Sejano estaba destinado como suegro al hijo de Claudio[354]. Se consideraba que era una mancha para la nobleza de la familia, y que encumbraba en exceso a Sejano, sospechoso ya de desmedidas esperanzas.

30. Al final del año fallecieron dos varones ilustres: Lucio Volusio y Salustio Crispo. Pertenecía Volusio a una familia antigua, pero que no había pasado de la pretura; él le ganó el consulado, habiendo desempeñado también la potestad de censor encargado de

---

352 Este Nerón —que no debe confundirse con el futuro emperador, sobrino del que ahora se menciona en cuanto hijo de su hermana Agripina— era por la sangre sobrino-nieto de Tiberio, pero al haber sido adoptado Germánico por él como hijo, los hijos de Germánico pasaban a ser nietos de Tiberio.

353 El colegio sacerdotal de los pontífices era el de superior jerarquía.

354 Se trata de un Druso muerto prematuramente. La hija de Sejano, todavía niña, fue muerta en la represión que siguió a la caída en desgracia de su padre; véase V 9. Acerca de Sejano, véase IV 1.

elegir las decurias de caballeros [355]. Fue el primero en acumular las riquezas que dieron enorme poder a su
2 casa. A Crispo, nacido de linaje ecuestre, lo adoptó y le dio su nombre Gayo Salustio, magnífico historiador de Roma, de cuya hermana era nieto [356]. Y él, aunque tenía abierto el camino hacia los honores, siguiendo el ejemplo de Mecenas sobrepasó en poder a muchos de los que habían obtenido el triunfo o el consulado sin gozar de la dignidad senatorial; era hombre ajeno a las viejas tradiciones por su tren de vida y sus exquisiteces, y por sus rebosantes riquezas más cercano
3 a la molicie. Y sin embargo, por debajo de estas apariencias tenía un vigor de ánimo que lo ponía a la altura de los más importantes negocios, más aguzado cuanto más él aparentaba sueño e inacción. Así, pues, en tanto que vivió Mecenas, se le consideró el segundo, y luego el número uno en quien se apoyaban los secretos de los emperadores; cómplice del asesinato de Agripa Póstumo, conservó en su edad avanzada más la apa-
4 riencia que la realidad en la amistad del príncipe. Lo mismo le había ocurrido a Mecenas, ya porque raramente es constante el hado del poder, ya porque la saciedad se apodera de unos cuando ya lo han concedido todo, de otros cuando ya nada queda que puedan desear.

31. Sigue el cuarto consulado de Tiberio, segundo de Druso [357], notable por haber compartido la magistratura padre e hijo. Pues cuando dos años [358] antes

---

355 De ella salían los jurados.

356 Véase nota 32; Tácito llama a su modelo Salustio *rerum Romanarum florentissimus auctor*.

357 Comienza la narración del año 21 d. C.

358 Parece claro que hay un error en el texto, que da *biennio* en lugar de *triennio*, pues el consulado de Tiberio y Germánico había sido en el año 18.

habían sido colegas en el mismo honor Germánico y Tiberio, ni al tío le había resultado agradable, ni era tan grande la vinculación natural. Al principio del año 2
Tiberio se retiró a Campania con el pretexto de cuidar de su salud, ya porque preparara poco a poco su larga y continuada ausencia, ya para que Druso, sin la presencia del padre, desempeñara solo los cometidos del consulado. Casualmente un asunto sin importancia, pero que dio lugar a una gran polémica, proporcionó al joven ocasión de ganarse popularidad. Domicio Cor- 3
bulón, que había sido pretor, presentó ante el senado una querella contra Lucio Sila, joven noble, porque en el espectáculo de gladiadores no le había cedido el sitio. En favor de Corbulón estaba su edad, la costumbre de los mayores, la simpatía de los viejos; a Sila lo apoyaban Mamerco Escauro y Lucio Arruncio, y otros de sus allegados. Tuvo lugar un debate en el 4
que se sacaron a relucir los ejemplos de los mayores, que habían castigado con severas disposiciones la irreverencias de los jóvenes, hasta que Druso habló en términos idóneos para templar los ánimos. Se dio satisfacción a Corbulón por medio de Mamerco, que era a un tiempo tío y padrastro de Sila, y el más elocuente de los oradores del tiempo. El propio Corbulón, que 5
no cesaba de clamar que muchos caminos de Italia estaban interrumpidos e impracticables por el fraude de los contratistas y la incuria de los magistrados, tomó sobre sí de buena gana la resolución judicial del asunto; lo cual resultó no tan útil al interés público, cuanto pernicioso para muchos contra cuyo patrimonio y fama se ensañó con condenas e incautaciones seguidas de subasta.

32. No mucho después Tiberio informó al senado por carta de que África estaba de nuevo revuelta por

un ataque de Tacfarinate, proponiendo que los senadores eligieran a un procónsul conocedor de la milicia, con fortaleza física, y que supiera estar a la altura de
2 aquella guerra. Sexto Pompeyo aprovechó esta ocasión para dar rienda a su odio contra Manio Lépido; lo acusó de cobarde, indigente y vergüenza de sus mayores, añadiendo que por tales razones debía ser también eliminado del sorteo de Asia. El senado se opuso, pues consideraba a Lépido más amable que indolente, y que su estrechez de patrimonio y su nobleza vivida sin oprobio eran para él más motivo de honra que de ignominia. En consecuencia, se lo envió a Asia, y en cuanto a África, se decretó que el César escogiera a quién debía encargarse.

33. En la misma sesión propuso Severo Cécina que ningún magistrado a quien correspondiera en sorteo una provincia fuera acompañado por su esposa, tras haber repetido una y otra vez que él se llevaba bien con la suya, la cual le había dado seis hijos, pero que lo que él proponía como norma general lo había observado dentro de su casa, haciendo permanecer a su mujer en Italia aunque él había pasado cuarenta años
2 de servicio en muchas provincias. Decía que no en vano se había establecido antaño que no se llevara a las mujeres a tierra de aliados o de pueblos extraños; que la compañía de las mujeres tenía la virtud de estorbar la paz con su lujo, la guerra con sus temores, y que daban a una columna romana el aspecto de un
3 cortejo bárbaro. Añadía que no sólo por su sexo eran débiles e incapaces de soportar las fatigas, sino que además, si se les daba licencia, resultaban crueles, intrigantes, ávidas de poder; que andaban entre los soldados y tenían a su servicio a los centuriones; que poco tiempo atrás una mujer había presidido las ma-

niobras de las cohortes y la parada de las legiones. 4
Los invitaba a pensar que cuando a alguno se lo procesaba por concusión, siempre eran las más las acusaciones contra su esposa. Sostenía que a ellas se unían desde el primer momento los peores de los provinciales, que eran ellas quienes tomaban a su cargo y despachaban los asuntos, que hacían falta dos escoltas y había dos cuarteles generales, siendo más obstinadas y descabelladas las órdenes de las mujeres, las cuales, antaño sujetas por las leyes Opias y otras similares, rotas ya sus cadenas [359], gobernaban las casas, los foros e incluso ya los ejércitos.

34. La propuesta tuvo pocas adhesiones entre los oyentes; los más se pusieron a alborotar alegando que ni el asunto estaba en el orden del día ni era Cécina el censor adecuado a tan grave asunto. Luego Valerio 2
Mesalino, que era hijo de Mesala [360] y conservaba la imagen de la elocuencia paterna, le respondió que la dureza de los antiguos se había cambiado en muchos puntos para mejor y con mayor humanidad; pues, en efecto, la Ciudad ya no estaba, como antaño, asediada por guerras ni le eran hostiles las provincias; que a las necesidades de las mujeres se hacían bien pocas concesiones, que ni al patrimonio de sus esposos perjudicaban, cuanto menos a los aliados; en lo demás compartían la suerte de su marido, y que en ello no había impedimento alguno para la paz. Cierto que a la guerra había que ir libres de impedimenta; pero al volver —decía— tras las fatigas, ¿qué consuelo era más honesto que el que proporciona una esposa? Era 3

---

[359] La ley Opia parece haber estado en vigor entre 215 y 195 a. C.

[360] Valerio Mesala Corvino, famoso orador y político, sobre el que pueden verse VI 11; XIII 34.

verdad que algunas se habían dejado llevar a la intriga o la codicia; ¿y qué?, ¿acaso la mayoría de los propios magistrados no estaban expuestos a toda suerte de pasiones? Y no por ello se dejaba de enviar a uno a una provincia. Se decía que muchas veces los vicios de las mujeres corrompían a los maridos; ¿entonces
4 todos los célibes eran personas íntegras? Antaño habían parecido oportunas las leyes Opias, por exigirlo así las circunstancias de la república; si luego se había abierto algo la mano mitigándolas, era porque convenía. De nada valía que trataran de dar otros nombres a su propia inoperancia; pues era culpa del
5 varón si la mujer se pasaba de la raya. Lo que se pretendía sin más era, apoyándose en la debilidad de espíritu de uno o de dos, quitar a los casados la compañía de las circunstancias favorables y adversas; al propio tiempo se dejaba abandonado a un sexo débil por naturaleza y se lo exponía a su propio desvío y a las pasiones ajenas. A duras penas la presencia vigilante mantenía intactos los matrimonios: ¿qué ocurriría si por varios años se dejaban en el olvido como por una especie de divorcio? Bien estaba que se saliera al paso de los pecados cometidos en otras partes, pero sin olvidar los escándalos de Roma.

6 Druso añadió unas pocas consideraciones acerca de su propio matrimonio, pues los príncipes se veían más frecuentemente obligados a marchar a las regiones lejanas del imperio. ¡Cuántas veces el divino Augusto había viajado al Occidente y al Oriente acompañado por Livia! También él había partido para el Ilírico y, si era conveniente, marcharía a otros países; pero no siempre de buen grado si se veía separado de su queridísima esposa y madre de tantos hijos comunes. Y así se eludió la propuesta de Cécina.

35. En la siguiente sesión del senado, Tiberio, por medio de una carta y tras reprochar indirectamente a los senadores que hacían recaer todos los negocios sobre el príncipe, designó a Marco Lépido y a Junio Bleso para que entre ellos se eligiera al procónsul de Africa.
Se escuchó entonces a ambos, y Lépido se excusó con 2
gran insistencia pretextando su falta de fortaleza física, la edad de sus hijos y que tenía una hija por casar; se entendía además lo que callaba: que Bleso era tío de Sejano y que por ello tenía mucho poder.
Le respondió Bleso aparentando rehusar, pero sin la 3
misma firmeza, y se vio apoyado por el consenso de los aduladores.

36. Luego salió a la luz algo que hasta entonces latía en las íntimas quejas de muchos. Pues había licencia para que cualquier canalla injuriara impunemente y diera rienda a su odio contra la gente honrada, con tal que llevara en sus manos una imagen del César[361]. Incluso libertos y esclavos que habían dado voces o puesto sus manos sobre su patrono o su señor,
lograban hacerse temer. En consecuencia, el senador 2
Gayo Cestio[362] habló diciendo que ciertamente los príncipes eran a la manera de dioses, pero que tampoco los dioses oían las preces de los suplicantes si no eran justas, y que nadie se refugiaba en el Capitolio o en otros templos de la Ciudad para aprovecharse de tal
protección con fines criminales. Decía que las leyes 3
quedaban abolidas y absolutamente subvertidas desde el momento en que en pleno Foro, en el umbral de la curia tenía que soportar las injurias y amenazas de Annia Rufila, a la cual había hecho condenar por fraude, sin atreverse él a recurrir a los tribunales por

361 Es decir, que la efigie le proporcionaba derecho de asilo.
362 Cónsul del año 35.

hacerle ella frente con una imagen del emperador.
4 Otros referían a voces sucesos parecidos y algunos más sangrantes todavía y rogaban a Druso que impusiera un castigo ejemplar, hasta que, citada y convicta aquella mujer, la hizo encarcelar.

37. También Considio Ecuo y Celio Cursor, caballeros romanos, fueron castigados, por iniciativa del príncipe y decreto del senado, por haber acusado fal-
2 samente de majestad al pretor Magio Ceciliano. Uno y otro gesto redundaban en alabanza de Druso: viviendo en la Ciudad, moviéndose entre los corros y conversaciones de las gentes, mitigaba el aire secreto de su padre. Por otra parte, en un joven no parecía mal su vida dada al lujo; se prefería que tendiera a pasar los días ocupado en sus construcciones y la noche en banquetes, a que solo y sin gusto por placer alguno se dedicara a una triste vigilancia y a malsanas preocupaciones.

38. Pues ni Tiberio ni los acusadores sentían fatiga. Ancario Prisco había denunciado a Cesio Cordo, procónsul de Creta, por concusión, añadiendo el cargo de majestad, que entonces era complemento de todas
2 las acusaciones. Cuando Antistio Vétere, uno de los notables de Macedonia, fue absuelto de adulterio, el César increpó a los jueces y lo arrastró de nuevo ante los tribunales para responder de la acusación de majestad, alegando que había andado en sediciones y mezclado en las maniobras de Rescupóride en los tiempos en que, tras el asesinato de Cotis, había maquinado hacernos la guerra. En consecuencia, el acusado fue condenado a la interdicción del agua y el fuego, y se señaló la recomendación de que se lo mantuviera en una isla, y tal que no tuviera acceso fácil a

Macedonia ni a Tracia. Pues Tracia, tras la división del 3
reino entre Remetalces y los hijos de Cotis, que por su corta edad tenían por tutor a Trebelieno Rufo, al no estar acostumbrada a nuestra presencia se conducía de modo poco amigable, acusando no menos a Remetalces que a Trebelieno de dejar impunes los desafueros padecidos por sus naturales. Los celaletas, 4
los odrusas y los díos[363], naciones fuertes, tomaron las armas con jefes diversos, aunque iguales entre sí por lo desconocidos; ésta fue la causa por la que no llegaron a una unidad que hubiera suscitado una guerra terrible. Los unos provocan disturbios en sus inmediaciones, otros atraviesan la cordillera del Hemo[364], con la intención de levantar a los pueblos alejados; los más —y los más organizados— asedian al rey y a la ciudad de Filipópolis[365], fundada por Filipo de Macedonia.

39. Cuando estas noticias llegaron a Publio Veleo —que estaba al frente del ejército más próximo—, envió a su caballería auxiliar e infantería ligera contra los que andaban de una parte para otra ya para saquear, ya para reclutar refuerzos; él en persona se puso al frente del grueso de la infantería para levantar el asedio. El éxito fue completo en ambos frentes, pues 2
los saqueadores fueron aniquilados, y entre los sitiadores surgió la disensión, al tiempo que el rey hizo una oportuna salida coincidiendo con la llegada de la legión. No se podría llamar batalla organizada ni combate a aquella acción, en la que unos hombres mal armados y vagabundos fueron degollados sin sangre por nuestra parte.

---

363 Pueblos de Tracia.
364 Los Balcanes.
365 Actual Plovdiv (Bulgaria).

40. El mismo año[366] hubo un intento de rebelión entre los pueblos de la Galia a causa de la magnitud de sus deudas; sus más activos instigadores fueron Julio Floro entre los tréviros y Julio Sacróviro entre los eduos[367]. Ambos eran nobles y con antepasados de gloriosa ejecutoria, y por ello se les había dado tiempo atrás la ciudadanía romana, que era una recompensa
2 rara y sólo para la auténtica virtud. En secretos coloquios, tras tomar consigo a los más decididos y a aquellos a quienes la miseria y el temor derivado de sus delitos forzaban mayormente a las malas acciones, disponen sublevar Floro a los belgas y Sacróviro a
3 los galos que tenía más cerca. En conciliábulos y reuniones hablaban en términos sediciosos de la prolongación de los tributos, del peso excesivo de los intereses, de la crueldad y soberbia de los gobernadores; afirmaban que los soldados andaban revueltos tras enterarse de la muerte de Germánico y que era el momento mejor para intentar la recuperación de la libertad, si pensaban, ellos que se hallaban en plena prosperidad, en la falta de recursos de Italia, en la debilidad para la guerra de la plebe de Roma, y en que en los ejércitos no había más fuerza que la debida a los extranjeros.

41. Casi ningún pueblo quedó intacto por las semillas del movimiento; mas los primeros en levantarse fueron los andecavos y los túronos[368]. A los andecavos los reprimió el legado Acilio Avíola haciendo salir a la cohorte encargada de la guarnición de Lyón.
2 Los túronos fueron aplastados por los soldados legio-

[366] Continúa el 21 d. C.

[367] Los *Treueri* o *Treuiri* habitaban la zona renana de Tréveris; los *Aedui*, en la actual Borgoña.

[368] Situados en Anjou y Turena.

narios enviados por Viselio Varrón, legado de la Germania Inferior, al mando del mismo Avíola y de ciertos notables de las Galias que le prestaron auxilio con el fin de disimular su defección para exteriorizarla en momento más oportuno. Pudo verse incluso a Sa- 3
cróviro luchando en favor de los romanos con la cabeza descubierta para mostrar, según decía, su valor; pero los prisioneros lo acusaban de que así quería hacerse reconocible a fin de que no dispararan contra él. Cuando se consultó a Tiberio sobre el tema no hizo caso de la denuncia y con su vacilación favoreció la guerra.

42. Entretanto Floro persistía en sus propósitos y trataba de convencer al ala de caballería que, reclutada entre los tréviros, estaba integrada en nuestra milicia y disciplina, para que acabara con los comerciantes romanos y desencadenara así la guerra; unos pocos de aquellos soldados de caballería se dejaron corromper, pero lo mayoría mantuvo su lealtad. Fue 2
otro grupo, el de los deudores o clientes de Floro, el que tomó las armas. Ya se dirigían hacia los bosques quebrados que se llaman Ardenas, cuando los echaron atrás tropas legionarias de uno y otro ejército que habían enviado contra ellos Viselio y Gayo Silio por caminos opuestos. Marchaba al frente con un grupo 3
escogido Julio Indo, del mismo pueblo, que estaba enemistado con Floro y por ello más ávido de prestarnos su colaboración; así, dispersó a aquella turba antes de que llegara a organizarse. Floro logró burlar a los vencedores en inciertos escondrijos; más tarde, al ver a los soldados que le habían copado las posibles salidas, se suicidó. Tal fue el final de la rebelión de los tréviros.

43. Más ardua fue la tarea planteada entre los eduos, por cuanto se trataba de un pueblo más rico y la guarnición necesaria para reprimirlos se encontraba lejos. Sacróviro había ocupado con sus cohortes armadas Autun, capital de aquel pueblo, para hacerse con los hijos de las más nobles familias de la Galia, que allí estudiaban las artes liberales, y por medio de tal prenda, con sus padres y parientes; al propio tiempo repartió a la juventud armamento ocultamente
2 fabricado. Eran unos cuarenta mil, provistos en su quinta parte de armas legionarias, y los demás de venablos y cuchillos y otras armas de caza. Les añadió esclavos destinados a los juegos de gladiadores, que siguiendo la costumbre nacional llevaban armadura completa de hierro; los llaman crupelarios[369], y están en condiciones poco propicias para herir, pero son im-
3 penetrables a los golpes que reciben. Estas fuerzas se veían acrecidas por el consenso de los pueblos vecinos, que si no era todavía manifiesto, les valía apoyos individuales, así como por las rivalidades entre los jefes romanos, enzarzados en polémicas al reclamar uno y otro para sí aquella campaña. Al fin Varrón, menguado de fuerzas por su edad, cedió ante el vigor de Silio.

44. Pero en Roma, según es costumbre de la fama, se creía en una versión exagerada de todas estas noticias: que no sólo se habían sublevado los tréviros y eduos, sino los sesenta y cuatro pueblo de las Galias; que habían tomado como aliados a los germanos, que
2 las Hispanias estaban vacilantes. Todas las gentes honradas se agobiaban pensando en la república; pero también muchos, por odio de la situación presente y por

---

369 Palabra céltica conocida sólo por este pasaje.

ansia de cambios, se alegraban incluso con su propio peligro e increpaban a Tiberio porque en un momento de tan grandes perturbaciones dedicaba toda su atención a los libelos de los acusadores. ¿Acaso —se decían— 3
también a Sacróviro lo iba a acusar de majestad ante el senado?; por fin habían aparecido unos hombres que con las armas en la mano ponían coto a sus cartas rezumantes de sangre; una paz miserable bien se podía cambiar por una guerra. Tiberio, más empeñado toda- 4
vía en afectar seguridad, sin cambiar de lugar ni de expresión, siguió actuando por aquellos días como de ordinario, ya por lo reservado de su ánimo, ya porque supiera que era algo de proporciones reducidas y menos grave de lo que el vulgo decía.

45. Entretanto Silio, avanzando con dos legiones y enviando por delante una tropa auxiliar, devasta los poblados de los sécuanos[370], que ocupaban el confín del territorio, fronteros a los eduos y aliados suyos en la revuelta. Luego se dirigió contra Autun a marchas forzadas; los portaestandartes rivalizaban en celeridad, e incluso la tropa reclamaba a voces que no se observaran los altos reglamentarios ni se descansara durante la noche; decían que querían ver cara a cara al enemigo, y que el enemigo los viera a ellos, pues eso les bastaría para vencer. A las doce millas 2
se les aparecieron Sacróviro y sus tropas en lugar abierto. Había colocado en la vanguardia a los hombres provistos de armadura, en las alas a las cohortes, y en la retaguardia a los que sólo estaban medio armados. Él en persona, entre los de primera fila y montado en soberbio caballo recorría las filas recordándoles las viejas glorias de los galos y las derrotas

[370] Situados en la región del Franco Condado.

que habían causado a los romanos; les hacía ver cuán hermosa es la libertad para los vencedores y cuánto más tolerable la servidumbre para los vencidos por segunda vez.

46. Tales arengas no duraron mucho ni fueron acogidas con entusiasmo. En efecto, se acercaban las legiones en orden de combate, y aquellos hombres de ciudad, desorganizados e ignorantes de la milicia, ya no eran capaces ni de ver ni de oír. Por su parte Silio, si bien las esperanzas que podían concebirse habían hecho innecesaria arenga alguna, no dejaba de decirles a voces que era una vergüenza para ellos, vencedores de las Germanias, que se los llevara contra unos
2 enemigos como los galos: «Una sola cohorte acaba de desbaratar a los túronos rebeldes, una sola ala de caballería a los tréviros, unos pocos destacamentos de este mismo ejército a los sécuanos; cuanto más ricos y abundantes en lujos son los eduos, tanto menos capaces son para la guerra; derrotadlos y ocupaos de
3 los fugitivos.» A estas palabras siguió un ingente griterío; la caballería hizo una maniobra envolvente mientras la infantería se lanzaba contra el frente del enemigo, y tampoco se vaciló en las alas. Opusieron cierta resistencia los hombres provistos de armadura, ya que sus corazas soportaban el impacto de venablos y espadas; pero los soldados, echando mano de segures y hachas, como si se lanzaran contra un muro, arremetieron contra armaduras y cuerpos; algunos con pértigas o con horcas daban en tierra con aquella mole inerte, y una vez derribados y carentes de cualquier apoyo para ponerse de nuevo en pie, los dejaban como
4 a muertos. Sacróviro marchó primero a Autun, y luego, por miedo a ser entregado, a una villa cercana acompañado por sus fieles. Allí, los que quedaban se

mataron por propia mano hiriéndose mutuamente; la casa, a la que habían puesto fuego, ardió abrasándolos a todos.

47. Sólo entonces Tiberio escribió al senado que había estallado y terminado la guerra; nada quitó ni añadió a la verdad, afirmando que habían vencido sus legados con su lealtad y valor, y él con sus consejos.
Añadió también las causas por las que ni él ni Druso 2
habían marchado a la guerra, destacando la magnitud del imperio y que no estaba bien que los príncipes, por el hecho de que se soliviantaran uno o dos pueblos, ** [371] abandonando la Ciudad, fuente del gobierno general. Ahora —decían—, dado que no se pensaría que era por miedo, iba a ir para observar la situación
y ponerla en orden. El senado decretó votos por su 3
regreso, súplicas y otros honores. Sólo Cornelio Dolabela, pretendiendo adelantarse a los demás, llegó al extremo absurdo de adulación de proponer que al volver de Campania se le tributara la ovación al entrar
en la Ciudad. Ello motivó una carta del César en la 4
que declaraba no estar tan menesteroso de gloria que, tras haber sometido a los pueblos más guerreros, tras haber recibido o declinado en su juventud tantos triunfos, hubiera de buscar ya en su vejez una vana recompensa por un viaje por los alrededores de la Ciudad.

48. Por el mismo tiempo pidió al senado que a la muerte de Sulpicio Quirinio [372] acompañaran exequias públicas. Quirinio no tenía relación alguna con la vieja patricia familia de los Sulpicios, pues había na-

[371] Parece haber una breve laguna en el texto.
[372] Cónsul en 12 a. C.

cido en el municipio de Lanuvio, pero —hombre valiente en la guerra y en cometidos difíciles— había conseguido el consulado bajo el divino Augusto, y más tarde las insignias del triunfo tras apoderarse en Cilicia de las fortalezas de los homonadenses[373]. Había sido adscrito como consejero a Gayo César al serle atribuido el gobierno de Armenia, y también se había cuidado de Tiberio cuando éste moraba en Rodas.
2 Todo esto lo manifestó entonces en el senado, alabando las consideraciones que con él había tenido, y acusando a Marco Lolio[374], a quien reprochaba haber provocado en Gayo César sentimientos aviesos y de animosidad contra él. Pero para los demás no era grata la memoria de Quirinio a causa de su persecución, que ya recordé, contra Lépida, y de su vejez sórdida y sembrada de desafueros.

49 Al final del año[375] Clutorio Prisco, caballero romano, al que a raíz de un célebre poema en que había llorado la muerte de Germánico el César había dado un premio en metálico, fue víctima de un delator, que lo acusaba de que estando enfermo Druso había compuesto otro con cuya publicación, si llegaba a morir, esperaba obtener un premio mayor. Clutorio lo había leído por vanidad en la casa de Publio Petronio, en presencia de la suegra de éste, Vitelia, y
2 de muchas mujeres notables. Cuando se produjo la delación los demás se aterrorizaron y prestaron testimonio, y sólo Vitelia afirmó que nada había oído. Pero se dio más crédito a las declaraciones que buscaban

373 Pueblo de la cordillera del Tauro.

374 Cónsul en 21 a. C.; había sido consejero de Gayo César, nieto de Augusto, durante su misión en el Oriente. Tiberio estaba por entonces en su exilio de Rodas.

375 21 d. C.

la perdición del acusado, y a propuesta del cónsul designado, Haterio Agripa, se dictó contra él la última pena.

50. Se opuso Marco Lépido en estos términos: «Si sólo consideramos, senadores, con qué sacrílega voz Clutorio Prisco ha manchado su mente y los oídos de los hombres, ni la cárcel, ni la horca, ni siquiera los suplicios reservados a los esclavos serían bastantes
para él. Ahora bien, si los escándalos y delitos no 2
tienen límites, los suplicios y remedios están atemperados por la moderación del príncipe, y los ejemplos de los mayores y de vosotros mismos; las banalidades se diferencian de los crímenes, las palabras de las malas obras, y hay lugar a una sentencia por la cual ni este delito quede impune ni a nosotros nos hayan de pesar la clemencia ni la severidad. Muchas veces he oído a nuestro príncipe quejarse cuando alguno, tomándose la muerte por su mano, se adelantaba a su
misericordia. Todavía está íntegra la vida de Clutorio, 3
que ni perdonado supondrá un peligro para la república, ni muerto servirá de ejemplo. Sus obras están tan llenas de insensatez como de vanidad e intrascendencia; nada grave y serio puede temerse de quien, delator de sus propios crímenes, se insinúa no a los ánimos de hombres, sino al de unas pobres mujeres.
Eso sí, que se lo aleje de la ciudad y perdiendo sus 4
bienes quede proscrito del agua y del fuego; ésta es mi propuesta, como si fuera reo de la ley de majestad.»

51. Sólo Rubelio Blando, ex cónsul, prestó su apoyo a Lépido; los demás secundaron la propuesta de Agripa, con lo que Prisco fue llevado a la cárcel y al momento ejecutado. Tiberio en el senado censuró esta acción con las ambigüedades de costumbre: ensalzó la

piedad de quienes castigan con dureza las injurias al príncipe aunque sean pequeñas, pero lamentó el castigo tan precipitado de unas palabras; alabó a Lépido
2 pero sin atacar a Agripa. En consecuencia se dictó un decreto del senado en el sentido de que las disposiciones senatoriales no se llevaran al erario[376] hasta ⟨diez⟩ días después, y que en tal medida se les prorrogara a los condenados el tiempo de la vida. Pero el senado no tenía la libertad de arrepentirse, ni Tiberio se aplacaba por el transcurso de un plazo.

52. Sigue luego el consulado de Gayo Sulpicio y Décimo Haterio[377]. Año nada turbulento en los asuntos del exterior, en Roma trajo consigo el miedo a medidas severas contra el lujo, que se había extendido hasta toda clase de derroches. Cierto que otros gastos, aunque más onerosos, quedaban generalmente ocultos bajo falsos precios; pero los rebuscamientos en cuestión de comidas y fiestas, divulgados en constantes conversaciones, habían provocado el temor de que el príncipe, afecto a la antigua austeridad, procediera con
2 mayor dureza. En efecto, empezando por Gayo Bíbulo, también los demás ediles habían declarado que se hacía caso omiso de la ley suntuaria[378], y que, a pesar de las prohibiciones, los precios de los comestibles aumentaban día a día y que no se los podía parar con medidas de poca monta. Se consultó al senado, y éste
3 remitió el asunto en su integridad al príncipe. Pero Tiberio, tras meditar a solas una y otra vez sobre si podrían reprimirse tan profusas pasiones, si la represión no causaría más daño a la república, lo poco

---

376 En el *aerarium* del templo de Saturno estaba el archivo del Estado.

377 Comienza la narración del año 22 d. C.

378 Se trata de una ley dada por Augusto en 22 a. C.

honroso que sería intentar lo que no fuera a conseguir o, caso de conseguirlo, el provocar la ignominia y deshonor de varones ilustres, acabó por dirigir una carta al senado, cuyo tenor era éste:

53. «Tal vez en otros asuntos, senadores, sería más conveniente que se me interrogara cara a cara y que dijera yo lo que considero provechoso para el estado; pero en este negocio ha sido mejor que apartara mis ojos, no fuera que, al señalar vosotros mismos el temor en el rostro de cada uno de los que se vieran acusados de un lujo vergonzoso, los observara yo también y, por así decirlo, los sorprendiera en su falta. Y si esos varones enérgicos que son los ediles 2
me hubieran pedido consejo con anterioridad, no sé si no les hubiera sugerido ignorar esos vicios poderosos y robustos antes de llegar a este resultado de descubrir que somos impotentes ante tales escándalos. Pero 3
ellos ciertamente han cumplido con su deber, como yo quisiera que los demás magistrados cumplieran sus cometidos. Mas a mí no me parece ni honesto callar ni viable pronunciarme, porque no desempeño el papel de un edil, ni de un pretor, ni de un cónsul: de un príncipe se exige algo mayor y más excelso, y si cada cual saca de las cosas que ha hecho bien la correspondiente gloria, todos pueden pecar, que sólo aquél cargará con el odio que de ello derive. ¿Pues qué será lo 4
primero que debo prohibir y hacer volver a la costumbre antigua? ¿Las infinitas extensiones de las villas?, ¿el número y las naciones de esclavos?[379], ¿la

[379] Entendemos *nationes* no como «nacionalidades» o «razas», sino como ponderador de la cantidad de siervos en gradación creciente con respecto a *numerum;* creemos que ello está apoyado por SÉNECA, *De los beneficios* VII 10, 5: «... y una

cantidad de plata y oro?, ¿los bronces y cuadros maravillosos?, ¿los vestidos comunes a hombres y mujeres y aquellos otros específicos de las mujeres, a causa de los cuales —por razón de sus pedrerías— pasan nuestros caudales a pueblos extranjeros o enemigos?»

54. «No ignoro que en banquetes y reuniones se denuncian estos excesos y que se pide un límite; pero si alguno promulga una ley y establece penas, aquellos mismos clamarán que se subvierte la ciudad, que se fragua la perdición de los más resplandecientes ciudadanos, que nadie está totalmente libre de culpa. Y sin embargo, tampoco las enfermedades corporales viejas y agravadas por crónicas pueden reprimirse a no ser con remedios duros y ásperos; el espíritu a un tiempo corrompido y corruptor, abrasado y ardiente, es preciso apagarlo con remedios no más leves que las pa-
2 siones que lo abrasan. De tantas leyes que los mayores excogitaron, tantas que promulgó el divino Augusto, están aquéllas abolidas por el olvido, y éstas, lo que es más escandaloso, por el desprecio, con lo que han venido a hacer del lujo algo más seguro. Pues si deseas lo que aún no está prohibido, puedes temer que se te prohíba; pero si violas impunemente las prohibiciones, ya no te quedará ni miedo ni vergüenza.
3 ¿Por qué reinaba antaño la austeridad? Porque cada cual se moderaba a sí mismo, porque éramos ciudadanos de una sola ciudad; tampoco cuando nuestro dominio se limitaba a Italia teníamos estas tentaciones. Aprendimos en las victorias exteriores a consumir los recursos ajenos, y en las civiles también los nuestros. Y después de todo, ¡qué limitada importan-

---

colección de esclavos más grande que naciones en pie de guerra...»

cia tiene eso sobre lo que llaman la atención los ediles, qué poca consideración exige si se mira a lo demás! Porque, por Hércules, nadie nos cuenta que 4
Italia está necesitada de ayuda exterior, que la vida del pueblo romano se desenvuelve día a día entre las incertidumbres del mar y de las tempestades[380]; y si los recursos de las provincias no nos subvinieran a señores, esclavos y campos, parece que tendrían que protegernos nuestros parques y nuestras villas. Esta 5
es, senadores, la preocupación del príncipe: si se la descuida arrastrará al estado a la ruina. Para lo demás hay que aplicar el remedio dentro del alma: que a nosotros el honor, a los pobres la necesidad, a los ricos la hartura nos haga mejores. O si alguno de los magistrados promete tanta actividad y severidad que se siente capaz de salir al paso del problema, yo lo alabo y reconozco que me libera de una parte de mis fatigas. Pero si lo que quieren es acusar los vicios y 6
luego, cuando el asunto les ha proporcionado la gloria, dejan abiertos los enconos para pasármelos a mí, creedme, senadores, que tampoco yo estoy ansioso de resentimientos; y si por el bien del estado los afronto graves y muchas veces injustos, tengo derecho a rechazar los vanos y sin fundamento y que ni a mí ni a vosotros reportan beneficio alguno.»

55. Tras oírse la carta del César se remitió el asunto a los ediles[381]. El lujo en la mesa, que desde la batalla de Accio hasta la guerra en que Servio

---

380 Como es sabido, la mayoría del cereal que por esta época sostenía a Italia llegaba por mar de las provincias, especialmente del Oriente y de Africa.

381 A ellos estaba encomendado el control de precios y gastos.

Galba[382] se hizo con el poder se cultivó por cien años con profusión de gastos, pasó de moda poco a poco.
2 Me interesa investigar las causas del cambio. Antaño las familias ricas de la nobleza y las que descollaban por su prestigio se dejaban llevar por el gusto de la magnificencia. En efecto, entonces todavía era lícito cultivar al pueblo, a los aliados, a los reyes, y recibir de ellos un trato recíproco. En la medida en que cada cual brillaba por sus riquezas, su casa y su tren de vida, se hacía más ilustre, ganándose nombre y clien-
3 telas. Después de que vino el ensañamiento de las matanzas y la magnitud de la fama suponía un peligro de muerte, los supervivientes adoptaron una postura más prudente. Al mismo tiempo se multiplicaron las admisiones al senado de hombres nuevos, procedentes de los municipios y colonias e incluso de las provincias, los cuales introdujeron un tono de austeridad doméstica, y aunque por fortuna o por industria los más de ellos alcanzaran una vejez opulenta, perma-
4 necía en ellos el espíritu primitivo. Pero el principal promotor de la austeridad de costumbres fue Vespasiano[383], hombre a la antigua usanza en su atuendo y alimentación. Resultó así más fuerte el respeto por el príncipe y el afán de emularlo que el castigo de la ley
5 o el miedo. O tal vez es que en todas las cosas hay como un ciclo, de manera que al igual que las estaciones, también las costumbres van turnándose; pero no se puede decir que todo fue mejor en la antigüedad, sino que también nuestra edad ha legado a la posteridad muchos ejemplos de moral y talento. ¡Ojalá nos dure esta rivalidad con los mayores por las cosas buenas!

---

[382] Tras la eliminación de Nerón en el 68 d. C.
[383] Emperador del 69 al 79.

56. Tiberio, tras haberse logrado fama de moderación por haber reprimido el asalto de los acusadores, envió una carta al senado en la que pedía para Druso la potestad tribunicia. Tal fue el nombre que encontró 2
Augusto para la cima del poder, por no tomar el título de rey o dictador y destacar, sin embargo, en virtud de alguna denominación particular sobre las demás autoridades[384]. Luego hizo socio de tal poder a Marco Agripa, y muerto él a Tiberio Nerón, para que no hubiera incertidumbre sobre el sucesor. Pensaba que así se ponía coto a las torcidas esperanzas de los otros; además confiaba en la moderación de Nerón[385] y en su propia grandeza. Siguiendo entonces ese ejemplo, 3
Tiberio promovió a Druso al mando supremo, aunque mientras vivió Germánico se había reservado la elección entre los dos. Al principio de la carta rogaba a los dioses que sus designios redundaran en bien de la república, para luego referirse a algunos rasgos del carácter del muchacho, sin falsas exageraciones. Decía 4
que tenía esposa y tres hijos, y la misma edad en la que antaño fuera él llamado por el divino Augusto a hacerse cargo de tal magistratura; que ahora, sin precipitación, antes bien con la experiencia de ocho años, tras haber reprimido sediciones y terminado guerras, triunfador y dos veces cónsul, lo tomaba como partícipe de unos trabajos que ya conocía.

57. Los senadores en su interior habían previsto esta petición, y por ello la adulación fue más rebuscada. Pero no se les ocurrió más que decretar efigies de los príncipes, altares a los dioses, templos y arcos y otras cosas acostumbradas; bien es verdad que Marco

384 Véase nota 41.
385 Tiberio.

Silano trató de honrar a los príncipes humillando al consulado, y propuso que en los monumentos públicos y privados, para memoria de los tiempos, se escribieran no los nombres de los cónsules, sino los de
2 quienes desempeñaban la potestad tribunicia. Pero cuando ya Quinto Haterio propuso que los decretos del senado de aquel día se grabaran en letras de oro en la curia, se puso en ridículo, y aquel anciano no sacaría de su repugnante adulación más que infamia.

58. También entonces se prorrogó a Junio Bleso el mando de Africa, y Servio Maluginense, flamen de Júpiter, pidió que se la adjudicara el de Asia, sin dejar de repetir que carecía de fundamento lo que solía decirse de que a los flámenes de Júpiter les estaba vedado salir de Italia, y que su derecho era igual al de los flámenes de Marte y de Quirino; si a éstos se les habían dado provincias, ¿por qué iba a estar prohibido a los de Júpiter? No había sobre este punto plebiscito alguno ni se encontraba nada en los libros ceremo-
2 niales —alegaba—; muchas veces los pontífices habían realizado los ritos de Júpiter, en caso de que el flamen se viera impedido por enfermedad o por un menester público. Durante setenta y cinco años [386], después del asesinato de Cornelio Mérula, nadie había sido nombrado para sustituirlo, y no por ello habían cesado los cultos; pues bien, si podían pasar tantos años sin que se lo nombrara y sin que resultara perjudicado el culto, ¿cuánto más admisible era la ausencia de un
3 año por razón de un mando proconsular?; había ocurrido antaño, como consecuencia de rivalidades, que por los pontífices máximos se les había prohibido ir a las provincias; pero ahora, por gracia de los dioses, el

386 Parece que el cargo estuvo vacante entre 87 y 11 a. C.

mayor de los pontífices era también el mayor de los hombres, y estaba por encima de la emulación, del odio y de las ambiciones particulares.

59. Como estas palabras motivaron la oposición del áugur Léntulo y de otros senadores en términos diversos, se llegó a la determinación de esperar al parecer del pontífice máximo. Tiberio, posponiendo el 2
dictamen sobre el derecho del flamen, se ocupó de poner cierto límite a las ceremonias motivadas por la potestad tribunicia de Druso; nominalmente censuró lo insólito de la propuesta de las letras de oro, que se oponía a la costumbre patria. Se leyó también una carta de Druso que, aunque se inclinaba a la modestia, fue interpretada como soberbia en alto grado. Se decía que todo había caído tan bajo que un joven, 3
tras haber recibido tan alto honor, ni siquiera se presentaba ante los dioses de Roma y ante el senado, que ni siquiera tomaba los auspicios en el suelo patrio. ¡Era claro —decían—: había guerra o se veía retenido en una tierra lejana, precisamente cuando andaba recorriendo las costas y lagos de Campania! [387]. ¡Así se edu- 4
caba al rector del género humano, eso era lo primero que aprendía de los consejos paternos! Podía tolerarse que un emperador anciano se sintiera molesto por ver a los ciudadanos, y que pretextara las fatigas de la edad y los trabajos ya pasados; pero Druso, ¿qué otro impedimento tenía que no fuera la arrogancia?

60. Por su parte Tiberio, al tiempo que aseguraba para sí la fuerza del principado, aparentaba dar al senado su antigua imagen remitiendo a su discusión peticiones de las provincias. Y era el caso que por las

[387] En seguimiento de Tiberio.

ciudades griegas iba creciendo la licencia de establecer impunemente lugares de asilo. Con ello estaban los templos abarrotados de lo peor de los esclavos; a la misma protección se acogían los endeudados frente a sus acreedores y los sospechosos de delitos capitales, de manera que ningún poder era bastante para reprimir las sediciones de un pueblo que protegía los crímenes de los hombres como si fueran cultos de los
2 dioses. En consecuencia, se estableció que las ciudades enviaran sus títulos de derecho y sus legados. Algunas abandonaron por las buenas lo que era producto de una práctica abusiva; muchas se confiaban en antiguas supersticiones o en sus méritos respecto
3 al pueblo romano. Hermoso día fue aquel en que el senado examinó los beneficios de los antepasados, los tratados con los aliados, incluso los decretos de los reyes que habían tenido poder antes de la llegada del poder romano, y los mismos cultos de los dioses, y todo ello —como antaño— con la libertad de confirmar o alterar.

61. Comparecieron en primer lugar los de Éfeso alegando que Diana y Apolo no habían nacido, como creía el vulgo, en Delo; que había en su tierra un río, el Cencreo, y un bosque sagrado, el Ortigia[388], donde Latona, llegada al término de su embarazo y apoyada en un olivo que todavía se conservaba, había dado a luz a aquellos dioses; que por admonición divina se había declarado sagrado el bosque, y que allí el mismo Apolo se había refugiado, tras dar muerte a
2 los cíclopes, para evitar la ira de Júpiter[389]. Que más

[388] Ortigia era otro de los nombres de Delo.

[389] Apolo mató a los Cíclopes para vengar a su hijo Asclepio, muerto por el rayo de Zeus que los Cíclopes fabricaran.

tarde el padre Líber[390], vencedor en la guerra, había perdonado a las Amazonas que habían ocupado suplicantes el altar. Que la santidad del templo se había 3
visto aumentada luego por concesión de Hércules cuando señoreaba Lidia; que con la dominación persa no se habían menguado sus prerrogativas, y que las habían mantenido después los macedonios y, al cabo, nosotros.

62. Tras ellos, los de Magnesia se apoyaban en lo establecido por Lucio Escipión y Lucio Sila; pues, tras vencer aquél a Antíoco y éste a Mitrídates[391], habían honrado la fidelidad y valor de los magnesios disponiendo que el asilo de Diana Leucofrina fuera inviolable. Luego presentaron los de Afrodisíade[392] y los de 2
Estratonicea[393] un decreto del dictador César a cuenta de antiguos servicios a su partido, y uno reciente del divino Augusto, donde se los alababa porque habían soportado la invasión de los partos sin cambiar para nada su lealtad al pueblo romano; la ciudad de los afrodisienses mantenía un culto de Venus, y la de los estratonicenses de Júpiter y de Trivia[394]. Los de Hie- 3
rocesarea[395] hicieron su exposición remontándose más atrás: alegaron que había en su tierra una Diana persa, con un templo dedicado por el rey Ciro; recordaron luego el nombre de Perpenna[396], el de Isáu-

---

[390] Baco.

[391] Años 190 y 88. Se trata de la Magnesia más meridional, junto al río Meandro.

[392] En Caria, al E. de Magnesia.

[393] En Caria.

[394] Hécate, diosa de las actividades mágicas.

[395] En Lidia.

[396] En el 129 a. C. Perpenna —cónsul en 130— venció a Aristónico, que se oponía a la conversión del reino de Pérgamo en provincia romana.

rico[397] y el de otros muchos generales que habían reconocido no sólo la santidad del templo, sino también
4 la de su recinto en un radio de dos millas. Luego hablaron los de Chipre de los templos que habían levantado Aerias a Venus Pafia —el más antiguo—, luego su hijo Amato a Venus Amatusia, y Teucro[398], hijo de Telamón, que iba huyendo de la ira paterna, a Júpiter Salaminio.

63. Se escuchó también a las delegaciones de las otras ciudades. Cansados los senadores a causa de su gran número, y como se suscitaban actitudes encontradas, delegaron en los cónsules el cometido de examinar los derechos y, si había alguna ilegalidad, remi-
2 tir nuevamente todo el asunto al senado. Los cónsules, aparte de las ciudades a las que ya me he referido, informaron de la constatación de un asilo en el templo de Esculapio en Pérgamo[399], y de que los demás se apoyaban en fundamentos obscuros a causa de su
3 antigüedad. Así, por ejemplo, los de Esmirna[400] apelaban a un oráculo de Apolo, obedeciendo a cuyas órdenes habrían dedicado el templo de Venus Estratonícide, y los de Teno[401] a una respuesta versificada del mismo dios por la que se les habría ordenado consagrar la efigie y templo de Neptuno. Los alegatos de

---

397 Publio Servilio Isáurico, cónsul en el 48 y procónsul de Asia en el 46.

398 El héroe homérico Teucro, a su regreso de Troya, fue desterrado por su padre de la Salamina ática, por lo que llegó a Chipre, donde fundó la Salamina de aquella isla.

399 Gran ciudad helenística de Misia, junto al río Caico; la ciudad y su reino habían pasado a Roma en 133 por disposición testamentaria de Átalo III, su último rey; véase nota 396.

400 Actual Izmir, ciudad jonia de la costa lidia de Asia Menor.

401 Isla de las Cíclades.

los de Sardes[402] se remontaban a época más cercana: disfrutaban de un don de Alejandro vencedor; de manera similar los de Mileto[403] invocaban al rey Darío. Unos y otros rendían culto a Diana o Apolo. Reclamaban también los de Creta a cuento de una estatua del divino Augusto. Al fin se elaboraron decretos del 4
senado en los que, aun usando de gran deferencia, se imponían unos límites; se ordenó que las disposiciones fueran grabadas en bronce y fijadas sobre los propios templos para consagrar su memoria, y que bajo la apariencia de religión no pararan en concesiones inadmisibles.

64. Por la misma época un agravamiento del estado de salud de Julia Augusta obligó al príncipe a volver apresuradamente a Roma, ya fuera que existiera todavía una sincera concordia entre madre e hijo, ya que sus odios se mantuvieran ocultos. Pues 2
no mucho antes, cuando Julia dedicara la estatua del divino Augusto no lejos del teatro de Marcelo, había puesto el nombre de Tiberio detrás del suyo, y se creía que él lo había tomado como una vejación a la majestad del príncipe y que se lo había guardado con vivo y disimulado resentimiento. Sin embargo, en esta oca- 3
sión el senado decretó súplicas a los dioses y grandes juegos, que quedarían a cargo de pontífices, áugures y quindecínviros, juntamente con los septénviros y con los cofrades augustales. Había propuesto Lucio 4
Apronio que también los feciales[404] presidieran estos juegos. Se opuso el César distinguiendo los derechos

402* Capital de Lidia, sobre el río Hermo.

403 Ciudad jonia de la costa de Caria.

404 Se trata de diversos colegios de sacerdotes. Los feciales tenían como misión exclusiva los ritos de declarar la guerra y la paz.

de los sacerdotes y aduciendo precedentes, pues nunca los feciales habían tenido tan alta prerrogativa. A los augustales se los añadía —alegó— porque era un sacerdocio unido a la casa por la que se cumplían los votos.

65. Tengo decidido no recoger más que las propuestas insignes por su honestidad o notables por su ignominia, lo cual estimo el cometido fundamental del analista, de manera que no queden en silencio los ejemplos de virtud, y para que el miedo a la infamia en la posteridad reprima las palabras y acciones per-
2 versas. Por lo demás, la época que estoy tratando estaba tan contaminada por la adulación rastrera que no sólo los prohombres de la ciudad, que se veían obligados a proteger su propio brillo con el servilismo, sino todos los consulares, gran parte de los que habían ocupado la pretura e incluso muchos senadores de a pie[405], rivalizaban en levantarse para proponer
3 bajezas y desafueros. Se cuenta que Tiberio, cada vez que salía de la curia, solía exclamar en griego algo así como: «¡Oh gente dispuesta a la esclavitud!»; es decir, que incluso a aquel que no quería la libertad pública le repugnaba aquel rastrero y servil conformismo.

66. Luego se fue pasando poco a poco del deshonor a la crueldad. Sobre Gayo Silano[406], procónsul de Asia acusado de concusión por nuestros aliados, se lanzaron a una el ex cónsul Mamerco Escauro, el pretor

---

[405] Preferimos esta traducción literal de la expresión *senatores pedarii*, sobre cuya denominación y estatuto discute largamente Aulo Gelio en *Noches Aticas* III 18. Parece que se trataba de aquellos que no habían desempeñado la edilidad, y que tenían voto pero no voz.

[406] Cónsul en 10 d. C., había sido procónsul en el 20.

Junio Otón y el edil Brutedio Nigro, acusándolo de haber profanado la santidad de Augusto y despreciado la majestad de Tiberio. Mamerco esgrimía antiguos precedentes: las acusaciones de Escipión Africano contra Lucio Cotta, la de Catón el Censor contra Servio Galba y la de Marco Escauro contra Publio Rutilio[407]. ¡Como si asumieran tales venganzas Escipión 2
Africano y Catón, o aquel Escauro bisabuelo suyo, a quien Mamerco, vergüenza de sus mayores, deshonraba con su acción infame! Junio Otón había desempeñado 3
antiguamente el oficio de maestro de escuela; promovido luego a senador por el poder de Sejano, se dedicaba a mancillar sus ya oscuros orígenes con su desvergonzada osadía. A Brutedio, abundante en bue- 4
nas cualidades y que hubiera llegado a las cimas más brillantes de haber seguido el recto camino, lo azuzaba una precipitación que lo empujaba a superar a sus iguales, luego a sus superiores y al fin a sus propias esperanzas; esto es algo que ha arrastrado a la perdición incluso a muchos hombres honrados, que despreciando el progreso lento y seguro, se precipitan aunque ello les suponga la ruina.

67. Aumentaron el número de los acusadores Gelio Publícola y Marco Paconio, aquél cuestor y éste legado de Silano. No había duda de que Silano se había hecho culpable de crueldad y de captación de dinero; pero se acumulaban otras muchas circunstancias peli- 2
grosas incluso para personas inocentes. En efecto, aparte de tantos senadores adversos, tenía que responder él solo a los oradores más elocuentes de toda el Asia escogidos por tal razón para acusarlo, siendo

[407] Se refiere a sucesos de los años 130, 149 y 116 a. C. La acusación contra Galba se basaba en sus famosos desafueros contra los lusitanos.

como era ignorante de la retórica y temiendo por su propia vida, lo cual debilita incluso la elocuencia ejercitada; además Tiberio no se abstenía de agobiarlo con la voz y con la mirada, interrogándolo continuamente sin que le fuera dado refutarlo o eludirlo; incluso a veces se sentía obligado a confesar para no
3 hacer vana la pregunta. También los esclavos de Silano habían sido entregados en venta a un agente público a fin de que pudiera interrogárselos en el tormento[408]; y para que ninguno de sus allegados pudiera socorrerlo en su peligro, se le añadían acusaciones de majestad, cadena que imponía la necesidad de callar.
4 Así, pues, tras solicitar un aplazamiento de pocos días, abandonó su defensa, atreviéndose a dirigir al César un memorial en el que mezclaba los reproches y las súplicas.

68. Tiberio, a fin de que lo que preparaba contra Silano se aceptara más fácilmente con un precedente, ordena que se lea el memorial del divino Augusto acerca de Voleso Mesala, también procónsul de Asia, y el decreto del senado que se había pronunciado contra
2 él. Entonces pregunta su parecer a Lucio Pisón, quien, tras muchas consideraciones previas sobre la clemencia del príncipe, propuso que a Silano se lo condenara a interdicción del agua y del fuego y se lo relegara a la isla de Gíaro[409]. Lo mismo los demás, salvo que Gneo Léntulo consideró conveniente que se separaran los bienes heredados por Silano de su madre —pues

---

408 Argucia dirigida a eludir la ley que prohibía el interrogatorio de los siervos en procesos contra su señor; véase II 30.

409 Pisón había sido cónsul en 15 a. C. La isla de Gíaro —actual Yaros— pertenece a las Cíclades; véase IV 30.

era hijo de Acia[410]— y se entregaran a su hijo, a lo cual accedió Tiberio.

69. Pero Cornelio Dolabela, llevando más lejos la adulación, tras increpar las costumbres de Gayo Silano, añadió la propuesta de que ningún hombre de vida inmoral o manchado de infamia entrara en el sorteo de las provincias, y que fuera el príncipe el encargado de juzgarlo. Decía que los delitos estaban castigados por las leyes; pero ¿cuánto más suave para ellos mismos y mejor para los aliados sería el que se proveyera de antemano a que no hubiera infracciones? A ello se 2
opuso el César declarando que él, ciertamente, no desconocía lo que se contaba de Silano, pero que no se iba a tomar una resolución basándose en un rumor, y que en cambio muchos se habían comportado en las provincias de modo bien distinto a las esperanzas o temores que sobre ellos se tenían; que unos se veían empujados a mejorar por la importancia de su posición, y que otros degeneraban. Decía que tampoco 3
el príncipe podía abarcar todo con su ciencia, y que no convenía que se dejara llevar por la intriga ajena; que por una razón las leyes se establecían frente a los hechos: porque el futuro es cosa incierta. Tal había sido —afirmaba— la decisión de los mayores: que si había previamente un delito, lo siguiera la pena. Les aconsejaba no alterar disposiciones tan sabias y que siempre habían parecido oportunas. Bastantes cargas 4
tenían sobre sí los príncipes, y bastante poder también; se menguarían los derechos aumentando los poderes, y no había por qué usar de la autoridad cuando se podía actuar con las leyes. Por cuanto eran especial- 5

410 Nombre dudoso; hemos recogido el *Atia* de KOESTERMANN, frente al *Appia* de WUILLEUMIER y otros.

mente raros en Tiberio los gestos que pudieran ganarle popularidad, con tanta más satisfacción fueron acogidas sus palabras. Y él, que sabía adoptar una actitud de moderación cuando no lo empujaba el rencor, añadió que la isla de Gíaro era inhóspita y despoblada, y les rogó que concedieran a la familia Junia y a aquel hombre que en otro tiempo había pertenecido al mismo rango que ellos el que fuera Citno[411] su lugar de rele-
6 gación; añadió que ésa era también la petición de Torcuata, la hermana de Silano, virgen vestal de una santidad a la antigua. Hubo una adhesión masiva a esta propuesta.

70. Luego se escuchó a los de Cirene, y acusado por Ancario Prisco fue condenado por concusión Cesio Cordo. Se pretendía procesar por majestad al caballero romano Lucio Ennio, porque había convertido una estatua de Augusto en utensilios de plata de uso corriente. Tiberio se opuso a que la acusación fuera admitida, con visibles muestras de oposición por parte de Ateyo Capitón, como si hiciera un gesto de liber-
2 tad. Alegaba éste que no se debía arrebatar a los senadores el poder de tomar decisiones y que un tal desafuero no debía quedar impune. Sí quería que se mostrara Tiberio blando en su propio resentimiento —decía—, pero que no fuera generoso en agravios a
3 la república. Entendió Tiberio estas palabras más como eran que como se decían, y persistió en su veto. La infamia de Capitón era más notable si se considera que, siendo un conocedor del derecho civil y religioso, había mancillado su egregia posición pública y sus buenas cualidades particulares.

---

411 Otra de las Cíclades, de mayor extensión y habitada, al SO. de Gíaro.

71. Se planteó después el problema religioso de en qué templo debía colocarse la ofrenda que por la salud de Augusta habían hecho los caballeros romanos a la Fortuna Ecuestre; pues si bien había en la Ciudad muchos templos de la diosa, ninguno tenía tal advocación. Se averiguó que había en Anzio[412] un santuario que llevaba ese nombre, y que todos los cultos, templos e imágenes de los dioses de las ciudades de Italia estaban bajo el derecho y la autoridad de Roma. En consecuencia, se coloca la ofrenda en Anzio. Y 2
puesto que se trataba de cuestiones religiosas, el César dio a la luz su respuesta, antes aplazada, y en términos adversos, acerca del flamen de Júpiter Servio Maluginense[413], y leyó un decreto de los pontífices en el sentido de que cuantas veces el flamen de Júpiter cayera enfermo, pudiera estar ausente más de dos noches a disposición del pontífice máximo, con tal que no fuera en días de sacrificio público ni más de dos veces en el año; estas disposiciones tomadas bajo el principado de Augusto mostraban bien a las claras que no se concedía a los flámenes de Júpiter la ausencia de un año ni la administración de provincias. Se recordaba también el caso del pontífice má- 3
ximo Lucio Metelo, que había retenido en Roma al flamen Aulo Postumio. En consecuencia, la adjudicación de Asia recayó sobre el ex cónsul que seguía en el orden a Maluginense.

72. Por los mismos días solicitó Lépido autorización del senado para restaurar y ornamentar a sus propias expensas la basílica de Paulo, monumento de

---

412 Ciudad de la costa del Lacio.

413 Véanse 58 y sig.

los Emilios[414]. En efecto, todavía eran acostumbrados los gestos de munificencia pública, y tampoco Augusto había impedido a Tauro, Filipo y Balbo consagrar los despojos de sus victorias o el exceso de sus fortunas al ornato de la Ciudad y a la gloria de la posteridad[415]. Siguiendo entonces ese ejemplo Lépido, aunque su patrimonio era modesto, restauró la gloria de sus ante-
2 pasados. Por su parte el César prometió reconstruir el teatro de Pompeyo que había sido devorado por un incendio fortuito, en razón de que nadie de la familia estaba en capacidad de rehacerlo, si bien el nombre
3 de Pompeyo se conservaba. También colmó de alabanzas a Sejano alegando que gracias a su esfuerzo y vigilancia un desastre tan violento se había limitado a un solo edificio; los senadores decretaron la erección de una estatua de Sejano en el teatro de Pompeyo.
4 No mucho después el César, al encumbrar al procónsul de Africa Junio Bleso con los honores del triunfo, declaró que lo hacía en consideración a Sejano, de quien aquél era tío; y sin embargo la actuación de Bleso fue bien digna de tal honor.

73. En efecto, Tacfarinate, aunque repetidamente desbaratado, había rehecho sus fuerzas en las regiones interiores del Africa, llegando a tal grado de arrogancia que envió legados a Tiberio pidiendo un asentamiento para él y su ejército, y amenazando en caso contrario
2 con una guerra interminable. Cuentan que el César nunca se dolió más de una afrenta a él y al pueblo romano que en esta ocasión, en la que un desertor y bandolero actuaba a la manera de un enemigo. Ni si-

---

414 Todavía se conservan en el Foro Romano los restos de la Basílica Emilia.

415 Sobre tales personajes y construcciones puede verse Suetonio, *Augusto* 29.

quiera a Espártaco, que tras derrotar a tantos ejércitos consulares ponía fuego impunemente a Italia, y a pesar de que el estado se hallaba resquebrajado por las tremendas guerras de Sertorio y Mitrídates[416], se le había concedido un armisticio pactado; ¡cuánto menos se iba a comprar con la paz y la concesión de tierras a aquel bandolero de Tacfarinate en un momento del máximo esplendor romano! El caso es que 3
encargó a Bleso que a los demás tratara de atraerlos a la deposición de las armas a cambio del perdón, y que de la persona del jefe se apoderara del modo que fuera. Esta oferta de amistad fue aceptada por muchos. Luego se hizo la guerra contra las astucias de Tacfarinate empleando las mismas armas.

74. En efecto, como la fuerza de su ejército era inferior a la nuestra pero mejor para asaltos por sorpresa, y atacaba con varias bandas eludiendo el encuentro para luego tender nuevas emboscadas, se dispusieron tres rutas de ataque y otras tantas columnas.
Al frente de una estaba el legado Cornelio Escipión, 2
en la parte en que se producían correrías contra Leptis[417] y donde estaban los lugares de retirada hacia los garamantes[418]; por el otro lado, a fin de que los poblados de los cirtenses no se vieran expuestos a impune saqueo, condujo su propia tropa el hijo de Bleso; por la zona central, marchando con tropas escogidas, el general en jefe iba estableciendo fuertes y reductos en los lugares idóneos, y había convertido toda la región

416 Espártaco acaudilló en el 73 la rebelión de los esclavos de Italia; Sertorio se hizo fuerte en España en los años 72-82; Mitrídates, rey del Ponto, combatió a Roma entre los años 88 y 64.

417 *Leptis Minor*, actual Lamta.

418 Pueblo del Fezzan.

en lugar incómodo y adverso para el enemigo, dado que tirara hacia donde tirara, se encontraba de frente, de costado y a veces a las espaldas a una parte del ejército romano. De ese modo fueron muertos o ro-
3 deados muchos. Entonces subdividió las tres columnas de su ejército en destacamentos diversos, al mando de centuriones de valía probada. Y, rompiendo con la costumbre, no retiró sus tropas al pasar el verano para concentrarlas en los campamentos de invierno de la antigua provincia[419]; antes bien, estableció fortines sobre el que, por decirlo así, era el umbral de la guerra[420], y por medio de tropas ligeras y conocedoras de aquellas soledades hostigaba a Tacfarinate, que iba moviendo sus tiendas; hasta que, tras haber capturado a su hermano, regresó, aunque con más prisa de la que convenía a nuestros aliados, dado que dejaba
4 atrás gentes capaces de resucitar la guerra. Pero Tiberio, dándola por terminada, concedió también a Bleso que fuera saludado por las legiones como *imperator*, antiguo honor reservado a los generales en jefe que, tras haber cumplido con éxito su misión, eran aclamados por el gozo y el ímpetu del ejército vencedor; había al mismo tiempo varios *imperatores*, que no estaban por encima de la general igualdad. También Augusto concedió a algunos ese título, y Tiberio lo dio entonces a Bleso por última vez.

---

419 Se refiere al Africa proconsular, formada en 146 tras la destrucción de Cartago.

420 Se discute la interpretación de *ut in limine belli*, que aunque sólo admite una traducción literal —«como en el umbral de la guerra»—, es entendido por KOESTERMANN como una comparación de sentido temporal («como si la guerra estuviera todavía en los principios»); hemos optado por la interpretación «geográfica», con WUILLEUMIER, por parecernos que Tácito alude a la disposición local de los fuertes.

75. Fallecieron aquel año[421] dos varones notables, Asinio Salonino, ilustre por sus abuelos Marco Agripa y Asinio Polión, así como por su hermano Druso[422], y que había estado destinado a casarse con una nieta del César, y Ateyo Capitón, de quien ya he hablado[423], el cual había conseguido un lugar preeminente en el estado por sus estudios jurídicos, pero tenía por abuelo a un centurión de Sila y por padre a un ex pretor. Augusto había acelerado su promoción al consulado, a fin de que antecediera por la dignidad de tal magistratura a Labeón Antistio, que sobresalía en los mismos estudios. Y es que aquella generación produjo a la 2
vez estas dos lumbreras de la paz; ahora bien, Labeón mantuvo incorrupto su espíritu de libertad, y por ello fue más popular, en tanto que el servilismo de Capitón resultaba más grato a los que mandaban. El primero, que se quedó en la pretura, se ganó popularidad por este agravio; al segundo el alcanzar el consulado le valió un odio provocado por la envidia.

76. También Junia, sobrina de Catón, esposa de Gayo Casio y hermana de Marco Bruto[424], terminó su vida entonces, a los sesenta y cuatro años de la batalla de Filipos[425]. Su testamento dio lugar a muchos comentarios, porque siendo enormemente rica y tras haber nombrado con honor a casi todos los prohombres de Roma, omitió al César. Tiberio lo tomó liberalmente 2

421 22 d. C.

422 Salonino era hijo de Asinio Galo y de Vipsania, la hija de Agripa, antes casada con Tiberio y de la que tuvo a Druso, que era, pues, medio hermano de Salonino. Estaba destinado a casarse con una de las hijas de Germánico.

423 Véase especialmente el cap. 70.

424 Se refiere a los Bruto y Casio que mataron a Julio César.

425 En ella perecieron Bruto y Casio el 23 de octubre del 42 a. C.

y no impidió que su funeral se solemnizara con un elogio ante los Rostros y demás ceremonias. Marchaban delante las imágenes de veinte ilustres familias: Manlios, Quincios y otros nombres de similar nobleza. Pero brillaban sobre todos Casio y Bruto precisamente porque sus imágenes no estaban a la vista.

LIBRO IV

SINOPSIS

Año 23 d. C. (caps. 1-16)
Año 24 d. C. (caps. 17-33)
Año 25 d. C. (caps. 34-45)
Año 26 d. C. (caps. 46-61)
Año 27 d. C. (caps. 62-67)
Año 28 d. C. (caps. 68-75)

CAPÍTULOS:

1-3. Encumbramiento de Sejano.
4-6. Situación del Imperio.
7-12. Intrigas de Sejano. Muerte de Druso.
13-16. Asuntos de las provincias y del interior en el año 23.
17-22. Asuntos del interior en el año 24.
23-26. Final de la guerra de Africa.
27. Revuelta de esclavos en Italia.
28-33. Asuntos del interior en el año 24. Procesos. Pesimismo de Tácito sobre su tarea de historiador.
34-35. Proceso del historiador Cremucio Cordo.
36-38. Asuntos provinciales.

LIBRO IV

1. El año del consulado de Gayo Asinio y Gayo Antistio[426] hacía ya nueve que Tiberio gobernaba el estado en orden, con su casa floreciente —pues la muerte de Germánico la contaba entre las prosperidades—, cuando de repente la fortuna empezó a desbaratarlo todo, y él a dejarse llevar por la saña o a prestar su fuerza a quienes con saña obraban. La causa y principio fue Elio Sejano, prefecto de las cohortes pretorianas, a cuyo poder ya aludí más arriba; ahora contaré de su origen y carácter, y de los medios tortuosos por los que se lanzó a la conquista de un
auténtico poder absoluto. Nacido en Bolsena e hijo 2
del caballero romano Seyo Estrabón, perteneció en su primera juventud al círculo de Gayo César, nieto del divino Augusto, sin que faltara el rumor de que había vendido torpes favores a Apicio, un rico derrochador. Más adelante sedujo con artes varias a Tiberio, de manera que logró para sí solo la abierta confianza de aquel que tan sombrío resultaba para los demás; y no tanto por habilidad —pues acabó vencido por las mismas artes— cuanto por ira de los dioses contra el estado romano, al que tanta calamidad reportó su
poder como su caída. Tenía un cuerpo resistente a 3

426 Comienza la narración del año 23 d. C.

las fatigas y un espíritu audaz; hábil para ocultarse a sí mismo, y también para acusar a los otros; la misma medida para la adulación y la soberbia; al exterior un afectado recato, por dentro la ambición del máximo poder, y para lograrlo usaba unas veces de la prodigalidad y el fasto, y más a menudo de la industria y la vigilancia, no menos dañinas cuando se fingen por apetencia de reinar.

2. Dilató el poder de la prefectura[427], hasta entonces reducido, reuniendo en un solo acuartelamiento[428] las cohortes dispersas por la Ciudad, de manera que recibieran a un tiempo las órdenes, se llenaran de confianza en sí mismas al contemplar su propio número y fuerza, y causaran miedo a los demás. Pretextaba que los soldados desperdigados se daban al relajamiento; que si surgía una situación de urgencia podrían prestar todos unidos una ayuda mayor, y que actuarían con mayor disciplina si se establecía su acuartelamiento lejos de las seducciones de la Ciudad.
2 Cuando estuvo terminado el cuartel, empezó poco a poco a insinuarse en los ánimos de los soldados, abordándolos y llamándolos por su nombre; al mismo tiempo se reservaba la selección de los centuriones y tri-
3 bunos. Tampoco se abstenía de intrigas en el senado para premiar a sus clientes con honores y gobiernos, ante la mejor disposición de Tiberio, tan de su parte que no sólo lo celebraba como compañero de fatigas en sus conversaciones, sino también en presencia del senado y el pueblo, y permitía que efigies suyas recibieran honores por teatros y foros y en los puestos de mando de las legiones.

---

[427] La prefectura del pretorio, comandancia militar de Roma.

[428] Se trata de los *Castra Praetoria* en el Viminal, perfectamente reconocibles hoy.

3. Por lo demás, la casa de Tiberio llena de Césares, su hijo joven y sus nietos ya crecidos suponían un obstáculo para las ambiciones de Sejano; y como el quitarse de en medio a tanta gente por la fuerza parecía poco seguro, la doblez exigía un cierto intervalo entre los crímenes. Consideró oportuno, sin em- 2
bargo, empezar por un camino más oculto y precisamente por Druso, contra el cual albergaba un resentimiento reciente. Pues Druso, no soportando a aquel rival y siendo de carácter impulsivo, en ocasión de una discusión fortuita había puesto sus manos sobre Sejano y, al tratar éste de responderle, lo había abofeteado. Así, pues, decidido a todo, le pareció lo 3
más viable volverse hacia Livia, esposa de aquél y hermana de Germánico, la cual, poco agraciada en sus primeros años, llegó luego a destacar por su belleza. Fingiéndose enamorado de ella la arrastró al adulterio, y después que la señoreó con el primer delito —pues una mujer que pierde su pudor ya no es capaz de negar nada—, empezó a azuzarla a la esperanza de matrimonio, al reino compartido y al asesinato del marido. Y ella[429], que era nieta de Augusto, nuera de 4
Tiberio y madre de los hijos de Druso, se deshonraba a sí misma y a sus mayores cometiendo adulterio con un hombre salido de un municipio, ansiando un futuro criminal e incierto en lugar del honesto presente. Hicieron cómplice a Eudemo, amigo y médico de Livia, que con el pretexto de su oficio tenía frecuente acceso a su intimidad. Sejano echó de casa a su esposa Api- 5
cata, de la que había engendrado tres hijos, para que no provocara recelos en su amante. Pero lo monstruoso

[429] Livia era hija de Druso el Mayor y Antonia, hermana, por tanto, de Germánico y Claudio, y había estado casada con Gayo César, nieto de Augusto.

del crimen provocaba miedos, retrasos, y de vez en cuando decisiones contradictorias.

4. Entretanto, al inicio del año, tomó la toga viril
Druso, uno de los hijos de Germánico, y se repitieron
las disposiciones del senado en favor de su hermano
Nerón[430]. Añadió el César un discurso con gran ala-
banza de su hijo por haber usado de un cariño de
padre con los hijos de su hermano. Pues, aunque es
difícil que convivan en un mismo lugar el poder y la
concordia, se tenía a Druso como benévolo con aque-
llos muchachos y, desde luego, como no enemigo de
2 ellos. Luego volvió a hablar sobre su vieja y a me-
nudo simulada intención de visitar las provincias. Pre-
textaba el emperador la enorme multitud que había
de veteranos y la necesidad de completar los ejércitos
con levas; pues faltaban soldados voluntarios y, aunque
los hubiera, no se comportaban con el mismo valor y
disciplina, porque la mayor parte de los que espontá-
neamente entraban en la milicia eran indigentes y va-
3 gabundos. Pasó revista rápidamente al número de las
legiones y a las provincias que guarnecían. Creo que
vale la pena referir qué fuerzas armadas tenía enton-
ces Roma, qué reyes aliados y cuánto más restringido
era el imperio[431].

5. A Italia la guarnecían dos flotas, situadas en uno y otro mar, en Miseno[432] y en Ravenna, y la costa más cercana de la Galia la cubrían las naves de guerra capturadas en la victoria de Accio que Augusto había enviado a Frejus con una fuerte dotación de remeros.

---

430 Véase III 29.

431 Recuérdese que Tácito escribe a la distancia de casi un siglo de los acontecimientos que narra.

432 Puerto situado en el extremo NO. de la bahía de Nápoles.

Ahora bien, el grueso de la fuerza estaba junto al Rin, como guarnición común frente a germanos y a galos; eran ocho legiones. Las Hispanias, recientemente sometidas, se guarnecían con tres. Los moros 2
habían sido entregados al rey Juba como don del pueblo romano. El resto de África estaba controlado por dos legiones, y por igual número el Egipto; a partir de ahí, desde el comienzo de Siria y hasta el río Éufrates, todo el territorio abarcado por el inmenso golfo[433] lo dominaban cuatro legiones, siendo fronteros los reyes de los hiberos, albanos y otros que se protegen bajo nuestra grandeza contra los imperios extranjeros[434]. La Tracia la tenían Remetalces y los 3
hijos de Cotis, y la ribera del Danubio dos legiones en Panonia y dos en Mesia, y otras tantas estaban situadas en Dalmacia; la posición de la región las colocaba a espaldas de aquéllas, y no estaban lejos para hacerlas venir en caso de que Italia requiriera una ayuda urgente. Cierto es que custodiaban a Roma sus soldados propios, tres cohortes urbanas y diez pretorianas, en general reclutadas en Etruria y en la Umbría o en el viejo Lacio y en las colonias romanas antiguas. Ade- 4
más, en las provincias que así lo requerían se habían situado trirremes de los aliados, y caballería y cohortes auxiliares, fuerzas no mucho menos poderosas que

433 Pasaje de interpretación discutida. Entendemos que en la expresión *quantum ingenti terrarum sinu ambitur, terrarum* —en disposición cruzada— es genitivo partitivo determinando a *quantum*, y que *ingenti sinu* hace referencia a toda la costa que cierra el Mediterráneo por el Oriente; Siria está tomado, pues, en el sentido amplio de la provincia romana que limitaba con Egipto.

434 Clara referencia a los partos; los albanos e hiberos habitaban el S. del Cáucaso; los otros reyes a que se alude pueden ser, según Koestermann, los de Armenia, Ponto y Cilicia.

las otras; pero el descender a detalles resulta difícil, porque con el tiempo pasaron de una parte a otra, aumentó su número y en ocasiones fueron disminuídas.

6. Me parece también conveniente pasar revista a los otros sectores del estado y a los modos en que hasta aquella fecha se desenvolvieron, dado que aquel año supuso el inicio de un cambio hacia peor del princi-
2 pado de Tiberio. En primer lugar, los negocios públicos y los más importantes de los privados se trataban en el senado; se permitía a los más notables el debate, y el propio Tiberio ponía coto a quienes se dejaban arrastrar a la adulación. Confería los cargos atendiendo a la nobleza de los mayores, a los méritos militares y a las virtudes civiles notorias, de manera que quedara bastante claro que no había otros con más méritos. Los cónsules conservaban su apariencia, así como los pretores; también se ejercía la autoridad de las magistraturas menores, y las leyes, si no se consi-
3 dera la de majestad, tuvieron un buen uso. En cambio, de las contribuciones en trigo, de los impuestos indirectos y de las demás rentas públicas se encargaban las sociedades de caballeros romanos. Sus propios bienes el César los confiaba a los mejor considerados, pero también a hombres desconocidos de buena reputación, y una vez elegidos los retenía por tiempo ilimitado, de manera que muchos envejecían en los
4 mismos cometidos. Cierto que el pueblo estaba agobiado por la carestía del grano, pero ninguna culpa tenía de ello el príncipe; es más, trató de atajar la infecundidad de las tierras y la aspereza del mar con cuantos gastos y diligencias pudo. Que no se perturbara a las provincias con nuevas cargas y que sobrellevaran las antiguas sin la avaricia ni la crueldad de los magistrados, era una de sus preocupaciones; no

existían los castigos corporales ni las confiscaciones de bienes. Eran escasas en Italia las tierras del César, módico el número de sus esclavos y su casa se reducía a unos pocos libertos; y si alguna vez tenía un litigio con particulares, acudía a los tribunales y al derecho.

7. Todo este proceder lo mantenía no con un tono amable, antes bien con un aire hosco y las más de las veces haciéndose temer, hasta que la muerte de Druso hizo cambiar todo; en efecto, mientras vivió permanecieron tales principios, porque estando todavía en sus comienzos el poder de Sejano, quería hacerse notar por la bondad de sus consejos, y temía la venganza de Druso, que no le ocultaba su odio, antes bien se quejaba repetidamente de que Tiberio, teniendo un hijo vivo, llamara a otro como ayudante en el imperio.
¿Cuánto faltaba para que lo nombrara colega? Adver- 2
tía que las esperanzas de dominación van al principio cuesta arriba, pero que tras arrancar no faltan apoyos y servidores; que ya se había construido el acuartelamiento a gusto del prefecto y que se le habían puesto en la mano los soldados; que podía verse su estatua en los monumentos de Gneo Pompeyo[435], y que iba a tener nietos comunes con la familia de los Drusos[436]; que después de esto había que rogarle moderación
para que se diera por satisfecho. Estos reproches los 3
lanzaba a menudo y ante no pocos testigos, y además sus secretos eran traicionados por su corrompida esposa.

8. En consecuencia Sejano, estimando que había que apresurarse, escogió un veneno que actuando lenta-

[435] Se refiere al teatro de Pompeyo.

[436] Alusión al proyectado matrimonio de la hija de Sejano con el prematuramente muerto hijo de Claudio; véase III 29.

mente simulara una enfermedad natural. Le fue administrado a Druso por medio del eunuco Ligdo, según
2 se supo ocho años después[437]. Por lo demás Tiberio, durante todo el tiempo de la enfermedad de Druso, ya porque no temiera nada, ya por mostrar firmeza de ánimo, e incluso cuando ya había muerto y aún no había sido sepultado, no dejó de acudir al senado. Como los cónsules se sentaran en escaños ordinarios[438] en señal de duelo, les recordó su dignidad y su lugar; y cuando el senado estalló en lágrimas se impuso al llanto y levantó los ánimos sin interrumpir
3 su discurso. Les dijo que no ignoraba que se le podría echar en cara el que en un dolor tan reciente se presentara a la vista del senado, pues apenas toleran la conversación con sus allegados, apenas la contemplación del día la mayor parte de los que están de duelo; que tampoco iba a condenarlos a ellos por debilidad, pero que él había buscado un solaz más valeroso abrazándose a la república. Se dolió de la avanzada ancianidad de Augusta, de la edad aún prematura de sus nietos y de la suya ya declinante, y pidió que se hiciera entrar a los hijos de Germánico, único consuelo
4 de los males presentes. Salieron los cónsules, y tras dirigir a los muchachos unas palabras de ánimo, los llevaron y los colocaron en presencia del César. Tiberio, tomándolos de la mano, dijo: «Padres conscriptos, cuando estos niños se quedaron sin padre, los entregué a su tío y le rogué, aunque tenía su propia descendencia, que los cuidara como a su propia sangre y los ayudara, y que los hiciera semejantes a sí mismo para
5 bien de la posteridad. Una vez que nos ha sido arrebatado Druso, a vosotros vuelvo mis ruegos y en pre-

437 En los procesos siguientes a la caída de Sejano en el 31.
438 En lugar de en las sillas curules.

sencia de la patria y de los dioses os emplazo: a estos biznietos de Augusto, nacidos de los más esclarecidos antepasados, acogedlos, guiadlos, cumplid vuestro deber y el mío. Éstos ocuparán, Nerón y Druso, el lugar de vuestros padres. Habéis nacido en tal condición que vuestros bienes y vuestros males trascienden al estado.»

9. Se escucharon estas palabras con gran llanto y luego con augurios de prosperidad; y si hubiera puesto un límite a su discurso, hubiera ya colmado los ánimos de los oyentes de sentimientos de conmiseración y de gloria hacia su persona; sin embargo, se volvió al tema vano y que tantas veces había provocado risas de restituir la república y de que los cónsules u otro cualquiera se hiciera cargo de ella, con lo que quitó toda credibilidad a lo que de sincero y honesto pudiera haber dicho. A la memoria de Druso se decretaron los 2
mismos honores que a la de Germánico, añadidos muchos otros, según suele ser el gusto de la adulación que ya tiene precedentes. El funeral fue especialmente solemne por su cortejo de imágenes, pues podían contemplarse en un largo desfile el origen de la familia Julia, a Eneas y a todos los reyes albanos y a Rómulo, fundador de la Ciudad; luego la nobleza sabina, Atto Clauso[439] y las demás efigies de los Claudios.

10. En la narración de la muerte de Druso he aducido los testimonios recogidos por el mayor número de autores y por los de más fiar; pero no quisiera omitir un rumor que corrió por aquel tiempo, con tal fuerza que aún no se ha desvanecido: que tras 2

[439] La familia Claudia se tenía por sabina en su origen, y consideraba como su fundador a Atta Claudio o Atto Clauso.

corromper a Livia para inducirla al crimen, Sejano había encadenado también el ánimo del eunuco Ligdo con torpes favores, porque a causa de su edad y belleza era muy querido de su amo y ocupaba un puesto preeminente entre sus servidores; que después, cuando ya entre los cómplices estaban establecidos el lugar y el tiempo del envenenamiento, llegó a tal grado de audacia que dio la vuelta a las cosas, y que acusando de manera anónima a Druso de pretender envenenar a su padre, advirtió a Tiberio que evitara la primera copa que le ofreciera cuando comiera en casa de su
3 hijo. Se decía que el viejo había caído en el engaño, y que habiendo tomado lugar en la mesa había pasado a Druso la copa que recibiera, y que al bebérsela aquél en su ignorancia y de un trago, como era propio de un joven, aumentó las sospechas de Tiberio, como si por miedo y vergüenza tomara para sí la muerte que había preparado para su padre.

11. Estas habladurías de la gente, aparte de no estar documentadas por ningún autor seguro, son fáciles de refutar. Pues ¿quién que tenga un mediano sentido común —y no digo ya Tiberio, que tenía tanta experiencia práctica— ofrecería la muerte a su hijo sin haberlo escuchado, y por su mano y sin posibilidad de arrepentirse? ¿No habría dado más bien tormento al suministrador del veneno, no buscaría al promotor; en fin, no usaría de su típica actitud vacilante y pausada incluso ante los extraños frente a su hijo único y que nunca había sido hallado culpable de una
2 infamia? Pero como se tenía a Sejano por inventor de toda clase de malas acciones, a causa del amor excesivo del César hacia él y del odio de los demás hacia ambos, todo se creía aunque fuera fabuloso y desaforado, aparte de que siempre son especialmente

truculentos los rumores acerca de la muerte de los príncipes. Por otra parte, el desarrollo del crimen fue revelado por Apicata, esposa de Sejano, y salió a la luz por las torturas aplicadas a Eudemo y Ligdo; no ha habido un historiador tan adverso a Tiberio que se lo achacara a él, a pesar de que en todos los otros puntos
se le hizo objeto de inquisición y exageración. El mo- 3
tivo por el que he recogido y criticado el rumor ha sido el de invalidar con un claro ejemplo las falsas habladurías, y la de rogar a aquellos en cuyas manos caiga nuestro trabajo ⟨que no⟩ antepongan los rumores, ni las cosas increíbles que se escuchan con avidez, a la verdad y a los hechos que no han sido alterados en función de lo maravilloso.

12. Por lo demás, mientras Tiberio pronunciaba ante los Rostros el elogio fúnebre de su hijo, el senado y el pueblo adoptaron la actitud y las lamentaciones propias de los duelos más por apariencia que por sinceridad, y en su fondo se alegraban del reverdecer de la casa de Germánico. El desencadenarse de esta popularidad y la actitud de la madre, Agripina, que mal ocultaba sus esperanzas, apresuraron su per-
dición. Pues Sejano, al ver que la muerte de Druso 2
quedaba sin vengar y que no producía un duelo popular, cobró fuerzas de sus crímenes; y como los primeros le habían salido bien, empezó a dar vueltas en su interior al modo en que podría perder a los hijos de Germánico, cuyas perspectivas para la sucesión no eran dudosas. Por otra parte no podía envenenar a los tres, a causa de la probada lealtad de sus guardianes y de
la impenetrable honestidad de Agripina. En consecuen- 3
cia decidió explotar el carácter indómito de aquella mujer y azuzar contra ella el viejo resentimiento de Augusta y la reciente complicidad de Livia, de ma-

nera que acusaran a Agripina ante el César de que, orgullosa de su fecundidad y apoyada en el favor po-
4 pular, ansiaba hacerse con el poder. Llevó adelante su plan por medio de astutos delatores, entre los que había escogido a Julio Póstumo, perteneciente al círculo íntimo de la abuela a causa de su adulterio con Mutilia Prisca y muy idóneo por ello para sus planes, dado que Prisca, de gran influencia en el ánimo de la anciana, convertía su ansia natural de poder en aversión hacia la esposa de su nieto. También a los allegados a Agripina se los granjeaba para que con torcidas palabras azuzaran su carácter altivo.

13. Por otra parte Tiberio, sin interrumpir para nada las tareas del gobierno y tomando los negocios del estado como consuelo, se ocupaba de administrar justicia a los ciudadanos y de atender a los ruegos de lo aliados. A propuesta suya se elaboraron decretos del senado socorriendo a la ciudad de Cíbira, en Asia, y a la de Egio[440], en Acaya, que habían sido arruinadas por terremotos, con la remisión de impuestos por tres
2 años. Además, el procónsul de la Hispania Ulterior Vibio Sereno, condenado por violencia pública, fue deportado a la isla de Amorgo[441] en castigo por su inhumanidad. Carsidio Sacerdote, acusado de haber ayudado con trigo a nuestro enemigo Tacfarinate, fue ab-
3 suelto, y de la misma imputación Gayo Graco. A éste, cuando era todavía muy niño, su padre Sempronio se lo había llevado como compañero de exilio a la isla de Cercina[442]. Se crió allí entre proscritos ajenos a todo estudio, y más adelante se sustentaba comer-

---

440 *Cibyra* se hallaba en Frigia; *Aegion,* en el N. del Peloponeso.
441 Una de las Cíclades.
442 Véase I 53.

ciando por África y Sicilia con mercancías viles; sin embargo no logró escapar a los peligros propios de una elevada posición: si Elio Lamia y Lucio Apronio, que habían gobernado el África, no hubieran protegido su inocencia, hubieran acabado con él lo ilustre de su desdichado linaje y las adversidades paternas.

14. También hubo este año legaciones de ciudades griegas solicitando que se confirmara el viejo derecho de asilo al templo de Juno en Samos y al de Esculapio en Cos[443]. Los de Samos se apoyaban en un decreto de los anfictiones[444], que tenían una jurisdicción general en los tiempos en que los griegos señoreaban aquella costa por medio de las ciudades que habían fundado en Asia. No menor antigüedad tenía el funda- 2
mento esgrimido por los de Cos, y se unía a ella un mérito local. En efecto, habían protegido en el templo de Esculapio a los ciudadanos romanos cuando por orden del rey Mitrídates estaban siendo asesinados en todas las islas y ciudades del Asia[445]. Luego, como los pretores repitieran sus varias y tantas veces desoídas quejas acerca de la desvergüenza de los cómicos, al fin el César se decidió a tratar del asunto. Recordó que con mucha frecuencia su osadía los llevaba a gestos sediciosos en público y a deshonrar las casas privadas; que la antigua farsa osca[446], de muy escaso éxito entre el vulgo, había llegado a tal extremo de escándalos y violencia que debía ser reprimida por la auto-

[443] Samos, en la gran isla del mismo nombre frente a la costa jonia del Asia Menor. Cos se halla más al S., y estaba habitada por dorios. El templo de Samos era el famoso *Heraion*.

[444] Las anfictionías eran ligas formadas en torno a santuarios famosos.

[445] En el año 88 a. C.

[446] Se refiere a las comedias llamadas atelanas.

ridad del senado. En consecuencia se expulsó de Italia a los histriones.

15. El mismo año trajo otro luto al César llevándose a uno de los hijos gemelos de Druso; y no lo afectó menos la muerte de un amigo. Era éste Lucilio Longo, su compañero de siempre en la adversidad y la alegría, y el único senador que lo había seguido en
2 su retiro de Rodas. Y así, aunque era un hombre sin abolengo, el senado le decretó un funeral solemne y una estatua en el Foro de Augusto a cargo del estado. Pues todavía el senado trataba todos los asuntos, así que, cuando el procurador del Asia Lucilio Capitón se defendió de una acusación de la provincia, el príncipe afirmó tajantemente que él no le había dado jurisdición más que sobre sus esclavos y su patrimonio familiar; que si había usurpado las atribuciones del pretor y usado de la fuerza de los soldados, había en ello desobedecido sus mandatos; pedía, pues, que se escuchara a los aliados. En consecuencia, se investigó
3 el asunto y el reo fue condenado. Por este castigo, y por el que al año anterior se había aplicado contra Gayo Silano, las ciudades del Asia decidieron erigir un templo a Tiberio, a su madre y al senado. Se accedió a su propuesta, y con tal motivo pronunció Nerón un discurso de gracias al senado y a su abuelo en medio del complacido afecto del auditorio, que, reciente todavía la memoria de Germánico, creía verlo y escucharlo a él. Tenía además el muchacho un natural recatado y una prestancia digna de un príncipe, que lo hacían más grato al conocerse los odios de Sejano contra él.

16. Por el mismo tiempo habló el César acerca de la elección de un flamen de Júpiter que sustituyera al recientemente fallecido Servio Maluginense, y tam-

bién de la conveniencia de dictar una nueva legislación al respecto. En efecto, recordó que según la cos- 2
tumbre antigua se nombraban tres patricios cuyos padres hubieran contraído matrimonio según el rito de la *confarreatio*[447], de entre los cuales se elegía uno; pero que no había ya la misma abundancia de candidatos que antes porque se estaba abandonando tal rito de matrimonio o lo conservaba muy poca gente; alegaba varias causas del hecho, y especialmente la incuria de hombres y mujeres y además las dificultades del propio rito, que tendían a eludirse; también el que escapara a la patria potestad el que obtenía la dignidad de flamen y la mujer que con él se casaba;
parecía, pues, oportuno que el senado pusiera remedio 3
con un decreto o una ley, al igual que Augusto había acomodado algunos usos de aquella ruda antigüedad a las necesidades presentes. El caso fue que, tras haberse tratado de los cultos, se acordó no cambiar nada en el estatuto de los flámenes; pero se dio una ley por la que la flamínica[448] de Júpiter estaría bajo la potestad de su marido sólo en lo tocante a la religión, y en lo demás bajo el derecho común de las mujeres.
Para suceder a Maluginense se nombró a su hijo. A fin 4
de aumentar la dignidad de los sacerdotes y para que tuvieran el ánimo más dispuesto al servicio del culto, se votaron dos millones de sestercios[449] para la virgen Cornelia, que tomaba el puesto de Escancia, y que cuantas veces Augusta fuera al teatro se sentara entre las vestales.

---

447 Se trata de la más solemne forma del ritual matrimonial. Se celebraba en presencia del pontífice máximo y del flamen de Júpiter, y en ella se utilizaba una torta de espelta (*far*), de donde el rito toma nombre.

448 La esposa del flamen.

449 Recuerda WUILLEUMIER que tal cantidad es el doble del censo exigido a los senadores.

17. Cuando se inauguró el consulado de Cornelio Cetego y Viselio Varrón[450], los pontífices, y siguiendo su ejemplo los demás sacerdotes, al hacer sus votos por la incolumidad del príncipe incluyeron en su plegaria también a Nerón y a Druso, no tanto por afecto a los muchachos como por adulación, que en un estado de corrupción moral es tan peligroso cuando es nula
2 como cuando es excesiva. Pues Tiberio, que nunca había tenido cariño a la casa de Germánico, se dolió entonces resentido de que a dos adolescentes se los igualara a su ancianidad; y haciendo venir a los pontífices les preguntó si habían accedido a los ruegos de Agripina o a sus amenazas. Ellos, aunque negaron, recibieron una reprimenda moderada, pues en su mayor parte eran allegados del emperador o próceres de la ciudad; además pronunció en el senado un discurso advirtiendo que para lo sucesivo nadie pretendiera elevar a la soberbia los móviles ánimos de unos ado-
3 lescentes con honores prematuros. En realidad estaba encima Sejano diciéndole que la ciudad se hallaba dividida como por una guerra civil; que había quienes se decían del partido de Agripina y que, si no se les ponía coto, serían más; que no había otro remedio para la creciente sedición que el de dar en tierra con uno o dos de los más decididos.

18. Con tal pretexto se lanzó sobre Gayo Silio y Ticio Sabino. Para ambos fue perniciosa su amistad con Germánico, y para Silio también el que, tras haber mandado grandes ejércitos durante siete años, se había ganado en Germania el triunfo como vencedor de la guerra contra Sacróviro; cuanto mayor fuera su caída, tanto más miedo produciría en los otros.

---

450 Comienza la narración del año 24 d. C.

Creían muchos que su intemperancia había aumentado 2
el odio contra él, pues se jactaba inmoderadamente de que sus soldados habían guardado la disciplina mientras los otros se lanzaban a la sedición, diciendo que poco le habría durado el imperio a Tiberio si también esas legiones hubieran tenido deseos subver-
sivos. Pensaba el César que esto destruía su fortuna 3
y que no estaba en condiciones de pagar tan altos méritos; pues los beneficios son de agradecer en la medida en que parece que se puede corresponder a ellos, pero cuando resultan excesivos se pagan con odio y no con gratitud.

19. Estaba casado Silio con Sosia Gala, odiada por el príncipe por el afecto que la unía a Agripina. Se decidió poner mano a estos dos, dejando a Sabino para otro momento, y se lanzó contra ellos al cónsul Varrón, que pretextando las enemistades paternas satisfacía los odios de Sejano deshonrándose a sí mismo.
Cuando el acusado pidió un breve aplazamiento, hasta 2
que el acusador saliera del consulado, el César se opuso; alegó que según la costumbre los magistrados emplazaban a los particulares, y que no había que violar los derechos de un cónsul, en cuyos desvelos se apoyaba el que el estado no sufriera daño. Era algo típico de Tiberio: encubrir delitos recién inventados
con antiguas palabras. Así, pues, con mucha seriedad, 3
como si en el caso de Silio se tratara de aplicar las leyes, como si Varrón fuera un verdadero cónsul y como si aquello fuera una verdadera república, se reunió al senado ante el silencio del acusado que, si algo intentaba decir en su defensa, no ocultaba qué
odios caían sobre él. Se lo acusaba de que, estando al 4
tanto de la guerra, había fingido ignorar durante largo tiempo a Sacróviro; de que había mancillado la vic-

toria con su codicia, y a su mujer de haber sido su cómplice. Sin duda no podían librarse de las imputaciones de concusión, pero todo versó en torno a la acusación de majestad, y Silio se adelantó a la inminente condena con una muerte voluntaria.

20. Sin embargo, el ensañamiento se volvió contra sus bienes, no para devolver el dinero a los contribuyentes, ninguno de los cuales lo reclamaba, sino para arrebatarle las liberalidades de Augusto calculando al detalle lo que el fisco exigía. Ésta fue la primera maniobra de Tiberio contra el patrimonio ajeno. Sosia fue condenada al exilio a propuesta de Asinio Galo, quien sugirió también que una parte de sus bienes fuera subastada y que otra se les dejara a los hijos.
2 En cambio Marco Lépido propuso que, según lo exigía la ley, se diera una cuarta parte a los acusadores, y que el resto quedara para los hijos. Yo estoy comprobando que este Lépido fue, para aquellos tiempos, un hombre recto y sabio, pues generalmente trataba de cambiar hacia mejor parte las crueles adulaciones de los otros. Y sin embargo no carecía de prudencia, pues logró mantener su autoridad y su gracia ante
3 Tiberio. De ahí que me vea obligado a dudar de si la inclinación de los príncipes hacia unos y su odio hacia otros depende, como lo demás, del hado y suerte ingénita, o si, por el contrario, hay algo que depende de nuestra sabiduría y es posible seguir un camino libre de granjería y de peligros entre la tajante re-
4 beldía y el vergonzoso servilismo[451]. Pero Mesalino Cotta, de familia no menos esclarecida, aunque de distinto carácter, propuso que por un decreto del se-

[451] Tácito apunta aquí su propuesta política de lo que Ronald Syme ha llamado «the middle path», la subsistencia digna bajo el poder del tirano.

nado se estableciera que a los magistrados, aunque fueran personalmente inocentes e ignorantes de la culpa ajena, se los considerara responsables en las denuncias de los provinciales contra sus esposas como si fueran contra ellos mismos.

21. Se trató luego de Calpurnio Pisón[452], hombre notable y de carácter impulsivo. En efecto, según ya recordé, había clamado a voces en el senado que estaba dispuesto a abandonar la Ciudad a causa de las maniobras de los acusadores, y despreciando la influencia de Augusta había llevado ante los tribunales a Urgulania, atreviéndose a desafiar a la casa del príncipe. En el momento Tiberio había reaccionado civilmente, pero conservaba en su ánimo los odios, y aunque el impacto de la ofensa se hubiera atenuado, su recuerdo permanecía. Quinto Veranio acusó a Pisón 2
de haber mantenido una conversación privada contra la majestad del príncipe, y añadió que en su casa había venenos y que entraba en la curia con la espada al cinto. Esto último, por resultar demasiado monstruoso para ser verdad, fue pasado por alto; se lo aceptó como reo de las muchas otras acusaciones que se acumulaban contra él, pero no sufrió proceso a causa de su oportuna muerte. Se trató también del 3
exiliado Casio Severo, hombre de bajo origen y de vida malvada, pero hábil orador, que habiéndose ganado grandes enemistades había provocado que el senado lo relegara a Creta tras un juicio bajo juramento; allí siguió procediendo de la misma manera, con lo que se creó nuevos odios y resucitó los antiguos, por lo cual se le confiscaron sus bienes y, bajo interdicción del agua y el fuego, envejeció en la roca de Sérifo[453].

452 Lucio Calpurnio Pisón; véanse II 24 y III 11.

453 Una de las islas Cíclades.

22. Por el mismo tiempo y sin motivos ciertos, el pretor Plaucio Silvano precipitó al vacío a su esposa Apronia; arrastrado ante el César por su suegro Lucio Apronio, respondió en términos incoherentes algo así como que él estaba profundamente dormido y por ello no se había dado cuenta, y que su esposa había
2 buscado voluntariamente la muerte. Sin dudarlo Tiberio marcha a la casa e inspecciona el dormitorio, en el que se veían huellas de su resistencia y de que se le había hecho fuerza. Da cuenta al senado, y al nombrarse el tribunal, Urgulania, abuela de Silvano, envió a su nieto un puñal. Se creyó que lo hacía como por aviso del príncipe, en virtud de la amistad de
3 Augusta con Urgulania. El reo, tras intentar en vano hacer uso del arma, pidió que le abrieran las venas. Seguidamente es acusada Numantina, su primera esposa, de haber causado con encantamientos y bebedizos la locura de su marido, pero se la declara inocente.

23. Por fin este año [454] libró al pueblo romano de su larga guerra contra el númida Tacfarinate. Pues los generales anteriores, cuando creían que sus hechos eran suficientes para conseguir las insignias del triunfo, daban de lado al enemigo; y ya había tres estatuas laureadas [455] en la Ciudad, mientras Tacfarinate seguía saqueando el África, reforzado por contingentes de moros que, ante la indolente juventud de Tolomeo, hijo del rey Juba, habían cambiado el gobierno de unos libertos y el imperio de unos esclavos por la guerra.
2 Tenía como encubridor de su botín y compañero en sus pillajes al rey de los garamantes. No es que marchara con su ejército, sino que enviaba tropas ligeras

454 24 d. C.

455 Correspondientes a los triunfos de Camilo, Apronio y Bleso.

de las que por la distancia se tenía una noticia exagerada; también de la propia provincia se lanzaban allá todos los indigentes y alborotadores, especialmente desde que el César, tras las campañas de Bleso, había mandado volver a la legión IX, como si ya no quedaran enemigos en África; el procónsul de aquel año, Publio Dolabela, no se había atrevido a retenerla, temiendo más a las órdenes del príncipe que a las incertidumbres de la guerra.

24. Así, pues, Tacfarinate esparció el rumor de que los romanos se veían desgarrados también por otros pueblos, que por ello se retiraban poco a poco de África, y que a los que quedaban se los podía rodear si cuantos preferían la libertad a la servidumbre se lanzaban sobre ellos; con esto aumenta sus fuerzas, y plantando su campamento ante la ciudad de Tubúrsico[456] le pone sitio. Pero Dolabela, reagrupados los 2
soldados disponibles, aprovechando el temor al nombre romano, y como los númidas no son capaces de hacer frente a un dispositivo de infantería, al primer ataque rompió el asedio y fortificó los lugares estratégicos; al mismo tiempo hizo degollar con el hacha a los jefes de los musulamios, que intentaban hacer defección. Después, como por las diversas expediciones con- 3
tra Tacfarinate se había llegado a la conclusión de que aquel enemigo errante no debía ser atacado con tropas pesadas ni marchando en una sola columna, llamó al rey Tolomeo con su gente y formó cuatro cuerpos, que confió a legados o tribunos; también algunos moros escogidos mandaban bandas destinadas al pillaje; él quedaba para velar por todos.

---

456 Actual Khamissa, según WUILLEUMIER.

25. No mucho después llegó la noticia de que los númidas habían desplegado sus tiendas y acampado junto a un castillo semiderruido que ellos mismos habían incendiado tiempo atrás, llamado Auzea[457], y que estaban confiados al lugar, porque se hallaba rodeado de vastos barrancos que lo protegían. Entonces se hizo marchar apresuradamente a las cohortes y caballeros,
2 sin impedimenta y sin que supieran a dónde iban. En el momento mismo de romper el día cayeron sobre los bárbaros medio dormidos al son de las trompetas y dando feroces gritos, en tanto que los caballos de los númidas se hallaban con los grillos puestos o errando esparcidos por los pastizales. Del lado romano la infantería estaba agrupada, los escuadrones de caballería en orden de combate, todo dispuesto para la batalla; en cambio los enemigos, que nada preveían, no tenían armas, orden ni plan, sino que, como si fueran
3 rebaños, fueron arrastrados, muertos, apresados. Los soldados, irritados por el recuerdo de sus fatigas contra quienes habían eludido la batalla tantas veces ansiada, se hartaban de venganza y de sangre. Se hace circular entre la tropa la consigna de que todos persigan a Tacfarinate, conocido por tantos encuentros; que la guerra no tendría fin si no se mataba al jefe. Pero él, cuando ya había caído su guardia personal a su alrededor y su hijo había sido apresado y los romanos lo rodeaban por todas partes, lanzándose contra los proyectiles enemigos escapó a la cautividad con una muerte no sin venganza. Y así se puso fin a la guerra.

26. Tiberio no accedió a la petición de Dolabela cuando éste solicitó el triunfo, haciendo a Sejano la

---

[457] Actual Aumale, según WUILLEUMIER.

deferencia de que no se empañara la gloria de su tío Bleso. Mas no por ello fue Bleso más ilustre, y a Dolabela el honor negado le aumentó la gloria; en efecto, con un ejército menor se había traído cautivos notables, la muerte del jefe y la fama de haber puesto fin a la guerra. Lo acompañaban también embajadores 2
de los garamantes, raramente vistos en la Ciudad, a los que había enviado su gente, consternada por la muerte de Tacfarinate, aunque sin conciencia de culpa[458], a dar satisfacciones al pueblo romano. Después, al conocerse el apoyo de Tolomeo durante la guerra, se renovó un antiguo honor y se le envió a un senador para que le entregara un bastón de marfil y una toga bordada, antiguos presentes del senado, y lo saludara como rey, aliado y amigo.

27. En el mismo verano circuló por Italia la semilla de una revolución de esclavos, pero fue ahogada por la fortuna. El promotor del tumulto, Tito Curtisio, en otro tiempo soldado de una cohorte pretoriana, primero en reuniones clandestinas en Brindis y ciudades vecinas, luego abiertamente por medio de carteles, llamaba a la libertad a los esclavos salvajes que llevaban una vida montaraz por aquellos bosques alejados; pero como por gracia de los dioses arribaron tres birremes destinadas a proteger a la marina mercante en aquel mar. Estaba también en las mismas regiones 2
el cuestor Cucio Lupo, a quien había correspondido, según la antigua costumbre, la administración de los pastos[459]. Organizó a las dotaciones navales y desba-

---

458 Texto inseguro, que otros admiten en una forma correspondiente a la traducción «no ignorando su culpa».

459 El texto habla literalmente de *calles*, «cañadas». Parece que se trata de una de las *prouinciae quaestoriae* creadas por Augusto en Italia; el texto llama a esa comisión precisamente *prouincia*.

rató la conjuración justo en el momento en que estallaba. El César envió urgentemente al tribuno Estayo con una fuerte tropa, y éste se llevó al propio jefe y a los más próximos en audacia a Roma, que ya estaba temblando por el gran número de los esclavos, que crecía sin medida mientras menguaba la plebe libre.

28. En el mismo año se produjo un ejemplo atroz de miseria y crueldad: fueron llevados ante el senado un padre y su hijo que lo acusaba; ambos tenían por nombre Vibio Sereno. Traído desde el exilio, cubierto de suciedad y de andrajos, y además encadenado, se hizo comparecer al padre en presencia del hijo, que
2 pronunció el discurso de inculpación. El muchacho, a un tiempo denunciante y testigo, decía, elegantemente vestido y con rostro sonriente, que había urdido insidias contra el príncipe y que había enviado a la Galia agentes para que provocaran una guerra, y añadía que el ex pretor Cecilio Cornuto le había proporcionado dinero; éste último, agobiado por la inquietud y considerando el peligro como la perdición, apresuró
3 su propia muerte. En cambio el acusado, con ánimo enterizo, se volvió contra su hijo sacudiendo su cadena e invocando la venganza de los dioses para que a él le devolvieran el exilio, donde estaría lejos de tales costumbres, pero que a su hijo le llegara algún día el castigo. Aseguraba que Cornuto era inocente, y que se había dejado llevar por un falso terror; que eso se comprendería si hubiera otros denunciados, pues él no habría meditado el asesinato del príncipe y el golpe de estado con un solo cómplice.

29. Entonces el acusador nombró a Gneo Léntulo y a Seyo Tuberón, con gran vergüenza del César, al inculparse de provocar una guerra con extranjeros y

de intento de subversión a prohombres de la ciudad, íntimos amigos suyos; Léntulo era de edad sumamente avanzada y Tuberón estaba agotado por la enfermedad. Pero a éstos, desde luego, se los dejó inmediatamente al margen del asunto; se interrogó a los esclavos en busca de testimonio contra el padre, y la investigación resultó adversa para el acusador. Éste, enloquecido 2
por la conciencia de su crimen, y al mismo tiempo aterrorizado por la voz popular que lo amenazaba con la cárcel y el despeñamiento, y también con las penas propias de los parricidas, se marchó de la Ciudad. Se lo hizo volver a la fuerza de Ravenna y se lo obligó a continuar la acusación, pues Tiberio no ocultaba su viejo odio contra el exiliado Sereno. En efecto, tras 3
la condena de Libón[460] había escrito al César echándole en cara que sólo su propio celo había quedado sin recompensa, y había añadido algunas observaciones demasiado intemperantes para que no resultaran peligrosas ante unos oídos llenos de soberbia y propensos al resentimiento. Todo esto lo recordó el César a los ocho años, dirigiéndole también acusaciones referentes al tiempo que entretanto había transcurrido; y eso que por la tenacidad de los esclavos en la tortura sus declaraciones habían sido contrarias a lo que esperaba.

30. Cuando después se dictó sentencia en el sentido de que Sereno fuera castigado siguiendo la costumbre de los mayores, el César interpuso su veto, para aminorar los odios que aquel asunto le ganaría. La propuesta de Asinio Galo de que se lo confinara en Gíaro o en Donusa[461] la rechazó también, alegando que una y otra isla carecían de agua y que había que

[460] Véase II 27 y sigs.
[461] En el archipiélago de las Cíclades.

proporcionar medios de vida a aquel a quien se concedía vivir. Así, pues, Sereno fue llevado de nuevo a
2 Amorgo. Y como Cornuto se había suicidado, se trató de abolir los premios a los acusadores en el caso de que algún procesado por majestad se privara de la vida antes de terminar el juicio; y ya se iba a adoptar esa moción, cuando el César, con dureza y contra su costumbre, se puso abiertamente de parte de los acusadores, quejándose de que así quedaban enervadas las leyes y se ponía a la república al borde del precipicio; les dijo que era mejor acabar con las leyes que con
3 sus guardianes. Y así los delatores, casta de hombres inventada para la ruina pública y que ni siquiera con castigos fue nunca suficientemente reprimida, se veían animados con recompensas.

31. En esta serie tan continuada de acontecimientos tristes se intercaló una pequeña alegría cuando el César perdonó a Gayo Cominio, caballero romano convicto de haber escrito unos versos injuriantes contra él, atendiendo a los ruegos de su hermano, que era
2 senador. Por ello resultaba más asombroso que aquel hombre, que conocía lo mejor y la fama que acompaña a los gestos de clemencia, prefiriera las actitudes más siniestras. Pues no pecaba de falta de inteligencia, y para nadie es un secreto cuándo se celebran las acciones de los emperadores con sinceridad real y cuándo con alegría fingida. Es más, él, que en otras ocasiones adoptaba un aire estudiado y que parecía como si luchara con las palabras, hablaba con más soltura y facilidad que nadie cuando ayudaba a al-
3 guien. Sin embargo, cuando se exilió de Italia a Publio Suilio, antaño cuestor de Germánico, convicto de haber aceptado dinero en un juicio a su cargo, Tiberio propuso que se lo relegara a una isla, y con tal firmeza

que juró que iba en ello el interés del estado. Esta actitud severa que en el momento tuvo mala acogida, le valió alabanzas más adelante cuando Suilio volvió: la generación siguiente pudo verlo cargado de influencia, venal y disfrutando largo tiempo de prosperidad por su amistad con el emperador Claudio, y sin usar nunca bien de ella. El mismo castigo se decidió contra 4
el senador Cato Firmio, por haber perseguido a su hermana con falsas acusaciones de majestad. Cato, como ya conté, había atraído insidiosamente a Libón, y luego lo había hundido con su declaración. Tiberio recordaba tal servicio, pero puso como pretexto otros cuando intercedió para que no fuera desterrado; sin embargo, no se opuso a que se lo expulsara del senado.

32. No ignoro que la mayor parte de los sucesos que he referido y he de referir pueden parecer insignificantes y poco dignos de memoria; pero es que nadie debe comparar nuestros anales con la obra de quienes relataron la antigua historia del pueblo romano. Ellos podían contar ingentes guerras, conquistas de ciudades, reyes vencidos y prisioneros o, en caso de que atendieran preferentemente a los asuntos del interior, las discordias de los cónsules con los tribunos, las leyes agrarias y del trigo, las luchas entre la plebe y los patricios, y ello marchando por camino libre; en cam- 2
bio, mi tarea es angosta y sin gloria, porque la paz se mantuvo inalterada o conoció leves perturbaciones, la vida política de la Ciudad languidecía y el príncipe no tenía interés en dilatar el imperio. Sin embargo tiene su utilidad el examinar por dentro hechos a primera vista intrascendentes, pero de los que con frecuencia surgen grandes cambios de la situación.

33. En efecto, todas las naciones y ciudades están regidas o por el pueblo, o por los notables, o por uno solo; una forma de estado mixta y con elementos de esas tres, es más fácil de alabar que de establecer, y
2 si se establece, no puede ser duradera. Y así, si antaño, cuando la plebe era fuerte o los senadores poderosos, había que conocer la naturaleza del vulgo, y por qué medios se podía gobernarlo en paz, y los que más habían calado en el carácter del senado y de los próceres eran tenidos por conocedores de los tiempos y por sabios, también ahora que la situación ha cambiado y el estado romano no se diferencia en nada de aquellos en que impera uno solo[462], me parece útil investigar y relatar estos hechos, toda vez que pocos disciernen por propia prudencia lo honesto de lo peor, lo conveniente de lo dañino, y la mayoría aprende con
3 las experiencias ajenas. Por lo demás, en la misma medida en que son provechosas, resultan poco agradables. Pues el emplazamiento de los pueblos, las alternativas de las guerras, los éxitos de los generales esclarecidos, retienen y renuevan la atención de los lectores; en cambio nosotros ponemos en serie crueles órdenes, continuas acusaciones, amistades falaces, ruinas de inocentes y las mismas causas de perdición, con obvia semejanza de situaciones, que llega a la
4 saciedad. Además, los historiadores antiguos raramente encuentran contradictores: a nadie le importa si ensalzas con mayor complacencia a los ejércitos cartagineses o a los romanos; en cambio, todavía viven los descendientes de muchos que bajo el reinado de Tiberio padecieron castigos o infamias, y en el caso de que las propias familias ya se hayan extinguido, se

[462] Texto discutido, que otros presentan en una forma correspondiente a la traducción «y no hay otra salvación para el estado que el imperio de uno solo».

encuentra a quienes, por la semejanza de conducta, les parece que se les echan en cara las malas acciones ajenas. También la gloria y la virtud tienen sus enemigos, como si, al estar demasiado cerca en el tiempo, fueran una acusación contra lo que no se les parece. Pero ahora vuelvo a mi propósito.

34. En el consulado de Cornelio Coso y Asinio Agripa[463] fue procesado Cremucio Cordo, bajo una acusación nueva que entonces se escuchó por vez primera: la de que habiendo publicado unos anales y alabado a Marco Bruto, había llamado a Gayo Casio[464] «el último de los romanos». Lo acusaban Satrio Segundo y Pinario Nata, clientes de Sejano. Ello fue fatal para 2
el reo, así como la expresión feroz con que el César acogió su defensa, que Cremucio, decidido a dejar la vida, inició en estos términos: «Se acusa, senadores, a mis palabras; hasta tal punto soy inocente por mis obras. Mas no se dirigen aquéllas al príncipe ni al padre del príncipe, a los cuales abarca la ley de majestad; se dice que he alabado a Bruto y Casio, cuyos hechos, si los han narrado muchos, nadie les ha recordado sin honor. Tito Livio, historiador preclaro por 3
su elocuencia y fiabilidad, dirigió tantas alabanzas a Gneo Pompeyo que Augusto lo llamaba «pompeyano»; y sin embargo eso no fue un obstáculo para la amistad de ambos. A Escipión, a Afranio[465], a estos mismos Casio y Bruto en ningún lugar los llama bandoleros y parricidas, calificativos que ahora se les imponen, antes bien con frecuencia los titula varones insignes. También los escritos de Asinio Polión transmiten de 4

463 Comienza la narración del año 25 d. C.

464 Se refiere a los tiranicidas de César.

465 Quinto Cecilio Metelo Escipión y Lucio Afranio, colaboradores de Pompeyo en su guerra contra César.

ellos una memoria egregia; Mesala Corvino llamaba a Casio su general, y ambos conservaron su preeminencia en riquezas y honores. Al libro de Cicerón en el que igualó a Catón con el cielo, ¿qué otra respuesta dio el dictador César que un discurso escrito, como
5 si estuviera ante los tribunales?[466]. Las cartas de Antonio y los discursos de Bruto contienen ofensas injustificadas contra Augusto, pero bien acerbas; los poemas de Bibáculo y Catulo[467] se leen repletos de insultos a los Césares, y sin embargo el propio divino Julio, el mismo divino Augusto los soportaron y los dejaron estar, sin que me atreva a decir si por templanza o por sabiduría. En efecto, lo que se desprecia pierde fuerza, pero si uno se irrita por ello parece que se lo reconoce.»

35. «No me refiero a los griegos, entre los cuales no sólo la libertad, sino incluso la licencia quedaba impune; o si alguno tomaba medidas, vengaba con palabras las palabras. Pero era absolutamente libre y no ganaba detractores el hablar de aquellos a quienes
2 la muerte había sustraído al odio o al favor. ¿Pues acaso están sobre las armas Bruto y Casio y ocupan los llanos de Filipos, y ando yo incitando al pueblo a una guerra civil con arengas? ¿O es más bien que ellos, que perecieron hace setenta años, al igual que son reconocidos en sus estatuas que ni su propio vencedor suprimió, conservan así también su parcela en
3 el recuerdo de los historiadores? A cada cual da la posteridad su tanto de honor, y no faltarán, en el caso

---

466 Se refiere a un *Cato Minor* de Cicerón y a un *Anticato* de César, ambos perdidos.

467 Como ejemplo de las invectivas de Catulo contra César pueden verse sus poemas 29, 54, 57, 93. Furio Bibáculo es otro de los *poetae noui*, cuya obra nos es desconocida.

de que se me condene, quienes se acuerden no sólo de Casio y de Bruto, sino también de mí.» Luego salió 4
del senado y se dejó morir de hambre. Los senadores decretaron que sus libros fueran quemados por los ediles; pero se salvaron ocultos y fueron luego publicados. Mayor razón para reírme de la estolidez de 5
quienes creen que con el poder del presente se puede extinguir también la memoria de la posteridad. Y es que, al contrario, la autoridad de los talentos perseguidos crece, y ni los reyes extranjeros ni los que procedieron con la misma saña lograron otra cosa que el deshonor para sí y la gloria para ellos.

36. Por lo demás fue un año[468] de tan continuas acusaciones que incluso en los días de las Ferias Latinas[469], cuando Druso en su calidad de prefecto de la Ciudad[470] subía a su tribunal para tomar los auspicios, lo abordó Calpurnio Salviano con una denuncia contra Sexto Mario; este gesto, públicamente censurado por el César, fue causa del exilio para Salviano.
Se hizo una reprimenda oficial a los ciudadanos de 2
Cízico[471] por su incuria en el culto del divino Augusto, añadiéndose acusaciones de violencia contra ciudadanos romanos; y así perdieron su libertad, que se habían ganado en la guerra de Mitrídates, cuando asediados habían rechazado al rey[472] no menos con su firmeza que con la ayuda de Luculo. En cambio se 3
absuelve a Fonteyo Capitón[473], que había gobernado

---

468 25 d. C.

469 Fiestas de cuatro días de duración cuya fecha variaba cada año.

470 Era un cargo creado por Augusto con la misión de mantener el orden en Roma; véase VI 11.

471 Ciudad de Frigia, en el Mar de Mármara o Propóntide.

472 Se refiere a los años 74-73 a. C.

473 Cónsul en el 12 d. C.

Asia como procónsul, al descubrirse que eran falsas las acusaciones que le hacía Vibio Sereno. Sin embargo, ello, no perjudicó a Sereno, a quien ponía más a seguro el odio público. En efecto, cuando un acusador se mostraba especialmente riguroso, se ganaba una especie de carácter sacrosanto; sólo a los poco enérgicos y a los desconocidos se los castigaba.

37. Por el mismo tiempo la Hispania Ulterior, a través de una legación enviada al senado, pidió permiso para, siguiendo el ejemplo de Asia, erigir un templo a Tiberio y a su madre. En esta ocasión el César, que por otra parte tenía bastante energía para declinar honores, pensando también que tendría que responder a quienes con sus comentarios lo acusaban de haberse inclinado a la adulación, empezó a hablar en estos
2 términos: «Yo sé, senadores, que los más echaron en falta mi entereza cuando hace poco me opuse a las ciudades de Asia que pedían esto mismo. En consecuencia intentaré justificar mi anterior silencio, dejando en claro lo que tengo decidido para el futuro.
3 Puesto que el divino Augusto no había prohibido que se le consagrara a él y a la ciudad de Roma un templo en Pérgamo, yo, que observo todas sus acciones y dichos como una ley, me dejé llevar muy fácilmente por el ejemplo de su aceptación dado que a mi culto se unía la veneración al senado. Por lo demás, si el admitirlo por una vez podía perdonárseme, el que por todas las provincias se me consagraran imágenes como a un dios suponía una actitud de vanagloria, de soberbia; además se desvanecerá el honor atribuido a Augusto si se prodiga con adulaciones indiscriminadas.»

38. «Yo, senadores, quiero ser mortal, desempeñar cargos propios de hombres, y darme por satisfecho con ocupar el lugar primero; os pongo a vosotros por testigos de ello, y deseo que lo recuerde la posteridad, que bastante tributo, y aun de sobra, rendirá a mi memoria con juzgarme digno de mis mayores, vigilante de vuestros intereses, firme en los peligros e impávido ante los resentimientos por el bien público. Éstos son 2
mis templos, los edificados en vuestros corazones; éstas las más bellas estatuas y las duraderas. Pues cuando se construyen en piedra, si el juicio de la posteridad se torna adverso, reciben el mismo desprecio que los sepulcros. Por tanto, suplico a los aliados, a los ciu- 3
dadanos, y a los propios dioses y diosas, a éstos que me den hasta el final de la vida un espíritu en paz y entendedor del derecho humano y divino, a aquéllos, que cuando yo haya desaparecido, acompañen mis hechos y la fama de mi nombre con alabanzas y buenos recuerdos.» Persistió luego, incluso en conversaciones 4
íntimas, en declinar tal culto de su persona. Esto lo interpretaban unos como modestia, muchos achacándolo a que no se fiaba de sí, algunos como algo propio de un espíritu degenerado. En efecto —decían—, los 5
mejores de los mortales ansían lo más elevado: así Hércules y Líber entre los griegos, Quirino[474] entre nosotros habían sido añadidos al número de los dioses; mejor había hecho Augusto, que lo había esperado. El resto de las cosas los príncipes las tienen al instante a su disposición; sólo una deben irse preparando sin desfallecer: un buen recuerdo de su persona; pues al despreciar la fama se desprecian las virtudes.

39. Pero Sejano, cegado por su excesiva fortuna e inflamado encima por la pasión de una mujer al

[474] Divinidad a la que fue superpuesto Rómulo.

exigirle Livia que cumpliera su promesa de matrimonio, redacta un memorial al César; pues entonces era costumbre dirigirse a él por escrito aunque fuera en
2 su presencia. Sus términos eran de este tenor: que por la benevolencia de su padre Augusto y luego por las muchas señales de afecto de Tiberio se había acostumbrado a no dirigir sus esperanzas y deseos a los dioses antes que a los oídos de los príncipes. Por otra parte, nunca había pedido el brillo de los honores; prefería las guardias y fatigas, como uno más de los soldados, por la seguridad de su emperador. Sin embargo, lo más hermoso que había conseguido era que
3 se lo creyera digno de emparentar con el César. De ahí el arranque de su esperanza; y puesto que había oído que Augusto, al casar a su hija, había pensado incluso por un momento en caballeros romanos, así, si se buscaba un marido para Livia, le rogaba que tuviera en su mente al amigo que de aquel parentesco
4 sólo aprovecharía la gloria. En efecto, no pretendía despojarse de los cargos que se habían puesto sobre él; le bastaba con asegurar su casa contra los injustos rencores de Agripina, y ello por razón de sus hijos, pues para él habría sido larga y por demás la vida que lograra pasar en compañía de tal príncipe.

40. Al responderle Tiberio, tras alabar la devoción de Sejano y recordar en términos discretos sus propias bondades para con él, le pidió tiempo como para una deliberación a fondo, y añadió que las decisiones de los demás mortales se limitaban a considerar lo que les convenía a ellos, pero que otra era la condición de los príncipes, los cuales tenían que resolver los asuntos más importantes pensando en la opinión pú-
2 blica; que por ello él no iba a acudir sin más a la fácil respuesta de que la propia Livia podía decidir si había

de casarse una vez muerto Druso o si había de resig-
narse a continuar en el mismo hogar, de que ella tenía
una madre y una abuela, consejeras más próximas.
Hablando con franqueza, en primer lugar estaban las 3
enemistades de Agripina, que ardería con mucha mayor
crudeza si el matrimonio de Livia desgarraba la casa
de los Césares como en partidos; aun así estallaba la
rivalidad de aquellas mujeres, y tal discordia tenía
alterados a sus nietos; ¿qué pasaría si con un matri-
monio como aquél se enconaba la lucha? «Pues te 4
engañas, Sejano, si crees que permanecerás en el mismo
rango social, y que Livia, que estuvo casada primero
con Gayo César y luego con Druso, va a hacerse a la
idea de envejecer al lado de un caballero romano. Su-
poniendo que yo lo permita, ¿crees que lo soportarán
quienes han visto a su hermano, a su padre y a nues-
tros mayores en los más altos mandos? Cierto que tú 5
quieres permanecer en el lugar que ocupas; pero aque-
llos magistrados y notables que, aunque tú no quieras,
rompen tu puerta y te consultan sobre todo, no ocultan
sus quejas de que ya hace tiempo que has sobrepa-
sado el nivel propio de un caballero y de que has
superado con mucho a las amistades de mi padre; y
por envidia a ti, me acusan también a mí. Y, sin 6
embargo, es cierto que Augusto pensó en entregar a
su hija a un caballero romano; por Hércules, ¿es ex-
traño que, estando reclamado por toda clase de asun-
tos y previendo que aquel a quien elevara sobre los
demás con tal unión resultaría encumbrado sin medi-
da, hablara en sus conversaciones de Gayo Proculeyo
y de otros de notable tranquilidad de vida y no mez-
clados en negocio político alguno? Ahora bien, si la
duda de Augusto nos impresiona, ¿cuánto mayor fuerza
no ha de tener el hecho de que la casara con Marco
Agripa y luego conmigo? Yo no he querido ocultarle 7

estas cosas por la amistad que te tengo; por lo demás no me opondré a tus proyectos ni a los de Livia. Lo que medito en mi interior, los vínculos con que pienso ligarte todavía más a mí, los silenciaré por el momento; sólo te diré esto: no hay nada tan excelso que no lo merezcan tus virtudes y tu afecto hacia mí, y en la ocasión oportuna no lo callaré, ya sea en el senado, ya ante el pueblo.»

41. Sejano insistió, pero no para tratar del matrimonio, antes bien, abrigando temores más profundos, para neutralizar las sospechas tácitas, los rumores del vulgo y la envidia que lo amenazaba. Y a fin de no quebrantar su poder alejando de su casa a la asidua concurrencia, ni proporcionar facilidades a los acusadores recibiéndola continuamente, adoptó la solución de empujar a Tiberio a que viviera lejos de Roma en
2 lugares amenos. Era mucho lo que así pensaba ganar: las entradas y salidas del palacio estarían en su mano, y controlaría gran parte de la correspondencia, dado que era llevada por soldados; más adelante el César, declinando ya su edad y reblandecido por la vida retirada, le transmitiría más fácilmente los cometidos del gobierno; por otra parte, suprimidas las audiencias de los que iban a presentarle sus respetos, haría menguar las envidias contra su propia persona, y prescindiendo de vanidades aumentaría su verdadero po-
3 der. En consecuencia empezó poco a poco a hablarle mal al César de los negocios de la Ciudad, de las aglomeraciones del pueblo y de la multitud de los cortesanos, alabándole la tranquilidad y la soledad, que lo librarían del tedio y de los rencores, y que le permitirían despachar mejor los asuntos principales.

42. Casualmente tuvo lugar por aquellos días un proceso contra Vocieno Montano, hombre célebre por su ingenio, acontecimiento que acabó por decidir al ya vacilante Tiberio a considerar vitandas las reuniones del senado y las voces que por lo general le lanzaban a la cara duras verdades. En efecto, Vocieno 2
estaba acusado de haber pronunciado injurias contra el César; el testigo Emilio, un típico militar, en su afán de proporcionar pruebas repitió todo punto por punto, y cuando se trató de silenciarlo con voces, no hizo si no dar más fuerza a sus palabras; escuchó Tiberio los insultos con que a escondidas se solía desgarrarlo, y se alteró tanto que proclamó a gritos su intención de justificarse ya fuera en el momento, ya en el curso del proceso; hasta que los ruegos de los que estaban a su lado y la adulación de todos logró a duras penas calmar su irritación. Por supuesto que 3
Vocieno fue condenado a las penas previstas para el delito de majestad. El César, obstinándose con mayor fuerza en la falta de clemencia para con los acusados que solía achacársele, castigó con el exilio a Aquilia, denunciada por adulterio con Vario Lígur, aunque ya la había condenado por la ley Julia el cónsul designado, Léntulo Getúlico, y a Apidio Mérula, por no haber jurado por los actos de Augusto, lo borró de la lista del senado.

43. Se escuchó luego a las legaciones de los lacedemonios y mesenios[475] acerca del derecho sobre el templo de Diana Limnátide. Los lacedemonios aseguraban que había sido erigido por sus antepasados y

---

475 Mesenia es el saliente más occidental del S. del Peloponeso, al O. de Laconia. Los mesenios argumentan con la vieja leyenda del retorno de los heráclidas o descendientes de Hércules para colonizar la que había sido tierra de su padre.

en su propia tierra, basándose en el testimonio de las historias y en los versos de los poetas, pero que les había sido arrebatado por el ejército de Filipo de Macedonia, con el que habían guerreado, y que después les había sido restituido por decreto de Gayo César y
2 Marco Antonio. En cambio los mesenios sacaron a colación la vieja división del Peloponeso entre los descendientes de Hércules, y que a su rey le había tocado la región de Dentalios, en la que estaba el santuario; alegaban que el recuerdo de tal hecho se conservaba
3 esculpido en piedra y en antiguos bronces; que si se recurría al testimonio de poetas e historias, ellos tenían más y más completos; que la decisión de Filipo no se basaba en su poder, sino en la verdad; el mismo —decían— había sido el juicio del rey Antígono y del general Mummio[476]; así lo habían decretado los milesios, nombrados oficialmente árbitros, y últimamente el pretor de Acaya Atidio Gémino. Así las cosas, se
4 dio razón a los mesenios. Por su parte los de Segesta[477] solicitaron que se restaurara el templo de Venus en el monte Érice, arruinado por el tiempo, recordando extremos bien conocidos y agradables a Tiberio acerca de su origen, por lo que, en calidad de consanguíneo
5 de la diosa, se encargó gustoso de la obra. Se trató luego de las peticiones de los marselleses, y se aprobó el precedente de Publio Rutilio, pues proscrito por las leyes, los de Esmirna le habían concedido su ciudadanía. Acogido con el mismo derecho por los mar-

---

[476] Antígono II de Macedonia, en 222. Lucio Mummio, conquistador de Corinto en 146.

[477] Ciudad del occidente de Sicilia; el santuario de Érice era de fundación cartaginesa. Recuérdese que la familia Julia pretendía descender de Julo, hijo de Eneas, que lo era a su vez de Venus.

selleses el desterrado Vulcacio Mosco, había legado sus bienes a la república de aquéllos como a su patria.

44. Fallecieron aquel año[478] dos varones ilustres, Gneo Léntulo y Lucio Domicio. Para Léntulo, aparte de su consulado y su triunfo sobre los getas[479], había sido un motivo de gloria su bien llevada pobreza, y más tarde las grandes riquezas que honestamente se ganó y disfrutó con moderación. A Domicio le había pro- 2
curado brillo su padre[480], señor del mar en la guerra civil hasta que se unió al partido de Antonio para luego pasarse al de César; su abuelo había caído en el combate de Fársalo luchando por los nobles[481]. En cuanto a él, elegido para serle entregada en matrimonio Antonia la menor, hija de Octavia[482], pasó más tarde el río Elba con un ejército, penetrando en la Germania más que ninguno de sus predecesores, y por tales acciones consiguió las insignias del triunfo. Falleció 3
también Lucio Antonio, de linaje muy esclarecido pero desdichado; pues castigado con la muerte su padre Julo Antonio por su adulterio con Julia[483], a él, siendo todavía un chico y nieto de su hermana[484], lo relegó Augusto a la ciudad de Marsella, donde con la apariencia de unos estudios se disimularía el nombre del

478 25 d. C.

479 En la *Moesia,* mitad septentrional de la actual Bulgaria.

480 Gneo Domicio, cónsul en 32 a. C.

481 En el año 48 a. C.; se llamaba Lucio Domicio Ahenobarbo.

482 Error de Tácito, pues de las dos Antonias, hijas de Marco Antonio y Octavia —la hermana de Augusto—, se casó la mayor con Domicio y la menor con Druso, el padre de Germánico. Del primero de tales matrimonios nació el Domicio que, casado con Agripina, la hija de Germánico, sería el padre del emperador Nerón, llamado también Domicio hasta su adopción por su padrastro Claudio.

483 La hija única de Augusto, en el 2 a. C.; véase nota 51.

484 Por ser hijo de Marcela, que lo era de Octavia.

exilio. Sin embargo tuvo funerales honrosos y sus huesos fueron colocados en el túmulo de los Octavios por un decreto del senado.

45. En el mismo consulado, un crimen atroz fue cometido en la Hispania Citerior por un campesino del pueblo termestino[485]. Al pretor de la provincia, Lucio Pisón, desprevenido a causa de la paz, le salió de improviso al camino, y de un solo golpe lo hirió de muerte; huyendo a uña de caballo, una vez que alcanzó unos barrancos boscosos abandonó su cabalgadura y metiéndose por lugares quebrados e impracticables eludió a sus perseguidores.

2 Pero su ocultamiento no duró mucho, pues fue cogido su caballo y llevado por las aldeas próximas, y se averiguó a quién pertenecía. Cuando fue descubierto y puesto en el tormento para que denunciara a sus cómplices, a grandes voces y en su lengua patria[486] gritaba que lo interrogaban en vano, que sus compañeros podían venir y quedarse mirando, que nunca sería bastante la fuerza del dolor para sacarle la verdad. Cuando al día siguiente lo llevaban de nuevo al interrogatorio, con tal fuerza se libró de sus guardianes y se golpeó en la cabeza con una piedra que quedó exánime al instante. Desde luego se cree que Pisón fue muerto por una emboscada de los termestinos, porque en la recogida de los caudales sustraídos al tesoro público ponía más dureza que la que unos bárbaros toleraban.

---

[485] Pueblo cuya capital era *Termes* o *Termantia;* se conservan sus ruinas y prevalece su nombre en Santa María de Tiermes (Soria), en la margen izquierda del Duero. Parece que eran, como los numantinos, parte integrante de los arevacos.

[486] Interesante testimonio —y uno de los últimos— de pervivencia de lenguas indígenas hispanas aparte del vascuence; en este caso se trataría de alguna variante del celtibérico.

46. En el consulado de Léntulo Getúlico y Gayo Calvisio[487] se concedieron las insignias del triunfo a Popeo Sabino, por haber aplastado a los pueblos tracios, que llevaban una vida salvaje y por ello más feroz en las cimas de las montañas. La causa de la rebelión, aparte el natural de aquella gente, fue que se negaban a tolerar las levas y a dar sus hombres más fuertes a nuestro ejército; y es que ni siquiera a sus reyes solían obedecerles sino cuando les placía y, si enviaban tropas de refuerzo, exigían estar mandados por sus jefes y no luchar más que contra sus vecinos. Se 2
había extendido entonces el rumor de que se los iba a dispersar y deportar a tierras alejadas mezclándolos a otros pueblos. Antes de tomar las armas enviaron unos embajadores que recordaron su amistad y lealtad, anunciando que éstas se mantendrían si no se los provocaba con nuevas cargas; pero que si como a gentes vencidas se les imponía la esclavitud, tenían armas y juventud y un ánimo dispuesto para la libertad o la muerte. Al mismo tiempo hacían ver sus castillos encaramados sobre las rocas, en los que habían concentrado a sus padres y esposas, amenazando con una guerra impracticable, ardua y sangrienta.

47. Pero Sabino les dio una respuesta complaciente mientras reagrupaba sus ejércitos; una vez que llegó de Mesia Pomponio Labeón con una legión, y el rey Remetalces con refuerzos de su pueblo, que no había mudado su lealtad, les añadió las tropas disponibles y marchó contra el enemigo, quien ya había tomado posiciones en las angosturas de los desfiladeros. Se veía algunos más osados en colinas descubiertas, a los que el general romano rechazó sin gran esfuerzo atacán-

487 Comienza la narración del año 26 d. C.

dolos en orden de combate; los bárbaros tuvieron pocas bajas por disponer de vías inmediatas de retirada.
2 Después levantó allí un campamento fortificado y ocupó con una fuerte tropa un monte angosto y de lomo plano que se extendía hasta un castillo próximo guarnecido por un gran contingente armado, no todo él regular. Al mismo tiempo envía arqueros escogidos contra algunos enemigos más decididos, que ante el mismo recinto alborotaban según la costumbre de
3 aquel pueblo con cantos y danzas guerreras. Cuando los arqueros atacaron de lejos, lograron herir abundantemente al enemigo sin sufrir daño; pero cuando se acercaron más, fueron desbaratados por un ataque súbito, y tuvieron que acogerse a la protección de la cohorte sicambra, pronta a los peligros y no menos impresionante por el estruendo de sus armas y cantos, que el romano había dispuesto no lejos de allí.

48. Se trasladó luego el campamento a la proximidad del enemigo, dejándose en las primitivas fortificaciones a los tracios, que ya dije que estaban de nuestra parte. A éstos se les dio licencia para saquear e incendiar, siempre que las razzias tuvieran lugar durante el día, y durante la noche guarnecieran el campamento con asidua vigilancia. Al principio respetaron la orden, pero luego, entregados al exceso y enriquecidos por el pillaje, descuidaban las guardias en el desorden de los festines y vencidos por el sueño
2 y el vino se tumbaban por tierra. Cuando los enemigos advirtieron su despreocupación, prepararon dos columnas; una para lanzarse sobre los contingentes de pillaje, la otra para atacar el campamento romano, no con la esperanza de tomarlo, sino para que nuestros soldados, atentos cada uno a su propio peligro por el griterío y los disparos, no percibieran el estruendo del

otro combate; además habían elegido las tinieblas para
aumentar el terror. Sin embargo, los que atacaban el 3
muro de fortificación fueron fácilmente rechazados;
en cambio, las tropas auxiliares tracias, presas del te-
rror ante el ataque repentino, puesto que sólo una
parte estaba al pie de las fortificaciones mientras la
mayoría andaba errante por el exterior, sufrieron una
matanza, con tanta más saña cuanto que los acusaban
de huidos y traidores que habían tomado las armas
para su propia esclavitud y la de su patria.

49. Al día siguiente Sabino desplegó su ejército en
un lugar llano por si los bárbaros, animados con su
éxito de la noche, se decidían al combate. Pero como
no salían del castillo y colinas cercanas, inició el ase-
dio por medio de reductos oportunamente fortificados.
Luego, con un sistema de fosas y parapetos, los rodeó
en un perímetro de cuatro millas[488]. Entonces, para 2
privarlos de agua y de pastos, empezó poco a poco a
estrechar el cerco, estableciendo un apretado bloqueo;
se estaba construyendo también un terraplén para
poder lanzar desde él piedras, picas y fuego sobre el
enemigo ya próximo. Pero nada fatigaba tanto a los 3
sitiados como la sed, pues una ingente multitud de
combatientes tenía que usar de una sola fuente que
quedaba; al mismo tiempo los caballos y las cabezas
de ganado, encerrados juntos según la costumbre de
aquellos bárbaros, perecían por la escasez de forraje;
a su lado yacían los cuerpos de los hombres que habían
sucumbido a las heridas y a la sed; todo estaba infec-
tado por la sangre corrompida, el hedor y el contagio.

---

[488] Unos seis kilómetros.

50. A esta situación de desastre se unió para colmo de males la discordia, pues unos maquinaban entregarse y otros darse la muerte hiriéndose mutuamente; los había también que aconsejaban no una muerte sin
2 venganza, sino una salida. No sólo la gente llana estaba totalmente dividida entre tales posturas, sino que uno de los jefes, Dinis, que por su avanzada edad y larga experiencia conocía la fuerza y la clemencia romanas, les decía que el único remedio para su aflicción era deponer las armas, y él fue el primero en entregarse al vencedor con su esposa y sus hijos. Lo siguieron las personas débiles por su edad o su sexo y aquellos que tenían más ansias de vida que de glo-
3 ria. En cambio los jóvenes se hallaban divididos entre Tarsa y Turesis. Ambos tenían decidido morir con su libertad, pero Tarsa pedía un final rápido, clamando que había que romper a un tiempo las esperanzas y los miedos, y dio ejemplo clavándose en el pecho su espada; no faltaron quienes buscaron la muerte del
4 mismo modo. Turesis con su gente esperó a la noche no sin que se enterara nuestro general. En consecuencia se reforzaron los retenes con tropas más numerosas. Caía la noche acompañada de un impresionante vendaval, y el enemigo, ya con turbulento griterío, ya con un desolado silencio, había logrado desconcertar a los sitiadores; entonces Sabino se puso a recorrer las formaciones y los exhortaba a que no proporcionaran una oportunidad a los emboscados fiándose de los ruidos ambiguos o de la apariencia de calma, sino que cada cual cumpliera inconmovible con su misión sin disparar más que sobre seguro.

51. Entretanto los bárbaros, bajando en pelotones, ora lanzaban contra la empalizada piedras manejables a mano, palos aguzados al fuego y trozos de árboles, ora

intentaban rellenar las fosas con matojos, cañizos y cadáveres; algunos apoyaban contra los baluartes puentes y escalas previamente fabricados, se agarraban a ellos, intentaban arrancarlos y luchaban cuerpo a cuerpo con sus defensores. Nuestros soldados les respondían hostigándolos con armas arrojadizas, los empujaban con los escudos y lanzaban sobre ellos picas de las que se suelen usar en la defensa de murallas, y
enormes masas de piedras. Dan ánimos a los unos la 2
esperanza de la victoria cercana y el más señalado deshonor en caso de que cedieran; y a los otros la última posibilidad de salvación, la presencia de las madres y esposas de la mayoría y sus lamentos. La noche provocaba a unos audacia, a los otros miedo; inciertos eran los disparos, imprevistos los golpes; el no ver a los suyos ni a los enemigos y el eco de las voces en la fragosidad de la montaña, que las hacía oírse como provenientes de la retaguardia, habían provocado tal confusión que los romanos abandonaron algunos reductos creyendo que habían sido forzados.
Sin embargo no lograron pasar más que unos pocos 3
enemigos; al resto, caídos o heridos los más valientes, los empujaron cuando ya despuntaba el día a la parte más alta del castillo, donde al final se vieron obligados a entregarse. Los habitantes de los alrededores se sometieron voluntariamente; a los que quedaban los salvó el prematuro y recio invierno del monte Hemo de verse sometidos por la fuerza o el asedio.

52. Pero en Roma la casa del príncipe sufrió una conmoción: para comenzar con la serie de maniobras destinadas a terminar con Agripina, fue procesada su prima Claudia Pulcra por acusación de Domicio Afro[489].

[489] Claudia Pulcra era hija de Claudia Marcela y nieta de Octavia, la hermana de Augusto. Gneo Domicio Afro fue cónsul en el 39 d. C.

Acababa éste de desempeñar la pretura, y era hombre de mediocre prestigio y dispuesto a hacerse famoso a costa de cualquier mala acción. Acusaba a Claudia de impudicia, de adulterio con Furnio, de maleficio
2 contra el príncipe y de proyectar envenenarlo. Agripina, que era de siempre un carácter recio, y que entonces estaba inflamada por el peligro que corría su parienta, marchó junto a Tiberio, al que encontró ofreciendo un sacrificio a su padre. Tomando el hecho como ocasión de reproche, le dijo que no era consecuente ofrecer víctimas al divino Augusto y perseguir a sus descendientes; que su divino espíritu no se había transmitido a efigies mudas; ella, su verdadera imagen, nacida de su sangre celestial, entendía su peligro, se ponía de luto. De nada valía poner como pretexto a Pulcra, que se veía perdida por la sola causa de que insensatamente había elegido a Agripina como destinataria de su veneración, olvidando que Sosia [490] había
3 sido aplastada por el mismo motivo. El escuchar estas palabras arrancó un grito —cosa rara— a aquel pecho reservado, y la recriminó diciéndole con un verso griego que no se la hería porque no reinara [491]. Pulcra y
4 Furnio son condenados. Afro fue contado entre los más notables abogados al conocerse su talento, y encima con la confianza del César, que lo llamó orador por propio derecho; en lo sucesivo, dedicado a acusaciones y defensas, fue mayor la fama de su elocuencia que la de su condición moral, si bien en edad avanzada perdió también muchas de sus cualidades oratorias; y es que, menguado en sus facultades, conservaba su incapacidad de callarse.

---

490 Véase 19 y sig.

491 SUETONIO (*Tiberio* 53, 1) recoge más literalmente el sentido de las palabras que Tiberio pronunció: «Si no reinas, hijita, ¿crees que se te hace una injusticia?».

53. Pero Agripina, obstinada en su ira y habiendo caído enferma, cuando el César fue a visitarla lo recibió con un llanto largo y silencioso; luego le habló con rencores y ruegos. Le pidió que socorriera a su soledad, que le diera un marido; le dijo que ella estaba todavía en una juventud lozana, y que las mujeres honestas no tenían otro consuelo que el matrimonio; que había en la ciudad *** [492] dispuestos a acoger a la
esposa de Germánico y a sus hijos. El César, que no 2
ignoraba la gran trascendencia política de la petición, pero que no quería manifestar resentimiento ni temor, la dejó sin respuesta a pesar de la insistencia de Agripina. Esto no aparece recogido en los cronistas, sino que lo encontré en las memorias de su hija Agripina, madre del emperador Nerón, en las que dejó para la posteridad recuerdo de su vida y de las desgracias de los suyos.

54. Por lo demás Sejano aprovechó el dolor e imprudencia de Agripina para golpearla más profundamente, enviándole a quienes con apariencia de ser sus amigos la advirtieron de que se pretendía envenenarla y que debía evitar la mesa de su suegro. Ella, que no sabía fingir, estando un día sentada a su lado, se mantuvo rígida en su expresión y modo de hablar y no tocó alimento alguno, hasta que se dio cuenta Tiberio casualmente o tal vez porque ya había oído algo al respecto; para probarla más a fondo ofreció a su nuera, alabándolas, unas frutas que se acababan de servir. Con esto crecieron las sospechas de Agripina,
y sin llevárselas a la boca se las pasó a los siervos. 2
Sin embargo Tiberio no le dijo nada a la cara, sino que volviéndose hacia su madre le advirtió que no era

---

[492] Laguna en el texto, de una extensión equivalente a unas catorce letras, según KOESTERMANN.

para extrañarse si tomaba medidas algo severas con la que lo acusaba de envenenamiento. De ahí surgió el rumor de que se proponía perderla, y que el emperador, no atreviéndose a hacerlo abiertamente, buscaba el secreto para llevarlo a término.

55. Mas el César, para dar de lado a los rumores, asistía frecuentemente al senado, y escuchó a lo largo de varios días a los legados del Asia que discutían sobre la ciudad en que se había de levantar su templo[493]. Rivalizaban once ciudades, con igual oficiosidad pero distintas fuerzas. Alegaban no muy diversos argumentos en torno a lo antiguo de su linaje y a sus servicios al pueblo romano durante las guerras de
2 Perses, Aristónico y otros reyes[494]. De momento se excluyó a Hipepa, Tralles, Laodicea y Magnesia[495] por sus escasos recursos; tampoco los de Ilio, que invocaban a Troya como ciudad madre de Roma, destacaban por otra cosa que no fuera su antigüedad; se dudó un poco cuando los de Halicarnaso[496] aseguraron que durante mil doscientos años su tierra nunca había sido sacudida por terremotos y que los cimientos del templo se asentarían en roca viva. Se estimó que los de Pérgamo ya habían conseguido bastante con que se situara allí el templo de Augusto, argumento en el que precisamente pretendían apoyarse. También pareció que los de Éfeso y Mileto, unos con el culto de Diana,

---

493 Véase 15.

494 Perses o Perseo, rey de Macedonia, fue vencido por Emilio Paulo en Pidna en el 168 a. C. Sobre Aristónico de Pérgamo véanse notas 296 y 299. Los otros reyes aludidos pueden ser Mitrídates, su hijo Farnaces y los partos.

495 Hipepa estaba en Lidia, Tralles en Caria, Laodicea en Frigia; la Magnesia a que se refiere el texto es la más meridional, junto al río Meandro.

496 Ciudad Doria del SO. de Asia Menor.

los otros con el de Apolo, ya habían colmado el cupo de sus ciudades. En resumidas cuentas, se deliberó 3 entre los de Sardes y los de Esmirna. Los de Sardes leyeron un decreto de los etruscos en el que se los consideraba consanguíneos; se decía, en efecto, que Tirreno y Lido, hijos del rey Atis, se habían dividido su pueblo a causa de su multitud; que Lido se había quedado en las tierras patrias, y que a Tirreno le había tocado buscarse un nuevo asentamiento; que de los nombres de los caudillos venía el de los unos en Asia y el de los otros en Italia; que el poder de los lidios se había acrecentado todavía con el envío de colonias a la región de Grecia que luego tomó el nombre de Pélope. Recordaron también cartas de generales y 4 pactos concluidos con nosotros en la guerra de Macedonia, así como la abundancia de sus ríos, lo suave de su clima y la riqueza de las tierras circundantes.

56. Los de Esmirna, tras remontarse a su antigüedad —ya fuera su fundador Tántalo, hijo de Júpiter, ya Teseo, también de estirpe divina, ya una de las amazonas—, pasaron a los argumentos en que más confiaban: sus servicios al pueblo romano con el envío de una flota no sólo para guerras exteriores, sino también para las sostenidas en Italia, y que ellos habían sido los primeros en erigir un templo a la ciudad de Roma, en el consulado de Marco Porcio [497], cuando ciertamente el poder del pueblo romano era ya grande, pero sin haber llegado todavía a su cima al estar aún en pie la ciudad de Cartago y haber poderosos reyes en Asia. Al tiempo presentaban como testigo a Lucio Sila de 2 que, cuando nuestro ejército se encontraba en situación angustiosa por la aspereza del invierno y su penuria de ropas y ello se anunció en la asamblea de

[497] Catón, en el año 195 a. C.

Esmirna, todos los presentes se habían quitado los vestidos y los habían enviado a nuestras legiones[498].
3 En consecuencia, cuando se preguntó a los senadores su parecer, se decidieron por Esmirna. Propuso Vibio Marso que a Marco Lépido, a quien había correspondido aquella provincia, se le diera un legado supernumerario que cuidara de la construcción del templo. Y como Lépido rehusaba elegir él mismo por modestia, se nombró por suerte al ex pretor Valerio Nasón.

57. Entretanto el César puso en práctica un proyecto largamente meditado aunque muchas veces diferido: marchó a Campania con el pretexto de dedicar un templo a Júpiter en Capua y otro en Nola a Augusto, pero decidido a quedarse a vivir lejos de la Ciudad. La causa de su retiro, siguiendo a la mayoría de los autores, la he atribuido a las artes de Sejano; pero como después de haberlo hecho matar siguió viviendo seis años en semejante apartamiento, me veo muy inclinado a preguntarme si no sería más verosímil atribuírsela a él mismo; porque si en sus actos exteriorizaba su crueldad y sus vicios, le gustaba ejercerlos
2 desde un lugar oculto. Había también quienes creían que en su vejez sentía vergüenza de su físico; la verdad es que tenía una talla elevada, pero flaca y encorvada, la cima de la cabeza calva, la cara llena de úlceras y por lo general untada de medicamentos. También en Rodas acostumbraba a evitar con el retiro los encuen-
3 tros y a esconder sus placeres. Se dice asimismo que había sido empujado por la intemperancia de su madre, a la que no quería como compañera en el reinado y de la que no podía librarse por haber recibido el reinado mismo como un regalo de ella. En efecto, Au-

[498] En la guerra contra Mitrídates, en los años 87-85 a. C.

gusto había dudado de si colocar al frente del estado romano a Germánico, nieto de su hermana[499] y alabado por todos, pero vencido por los ruegos de su esposa, hizo que Tiberio adoptara a Germánico y adoptó él mismo a Tiberio; y Augusta se lo echaba en cara, le pasaba la cuenta.

58. Su partida tuvo un séquito reducido: un solo senador, Cocceyo Nerva, que había sido cónsul[500] y era experto en leyes; aparte Sejano, un caballero romano de los ilustres, Curcio Ático; los demás, gente de estudios, en general griegos, con cuya conversación pensaba entretenerse. Decían los entendidos en astro- 2
logía que Tiberio había salido de Roma en una fase de las estrellas tal que le impediría el regreso; ello fue la causa de la perdición de muchos, que se dedicaron a conjeturarle un rápido final de su vida y a divulgarlo. Realmente no podían prever un caso tan increíble: que por once años se privara voluntariamente de la patria. Más adelante quedó claro cuán 3
estrecho es el confín entre la ciencia y el error, y qué oscuridades ocultaban la verdad. Pues lo de que no regresaría a la Ciudad no lo dijeron temerariamente; en lo demás se revelaron ignorantes, ya que Tiberio, habitando en los campos y costas de las cercanías e incluso a menudo al pie de los muros de la Ciudad, llegó a alcanzar una vejez extrema.

59. Quiso la suerte que por aquellos días un peligro que amenazó al César aumentara los rumores vanos y le proporcionara a él motivo para fiarse más de la amistad y lealtad de Sejano. Estaban comiendo en

---

499 Germánico era hijo de Antonia y, por tanto, nieto de Octavia.

500 En el 24 d. C.

una villa que se llama *Spelunca*, entre el mar de Amiclas y los montes de Fondi, en una caverna natural[501]. Las rocas de su entrada se derrumbaron de repente
2 aplastando a algunos servidores. Cundió el miedo entre todos, y los que asistían al banquete se dieron a la fuga. Sejano, cubriendo al César con sus rodillas, rostro y manos, se opuso a las piedras que caían, y en tal actitud fue hallado por los soldados que habían llegado a prestar ayuda. Se hizo más poderoso con ello, y aunque diera consejos perniciosos, era escuchado con confianza, en la idea de que no lo inquietaban sus pro-
3 pios intereses. Y ya representaba el papel de juez contra la estirpe de Germánico, infiltrando a gentes que asumieran el de acusador, con la consigna de acechar especialmente a Nerón[502], que se hallaba próximo a la sucesión, y que, aunque era un muchacho moderado, olvidaba a menudo lo que por el momento le convenía, dejándose estimular por sus libertos y clientes, ansiosos de conseguir el poder, a mostrar su ánimo erguido y confiado. Le decían que eso era lo que quería el pueblo romano, lo que ansiaban los ejércitos, y que nada se atrevería a hacer en contra Sejano, que a la sazón se insolentaba igualmente con la paciencia de un viejo y la falta de energía de un joven.

60. Estas palabras y otras similares no provocaban en Nerón torcidos pensamientos ciertamente, pero de vez en cuando le salían exclamaciones altivas y poco meditadas que los vigilantes puestos para ello recogían y transmitían exageradas, sin que se diera a Nerón

---

501 *Spelunca* significa, precisamente, «gruta», y de ahí viene el actual nombre de la cercana Sperlonga. Amiclas era un puerto próximo.

502 Recuérdese que se trata del hijo mayor de Germánico, no del futuro emperador.

posibilidad de defenderse; además las inquietudes tomaban formas variadas: unos evitaban su encuentro, 2
otros se apartaban inmediatamente tras devolverle el saludo, y los más interrumpían bruscamente la conversación, ante el acecho y la burla de los partidarios de Sejano. Tiberio lo miraba torvamente o con una falsa sonrisa; ya hablara, ya callara el muchacho, lo acusaba ya por su silencio, ya por sus palabras. Ni siquiera estaba seguro durante la noche, porque su esposa daba cuenta de sus vigilias, sueños y suspiros a su madre Livia, y ella a Sejano. Éste atrajo incluso a su partido a Druso, hermano de Nerón, poniéndole delante la esperanza del principado si lograba quitarse de enmedio a su hermano mayor en edad, pero que ya se tambaleaba. El carácter violento de Druso se en- 3
cendía, además de la ambición del poder y las acostumbradas rivalidades entre hermanos, también por la envidia, porque la madre, Agripina, se inclinaba más hacia Nerón. Sin embargo a Sejano el favorecer a Druso no le impedía preparar también contra él la semilla de la perdición futura, conociendo que era muy irreflexivo y más vulnerable a sus insidias.

61. Al final del año [503] fallecieron dos varones notables: Asinio Agripa [504], de antepasados más ilustres que antiguos y que en su vida se había mostrado a la altura de ellos, y Quinto Haterio, de familia senatorial, celebrado por su elocuencia durante su vida; las producciones conservadas de su talento no se consideran tan importantes. Y es que tenía más ímpetu que arte; y al igual que el meditado trabajo de otros sigue vi-

503 26 d. C.

504 Marco Asinio Agripa, cónsul en el 25 d. C., nieto de Agripa y de Polión.

gente en la posteridad, así también aquel estilo canoro y desbordante de Haterio se extinguió con él.

62. Bajo el consulado de Marco Licinio y Lucio Calpurnio[505] los desastres de las grandes guerras se vieron igualados por una catástrofe imprevista. Su principio y su final se produjeron en un solo momento. Un cierto Atilio, liberto de condición, había emprendido en Fidenas[506] la construcción de un anfiteatro para celebrar espectáculos de gladiadores; pero no le puso cimientos sólidos ni sujetó con firmeza la estructura de madera, pues no andaba sobrado de dinero ni buscaba hacerse popular en el municipio, sino que solamente pretendía con aquel negocio una sórdida ganan-
2 cia. Afluyó la gente, ávida de tales espectáculos, pues bajo el reinado de Tiberio se la había tenido alejada de placeres; hombres y mujeres y de todas las edades, y en mayor cantidad teniendo en cuenta la cercanía del lugar; por ello fue mayor la calamidad: el tinglado estaba abarrotado cuando se desencajó, para luego derrumbarse hacia adentro mientras algunas partes reventaban hacia afuera. A aquella inmensa masa humana que estaba atenta al espectáculo o que se hallaba en el exterior, la arrastró consigo y la se-
3 pultó. El caso fue que los que sufrieron la muerte en el primer momento de la catástrofe al menos con tal suerte escaparon a los tormentos; más pena daban los mutilados a quienes aún no había abandonado la vida, los cuales durante el día trataban de reconocer a sus esposas e hijos con la vista, y en la noche por sus alaridos y llantos. Los que no estaban presentes corrieron al saber la noticia: éste lloraba a su her-

---

505 Comienza la narración del año 27 d. C.

506 *Fidena* o *Fidenae*, a pocos kilómetros al N. de Roma, sobre el Tíber.

mano, aquél a su pariente, otro a sus padres; incluso aquellos que tenían fuera a los amigos o allegados por una razón distinta, estaban llenos de temor; mientras no se supo a quiénes había afectado la desgracia, la incertidumbre hizo mayor el miedo.

63. Cuando se empezó a remover los escombros todos corrían a abrazar a los muertos y a cubrirlos de besos; en muchos casos se producían discusiones si a causa de la desfiguración de los rostros la semejanza de apariencia o de edad provocaba errores en los reconocimientos. Cincuenta mil personas quedaron mutiladas o aplastadas por aquella catástrofe. Un decreto del senado estableció para lo sucesivo que no organizara espectáculos de gladiadores quien tuviera un patrimonio inferior a cuatrocientos mil sestercios[507], y que no se construyeran anfiteatros sobre terrenos que no fueran de comprobada solidez. Atilio fue condenado al destierro. Por lo demás, con ocasión 2
de esta desgracia se abrieron de par en par las casas de los notables y se prodigaron por todas partes los remedios y los médicos; la Ciudad aparecía por aquellos días, a pesar de su aspecto triste, semejante a lo que había sido en tiempo de los antepasados, que tras las grandes batallas cuidaban con larguezas y desvelos a los heridos.

64. Aún no se había borrado la impresión de esta desgracia cuando afectó a la Ciudad un incendio de inusitada violencia que devoró todo el monte Celio. Decían que era un año de maldición y que el príncipe había tomado la decisión de ausentarse con todos los auspicios desfavorables; tal es la costumbre del vulgo, que busca un culpable para los males fortuitos; menos

507 El correspondiente al orden ecuestre.

mal que el César salió al paso con donativos pecunia-
2 rios proporcionados a los daños sufridos. En el senado le dieron las gracias los notables y la fama entre el pueblo, porque sin favoritismos y sin que se lo hubieran rogado sus allegados, había ayudado con su generosidad incluso a los desconocidos y haciendo él mismo
3 que se los llamara. Se añadieron propuestas para que en lo sucesivo el monte Celio se llamara Augusto, puesto que habiendo ardido todo lo que había alrededor, sólo la estatua de Tiberio colocada en la casa del senador Junio había quedado intacta. Se contaba que lo mismo le había sucedido antaño a Claudia Quinta[508], cuya estatua se había librado por dos veces del fuego, por lo que los antepasados la habían consagrado en el templo de la Madre de los Dioses; se decía que los Claudios eran un linaje santo y amado de los númenes, y que había que realzar el culto del lugar en que los dioses habían mostrado tanto honor al príncipe.

65. No me parece extemporáneo contar que aquel monte se había llamado antiguamente Querquetulano, porque era abundante y fecundo en encinas[509]; luego se lo llamó Celio por Celes Vibenna, caudillo del pueblo etrusco que, tras haberle prestado su ayuda, había recibido aquel lugar de Tarquinio Prisco o de cualquier otro de los reyes, pues en este punto disienten los historiadores. Lo demás se sabe con certeza: que aquellas numerosas tropas habitaron también en las llanuras cercanas al Foro, de donde el nombre de la calle Toscana[510], tomado de aquellos extranjeros.

---

[508] Virgen vestal que llevó a Roma en el 204 a. C. la primera imagen de la *Magna Mater* o Cibeles.

[509] El nombre latino de la encina es *quercus*.

[510] El *Vicus Tuscus* se extendía entre el Foro y el Tíber.

66. Pero si el interés de los poderosos y las generosidades del príncipe habían supuesto un consuelo a las desgracias, también la fuerza de los acusadores se hacía mayor y más dañina día a día y sin pausa. Había denunciado a Quintilio Varo, hombre rico y pariente del César, Domicio Afro, el que había logrado la condena de su madre, Claudia Pulcra[511]; a nadie le extrañó el que, tras haber pasado larga penuria y usando mal de la recompensa recientemente conseguida, se dispusiera a nuevas fechorías; en cambio era asom- 2
broso que apareciera como asociado en la delación Publio Dolabela, porque, siendo miembro de una ilustre familia y pariente de Varo, buscaba él mismo la perdición de su propio nobleza y de su propia sangre. Sin embargo el senado resistió y decidió que había que esperar al emperador, el cual era el único refugio momentáneo contra los males acuciantes.

67. Pero el César, tras dedicar los templos de Campania, no sólo advirtió por un edicto que nadie perturbara su descanso, alejando por medio de soldados puestos al efecto la afluencia de ciudadanos, sino que, hastiado de los municipios y colonias y de todos los lugares del continente, se escondió en la isla de Capri[512], separada del extremo del promontorio de Sorrento por un estrecho de tres millas. Me inclino a 2
creer que le gustó especialmente su soledad, porque su litoral no tiene puertos y apenas ofrece unos pocos refugios para embarcaciones pequeñas; además es imposible arribar a ella sin que se enteren quienes la guardan. El clima es suave en invierno por la protección de un monte que detiene la fuerza de los vientos;

511 Véase 52.
512 Capri guarda la entrada S. del Golfo de Nápoles.

su verano, vuelto al céfiro[513], es muy agradable también por el mar abierto que la rodea; además miraba a una bahía hermosísima antes de que la erupción del Vesubio cambiara el aspecto del lugar[514]. Cuenta la tradición que los griegos ocuparon estos lugares, y que
3 Capri fue habitada por los teléboas[515]. Tiberio se instaló allí ocupando doce enormes villas con nombres distintos[516]; cuanto más dedicado estaba antaño a los negocios públicos, tanto más se entregó entonces a excesos ocultos y a un ocio dañino. Conservaba, en efecto, su temeridad para las sospechas y para creer lo que le decían; Sejano, que ya en la ciudad acostumbraba a incrementársela, se la exasperaba ahora con insidias ya no disimuladas contra Agripina y Nerón.
4 Además, un soldado destacado al lado de ellos le daba cuenta, como para una historia, de sus mensajes y visitas, de sus actividades públicas o secretas, e incluso se disponían personas que les aconsejaran escapar a los ejércitos de Germania, o abrazarse a la imagen del divino Augusto en el momento en que más concurrido estuviera el Foro invocando el auxilio del pueblo y el senado. Y estas iniciativas que ellos rechazaban se les echaban en cara como si las estuvieran maquinando.

68. En el consulado de Junio Silano y Silio Nerva[517] hubo un ignominioso comienzo de año al arras-

---

513 Viento del oeste que señala el inicio de la primavera.

514 La gran erupción del Vesubio ocurrió en agosto del año 79 d. C.; es de suponer el aspecto desolador que la zona ofrecería en tiempos de Tácito, sólo unos treinta años más tarde.

515 Pueblo de Acarnania, en el NO. de la Grecia continental.

516 Sabemos por SUETONIO, *Tib.* 65, 2, que eran los nombres de los dioses mayores.

517 Comienza la narración del año 28 d. C.

trarse a la cárcel al caballero romano[518] ilustre Ticio Sabino a causa de su amistad con Germánico. No había dejado de honrar a su esposa e hijos acudiendo frecuentemente a su casa, acompañándolos en público, y quedando él solo de tantos clientes, lo que le valía la alabanza de los buenos y la inquina de los malvados. Se lanzaron contra él Latino Laciar, Porcio Catón, 2
Petilio Rufo y Marco Opsio, todos ellos antiguos pretores ansiosos del consulado, al cual no se llegaba más que por Sejano; y la voluntad de Sejano no se lograba si no con una mala acción. Se acordó entre ellos que Laciar, que tenía un cierto trato con Sabino, le tendiera la trampa y que los demás le asistieran como testigos, para luego iniciar la acusación. En consecuen- 3
cia Laciar empezó por dejarle caer comentarios casuales, luego a alabar su constancia porque, amigo de una casa floreciente, no la había abandonado como los demás al verla en la aflicción; al mismo tiempo pronunciaba alabanzas de Germánico compadeciéndose de Agripina. Y una vez que Sabino —pues los ánimos de los hombres se reblandecen en la calamidad— empezó a derramar lágrimas y a añadir quejas, atreviéndose ya a culpar a Sejano, a su crueldad, soberbia y ambiciones, no se abstuvo tampoco de censurar a Tiberio. Estas conversaciones, en cuanto que habían compar- 4
tido comentarios prohibidos, provocaron la apariencia de una estrecha amistad, de manera que ya Sabino buscaba a Laciar, acudía a su casa y le confiaba sus sufrimientos como al más leal amigo.

69. Deliberaron los que ya nombré sobre el modo en que tales declaraciones podrían hacerse audibles a varios. Pues al lugar en el que se reunían había que

---

518 Recuérdese que eran llamados así los caballeros que poseían un patrimonio propio de senadores.

conservarle la apariencia de soledad, y si se colocaban detrás de las puertas había posibilidad de temores, miradas, ruidos o de sospechas fortuitas. Así que los tres senadores se metieron entre el techo y el artesonado, escondrijo no menos torpe que detestable era su fraude, aplicando sus orejas a los agujeros y ren-
2 dijas. Entretanto Laciar encontró en lugar público a Sabino, y con el pretexto de contarle algo que acababa de saber se lo llevó a su casa y a su dormitorio, y le habló del pasado y del presente, de los que tenía materia sobrada, acumulando sobre él nuevos terrores para el futuro. Lo mismo hizo Sabino y durante más tiempo, porque las amarguras, una vez que salen fuera,
3 difícilmente se callan. Entonces se apresuraron a acusarlo, y escribiendo al César le contaron el desarrollo del fraude y su propio deshonor. Los ciudadanos estaban más ansiosos y llenos de temor que nunca, protegiéndose incluso de sus allegados; se evitaban los encuentros y conversaciones, los oídos conocidos y los desconocidos; incluso se miraba con circunspección a las cosas mudas e inanimadas, a los techos y paredes.

70. Pero el César, en una carta en que, el primero de enero, hacía las invocaciones solemnes del principio de año, arremetió luego contra Sabino, acusándolo de haber corrompido a algunos de sus libertos y de haber atentado contra él, y reclamaba venganza en términos nada oscuros. No hubo demora en decretarla; y cuando marchaba arrastrado tras su condena, en la medida en que podía hacerlo con sus ropas vueltas sobre la cabeza y la cuerda al cuello, gritaba que así se inauguraba el año, que tales eran las víc-
2 timas que caían en honor de Sejano. A dondequiera que dirigía sus ojos, dondequiera que llegaban sus palabras, se producía la huida general, el desierto; las calles y foros estaban vacíos. Pero algunos volvían y

se mostraban de nuevo, temerosos precisamente por haberse asustado. Se preguntaban qué día habría ya 3 libre de suplicios si entre celebraciones sagradas y votos, en una ocasión en que incluso era costumbre abstenerse de palabras profanas, se ponían cadenas y lazos; añadían que Tiberio no había afrontado una acción tan odiosa impremeditadamente; la había buscado y preparado para que no se pensara que algo impedía que los nuevos magistrados, al igual que abrían los templos y santuarios, abrieran también la prisión. Hubo encima carta de Tiberio agradeciendo que hubie- 4 ran castigado a un hombre dañino para el estado, añadiendo que su vida estaba llena de inquietudes y que sospechaba insidias de sus enemigos, pero sin aludir a nadie nominalmente; sin embargo, no se dudaba que se dirigía contra Nerón y Agripina.

71. Si no tuviera yo decidido referir cada suceso en su año correspondiente, me hubiera gustado adelantarme y contar inmediatamente el fin que tuvieron Latinio y Opsio y los demás autores de aquella ignominia, no ya después de que Gayo César alcanzó el gobierno[519], sino todavía en vida de Tiberio; el cual, así como no quería que los servidores de sus crímenes fueran arruinados por otros, también por lo general, saciado y disponiendo de otros voluntarios para la misma tarea, acababa con los antiguos que ya le resultaban insoportables. Pero el castigo de éstos y de otros culpables lo contaremos en su momento. Entonces 2 propuso Asinio Galo, de cuyos hijos era tía materna Agripina, que se pidiera al príncipe que manifestara al senado sus temores y permitiera que se acabara con ellos. Pero Tiberio, de las virtudes que creía tener, 3 ninguna estimaba tanto como la capacidad de disi-

519 En el año 37 d. C.

mulo; por ello tomó más a mal la propuesta de exteriorizar lo que encerraba dentro de sí. Sin embargo lo calmó Sejano, no por amor a Galo, sino esperando el resultado de las vacilaciones del príncipe, pues sabía que, aun siendo lento en la meditación de las cosas, cuando estallaba unía a sus siniestras palabras hechos terribles.

4 Por el mismo tiempo falleció Julia, a la que, siendo su nieta, Augusto había condenado como convicta de adulterio y arrojado a la isla de Trímero[520], no lejos de la costa de Apulia. Allí soportó durante veinte años el exilio sostenida por el apoyo de Augusta, que si bien había arruinado ocultamente a sus hijastros cuando se hallaban en la prosperidad, hacía gala abiertamente de piedad para con ellos en la desgracia.

72. El mismo año los frisios, pueblo de más allá del Rin[521], rompieron la paz por no soportar, más que nuestro dominio, nuestra codicia. Druso[522] les había impuesto un tributo moderado teniendo en cuenta sus estrechos recursos: que suministraran pieles de vacuno para usos militares, sin que nadie tuviera el encargo de controlar su solidez ni medidas; hasta que el primipilar Olennio, encargado de gobernar a los frisios, escogió las pieles de uro[523] como modelo de
2 las que se admitirían. Esto, que resultaba arduo también para los otros pueblos, lo soportaban más a duras penas los germanos, que tienen bosques abundantes en enormes bestias, pero animales domésticos de talla

520 La actual Tremiti, en el Adriático; allí estaba desterrada desde el 8 d. C.

521 En la zona de la costa holandesa.

522 El hermano de Tiberio y padre de Germánico, en el 12 a. C.

523 Toro salvaje que existió en la Europa Central hasta el siglo XVII.

reducida. De manera que al principio entregaban sus propios bueyes, luego sus campos, y al final las personas de sus esposas e hijos como esclavos. De ahí 3
surgió la indignación y las quejas y, después de que no se les socorría, la búsqueda de remedio en la guerra. Los soldados que habían ido a recoger el tributo fueron cogidos y clavados en el patíbulo; Olennio se libró de sus ataques huyendo, y se refugió en un castillo llamado Flevo; había allí una tropa nada despreciable de ciudadanos y aliados que guarnecía la costa del Océano.

73. Cuando lo supo el propretor de la Germania Inferior, Lucio Apronio, hizo venir de la provincia Superior algunas banderas de legionarios y aliados escogidos de a pie y de a caballo, y transportándolos por el Rin llevó ambos ejércitos a la par contra los frisios; entretanto los rebeldes ya habían levantado el sitio del castillo y se habían vuelto a proteger sus tierras. Apronio asegura las marismas próximas con terraplenes y puentes para hacer cruzar a las tropas pesadas. Entretanto, al descubrir un vado, manda que 2
el escuadrón de los canninefates[524] y la infantería germana que militaba entre los nuestros rodee al enemigo por la espalda; pero como éste ya estaba en formación de combate rechazó a los escuadrones aliados y a la caballería legionaria enviada en su ayuda. Entonces se lanzó contra ellos a tres cohortes ligeras, y luego a otras dos, y pasado un cierto tiempo a los escuadrones de caballería. Eran fuerzas bastantes si hubieran atacado a una, pero al llegar con intervalos no restablecían la resistencia de los desbaratados, y además se veían arrastradas por el terror de los que huían. Entregó a Cetego Labeón, legado de la legión V, 3

524 Pueblo situado en la desembocadura del Rin.

lo que quedaba de tropas auxiliares; y él, llevado al peligro por la dudosa posición de los suyos, acabó por enviar mensajeros por los que imploraba la fuerza de las legiones. Se lanzaron los de la V por delante, y rechazando al enemigo en duro combate recuperan a las cohortes y escuadrones diezmados por las heridas. Pero el general romano no buscó la venganza ni sepultó los cadáveres, aunque habían caído muchos de los tri-
4 bunos y prefectos y centuriones notables. Se supo luego por los desertores que en el bosque sagrado llamado de Baduhenna[525] habían perecido novecientos romanos tras aguantar combatiendo hasta el día siguiente, y que otro contingente de cuatrocientos, tras haber ocupado una villa propiedad de Cruptorige, quien había estado antaño a nuestro sueldo, al temer una traición habían caído hiriéndose unos a otros.

74. Se hizo entonces famoso entre los germanos el nombre de los frisios, mientras Tiberio disimulaba los daños sufridos para no confiar a nadie la dirección de una guerra. Tampoco el senado se preocupó de si en regiones extremas se deshonraba al imperio: el miedo por los asuntos de dentro había ocupado los espíritus,
2 y se le buscaba remedio en la adulación. Y así, aunque se los consultaba sobre asuntos diversos, los senadores decretaron un altar a la Clemencia y otro a la Amistad, y a uno y otro lado estatuas de Tiberio y de Sejano; además, con repetidas súplicas les rogaban que les
3 permitieran verlos. Pero ellos no se aproximaron a la Ciudad ni a sus cercanías; les pareció bastante con abandonar la isla y dejarse ver en la zona próxima de Campania. Allí acudieron los senadores, los caballeros y una gran parte de la plebe, llenos de ansiedad ante Sejano, al cual resultaba más difícil acceder y sólo se

525 Divinidad germánica de la que no hay otras noticias.

conseguía por oficiosidad o por participar en sus maquinaciones. Se veía a las claras que su arrogancia se 4
había acrecentado al contemplar aquel vil servilismo al aire libre; y es que en Roma las idas y venidas son algo acostumbrado, y por lo grande de la ciudad no se sabe a qué negocio va cada cual; en cambio allí, tendidos por los campos o la playa sin distinción, soportaban por igual día y noche la amabilidad o la intemperancia de los porteros, hasta que incluso eso se les prohibió. Y se volvieron temerosos a la Ciudad 5
aquellos a quienes no se había dignado hablar ni mirar, y también algunos alegres, en mala hora, pues un duro final amenazaba a su infausta amistad.

75. Por lo demás Tiberio dio en matrimonio a su nieta Agripina, hija de Germánico, a Gneo Domicio, entregándosela él en persona, y ordenó que las bodas se celebraran en la Ciudad. En Domicio, aparte la antigüedad de su linaje, había escogido una sangre emparentada con los Césares; pues podía exhibir como abuela a Octavia y, a través de ella, a Augusto como tío-abuelo [526].

---

[526] Véase nota 382; de este matrimonio nació el Nerón que sería emperador.

LIBRO V

SINOPSIS

— Año 29 d. C. (incompleto).
El resto del año 29, el año 30, y el 31 hasta el 18 de octubre corresponden a la parte perdida de este libro; véase nota 527.

CAPÍTULOS:

1-2. Muerte de Livia. Actitud de Tiberio.
3-5. Se recrudece la tiranía. Intrigas de Sejano y sus efectos sobre la conducta de Tiberio.

LIBRO V

(FRAGMENTO) [527]

[527] Del libro V se conserva solamente un fragmento, su comienzo, que lo es también de la narración del año 29 d. C. La gran laguna que lo limita con el libro VI estuvo durante mucho tiempo mal situada por los editores, que siguiendo la autoridad de Justo Lipsio consideraban que tal libro debía comenzar con el año 32 d. C., en el capítulo que aún hoy conserva la numeración VI 1. Actualmente se piensa —por haberlo prácticamente demostrado así HAASE (en *Philologus* 3 [1848], 155 y sigs.)— que el libro V concluía no con el final del año 31, sino en el 18 de octubre de dicho año, coincidiendo con la ejecución de Sejano. Ello viene a significar que la gran laguna —que supondría la mayoría del libro V— ha de ser situada sobre la que ya se observaba al comienzo de V 6. Naturalmente, razones prácticas han llevado a mantener la antigua numeración aunque se haya alterado la partición tradicional de los libros. La parte perdida abarcaba, pues, un buen resto del año 29, la totalidad del 30 (consulado de Marco Vinicio y Lucio Casio Longino), y el 31 (consulado de Tiberio y Sejano, pronto sustituidos por los *suffecti*) hasta el 18 de octubre. Entre los acontecimientos de tal parte habría que destacar, en el año 29, las condenas de Agripina y su hijo Nerón, desterrados a Pandateria y Ponza, respectivamente; en el año 30, los procesos contra Asinio Galo y Druso, el segundo hijo de Germánico y Agripina, que fue encerrado en una celda del Palatino; ambos procesos marcan la cima del poder de Sejano. En el curso del año 31 se produjo la intentona de Sejano para hacerse con el poder absoluto, su descubrimiento y la ejecución del privado y sus cómplices, sucesos que cerrarían el libro V.

1. En el consulado de Rubelio y Fufio, que tenían
uno y otro el sobrenombre de Gémino[528], Julia Augusta
encontró la muerte a una edad muy avanzada; era de
la más esclarecida nobleza por la familia Claudia y
por su adopción por los Livios y los Julios. Tuvo un
primer matrimonio, e hijos[529], con Tiberio Nerón, que,
fugitivo en la guerra de Perusa[530], al acordarse la paz
entre Sexto Pompeyo y los triúnviros, regresó a la
Ciudad. Después César[531], prendado de su belleza, se 2
la quitó al marido —no se sabe si a disgusto de ella—,
y con tanta precipitación que, sin dejarle siquiera tiem-
po para dar a luz, la introdujo en su hogar embara-
zada. En adelante ya no tuvo descendencia alguna,
pero unida a la sangre de Augusto por el enlace de
Agripina y Germánico[532], tuvo biznietos comunes con
él. De una moralidad a la manera antigua, amable 3
incluso más allá de lo que se consideraba propio en
las mujeres de antaño, madre dominante, esposa com-
placiente, bien acomodada tanto a las artes de su
marido como a la simulación de su hijo. Su funeral 4
fue modesto y su testamento quedó largo tiempo in-
cumplido. Su elogio lo pronunció ante los Rostros su
biznieto Gayo César[533], el que más adelante alcanzó
el poder universal.

2. Ahora bien, Tiberio se excusó por carta de haber faltado a las supremas honras de su madre, sin cam-

---

528 Año 29 d. C.

529 Tiberio y Druso.

530 En el 41-40 a. C., Tiberio Claudio Nerón, primer marido de Livia —luego Julia Augusta—, se puso de parte de los tiranicidas de César, aunque acabó pasándose al lado de Antonio.

531 El futuro Augusto.

532 Recuérdese que Agripina era hija de Julia y nieta de Augusto, y Germánico nieto de Livia por ser hijo de Druso.

533 El futuro emperador Calígula, hijo de Germánico.

biar en nada su ameno modo de vida, con el pretexto de importantes ocupaciones; además, los honores a su memoria generosamente acordados por el senado los atenuó aparentando modestia, aceptando sólo unos pocos y añadiendo que no se le decretara un culto divino,
2 puesto que así lo había querido ella misma. Incluso en un lugar de la misma carta increpó las amistades mujeriles, censurando indirectamente al cónsul Fufio. Había gozado éste de especial aprecio de Augusta por ser hombre hábil en ganarse los ánimos femeninos, pero también dicharachero, y que solía burlarse de Tiberio con gracias amargas, de las cuales suelen los poderosos acordarse largo tiempo.

3. Por lo demás, desde aquel momento la dominación de Tiberio se hizo ya brutal y agobiante. Pues mientras vivió Augusta quedaba todavía un refugio, porque Tiberio tenía un respeto inveterado a su madre y ni Sejano osaba anteponerse a su autoridad; pero entonces se precipitaron como si se les hubiera quitado el freno y se envió al senado una carta contra Agripina y Nerón que la gente creía remitida antes y detenida por Augusta, pues se leyó no mucho después
2 de su muerte. Contenía palabras de calculada aspereza, pero no se los acusaba de intentonas armadas ni de propósitos subversivos, sino que reprochaba a su nieto amores con muchachos y falta de pudor. Contra su nuera, puesto que ni siquiera eso se atrevía a inventar, alegaba lo arrogante de su gesto y su espíritu rebelde, con gran terror y silencio del senado, hasta que unos pocos que ninguna esperanza tenían en la honestidad —y los males públicos son aprovechados por los individuos como ocasión de ganarse gracia—, pidieron que se informara oficialmente; destacó por su interés Cotta Mesalino con una propuesta durísima.
3 Pero los demás notables y especialmente los magistra-

dos estaban temblando, porque Tiberio, aunque había arremetido con violencia, había dejado el resto a la ambigüedad.

4. Había en el senado un tal Junio Rústico, elegido por el César para redactar las actas senatoriales y del que por ello se creía que penetraba sus pensamientos. Dejándose llevar por un movimiento fatal —pues tampoco hasta la fecha había dado muestras de energía—, o bien por una torcida astucia, y olvidando lo que amenazaba por miedo de lo incierto, se alineó entre los dubitantes y aconsejó a los cónsules que no comenzaran el debate; alegaba que en breves momentos cambian las cosas más importantes, y que alguna vez la perdición de ⟨la casa⟩ de Germánico podría ⟨causar⟩ arrepentimiento a aquel anciano[534]. Al mismo 2
tiempo el pueblo, llevando imágenes de Agripina y de Nerón, rodea la curia y con augurios prósperos para el César grita que la carta es falsa y que contra la voluntad del príncipe se pretende acabar con su casa. Y así en aquel día no se tomó ningún acuerdo infausto. Circulaban además bajo el nombre de antiguos cón- 3
sules falsas propuestas contra Sejano, pues muchos se dedicaban a ejercitar en la clandestinidad, y por ello de modo más procaz, la licencia de sus espíritus. De ahí sacó Sejano una ira más violenta y ocasión para 4
inculpaciones: se había despreciado por el senado el dolor del príncipe, el pueblo se había dado a la sedición, ya se escuchaba y se leían arengas revolucionarias y decretos del senado revolucionarios; ¿qué quedaba —decía— sino que tomaran las armas y eligieran jefes y generales a aquellos cuyas imágenes habían seguido como estandartes?

---

534 Texto poco seguro.

5. En consecuencia el César, tras repetir sus ataques contra su nieto y su nuera e increpar a la plebe por un edicto, se quejó ante el senado de que por el fraude de un solo senador se había hecho pública burla de la majestad imperial, pero reclamó para sí el asunto en su integridad. Y ya no hubo más deliberación, no ya para votar las soluciones extremas —pues eso se les había prohibido—, sino tan siquiera para dejar testimonio de que, estando ellos dispuestos a la venganza, se veían impedidos por el poder del príncipe *** [535].

---

535 Se ha perdido el resto del libro V.

LIBRO VI

SINOPSIS

— Año 31 d. C. (caps. V 6 - V 11, parte final e incompleta; véanse notas 527 y 536).
— Año 32 d. C. (caps. 1-14).
— Año 33 d. C. (caps. 15-27).
— Año 34 d. C. (caps. 28-30).
— Año 35 d. C. (caps. 31-39).
— Año 36 d. C. (caps. 40-45).
— Año 37 d. C. (caps. 45-51; hasta la muerte de Tiberio, el 15 de marzo).

CAPÍTULOS:

V 6-9. Secuelas de la ejecución de Sejano.
V 10. El falso Druso.
V 11. Discordancia entre los cónsules.
1-14. Asuntos interiores del año 32. Excesos de Tiberio. Procesos y condenas. Asuntos varios.
15-27. Asuntos interiores del año 33. Muerte de Druso y de Agripina.
28-30. Asuntos interiores del año 34.
31-37. Asuntos del Oriente.
38-39. Sucesos del interior en el año 35.

LIBRO VI

(V 6). *** [536]. Cuarenta y cuatro discursos se pronunciaron sobre el tema, de los cuales unos pocos por miedo, los más por costumbre *** [537]. «*** [538]. Yo pensé 2
que atraería sobre mí la vergüenza o el odio sobre Sejano. La fortuna ha cambiado, y el que lo había escogido como colega y yerno se perdona a sí mismo; los demás, al que sirvieron con su deshonra, lo persiguen con el crimen. Si es más lamentable el verse acusado por amistad o el acusar a un amigo, no me atrevería a decirlo. No probaré la crueldad ni la clemen- 3
cia de nadie, sino que libre y con la conciencia tranquila me adelantaré al peligro. A vosotros os conjuro a que no conservéis mi memoria con más tristeza que alegría, añadiéndome también a quienes con un final egregio lograron escapar a los males públicos.»

---

[536] Los once primeros capítulos de este libro VI llevan numeración referida al V por la razón ya indicada en la nota 527. Narran sucesos de la última parte del año 31 d. C.

[537] El libro, tal como se conserva, se inicia con un párrafo aislado por dos lagunas, que parece corresponder al proceso de Livia, esposa de Druso, el hijo de Tiberio, amante y luego también esposa de Sejano, acusada de complicidad en el envenenamiento del primero.

[538] Laguna de extensión indeterminada. El texto conservado recoge el discurso de despedida de alguno de los amigos de Sejano.

(V 7). Después, según cada cual mostraba deseo de asistirlo o de hablar con él, los retenía a los despedía, y así pasó una parte del día; cuando todavía había muchas personas a su alrededor y todos contemplaban su rostro inalterable creyendo que todavía quedaba tiempo para los últimos menesteres, se lanzó sobre una espada que llevaba escondida en el seno.
2 El César no dirigió al muerto ninguna clase de cargos ni ultrajes, mientras que a Bleso[539] le había hecho abundantes e infames acusaciones.

(V 8). Se trató luego de Publio Vitelio y Pomponio secundo[540]. Al primero lo acusaban los testigos de haber ofrecido a la revolución las llaves del erario, del cual era prefecto, y el dinero del ejército[541]; al segundo le reprochaba el ex pretor Considio la amistad de Elio Galo, que tras el castigo de Sejano se había refugiado en los jardines de Pomponio como en el
2 asilo más seguro. Estos hombres en peligro no tuvieron otro auxilio que la constancia de sus hermanos, que se presentaron como garantes. Luego, tras sucesivos aplazamientos, Vitelio, que estaba agobiado tanto por la esperanza como por el miedo, pidió con excusa de sus estudios un escalpelo[542], se hizo una leve herida en las venas y acabó su vida consumido por la tristeza. En cambio Pomponio, que era hombre de costumbres elegantes y claro ingenio, soportando con entereza la fortuna adversa sobrevivió a Tiberio.

(V 9). Se determinó después castigar a los restantes hijos de Sejano, aunque la ira de la plebe se iba

539 General triunfador y tío de Sejano.
540 Poeta, cónsul en 44.
541 Se trataba del *aerarium militare*.
542 Probablemente de los empleados para tallar cálamos u otros útiles de escribir.

desvaneciendo y los más se habían aplacado ya con los primeros suplicios. Se llevó a la cárcel al hijo, que comprendía lo que les amenazaba, y a la niña, inocente hasta tal punto que preguntó repetidamente por qué delito y a dónde se la arrastraba; decía que ya no lo volvería a hacer y que se la podía castigar con
el azote de los niños. Cuentan los historiadores de la 2
época que, como se consideraba inaudito que una doncella sufriera la pena capital, el verdugo la violó al tiempo que le ponía la cuerda; luego, una vez estrangulados, los cuerpos —a aquella edad— fueron arrojados a las Gemonias.

(V 10). Por el mismo tiempo el Asia y la Acaya se vieron alteradas por un rumor más alarmante que duradero: que se había visto a Druso[543], el hijo de Germánico, en las islas Cíclades y luego en el continente. En realidad era un joven de edad similar, al que algunos libertos del César fingieron reconocer; lo acompañaban fomentando el engaño y atraían a otros, que no estaban en la verdad del asunto, con la fama de su nombre, siendo como son los ánimos de los
griegos dispuestos a lo nuevo y admirable. Decían 2
que tras escapar a la prisión marchaba hacia los ejércitos de su padre; y que iba a invadir Egipto o Siria, y al tiempo se lo inventaban o se lo creían. Ya se veía rodeado por un concurso de jóvenes y por el favor popular, animado por la situación presente y por vanas esperanzas, cuando el asunto llegó a oídos de Popeo Sabino, que, ocupado entonces con el gobierno de Ma-
cedonia, administraba también Acaya. Previniendo lo 3
que pudiera haber de verdadero o de falso, cruzó a

[543] Se hallaba en prisión en Roma; véase nota 527.

toda prisa los golfos de Torona y de Termas [544], pasó luego por Eubea, isla del mar Egeo [545], y el Pireo, en la costa del Ática, eludiendo la de Corinto y las estrecheces del Istmo y arribando a la colonia romana de Nicópolis por el otro mar [546]. Al fin allí supo que, interrogado con especial cuidado sobre quién era, había declarado ser hijo de Marco Silano, y que abandonado por casi todos sus seguidores se había embarcado como si se dirigiera a Italia. Estas noticias las escribió a Tiberio, y yo no he sabido más del origen y final del asunto.

(V 11). Al término del año [547] la discordia entre los cónsules, que había crecido continuamente, acabó por estallar. Pues Trión, al que no le importaba ganarse enemistades y que estaba ejercitado en el foro, había censurado indirectamente a Régulo como poco dispuesto a la represión de los amigos de Sejano. Aquél, que conservaba la mesura si no se lo provocaba, no sólo respondió violentamente a su colega, sino que trataba de someterlo a una investigación por
2 conjuración. Y aunque muchos senadores les rogaron que depusieran aquellos odios que los llevarían a la perdición, permanecieron en su hostilidad y en sus amenazas hasta que abandonaron la magistratura.

---

544 El golfo de Torona es el más occidental de los comprendidos en el «tridente» de la Calcídica; el de Termas es el de Tesalónica.

545 De forma alargada, en dirección NO.-SE., paralela a las costas de Beocia y Ática.

546 En el golfo de Ambracia, cerca de Accio; el «otro mar» es el Jonio.

547 31 d. C.

1. Gneo Domicio y Camilo Escriboniano habían entrado en el consulado[548], cuando el César, atravesando el estrecho que separa Capri y Sorrento, costeaba Campania, dudando de si entrar en Roma o, porque hubiera decidido lo contrario, simulando que iba a venir. Y con frecuencia se acercó a los alrededores llegando hasta sus jardines junto a Tíber, para volverse luego a las rocas y a la soledad del mar por pudor de sus crímenes y pasiones; y es que los había dejado inflamarse hasta un grado tal de licencia, que a la manera de los reyes[549] mancillaba con sus deshonestidades a jóvenes de condición libre. No solamente 2
la belleza y los encantos físicos, sino también la inocencia infantil en unos y en otros la imagen de sus mayores le servían de excitación a sus pasiones. Entonces por vez primera se crearon los antes desconocidos nombres de *sellarii* y *spintriae*[550], tomados de lo obsceno del lugar y de las complicadas lubricidades; tenía dispuestos unos siervos para que le buscaran y trajeran a esos muchachos, usando de regalos para los dispuestos y de amenazas para los que se negaban, y si los retenían sus parientes o sus padres, los tomaba por la fuerza y ejercía sobre ellos sus concupiscencias cual si fueran cautivos de guerra.

2. En Roma, al comenzar el año, como si los crímenes de Livia acabaran de conocerse y no hubieran

---

548 Comienza la narración del año 32 d. C. Aquí había colocado Lipsio el inicio del libro VI; véase la nota 527.

549 Parece que se refiere a los reyes del Oriente, aunque en la mente de los romanos —para la cual *rex* era una palabra de connotaciones negativas— perduraba también la huella de infamia dejada por el último de sus reyes, Tarquinio el Soberbio.

550 SUETONIO (*Tiberio* 43 y sig.) escribe con más explícita morbosidad de las presuntas desviaciones sexuales de Tiberio, y reproduce el segundo de estos términos, que parece significar algo similar a «afeminado».

sido castigados ya tiempo atrás, se presentaban mociones durísimas también contra sus estatuas y su memoria, determinándose también que los bienes de Sejano se quitaran al erario público para pasarlos al tesoro imperial, como si el cambio tuviera trascen-
2 dencia. Presentaban estas mociones los Escipiones y Silanos y Casios, casi con las mismas palabras o con ligeras variantes, pero en términos de gran firmeza, cuando de repente se pasó a escuchar, en medio de burlas, a Togonio Galo, que pretendía insertar su falta
3 de abolengo entre aquellos grandes nombres. Pues pedía al príncipe que escogiera a unos senadores, veinte de los cuales sacados a suerte y con espada al cinto defendieran su persona cuantas veces entrara en la curia. Y es que se había creído lo de la carta en que Tiberio pedía la protección de uno de los cónsules para
4 marchar con seguridad desde Capri a Roma. Sin embargo Tiberio, que solía mezclar el sarcasmo a las cosas serias, dio las gracias a la benevolencia de los senadores, pero preguntando que a quiénes podía omitir y a quiénes escoger, y que si debían ser siempre los mismos o irse turnando; que si debían ser de los que habían desempeñado cargos o de los jóvenes, o si ciudadanos particulares o magistrados; en fin, ¿qué espectáculo supondrían unos hombres con espadas en el umbral de la curia?; además, no apreciaba tanto su
5 vida si tenía que ser protegida por las armas. Esto fue lo que dijo contra Togonio, aunque en términos moderados y sin aconsejar más que la anulación de la moción.

3. En cambio a Junio Galión, que había propuesto que los pretorianos al licenciarse adquirieran el derecho de sentarse en las catorce filas de los caballeros [551],

[551] Las que en los espectáculos estaban reservadas al orden ecuestre.

lo increpó violentamente como preguntándole cara a cara qué tenía él que ver con los soldados; no era justo que éstos recibieran órdenes ⟨sino⟩ de su emperador, ni premios sino de su emperador. Le dijo que 2
él acababa de inventar algo que el divino Augusto no había previsto; ¿o era que, satélite de Sejano, buscaba más bien la discordia y la sedición empujando a aquellos espíritus rudos, bajo el pretexto de un honor, a corromper la disciplina militar? Ésta fue la recom- 3
pensa que tuvo Galión por su rebuscada adulación; al momento fue expulsado de la curia y luego de Italia, y como se le objetaba que iba a soportar fácilmente el exilio en Lesbos, isla importante y amena que él había elegido, fue traído de nuevo a Roma y guardado en las casas de los magistrados. En la misma carta el 4
César dio un golpe al ex pretor Sextio Paconiano, con gran alegría del senado, pues se trataba de un osado malhechor, que espiaba los secretos de todos y había sido elegido por Sejano como ayudante en su emboscada contra Gayo César[552]. Una vez que ello se supo, salieron al exterior los antiguos odios contra él, y ya se lo iba a condenar a muerte cuando declaró que haría una denuncia.

4. Pero cuando arremetió contra Lucanio Laciar, el acusador y el reo, aborrecidos por igual, proporcionaron un espectáculo muy grato. Laciar, como ya conté[553], había sido antaño el protagonista de la trampa tendida a Ticio Sabino, y venía a ser entonces el primero en pagar su culpa. Pero entretanto Haterio 2
Agripa se lanzó sobre los cónsules del año anterior, preguntándoles por qué callaban ahora tras haber intentado mutuas acusaciones[554]; decía que desde luego

552 Calígula.
553 Véase IV 68 y sigs.
554 Véase V 11.

el miedo y la conciencia de culpa parecían unirlos como un pacto, y que no podían ocultar a los sena-
3 dores lo que hubieran oído. Régulo dijo que quedaba tiempo para la venganza, y que la buscaría en presencia del príncipe; Trión respondió que las rivalidades entre colegas y los agravios que en la discordia hubieran podido dirigirse era mejor olvidarlos. Ante la insistencia de Agripa, el ex cónsul Sanquinio Máximo rogó al senado que no aumentaran las cuitas del emperador con rebuscadas amarguras; que él mismo se bastaba para poner los remedios. Así consiguió Régulo
4 salvarse y Trión el aplazamiento de su perdición. Haterio se hizo más odioso porque, demacrado por el sueño o por sus escandalosas vigilias y libre de temor a aquel príncipe cruel precisamente por su embotamiento, preparaba entre las comilonas y los estupros la perdición de varones ilustres.

5. Después, tan pronto hubo oportunidad, Cotta Mesalino, autor de las mociones más crueles y por lo mismo objeto de un odio inveterado, fue blanco de numerosas acusaciones: que había insinuado que Gayo César era de incierta virilidad, y que habiéndose sentado a la mesa entre los sacerdotes el día del cumpleaños de Augusta había dicho que aquélla era una cena fúnebre[555]; que quejándose de la influencia de Marco Lépido y Lucio Arruncio, con los que tenía discusiones por dinero, había añadido: «cierto que a ellos
2 los protegerá el senado, pero a mí mi Tiberillo». Todas estas acusaciones eran confirmadas por los notables de la ciudad, y ante su insistencia apeló al emperador. No mucho después llegó una carta de Tiberio en la que,

---

555 Los comentaristas ven en ello una alusión crítica a la negativa de Tiberio de que se tributaran a su madre honores divinos.

tras recordar a manera de defensa el inicio de la amistad entre él y Cotta, así como sus numerosos servicios, pidió que no se aprovecharan las palabras aviesamente torcidas ni las intrascendentes habladurías de los banquetes para establecer acusaciones.

6. Llamó la atención el principio de aquella carta del César, pues era así: «Qué puedo escribiros, senadores, o de qué modo puedo hacerlo, o qué no debo en absoluto escribiros en esta ocasión, que los dioses y diosas me pierdan peor de lo que me siento perder día a día si lo sé.» Hasta tal punto sus malas acciones e infamias se habían convertido en suplicio también
para él. No en vano el príncipe de la sabiduría[556] solía 2
afirmar que, si se destaparan las mentes de los tiranos, se podrían ver los desgarrones y las heridas, porque al igual que por los azotes se desgarran los cuerpos, así también los espíritus por la crueldad, las pasiones y los malos designios. Y es que a Tiberio ni su fortuna ni sus soledades lo protegían de tener que confesar él mismo los tormentos de su ánimo y su propio castigo.

7. Entonces se dejó al senado la potestad de decidir acerca del senador Cesiliano, que había presentado la mayor parte de las declaraciones contra Cotta, y determinaron imponerle la misma pena que a Aruseyo y Sangunnio, acusadores de Lucio Arruncio. Con ello se hizo el mayor honor a Cotta que, aunque era noble, arruinado por sus excesos y considerado un infame por sus malas obras, se veía igualado por la dignidad de
un castigo a la conducta intachable de Arruncio. Se 2
hizo comparecer luego a Quinto Serveo y Minucio Termo. Serveo, que había desempeñado la pretura, había pertenecido antaño al séquito de Germánico; Minucio, de condición ecuestre, había usado con moderación de

556 Platón.

su amistad con Sejano, motivos que les valieron mayor conmiseración. En cambio Tiberio, increpándolos como especialmente dispuestos a los crímenes, ordenó a Gayo Cestio, padre, que leyera al senado lo que él le había escrito, con lo que Cestio se hizo cargo de la acusación.
3 Fue lo más nefasto que aquellos tiempos tuvieron que soportar: los principales de entre los senadores ejerciendo incluso las delaciones más rastreras, unos a la luz del día, muchos ocultamente; y no se distinguían los extraños de los allegados, los amigos de los desconocidos, lo que era reciente de lo que ya resultaba oscuro por su vejez; se acusaban por igual las palabras dichas sobre el tema que fuera en el Foro y en la mesa, pues algunos se apresuraban a tomar la delantera y a elegir un acusado, otros por protegerse, y los más como
4 contagiados por una enfermedad infecciosa. Pero Minucio y Serveo, una vez condenados, se unieron al número de los denunciantes, con lo que se vieron arrastrados a la misma suerte Julio Africano, perteneciente al pueblo galo de los santonos[557], y Seyo
5 Cuadrato, cuyo orgien no he averiguado. Y no ignoro que la mayoría de los historiadores omitieron contar los peligros y castigos de otros muchos, cansados por su gran número, o bien, dado que a ellos les resultaban excesivos y tristes, temiendo causar similar disgusto a sus lectores. Yo me he encontrado muchos casos dignos de saberse, aunque otros no los hayan divulgado.

8. Por ejemplo, en aquella circunstancia en que los demás habían abdicado con falsía de su amistad con Sejano, se atrevió el caballero romano Marco Terencio, procesado por ella, a sostenerla hablando ante el senado en estos términos: «Seguramente a mi suerte le conviene menos reconocer la acusación que negarla;

---

557 En la zona de Saintes.

pero, suceda lo que suceda, confesaré que no sólo fui amigo de Sejano, sino que busqué serlo, y que tras
conseguirlo me alegré. Lo había visto como colega de 2
su padre en el mando de las cohortes pretorianas, y luego hacerse cargo a un tiempo del gobierno de la Ciudad y del ejército. Sus allegados y afines recibían honores; en la medida en que uno tenía intimidad con Sejano, ganaba en amistad con el César; en cambio, los que estaban contra él se veían agobiados por
miedos y duelos. No tomo a nadie como ejemplo: de- 3
fenderé con mi solo riesgo a todos los que estuvimos al margen de sus últimos planes. En efecto, no servíamos a Sejano el de Bolsena, sino a un miembro de las casas Claudia y Julia, en las que había entrado por alianza familiar; honrábamos a tu yerno, César, a tu colega en el consulado, que desempeñaba tus mis-
mas funciones políticas. No nos toca a nosotros el 4
juzgar a quien encumbras tú sobre los demás ni las causas por las que lo haces: a ti te han otorgado los dioses el juicio último, dejándonos a nosotros la gloria de la lealtad. Por ello miramos a lo que tenemos ante nuestros ojos: quién recibe de ti riquezas y honores, a quiénes das el mayor poder para hacer bien y hacer daño, todo lo cual nadie negará que lo tuvo Sejano. Escrutar los escondidos pensamientos del príncipe y si tiene algún designio secreto es ilícito y peli-
groso; además, nada se podría conseguir. No penséis, 5
senadores, en el último día de Sejano, sino en sus dieciséis años[558]. Incluso a Satrio y a Pomponio los venerábamos; hasta el ser conocido de sus libertos
y porteros se tomaba como algo magnífico. ¿Entonces 6
qué? ¿Se va a conceder a todos esta defensa indiscriminada? No, manténgase en sus justos términos. Que se castiguen las insidias contra el estado, los proyectos

[558] Del 14 al 30.

de asesinato contra el emperador, pues de su amistad y de los deberes inherentes a ella nos absolverá tanto a ti, César, como a nosotros, un mismo final.»

9. La firmeza del discurso y el haberse hallado a uno que se atreviera a declarar lo que todos pensaban para sus adentros tuvieron tal fuerza que sus acusadores, añadidos sus anteriores delitos, fueron castiga-
2 dos con la muerte o el exilio. Siguió luego una carta de Tiberio contra el ex pretor Sexto Vistilio, tan querido por su hermano Druso que lo había trasladado a su cohorte. La causa del resentimiento contra Vistilio fue que o bien era cierto que había compuesto un escrito contra Gayo César *tratándolo de impúdico*, o que se creyó a una acusación falsa. Por tal motivo se le prohibió el acceso a la mesa del príncipe, y tras haber intentado darse muerte con su insegura mano de viejo se ligó las venas y le dirigió un memorial de súplica; al recibir una respuesta inmisericorde se abrió de
3 nuevo las venas. Después fueron denunciados de majestad, en masa, Annio Polión y Apio Silano junto con Escauro Mamerco y Sabino Calvisio[559]; a su padre Polión se añadía además Viniciano; todos ellos eran de claro linaje y también habían ostentado los supremos honores[560]. Los senadores temblaban de miedo, pues ¿cuántos estaban al margen del parentesco o la amistad de tantos ilustres varones?; y menos mal que Celso, tribuno de una cohorte urbana, que en aquella ocasión se contaba entre los testigos, libró a Apio y a
4 Calvisio del peligro. El César aplazó la causa de Polión, Viniciano y Escauro para discernirla él en unión del senado, pero no sin algunas observaciones muy siniestras contra Escauro.

559 Todos antiguos cónsules.
560 Texto inseguro.

10. Ni siquiera las mujeres estaban libres de peligros; y como no se podía acusarlas de pretender hacerse con el estado, se las inculpaba por sus lágrimas; y así fue ejecutada la anciana Vicia, madre de Fufio Gémino, por haber llorado el asesinato de su hijo. Esto era lo que se hacía en el senado. Ante el príncipe 2
no iban las cosas de otro modo: fueron llevados a la muerte Vesculario Flaco y Julio Marino, de los más antiguos de sus allegados, que lo habían acompañado en Rodas y eran sus inseparables en Capri; Vesculario había sido mediador de las insidias contra Libón[561], y Marino había colaborado con Sejano en suprimir a Curcio Ático[562]. Por ello se supo con alegría que habían recaído sus propios ejemplos sobre los que en ellos colaboraran. Por el mismo tiempo falleció el pontífice 3
Lucio Pisón, y de muerte natural, algo raro tratándose de persona tan ilustre; no había sido autor voluntario de ninguna moción servil, y cuantas veces se vio en apuros supo conducirse con prudente moderación. Ya dije que su padre había sido censor; vivió hasta los ochenta años y se había ganado los honores del triunfo en Tracia. Pero su principal gloria le venía de que, siendo prefecto de la Ciudad, desempeñó con admirable tacto un mando recientemente convertido en permanente y especialmente difícil porque se había perdido la costumbre de obedecer.

11. Pues antaño, cuando salían de Roma los reyes y luego los magistrados, para que la Ciudad no estuviera sin gobierno se elegía temporalmente a uno que administrara justicia y pusiera remedio a las situaciones urgentes; se cuenta que Rómulo designó a Dentre Romulio, luego Tulo Hostilio a Numa Marcio y

561 Véase II 27 y sigs.
562 Véase IV 58.

Tarquinio el Soberbio a Espurio Lucrecio. Más tarde los nombraban los cónsules, y queda un simulacro de ello en las Ferias Latinas, cuando se elige a uno que
2 desempeña el poder consular. Después Augusto, durante las guerras civiles, puso a Cilnio Mecenas, del orden ecuestre, al frente del gobierno general de Roma y de Italia. Cuando más tarde se hizo con todo el poder, alegando el crecimiento de la población y la lentitud de los procesos legales, escogió de entre los ex cónsules a unos encargados de reprimir a los esclavos y los desórdenes debidos a la osadía de algunos
3 ciudadanos que no temerían más que la fuerza. El primero, Mesala Corvino, asumió el cargo y lo abandonó en el plazo de unos días, pretextando que no sabía ejercerlo; luego Tauro Estatilio, aunque era de edad avanzada, lo sobrellevó excelentemente; después Pisón, que a lo largo de veinte años lo desempeñó con igual éxito, y que a su muerte fue honrado con un funeral público por decreto del senado.

12. Informó luego al senado el tribuno de la plebe, Quintiliano, acerca de un libro de la Sibila[563] que el quindecínviro Caninio Galo había solicitado que fuera incluido entre los demás de la misma profetisa, reclamando un decreto del senado al respecto. Se accedió a votar sin discusión, pero el César escribió una carta en la que reprochaba moderadamente al tribuno, que desconocía las costumbres antiguas a causa de su
2 juventud. A Galo le echaba en cara el que, siendo veterano en el conocimiento de los ritos, y de autor desconocido el libro, antes de que el colegio se pronunciara y sin haberse leído y valorado, según costumbre, el vaticinio por los maestros, lo hubiera llevado a una sesión poco concurrida del senado. Recordó al

[563] Véase nota 142.

mismo tiempo que, como circulaban muchas profecías vanas bajo aquel nombre prestigioso, había determinado Augusto un plazo para presentarlas al pretor urbano, prohibiéndose su tenencia privada. Pero que 3
también los antepasados lo habían decretado tras el incendio del Capitolio en la guerra social; que habían buscado en Samos, en Ilio, en Eritras[564], incluso por Africa y Sicilia y por las colonias itálicas los vaticinios de la Sibila —ya que hubiera sido una sola o varias[565]—, encargándose a los sacerdotes la misión de que, en la medida de las posibilidades humanas, discernieran los verdaderos. En consecuencia, también entonces se sometió aquel libro al examen de los quindecínviros.

13. En el mismo consulado[566] se llegó al borde de la sedición por la carestía del trigo, y durante varios días en el teatro se dirigieron al emperador muchas quejas y con más licencia que la acostumbrada. Tiberio, alterado por ello, reprochó a los magistrados y al senado que no hubieran reprimido al pueblo con su pública autoridad, recordando luego de qué provincias y en cuánto mayor cantidad que Augusto hacía venir el abastecimiento de trigo. En consecuencia se 2
elaboró un decreto del senado dirigido a castigar al pueblo según la antigua severidad, y sin mayor tardanza los cónsules publicaron un edicto. El silencio de Tiberio no se tomaba, contra lo que él creía, como una señal de civismo, sino de soberbia.

---

564 Ciudad de Asia Menor, en la Jonia, donde existió una Sibila.

565 Se contaban en la Antigüedad hasta diez Sibilas, si bien las cuatro más famosas eran la de Cumas, la de Delfos, la de Libia y la de Eritras.

566 Año 32 d. C.

14. Al final del año cayeron Geminio, Celso y Pompeyo, caballeros romanos, víctimas de la acusación de conjuración[567]. Geminio se había ganado la amistad de Sejano por su prodigalidad y su vida muelle, pero no valía para nada serio. El tribuno Julio Celso estando en la cárcel extendió su cadena, se la pasó al cuello, y tirando hacia el otro lado se quebró él mismo el pes-
2 cuezo. A Rubrio Fabato, con el pretexto de que desesperado de la situación romana pensaba acogerse al asilo de los partos, se le puso una guardia; cierto es que, descubierto en el estrecho de Sicilia y traído de nuevo por un centurión, no daba explicación verosímil de su largo viaje; sin embargo salvó la vida, más por olvido que por clemencia.

15. En el consulado de Servio Galba y Lucio Sila[568], tras mucho pensar a quiénes elegiría como maridos de sus nietas, el César, dado que urgía la edad de las doncellas, escogió a Lucio Casio[569] y a Marco Vinicio[570]. Vinicio era de estirpe municipal, nacido en Cales[571], y su padre y su abuelo habían sido cónsules; por lo demás, era de una familia ecuestre, y hombre de natural amable y refinada elocuencia. Casio pertenecía a una familia plebeya de Roma, pero antigua y honrada; educado por su padre en una disciplina severa, era más celebrado por su complacencia que por su actividad. Unió con éste a Drusila y con Vinicio a Julia, ambas hijas de Germánico, y con tal ocasión dirigió una carta al senado con alabanzas moderadas a aque-
2 llos jóvenes. Después, tras exponer en términos bas-

567 En relación con Sejano, naturalmente.
568 Comienza la narración del año 33 d. C.
569 Cónsul en el 30 d. C.
570 Cónsul en el 30 y en el 42 d. C.
571 Colonia romana de Campania.

tante vagos las causas de su ausencia, pasó a cuestiones más graves y a los rencores que había afrontado por la república; pidió también que sólo Macrón, el prefecto[572], y unos pocos de los tribunos y centuriones lo acompañaran cada vez que él entrara en la curia. Se hizo un decreto del senado en términos 3
amplios y sin prescripción de la naturaleza o el género de sus guardias; pero nunca volvió a pisar un edificio de la Ciudad, y mucho menos el lugar del público consejo, errante en torno a su patria, casi siempre por caminos extraviados y evitándola.

16. Entretanto, una gran multitud de acusadores se lanzó sobre quienes aumentaban sus caudales con la usura, contraviniendo una ley del dictador César en la que se pone límite al crédito y a la posesión dentro de Italia, olvidada desde tiempo atrás porque el bien público se pospone al beneficio privado. Desde luego, era viejo en la Ciudad el mal de la usura, y causa muy repetida de sediciones y discordias, por lo que ya se la reprimía en los tiempos antiguos, en los que las costumbres estaban menos corrompidas. Así, en pri- 2
mer lugar, en las XII Tablas se estableció que nadie ejerciera el préstamo con un interés superior a una onza[573], cuando antes se procedía según el capricho de

[572] Del pretorio, cargo que tenía a sus órdenes a la guarnición de Roma.

[573] La interpretación de *unciario faenore* es discutida, y por ello hemos optado por una traducción literal y ambigua. Según el cálculo de Niebuhr, aceptado por Mommsen, se trata de una onza —es decir, una doceava parte— para el viejo año de diez meses, lo que vendría a suponer 8,33 por 100 para tal año y 10 por 100 para el de doce meses. Sin embargo, también se ha pensado en un doceavo mensual, lo que supondría un 100 por 100 anual, e incluso en un 1 por 100 anual, lo que no concordaría con las quejas contemporáneas sobre lo excesivo de los intereses.

los ricos; luego, a propuesta de los tribunos, se lo rebajó a media onza; por último, se prohibió el interés[574]. Y con muchos plebiscitos se salió al paso de los fraudes que, tantas veces reprimidos, resurgían por
3 medio de mañas asombrosas. Pero entonces el pretor Graco, a quien había correspondido la instrucción de tal asunto, obligado por la multitud de los que se veían en peligro, dio parte al senado, y los padres, asustados —pues nadie estaba libre de culpa—, pidieron gracia al príncipe; él se la concedió, y se estableció un plazo de un año y seis meses dentro del que, según las disposiciones de la ley, cada cual debía arreglar sus cuentas patrimoniales.

17. De ahí surgió una escasez de numerario, al reclamarse a un tiempo todas las deudas, y porque, habiendo sido tantas las condenas seguidas de subasta de bienes, la plata amonedada estaba retenida por el fisco o el erario[575]. Ante ello, el senado había prescrito que cada cual invirtiera en tierras de Italia[576] los dos
2 tercios del dinero prestado. Ahora bien, los acreedores

---

[574] El término que Tácito emplea es *uersura*, que normalmente suele designar a un préstamo que se toma para saldar otro, un sentido difícilmente admisible aquí. Como, por otra parte, consta que el préstamo no estaba expresamente prohibido, hemos optado por entender que la medida mira al interés y no a la actividad crediticia en sí.

[575] El proceso normal en condenas que implicaban confiscación era la pública subasta de bienes, cuyo importe pasaba, según los casos, al fisco imperial o al erario público. Por tal motivo había escasez de capitales monetarios, justo en el momento en que la orden de pagar las deudas hacía de la moneda instrumento necesario de compensación.

[576] La medida trata, por una parte, de favorecer el desarrollo del campo de Italia, deprimido por la competencia de las provincias, forzando su capitalización, y por otra facilitar a los terratenientes endeudados la adquisición de moneda con que saldar sus créditos.

reclamaban la totalidad, y no resultaba decente para aquellos a quienes se reclamaba el hacer menguar su crédito[577]. Y así, empezaron con visitas y ruegos, luego se alborotó el tribunal del pretor, y las medidas que se habían arbitrado como remedios —la venta y la compra— se tornaban contraproducentes, puesto que los prestamistas se habían guardado todo el dinero
para comprar las tierras. A la abundancia de ventas 3
siguió la caída de los precios; cuanto más cargado de deudas estaba uno, mayor dificultad hallaba para vender sus parcelas, y se derrumbaban las fortunas de muchos. El desfondamiento de los patrimonios familiares estaba dando al traste con la dignidad y la reputación, cuando el César prestó su ayuda repartiendo por las bancas cien millones de sestercios[578], autorizándose su préstamo sin intereses durante tres años, si previamente el deudor ofrecía al pueblo[579] una garantía
del doble en predios. Así se restauró el crédito, y poco 4
a poco se encontraron también prestamistas particulares. Pero no se realizó la compra de tierras según el tenor del decreto del senado, pues casi siempre ocurre que, tras unos comienzos enérgicos, al final se impone la indiferencia.

18. Volvieron luego los anteriores miedos cuando se procesó por majestad a Considio Próculo; estaba libre de todo temor celebrando su cumpleaños, y en un momento fue arrastrado a la curia, condenado y

---

577 Cuenta Suetonio (*Tiberio* 48) que de manera paralela a la de compra de tierras por los prestamistas, se dio la orden de que los deudores pagasen inmediatamente dos tercios de lo que debían; ante la reclamación del total, los afectados sentían reparo en presentar denuncia en cuanto que ello significaba una confesión de insolvencia.

578 Del erario público.

579 Es decir, al erario del Estado.

muerto; a su hermana Sancia se la condenó a interdicción del agua y el fuego por acusación de Quinto Pomponio. Era éste un hombre de carácter intrigante y alegaba que hacía esto y cosas parecidas para ganarse ante el César gracia con que socorrer el peligro de su
2 hermano Pomponio Secundo. También se decide el exilio contra Pompeya Macrina, a cuyo marido Argólico, y a cuyo suegro, Lacón, aqueos muy notables, había perseguido el César; también su padre, que era un caballero romano ilustre, y su hermano, que había sido pretor, al verse amenazados de condena se dieron a sí mismos la muerte. Se les achacaba como culpa el que a Teófanes de Mitilene[580], su bisabuelo, lo había tenido Gneo Pompeyo Magno entre sus íntimos, y, que muerto Teófanes, la adulación griega le había tributado honores celestiales.

19. Tras ellos, es denunciado Sexto Mario, el hombre más rico de las Hispanias, de haber cometido incesto con su hija, y se lo despeña desde la roca Tarpeya; y para que no hubiera dudas de que le habían ganado la desgracia sus enormes riquezas, sus minas de oro y ⟨plata⟩, aunque fueron confiscadas[581], se las
2 reservó Tiberio para sí. Luego, excitado por estos suplicios, mandó que todos los que estaban en la cárcel acusados de complicidad con Sejano fueran ejecutados. Podía verse por tierra una inmensa carnicería: personas de ambos sexos, de toda edad, ilustres y desconocidos, dispersos o amontonados. No se permitió a los parientes o amigos acercarse ni llorarlos, y ni siquiera contemplarlos durante mucho tiempo, antes bien se

[580] Historiador al que Pompeyo había concedido la ciudadanía romana.

[581] De la importancia de estas minas da idea el nombre de *Mariani Montes* que llevó antiguamente la Sierra Morena.

dispuso alrededor una guardia que, atenta al dolor de cada cual, seguía a los cuerpos putrefactos mientras se los arrastraba al Tíber, donde si flotaban o eran arrojados a la orilla no se dejaba a nadie quemarlos ni tocarlos siquiera. La solidaridad de la condición humana había quedado cortada por la fuerza del miedo, y cuanto más crecía la saña, tanto más se ahuyentaba la piedad.

20. Por el mismo tiempo Gayo César[582], que acompañaba a su abuelo en su retiro de Capri, tomó en matrimonio a Claudia, hija de Marco Silano. Aquel hombre ocultaba un ánimo feroz bajo una engañosa modestia, sin que hubiera alterado el tono de su voz la condena de su madre ni el exterminio de sus hermanos[583]; según tuviera el día Tiberio, él adoptaba un aire igual, y con palabras no muy distintas a las suyas. De ahí el agudo y tan divulgado dicho del orador Pasieno de que «nunca fue mejor el esclavo ni peor el
señor». No quisiera omitir un presagio de Tiberio acer- 2
ca de Servio Galba[584], que entonces era cónsul. Haciéndolo llamar lo tentó con observaciones diversas, para luego decirle en griego algo así como: «También tú, Galba, probarás algún día el imperio», significando su reinado tardío y breve gracias a sus conocimientos de las artes de los caldeos[585]. Tiberio había dedicado a aprenderlas su ocio en Rodas bajo el magisterio de Trasilo, cuya pericia probó del modo siguiente.

21. Cuantas veces hacía consultas sobre este tema, utilizaba una parte alta de la casa y la complicidad

582 Calígula.
583 Se refiere a Agripina, y a Nerón y Druso.
584 El fugaz emperador que sucedió a Nerón en el año 68.
585 La adivinación astrológica.

de un solo liberto. Éste, que era ignorante de las letras y físicamente muy fuerte, por una zona impracticable y escarpada —pues la casa está colocada sobre rocas— marchaba delante de aquél cuyas artes había decidido Tiberio probar, y al volver, si había surgido la sospecha de falsedad o de engaño, lo arrojaba al mar que debajo estaba, para que no quedara un testigo de su secreto.
2 Así fue llevado también Trasilo a las mismas peñas, y como al interrogarlo le causó gran impresión adivinándole clarividentemente su imperio y el futuro, le preguntó Tiberio si también había averiguado su propio horóscopo, y qué le correspondía en aquel año y aquel día. Midió él la posición y los espacios de los astros y primero se quedó vacilante, luego se llenó de terror y, cuanto más calculaba, más y más temblaba de admiración y miedo; al fin exclama que lo amenaza un
3 riesgo ambiguo y casi extremo. Entonces Tiberio, abrazándolo, lo felicita porque había previsto los peligros y porque iba a salir de ellos incólume; y tomando lo que él había dicho como un oráculo, lo incluye entre sus amigos íntimos.

22. Pero yo, cuando oigo estas y otras historias parecidas, no sé si pensar que las cosas de los mortales ruedan según el hado y una necesidad inmutable o bien según el azar. Desde luego, a los más sabios de los antiguos y a los que siguen sus escuelas los hallarás divididos: muchos tienen la idea de que ni nuestros principios ni nuestro fin ni, en suma, los hombres son objeto de la preocupación de los dioses y que por eso con mucha frecuencia les ocurren desgracias a los
2 buenos y prosperidades a los malos[586]. En cambio otros[587] creen que hay un hado congruente con la his-

---

586 Opinión de los epicúreos, que eran antiprovidencialistas.
587 Los estoicos.

toria, pero no derivado de las estrellas errantes, sino vinculado a los principios y nexos de las causas naturales; y que, sin embargo, nos dejan la elección de la vida, y una vez elegida ésta es invariable la sucesión de acontecimientos; que no son bienes ni males los que el vulgo así considera, que muchos que parecen agobiados por la adversidad son felices, y que, por el contrario, muchos otros, aun en medio de grandes riquezas, son muy desgraciados, si los primeros soportan con entereza el peso de la fortuna y los
segundos usan sin seso de su bienestar. Por lo demás, 3
a la mayoría de los mortales no se les quita la idea de que en el mismo momento de nacer cada cual se le adjudica un futuro, pero que algunas cosas ocurren de modo distinto a como se han predicho por las falacias de los que no saben lo que dicen, y que así se corrompe el arte adivinatoria, de la cual tanto la edad antigua como la nuestra ofrecen resplandecientes do-
cumentos. Desde luego, el hijo de este mismo Trasilo 4
predijo a Nerón el imperio, según se recordará en su momento[588], pues no quiero apartarme más de mi propósito.

23. En el mismo consulado se supo de la muerte de Asinio Galo, que sin duda alguna había perecido por falta de alimento; si voluntariamente o por necesidad, se consideraba incierto. Consultado el César sobre si permitía que lo sepultaran, no sintió vergüenza de autorizarlo ni de lamentar incluso las circunstancias que se habían llevado al reo antes de que hubiera sido declarado convicto públicamente; es decir, como si en tres años no hubiera habido tiempo bastante para que compareciera a juicio un viejo ex cónsul, padre de tan-

588 XIV 9.

2 tos cónsules [589]. Luego se extinguió Druso [590], tras sostenerse por nueve días royendo el relleno de su cama, triste alimento. Cuentan algunos historiadores que estaba ordenado a Macrón, para el caso en que Sejano intentara el complot armado, sacar al muchacho de la cárcel —pues estaba detenido en el Palacio— y ponerlo a la cabeza del pueblo [591]. Más tarde, cuando se extendió el rumor de que el César se iba a reconciliar con su nuera y su nieto, prefirió Tiberio la crueldad al arrepentimiento.

24. Es más, se ensañó con el muerto reprochándole que había deshonrado su cuerpo y que había tenido pensamientos perniciosos para los suyos y dañinos para el estado. Mandó además que se leyera la relación de sus hechos y dichos escrita día por día, lo cual pareció lo más atroz de todo; que hubieran estado junto a él por tantos años personas encargadas de tomar nota de su expresión, de sus gemidos, incluso de lo que a escondidas murmuraba, y que su abuelo hubiera sido capaz de oírlo, de leerlo, de darlo a la publicidad, apenas resultaba creíble, si no fuera porque las cartas del centurión Attio y del liberto Dídimo daban los nombres de los siervos que en cada ocasión habían empujado a Druso amenazándolo cuando trataba de
2 salir de su cámara. El centurión había añadido incluso sus propias palabras, llenas de saña, como si fuera algo

589 Galo se hallaba procesado desde el año 30, época correspondiente a la parte perdida del libro V. Había sido cónsul en el año 8 a. C., y lo fueron también varios de sus hijos.

590 El segundo de los hijos de Germánico.

591 Las órdenes eran, naturalmente, de Tiberio, que aunque tenía a su sobrino-nieto (y nieto adoptivo) en prisión, estaba dispuesto a hacerlo su sucesor en el caso de que Sejano intentara hacerse violentamente con el poder; véase SUETONIO, *Tiberio* 65.

que lo honrara, y también las del moribundo; con ellas había simulado en un primer momento estar alienado, dirigiendo a Tiberio frases de mal augurio como en medio de la demencia; más tarde, cuando ya había desesperado de la vida, lanzaba contra él imprecaciones terribles, estudiadas y preparadas, deseándole que, tal como había acabado con su nuera, con el hijo de su hermano, con sus nietos, y llenado toda su casa de matanzas, así tuviera un día que responder de sus delitos ante el nombre y el linaje de sus mayores y ante
la posteridad. Murmuraban los senadores fingiendo 3
abominar de tales agüeros; pero por dentro sentían terror y admiración de que aquel hombre, antes astuto y dado a mantener en la oscuridad sus crímenes, hubiera llegado a tal extremo de desvergüenza que, como quitando las paredes, mostrara a su nieto bajo el azote de un centurión, entre los golpes de unos esclavos, suplicando en vano alimento en el momento extremo de su vida.

25. Aún no se había desvanecido este dolor cuando se supo de la muerte de Agripina [592]. Tengo la impresión de que una vez que fue muerto Sejano había prolongado su vida sostenida por la esperanza, pero que al ver que la saña no remitía en absoluto se dejó extinguir voluntariamente; eso, si no se simuló, negándole los alimentos, un final que pareciera voluntariamente esco-
gido. Desde luego Tiberio se encendió en más que in- 2
famantes acusaciones contra ella, tachándola de impúdica, de haber adulterado con Asinio Galo y de haberse visto empujada al hastío de la vida por la muerte del mismo. Pero Agripina, que no soportaba a un igual y

[592] Desde el año 29 —parte perdida del libro V— estaba desterrada en la isla de Pandateria, en el Tirreno, entre Ponza y Nápoles.

que estaba ávida de dominio, había abandonado, con sus preocupaciones propias de un hombre, los vicios
3 propios de las mujeres. Como murió el mismo día en que dos años atrás Sejano había pagado sus culpas, el César añadió que de eso había que dejar constancia, jactándose de que no había muerto estrangulada por el lazo ni había sido arrojada a las Gemonias. Con tal motivo se hizo una acción de gracias y se decretó que el 18 de octubre, día en que uno y otro habían perecido, se consagrara una ofrenda todos los años a Júpiter.

26. No mucho después Cocceyo Nerva[593], uno de los acompañantes asiduos del príncipe, experto en derecho religioso y civil, encontrándose en plena prosperidad y buena salud decidió darse la muerte. Cuando Tiberio lo supo, no dejaba de abordarlo preguntándole las causas y añadiendo también ruegos; le confiesa, en fin, que va a ser un peso para su conciencia y para su fama si su más íntimo amigo, sin razón alguna
2 para morir, huye de la vida. Nerva se negó a hablar con él y persistió en su ayuno. Decían quienes conocían sus pensamientos que por la ira y el miedo que le producía el ver tanto más de cerca los males de la república, había querido un final honrado
3 mientras todavía se hallaba entero y en paz. Por lo demás, la perdición de Agripina —lo que apenas parece creíble— arrastró consigo a Plancina[594]. Casada antaño con Gneo Pisón, no había ocultado su alegría por la muerte de Germánico; cuando cayó Pisón se vio

[593] Marco Cocceyo Nerva, cónsul en el 24 d. C. y abuelo del futuro emperador (96-98 d. C.). El texto es discutido, aunque en un punto no esencial; traducimos el de KOESTERMANN.

[594] Recuérdese que era la esposa de Pisón, el rival y presunto instigador del envenenamiento de Germánico; véase, especialmente, II 42.

defendida por los ruegos de Augusta y, no menos, por la enemistad de Agripina. Cuando el odio y la gracia cesaron, la justicia se impuso, y procesada por bien conocidas acusaciones, sufrió de su propia mano un castigo más tardío que inmerecido.

27. En una ciudad enlutada por tantos duelos también fue motivo de tristeza el que Julia, la hija de Druso que había sido esposa de Nerón[595], entrara por matrimonio en la casa de Rubelio Blando, de cuyo abuelo, caballero romano de Tívoli, se acordaba casi
todo el mundo. Al final del año[596] se honró con un fu- 2
neral solemne la muerte de Elio Lamia[597], que, relevado al fin de su puramente nominal gobierno de Siria, había luego ocupado la prefectura de la Ciudad. Era de familia ilustre y había tenido una vejez llena de vitalidad; además, el que no se le hubiera permitido gobernar su provincia había aumentado su prestigio.
Después, al morir el propretor de Siria Flaco Pom- 3
ponio[598], se leyó una carta del César en la que se quejaba de que los hombres más destacados y los más idóneos para mandar los ejércitos declinaban ese cometido, y que en tal situación se veía en la necesidad de suplicar para que algunos ex cónsules se vieran obligados a tomar el gobierno de provincias; y ello olvidando que ya hacía diez años que impedía a Arrun-
cio[599] que marchara a Hispania. Murió también aquel 4
año Marco Lépido[600], de cuya prudencia y sabiduría ya dije bastante en los libros precedentes. Tampoco su nobleza precisa de mayor demostración; cierto que

595 Véase III 29.
596 33 d. C.
597 Cónsul en 3 d. C.
598 Cónsul en 17 d. C.
599 Cónsul en 6 d. C.
600 Cónsul en 6 d. C. Véase, especialmente, IV 20.

el linaje Emilio fue fecundo en buenos ciudadanos, y que en esa familia incluso los de costumbres corrompidas conocieron una fortuna ilustre.

28. Durante el consulado de Paulo Fabio y Lucio Vitelio[601], tras un largo ciclo de siglos, llegó a Egipto el ave fénix, proporcionando ocasión a los más doctos de aquella tierra y de Grecia para muchas observaciones sobre aquel hecho maravilloso. Deseo decir algo sobre los puntos en que concuerdan y sobre otros —los más— que resultan ambiguos pero que merecen co-
2 nocerse. Este animal está consagrado al Sol, y cuantos han representado su figura están de acuerdo en que por su cabeza y el color de su plumaje se diferencia de todas las demás aves; sobre el número de
3 sus años hay varias opiniones. Se habla con mayor frecuencia de un período de quinientos, pero hay quienes fijan el intervalo en mil cuatrocientos sesenta y uno; dicen que las aves anteriores se vieron la primera vez en el reinado de Sesosis, luego en el de Amasis, después en el de Ptolomeo, tercer rey descendiente de los Macedonios[602], volando hacia la ciudad que lleva por nombre Heliópolis[603] y acompañadas por un gran cortejo de otras aves, admiradas del insólito
4 aspecto del fénix. Pero los tiempos antiguos resultan oscuros; entre Tolomeo y Tiberio pasaron menos de doscientos cincuenta años[604]. De ahí que muchos consideraran falso este fénix, que no procedía de tierra de Arabia y que no había hecho ninguna de las cosas

---

601 Comienza la narración del año 34 d. C.

602 Sesosis parece ser el faraón Seti I (1318-1298 a. C.); Amasis reinó de 568 a 525 a. C.; el Tolomeo aludido es el II, Evergetes, que reinó de 247 a 221 a. C.

603 Antigua ciudad, centro del culto solar, situada en el inicio del Delta, en las cercanías del actual El Cairo.

604 Error por defecto en el cálculo de Tácito.

documentadas por la memoria de la antigüedad. Y es 5
que al completar el ciclo de sus años, cuando la muerte
ya se le acerca, se dice que construye su nido en su
tierra y que le infunde la energía generadora de la
que surge su sucesor; que cuando éste se desarrolla se
ocupa ante todo de sepultar a su padre, y no de cual-
quier manera, antes bien, que toma una carga de
mirra, y tras haberse experimentado en largas pere-
grinaciones, cuando es capaz de llevarla y se siente
capaz para el viaje, toma sobre sí el cuerpo, lo trans-
porta al altar del Sol y allí lo quema. Todo esto es 6
incierto y está exagerado en términos fabulosos; por
lo demás, no se duda de que alguna vez se ve tal ave
en Egipto.

29. Pero en Roma continuaban las matanzas, y
Pomponio Labeón, de quien ya conté que había go-
bernado la Mesia[605], se desangró abriéndose las venas;
siguió su ejemplo su esposa Paxea. Tales muertes bus-
cadas eran efecto del miedo al verdugo, pues si a los
condenados se les confiscaban los bienes y se les
negaba la sepultura, los que tomaban tal decisión
sobre sí mismos sabían que sus cuerpos serían sepul-
tados y que se respetarían sus testamentos como pre-
mio al haberse adelantado. Pero el César escribió al 2
senado que los antepasados tenían por costumbre,
cuando terminaban con una amistad, impedir la en-
trada en la propia casa a la persona en cuestión, po-
niendo con ello fin a tal relación; que él había reanu-
dado la costumbre con Labeón, y que éste, que se
veía acosado por la mala administración de la pro-
vincia y por otras imputaciones, había disimulado su
culpa con algo que provocaba rencores contra él y
que sin motivo se había alarmado su esposa, la cual

605 Véase IV 47.

3 aunque había hecho daño, no corría peligro. Fue perseguido luego de nuevo Mamerco Escauro, ilustre por su nobleza y por sus dotes de abogado, pero infame por su vida. Ningún daño le hizo su amistad con Sejano, pero lo perdió el no menos pernicioso odio de Macrón, que ejercía las mismas artes con más disimulo, y que había denunciado el argumento de una tragedia escrita por Escauro[606], llamando además la atención sobre unos versos que podían referirse a Ti-
4 berio. De todos modos, Servilio y Cornelio, los acusadores, le imputaban un adulterio con Livia y prácticas mágicas. Escauro, como era propio de la antigua familia de los Emilios, se adelantó a la condena exhortado por su esposa Sextia, que fue consejera y partícipe de su muerte.

30. Sin embargo, también los acusadores eran castigados si se presentaba la oportunidad. Así Servilio y Cornelio, que se cubrieron de infamia tras haber perdido a Escauro, por haber recibido dinero de Vario Lígur a cambio de no hacer una delación, fueron relegados a las islas con interdicción del fuego
2 y el agua. También Abudio Rusón, antiguo edil, que ponía en peligro a Léntulo Getúlico, a cuyas órdenes había mandado una legión, bajo el alegato de que había escogido por yerno al hijo de Sejano, fue condenado y se le expulsó de la Ciudad. Getúlico estaba por aquel tiempo al mando de las legiones de Germania Superior y se había ganado una increíble popularidad por su clemencia sin límites y su moderación en la severidad, siendo además apreciado en los ejércitos
3 próximos gracias a su suegro Lucio Apronio. De ahí

[606] Parece ser que se trataba de un *Atreo*, y que los versos sospechosos contenían censuras a Agamenón; véase SUETONIO, *Tiberio* 61.

surgió el insistente rumor de que se había atrevido a escribir al César recordándole que su parentesco con Sejano no lo había buscado él, sino que había nacido de un consejo de Tiberio; que él podía haberse engañado tanto como Tiberio y que el mismo error no podía considerarse exento de responsabilidad en el César y motivo de perdición para los demás; que él conservaba intacta su lealtad y, que si no se lo provocaba con insidias, la mantendría; que el nombramiento de un sucesor lo tomaría no de otro modo que como una sentencia de muerte; que firmaran una especie de pacto por el cual el emperador gobernaría los demás asuntos y él conservaría su provincia. Todo 4
esto, por asombroso que resultara, obtenía cierto crédito por el hecho de que era el único superviviente de los numerosos allegados de Sejano y conservaba notable gracia ante Tiberio, quien pensaba que la gente lo odiaba, que su edad era ya muy avanzada y que su poder se mantenía más por el prestigio que por la fuerza.

31. En el consulado de Gayo Cestio y Marco Servilio[607] vinieron a Roma unos próceres partos, a espaldas del rey Artábano. Éste, por miedo a Germánico, había sido leal a los romanos y justo con los suyos; pero luego adoptó una postura de soberbia ante nosotros y de crueldad contra su pueblo, confiado en las victorias que había obtenido sobre los pueblos cercanos. Haciendo menosprecio de la vejez de Tiberio como incapaz de tomar las armas y con los ojos puestos en Armenia, al frente de la cual colocó, tras la muerte del rey Artaxias, al mayor de sus propios hijos, Arsaces, todavía se atrevió a injuriarnos enviando unos embajadores para reclamar los tesoros

607 Comienza la narración del año 35 d. C.

dejados por Vonones en Siria y Cilicia[608]; al mismo tiempo hablaba de los antiguos confines de persas y macedonios, y de que iba a invadir las que habían sido posesiones de Ciro y luego de Alejandro, entre
2 baladronadas y amenazas. Entre los partos, el principal promotor del envío de la embajada secreta fue Sinnaces, de familia notable y similares riquezas, y tras él Abdo, un hombre privado de su virilidad; ello no es motivo de menosprecio entre los bárbaros, e incluso significa poder. Se ganaron también a otros prohombres, y como no podían colocar en el trono a nadie de la familia de los Arsácidas porque Artábano había matado a la mayoría y los que quedaban aún eran pequeños, reclamaban de Roma a Fraates, hijo del rey Fraates[609]: sólo necesitaban un nombre y un protector para que, con el beneplácito del César, se viera al linaje de los Arsácidas junto a la ribera del Éufrates.

32. Éste era el deseo de Tiberio. Rodea de ornato a Fraates para acomodarlo al poder de su padre, siguiendo su línea de actuar en los asuntos del exterior con reflexión y astucia, pero manteniendo lejos los ejércitos. Entretanto Artábano, al conocer el complot que se tramaba contra él, ya se echaba atrás por el miedo, ya ardía en deseos de venganza; y es que entre los bárbaros la indecisión se considera propia de esclavos, y el actuar al momento propio de reyes.
2 Prevaleció, sin embargo, el sentido práctico, de manera que a Abdo lo invitó con apariencias de amistad a un banquete y lo neutralizó con un veneno lento; a Sinnaces lo entretuvo con el disimulo y con regalos, y también con asuntos del gobierno. Pero Fraates, que

---

608 Véase II 58 y 68.
609 Véase II 1 y sig.

se hallaba en Siria, al abandonar el modo de vida romano, al que estaba acostumbrado de tantos años, para adoptar los usos de los partos, incapaz de soportar las costumbres patrias, murió de enfermedad. Mas 3
no por ello Tiberio desistió de su empeño: escogió a Tirídates, de la misma sangre, como rival de Artábano, y al hibero Mitrídates para recuperar Armenia, reconciliándolo con su hermano Farasmanes que detentaba el poder entre su pueblo; al frente de todas las empresas que se preparaban en el Oriente puso a Lucio Vitelio. No ignoro que este hombre gozaba de 4
una fama siniestra en Roma, y se contaban de él mil ignominias; sin embargo en el gobierno de las provincias actuó con una honestidad a la antigua. Cuando volvió, por miedo a Gayo César y por su amistad con Claudio, se pasó a una torpe esclavitud, quedando para la posteridad como ejemplo de adulatorio deshonor; el final fue peor que el principio y su vejez llena de infamias borró el buen recuerdo de su juventud.

33. Sin embargo, de entre los reyezuelos se adelantó Mitrídates en mover a Farasmanes a que apoyara con el engaño y la fuerza sus intentos, y se hallaron corruptores que con abundante oro empujaran al crimen a los servidores de Arsaces; al propio tiempo los hiberos irrumpen en Armenia con grandes tropas y se apoderan de la ciudad de Artaxata. Al 2
saberlo Artábano prepara como vengador a su hijo Orodes: le da un ejército de partos y envía a reclutar mercenarios de refuerzo. Por su parte Farasmanes se atraía a los albanos y llamaba a los sármatas, cuyos esceptucos[610], tras recibir regalos de una y otra parte, siguieron la costumbre de aquel pueblo de adoptar

[610] Título de los señores sármatas, que en griego significa «el que tiene el cetro».

3 causas opuestas. Ahora bien, los hiberos, dueños de la zona, por el paso del Caspio[611] lanzan súbitamente a los sármatas sobre los armenios. En cambio, los que se dirigían hacia los partos eran fácilmente rechazados, dado que el enemigo había cerrado los demás pasos, y el único que quedaba, entre el mar y el extremo de los montes Albanos, estaba impracticable a causa del verano, pues al soplar los vientos etesios[612] se inundan las zonas bajas; el austro de invierno echa atrás las olas y, al empujar las aguas hacia adentro, deja al descubierto las riberas de poca profundidad.

34. Entretanto, al hallarse Orodes falto de aliados, Farasmanes, reforzado por tropas auxiliares, lo provocaba al combate y, al rehusar él, lo acosaba cabalgando junto a su campamento y hostigando su abastecimiento de forrajes; a menudo incluso lo circundaba de destacamentos a la manera de un asedio, hasta que los partos, desacostumbrados a los ultrajes, rodearon a su rey y le reclamaron el combate. Pero su sola fuerza estaba en la caballería, en tanto que Farasmanes tenía también una infantería poderosa.
2 En efecto, los hiberos y albanos, por habitar en quebrados bosques, son más duros y resistentes. Se tienen por surgidos de los tesalios en la época en que Jasón, tras raptar a Medea y tener hijos con ella, volvió a la Cólquide para reclamar el trono vacío de Eetes[613];

---

611 Tácito se refiere al paso —mejor llamado *Caucasiae Portae*— que permitía cruzar la cordillera del Cáucaso al Norte de la actual Tiflis.

612 Literalmente son vientos de periodicidad anual; de manera concreta se llamaba así a los que soplaban —del N. y NO.— en el Egeo durante la época canicular. El paso al que se refiere Tácito es el que queda entre el extremo del Cáucaso y la ribera del Mar Caspio.

613 De Yolco, en Tesalia, partió rumbo a la Cólquide —Cáucaso— y al mando de Jasón la expedición de los Argo-

hablan mucho de ese héroe y del oráculo de Frixo[614], y nadie sacrificaría con un carnero, pues creen que ese animal transportó a Frixo, ya fuera así realmente, ya se tratara de la enseña del navío. El caso es que 3 los dos ejércitos se colocaron en orden de combate, y el parto empezó a hablar del imperio del Oriente y de lo ilustres que eran los Arsácidas, diciendo que, en cambio, los hiberos eran unos desconocidos y que llevaban soldados mercenarios; Farasmanes dijo a su gente que ellos se habían mantenido inmunes al dominio parto, que cuanto mayores fueran las empresas que intentaran, mayor sería su gloria si vencían, y también su deshonor y peligro si volvían las espaldas; al mismo tiempo hacía ver su ejército erizado de armas, y enfrente aquella tropa de medos decorada con oro; de un lado verdaderos hombres, del otro un simple botín.

35. La verdad es que entre los sármatas la voz de mando no era una sola: se animaban unos a otros a no permitir un combate con flechas; había que anticiparse a atacar buscando el cuerpo a cuerpo. De ahí que la batalla adoptara formas variadas, pues los partos estaban acostumbrados a perseguir y escapar con igual maña desplegando su caballería y buscando espacio para herir sobre seguro; los sármatas abandonaban el arco, con el que son poco hábiles, y se lanzaban con picas y espadas; unas veces al modo de los combates a caballo marchaban ya hacia adelante, ya hacia atrás,

nautas. Medea, la hija de Eetes, el rey de aquella región, enamorada de Jasón, prestó su ayuda a los expedicionarios, en cuya compañía huyó luego.

614 Héroe beocio de quien se contaba que había llegado a la Cólquide cabalgando en un carnero alado de áurea piel, el famoso vellocino de oro, cuya consecución era el objetivo de la expedición de los Argonautas.

otras, como en combate de orden cerrado, rechazaban y eran rechazados con el empuje de los cuerpos y de
2 las armas. Y ya los albanos e hiberos estaban logrando atenazar y descabalgar al enemigo, poniéndolo en un doble peligro, pues desde arriba la caballería y desde más cerca los de a pie no dejaban de hostigarlos. En medio de la batalla Farasmanes y Orodes, que animaban a los valerosos y asistían a los vacilantes, se vieron y se reconocieron; gritando y haciendo resonar sus armas cabalgan el uno hacia el otro, con más fuerza Farasmanes, y así le atravesó el casco a Orodes. Pero ya no pudo repetir el golpe, porque su caballo se lo llevó hacia adelante con el impulso y al herido lo protegieron los más valerosos de su escolta. Sin embargo se prestó crédito al falso rumor de su muerte, con lo que los partos se llenaron de miedo y cedieron la victoria.

36. Al momento Artábano marchó a la venganza tras reunir todas las fuerzas de su reino. Por su conocimiento del terreno llevaron ventaja en el combate los hiberos, pero ni aun así se hubiera echado atrás Artábano si Vitelio, reuniendo las legiones y haciendo circular el rumor de que iba a invadir Mesopotamia, no le hubiera provocado el temor a una guerra con Roma.
2 Entonces Artábano abandonó Armenia y su causa se vino abajo, pues Vitelio animaba al pueblo a que abandonara a aquel rey cruel en la paz y pernicioso por sus reveses en la guerra. Así, pues, Sinnaces, enemigo de Artábano al que ya me referí, arrastra a la defección a su padre Abdageses y a otros que compartían ocultamente tal designio, y que entonces estaban más decididos a causa de los continuos desastres; poco a poco se les fueron uniendo los que, sometidos más por miedo que por buena voluntad, habían cobrado ánimo
3 al hallar unos jefes. Ya no le quedaban a Artábano

más que algunos guardias personales extranjeros, todos proscritos en sus tierras, de los que ni entienden nada de bueno ni reparan en mal alguno, sino que se mantienen a sueldo como servidores del crimen. Tomando a 4
éstos apresuró su huida hacia las regiones lejanas fronteras a la Escitia, con esperanza de ayuda por estar emparentado con los hircanos y carmanios[615]; pensaba que entretanto los partos, justos con los ausentes y desleales con los presentes, se moverían al arrepentimiento.

37. Vitelio, al huir Artábano y al ver al pueblo inclinado a tomar un nuevo rey, anima a Tirídates a aprovechar lo que le venía a la mano y lleva el grueso de las legiones y aliados a la ribera del Éufrates. Mien- 2
tras estaban sacrificando, el uno a la manera romana de la souvetaurilia[616], el otro con un caballo ofrecido al río para aplacarlo, les anunciaron los lugareños que el Éufrates, sin que hubiera caído lluvia alguna, espontáneamente, había crecido de modo desmedido, y que al tiempo trazaba con blancas espumas círculos a la manera de diadema, auspicio de travesía próspera. Algunos, con una interpretación más aguda, veían un inicio favorable de la empresa, pero no duradero, porque los portentos de la tierra o del cielo tenían un crédito más firme, en tanto que la inestable naturaleza del río mostraba y arrebataba a un tiempo los augurios. De todos modos se construyó un puente de 3
barcas y se hizo cruzar al ejército. El primero en venir al campamento, con muchos miles de jinetes,

---

615 Escitia designa aquí las tierras al E. del Caspio; los hircanos estaban situados al SE. de dicho mar, y los carmanios, ya en plena Persia, al N. del Golfo Pérsico.

616 Sacrificio en el que se inmolaban un cerdo, una oveja y un toro.

fue Ornospades, antaño exiliado, que no sin gloria había prestado ayuda a Tiberio cuando éste ponía término a la guerra de Dalmacia [617], y que por ello había sido distinguido con la ciudadanía romana; habiendo luego recuperado la amistad del rey, éste lo colmó de honores y lo puso al frente del gobierno de los llanos que, por estar rodeados por los famosos ríos Eufrates y Tigris, tomaron el nombre de Mesopotamia. Y no mucho después Sinnaces acrecienta las tropas, en tanto que Abdageses, columna del partido, añade el tesoro
4 y los atributos reales. Vitelio, pensando que ya había sido bastante el mostrar las armas romanas, amonesta a Tirídates y a los notables: a aquél para que recordara que Fraates era su abuelo y el César quien lo había criado, y el honor que uno y otro hecho representaban; a éstos para que obedecieran al rey, nos respetaran a nosotros y mantuvieran cada cual su honra y fidelidad. Luego se volvió a Siria con las legiones.

38. Estos sucesos, acontecidos en dos veranos [618], los he reunido para que mi ánimo descansara de los males domésticos. Pues a Tiberio, aunque ya habían pasado tres años tras la ejecución de Sejano [619], las circunstancias que suelen ablandar a otros —tiempo, ruegos, saciedad— no lo aplacaban en su afán de castigar actos inciertos u olvidados como gravísimos y
2 recientes. Por tal temor no soportó Fulcinio Trión la amenaza de los acusadores, y en las últimas tablillas que escribió, consignó muchas y atroces imputaciones contra Macrón y los principales libertos del César; al

617 En los años 6-9 d. C.

618 Tácito ha alterado en este caso el principio de la narración analística; la última parte de los acontecimientos historiados debe pertenecer ya, pues, al verano del año 36 d. C.

619 El 18 de octubre del año 31.

propio Tiberio le reprochaba una mente debilitada por la vejez, y que su continuado apartamiento era como un exilio. Los herederos las ocultaron, pero Tiberio 3
ordenó que se leyeran, haciendo ostentación de paciencia frente a la libertad ajena y despreciando su propia infamia; o tal vez era que, tras haber ignorado por tanto tiempo los crímenes de Sejano, luego prefería que se hicieran públicas toda clase de habladurías, y llegar al conocimiento de la verdad, a la que da sombra la adulación, aunque fuera a través de los ultrajes. Por los mismos días el senador Grandio Marciano, 4
acusado de majestad por Gayo Graco, atentó contra su vida, y el antiguo pretor Tario Graciano, por la misma ley, fue condenado al suplicio extremo.

39. Y no fueron distintos los finales de Trebelieno Rufo y Sextio Paconiano, pues Trebelieno cayó por su propia mano, y Paconiano fue estrangulado en la cárcel por unos versos que allí había compuesto contra el príncipe. De estos hechos se enteraba Tiberio no 2
ya —como antes— separado por el mar y a través de mensajeros llegados de lejos, antes bien, en las cercanías de la Ciudad, de manera que en un mismo día o con el intervalo de una noche respondía a las cartas de los cónsules, como si estuviera contemplando la sangre que inundaba las casas o las manos de los verdugos.

Al final del año abandonó la vida Popeo Sabino[620], hombre modesto por su origen, que por la amistad de los príncipes había conseguido el consulado y los honores del triunfo, así como el gobierno de las más importantes provincias a lo largo de veinticuatro años, y no porque tuviera alguna cualidad relevante, sino

[620] Cónsul en 9 d. C.

por estar a la altura de los cometidos sin sobrepasarlos.

40. Sigue el consulado de Quinto Plaucio y Sexto Papinio[621]. En este año ni el que Lucio Aruseyo ***[622] hubieran sido condenados a muerte, por lo acostumbrado de estas calamidades, llamaba la atención como algo atroz; ahora bien, lo que causó verdadero terror fue el caso de Vibulio Agripa, caballero romano, el cual, una vez que sus acusadores terminaron de hablar, en la propia curia, sacó de su seno un veneno, se lo bebió y cayó a tierra; moribundo, fue arrastrado a toda prisa a la cárcel por mano de los lictores, y, ya exá-
2 nime, le apretaron el lazo en torno al cuello. Ni siquiera Tigranes, antaño señor de Armenia y entonces reo, logró escapar con su título de rey a los suplicios propios de los ciudadanos. El ex cónsul Gayo Galba[623] y los dos Blesos[624] sucumbieron a una muerte voluntaria; Galba, porque en una carta siniestra el César le prohibió participar en el sorteo de las provincias; a los Blesos, los sacerdocios prometidos cuando su casa estaba en la prosperidad, se los había dilatado al caer en la desgracia; entonces, como si estuvieran vacantes, se los confirió a otros, lo que ellos interpreta-
3 ron como una señal de muerte y la ejecutaron. Emilia Lépida, de la que ya conté que había estado casada con Druso el joven[625] y que había perseguido a su marido con repetidas acusaciones, vivió en la infamia, pero impune mientras duró su padre Lépido; después

621 Comienza el año 36 d. C.

622 Laguna de incierta extensión, aunque se cree que la parte de texto correspondiente a Lucio Aruseyo trataba de su perdón.

623 Cónsul en 22 d. C.

624 Hermanos; el padre era el general triunfador, tío de Sejano; véase V 7.

625 En la parte perdida del libro V.

fue víctima de los delatores bajo acusación de adulterio con un esclavo; y no se dudaba de su delito. En consecuencia renunció a defenderse y puso fin a su vida.

41. Por el mismo tiempo el pueblo de los cietas[626], sujeto a Arquelao de Capadocia, como se le obligaba a someterse al censo según nuestro modo y a pagar tributos, se retiró a las cimas del Tauro, y aprovechando la configuración del terreno se protegió allí contra las poco belicosas tropas del rey; hasta que enviado por Vitelio, gobernador de Siria, el legado Marco Trebelio con cuatro mil legionarios y tropas auxiliares escogidas, rodeó de fortificaciones las dos colinas —llamadas la menor Cadra y la otra Davara— que los bárbaros ocupaban; a los que se atrevieron a salir los obligó a rendirse por la espada y a los restantes por la sed. Por su parte Tirídates, con el acuer- 2
do de los partos, tomó bajo su poder Niceforio y Antemusíade y las restantes ciudades que, fundadas por los macedonios[627], llevan nombres griegos, así como las ciudades párticas de Halo y Artemita, con gran alegría de los que habiendo odiado por su crueldad a Artábano, educado entre los escitas, esperaban de Tirídates, gracias a su educación romana, una actitud de humanidad.

42. El máximo grado de adulación lo alcanzaron los de Seleucia[628], ciudad poderosa, ceñida de murallas y no afectada por la corrupción bárbara, antes bien apegada a su fundador Seleuco[629]. Trescientos hombres

---

626 Pueblo del occidente de Cilicia.

627 Es decir, por Alejandro Magno.

628 Sobre el río Tigris, cerca de la actual Bagdad.

629 Seleuco Nicátor, fundador de la dinastía Seléucida y de la ciudad (301 a. C.).

escogidos en razón de su prudencia o riqueza forman como un senado; el pueblo tiene su parte de poder.
2 Siempre que actúan en concordia desprecian a los partos, pero cuando surgen las disensiones cada facción se busca aliados, y los partos llamados en apoyo de una se imponen sobre todas. Eso había ocurrido recientemente bajo el reinado de Artábano, que puso a la plebe en manos de los poderosos, atendiendo a su propio provecho; pues el gobierno del pueblo está cerca de la libertad, el dominio de unos pocos lo está
3 más de los caprichos de un rey. Entonces, al llegar Tirídates, lo ensalzan con los honores propios de los antiguos reyes, y con los que en grado más generoso ha inventado la época reciente; al mismo tiempo lanzaban ultrajes contra Artábano diciendo que por su madre era un Arsácida, pero que por lo demás un de-
4 generado. Tirídates puso el gobierno de Seleucia en manos del pueblo. Luego, cuando deliberaba sobre el día en que tomaría solemne posesión del reino, recibe cartas de Fraates y Hierón, que estaban al frente de las provincias más importantes, en las que le rogaban un breve aplazamiento. Le pareció bien esperar a aquellos hombres tan poderosos, y entretanto se dirigió a Ctesifón[630], capital del imperio. Pero como ellos se retrasaban un día y otro el Surena[631], según la costumbre patria, en presencia de una multitud que lo aplaudía, le ciñó la corona real.

43. Si inmediatamente se hubiera dirigido a las regiones interiores y a los demás pueblos, hubiera terminado con la duda de los indecisos y todos se hu-

---

630 Frente a Seleucia, al otro lado del Tigris.

631 Parece que se trataba de un nombre y título hereditarios —algo similar a lo que sería en Roma el de César—, a quien correspondía en el imperio parto el segundo grado de la jerarquía.

bieran puesto de su parte; pero quedándose en un castillo en el que Artábano había almacenado tesoros y cortesanas, dejó tiempo para que se faltara a los pactos. Pues Fraates y Hierón y todos los que no habían acudido a la ceremonia de la coronación, unos por miedo, otros por envidia contra Abdageses, que entonces dominaba sobre la corte y sobre el nuevo rey, se pasaron a Artábano. Lo hallaron entre los hir- 2
canos, cubierto de andrajos y procurándose el sustento con un arco. Primero se asustó, temiendo una emboscada, pero cuando le dieron seguridades de que habían venido a devolverle su dominación, se animó y pregunta a qué se debe este cambio súbito. Entonces 3
Hierón dice en términos duros que Tirídates no es más que un niño y que el imperio no está en manos de los Arsácidas, sino que éste es un puro nombre puesto a un cobarde de una blandura extranjera, y que el poder reside en la casa de Abdageses.

44. Se dio cuenta aquel veterano del reinar de que, aunque su amor era falso, sus odios no los fingían. Por tanto no se detuvo más que para hacerse con refuerzos; marchó rápidamente previniendo tanto las astucias de los enemigos como el arrepentimiento de los amigos. No se había despojado de su suciedad, a fin de provocar conmiseración en el vulgo. No omitió engaños, ni ruegos ni medio alguno de atraerse a los vacilantes y de asegurarse a los decididos. Y ya se acer- 2
caba con gran tropa a las proximidades de Seleucia, cuando Tirídates, desconcertado ante la llegada simultánea de la noticia y del propio Artábano, vacilaba entre dos decisiones: marchar contra él o retrasar la guerra contemporizando. Quienes eran partidarios de 3
luchar y precipitar los acontecimientos, alegan que aquellos hombres, dispersos y cansados por lo largo de la marcha, ni siquiera habían tenido tiempo de que

se consolidara en ellos la voluntad de obedecer, traidores hasta ayer y enemigos de aquel a quien ahora
4 apoyan de nuevo. En cambio Abdageses aconsejaba retirarse a Mesopotamia para, poniendo por medio el río y levantando entretanto a los armenios y elimeos y otros pueblos de la retaguardia, reforzados además con tropas aliadas y las que el general romano les enviara, tentar fortuna. Prevaleció esta opinión, porque era mucha la autoridad de Abdageses y Tirídates era
5 cobarde ante los peligros. Pero la retirada tuvo el aspecto de una huida; y tras haberlo hecho primero el pueblo de los árabes[632], los demás se marcharon a sus casas o al campamento de Artábano, hasta que Tirídates, volviendo con unos pocos a Siria, absolvió a todos de la deshonra de una traición.

45. El mismo año[633] afligió a la Ciudad con un grave incendio; ardió la parte del Circo que está contigua al Aventino y el propio Aventino. Este daño lo convirtió el César en ocasión de gloria suya pagando los precios de las casas y viviendas de comunidad. Cien millones de sestercios fueron invertidos en aquella munificencia, con tanto mayor aprecio del vulgo cuanto que, aparte de ser poco gastador en construcciones privadas, Tiberio no levantó sino dos edificios públicos: el templo de Augusto y la escena del teatro de Pompeyo; una vez que los concluyó, ya por desprecio de la popularidad, ya por su vejez, no los dedicó él.
2 Para valorar las pérdidas sufridas por cada cual fueron delegados los cuatro maridos de las nietas del César: Gneo Domicio, Casio Longino, Marco Vinicio y Rubelio

---

632 Parece tratarse de los situados en la Osroene, en las cercanías de Edesa.

633 36 d. C.

Blando[634], y se añadió por nombramiento de los cónsules a Publio Petronio. Según la inventiva de cada cual se buscaron y decretaron honores para el príncipe; si los aceptó o los declinó, no se supo con certeza por hallarse ya cerca del final de su vida. En 3
efecto, no mucho después tomaron posesión los últimos cónsules del reinado de Tiberio[635], Gneo Acerronio y Gayo Poncio, cuando ya resultaba excesiva la influencia de Macrón; éste, que no había descuidado nunca el favor de Gayo César[636], lo cultivaba con más insistencia día a día y tras la muerte de Claudia, que ya dije que se había casado con aquél[637], empujó a su propia mujer Ennia a atraerse al joven con un amor simulado y a encadenarlo con un pacto de matrimonio; él no se negó a nada con tal de alcanzar el poder; pues, aunque era de temperamento exaltado, había aprendido las falsedades de la simulación en el regazo de su abuelo.

46. Llegó esto a conocimiento del príncipe y por ello dudó acerca de a quién dejar el poder; primero entre sus nietos, de los que un hijo de Druso le era más cercano por sangre y por afecto, pero no había entrado aún en la pubertad[638]; el hijo de Germánico tenía el vigor de la juventud y el apoyo del pueblo, pero eso era para su abuelo motivo de odio. También

---

634 Casados con las tres hijas de Germánico y la hija de Druso, el hijo de Tiberio; véanse IV 75 y VI 15 y 27. Petronio había sido cónsul en el 19.

635 Comienza el relato del año 37 d. C.

636 Calígula; recuérdese que era hijo de Germánico, sobrino-nieto y nieto adoptivo de Tiberio, que había adoptado a Germánico.

637 Véase 20.

638 Tiberio Gemelo, nacido en 19 d. C.; era el único descendiente directo y varón de Tiberio.

pensó en Claudio[639], que era de edad madura y amante
del estudio, pero lo detuvo su falta de inteligencia.
2 Ahora bien, si buscaba un sucesor fuera de su casa,
temía que convirtiera la memoria de Augusto y el
nombre de los Césares en ocasión de escarnio e inju-
rias; y es que no le preocupaba tanto la popularidad
3 presente como el aprecio de la posteridad. Luego, in-
cierto en su ánimo y enfermo en su cuerpo abandonó
al hado una decisión de la que se sentía incapaz, mas
no sin dejar caer palabras por las que se pensara que
4 tenía previsto el futuro. Así, a Macrón le reprochó,
sin mucho misterio, que abandonaba el occidente y
miraba al oriente; y cuando en una conversación sur-
gida por casualidad Gayo César se burló de Lucio
Sila[640], le predijo que él tendría todos los vicios de
Sila y ninguna de sus virtudes. Al tiempo le dijo, abra-
zando entre abundantes lágrimas al menor de sus
nietos y ante la mirada feroz del otro: «a éste lo ma-
5 tarás tú, y a ti te matará otro»[641]. Ahora bien, a pesar
de agravarse su salud no abandonaba ninguno de sus
vicios; en su padecimiento simulaba firmeza, y solía
burlarse de la ciencia de los médicos, y de los que
después de los treinta años necesitaban de consejo
ajeno para distinguir lo que era bueno y lo que era
dañino para su cuerpo.

47. Entretanto en Roma se iban echando las semillas de las matanzas que habían de venir incluso después de Tiberio. Lelio Balbo había denunciado por majestad a Acucia, antaño esposa de Publio Vitelio.

---

639 Sobrino de Tiberio en cuanto que hijo de Druso el Mayor. Sucedería a Calígula en el 41.

640 Lucio Cornelio Sila, el brutal dictador aristocrático de 83-79 a. C.

641 Más adelante Calígula hizo matar a Tiberio Gemelo, y él, a su vez, acabó su vida asesinado.

Se la condenó, y cuando se trataba del premio a dar al acusador, interpuso su veto el tribuno de la plebe Junio Otón; de ahí surgió su odio y más tarde la perdición de Otón. Luego Albucila, famosa por sus mu- 2
chos amantes, que había estado casada con Satrio Segundo, denunciante de la conjuración[642], fue acusada de impiedad para con el príncipe; aparecían implicados como sus cómplices y amantes Gneo Domicio, Vibio Marso[643] y Lucio Arruncio. De la nobleza de Domicio ya hablé más arriba[644]; también Marso era de una familia llena de antiguos honores y tenía además brillantes talentos. Ahora bien, las actas enviadas al se- 3
nado hacían constar que el interrogatorio de los testigos y la tortura de los esclavos habían estado presididos por Macrón; además, también el hecho de que no hubiera carta alguna del emperador contra ellos provocaba la sospecha de que casi todo aquello fuera una invención de Macrón, por su conocida enemistad con Arruncio, aprovechando la decrepitud de Tiberio, y tal vez sin que él lo supiera.

48. Así, pues, Domicio preparando su defensa y Marso como si hubiera decidido dejarse morir de hambre, lograron alargar su vida; Arruncio, cuando los amigos le aconsejaron vacilaciones y demoras, respondió que no eran honorables las mismas cosas para todos; que él ya tenía bastante edad, y que de nada tenía que arrepentirse a no ser de haber soportado entre escarnios y peligros una vejez llena de ansiedad, aborrecido largo tiempo por Sejano, ahora por Macrón y siempre por alguno de los poderosos, y no por su

---

642 Se refiere a la de Sejano, narrada en la parte perdida del libro V.

643 Cónsul en el 17.

644 Véase IV 75 y VI 45.

2 culpa, sino por no poder soportar las infamias; que desde luego se podían salvar los pocos días que le quedaban al príncipe, pero ¿de qué modo escaparía a la juventud del que amenazaba con venir? Si Tiberio, después de tanta experiencia práctica, había sufrido por la fuerza del poder absoluto una convulsión y un cambio total, ¿acaso Gayo César, que apenas había salido de la infancia, que lo ignoraba todo o había sido instruido en lo peor, iba a tomar mejor camino bajo la guía de Macrón, elegido como peor que Sejano para acabar con él, y que por sus crímenes aún más numerosos había destrozado el estado? Decía que preveía ya una servidumbre aún más dura, y que por ello huía a un tiempo de lo ocurrido y de lo que amenazaba.
3 Diciendo esto a la manera de un oráculo se abrió las venas; los acontecimientos que siguen serán prueba de
4 que Arruncio hizo bien dándose muerte. Albucila, que se hirió a sí misma con un golpe inofensivo, fue llevada a la cárcel por orden del senado. Como colaboradores de sus deshonestidades, se decretó que Carsidio Sacerdote, ex pretor, fuera deportado a una isla, y que Poncio Fregelano perdiera su condición de senador; se aplican las mismas penas contra Lelio Balbo, y esto se hizo con alegría, porque la elocuencia de Balbo se consideraba feroz, dispuesto como estaba siempre contra los inocentes.

49. Por los mismos días Sexto Papinio, de familia consular, escogió una muerte súbita y espeluznante, pues se estrelló. Se echaba la culpa a su madre que, repudiada desde antaño, había empujado al joven con caprichos y lujos a una situación de la que ya no podía
2 escapar sino con la muerte. Se la acusó, pues, en el senado, y aunque se arrojó a los pies de los senadores abrazando sus rodillas, y habló del común luto, la mayor debilidad de un ánimo de mujer y encima en tal

calamidad, y de otras muchas cosas tristes y lamentables dirigidas todas a provocar la creencia en su dolor, se la expulsó de la ciudad por diez años, hasta que su hijo menor saliera de los peligros de la juventud.

50. A Tiberio ya lo abandonaba su cuerpo, ya sus fuerzas, pero no su disimulo; el rigor de su espíritu era el mismo; manteniendo su atención en el hablar y el mirar, de vez en cuando exhibía una rebuscada amabilidad con que ocultaba su manifiesta decadencia. Seguía cambiando continuamente de lugar, hasta que se asentó en el promontorio de Miseno [645] en una villa
que había pertenecido antaño a Lucio Luculo. Se sabe 2
que allí se acercó a su final del modo siguiente. Había un médico famoso por su saber que se llamaba Caricles, que ciertamente no había atendido de modo habitual las enfermedades del príncipe, pero que le proporcionaba su consejo. Caricles, al despedirse de él como si marchara a sus asuntos y con apariencia de homenaje, le cogió la mano y le tomó el pulso de las
venas, pero no logró engañarlo. En efecto, Tiberio, no 3
se sabe si ofendido y reprimiendo tanto más su ira, manda que sirvan la mesa y se queda sentado en ella más tiempo del acostumbrado, como haciendo un honor al amigo que se marchaba. Pero Caricles aseguró a Macrón que la vida se le iba y que no duraría
más allá de dos días. En consecuencia, los presentes 4
se apresuran a conferenciar sobre todos los asuntos, y despacharon mensajeros a los legados y a los ejércitos. El 16 de marzo se le cortó la respiración y se creyó que había terminado su vida mortal; ya Gayo César, en medio de un corro de felicitaciones, salía para tomar posesión del imperio, cuando de repente se anuncia

[645] En el extremo N. de la bahía de Nápoles.

que Tiberio recupera la voz y la vista y que pide que
5 le llevan alimento para rehacerse de su debilidad. Todos
se quedaron aterrados; los circunstantes se dispersan
y todos se fingen tristes o ignorantes; G. César,
clavado en el silencio, en vez del supremo poder aguardaba
su propio final. Macrón, sin temblar, manda que
ahoguen al viejo echándole mucha ropa encima y que
salgan de la habitación. Así acabó Tiberio a los setenta
y siete años de edad [646].

51. Su padre había sido Nerón [647], y su linaje el de
la familia Claudia por ambos costados, aunque su
madre había pasado a la Livia y luego a la Julia por
sucesivas adopciones. Tuvo una suerte incierta desde
su primera infancia; en efecto, tras seguir en el destierro
a su padre proscrito, una vez que entró como
hijastro en la casa de Augusto [648], chocó con muchos
rivales mientras vivieron Marcelo y Agripa, y luego
Gayo y Lucio Césares; incluso su hermano Druso
2 gozaba de mayor amor del pueblo. Sin embargo, se
halló en la situación más resbaladiza después que tomó
en matrimonio a Julia [649], ya tolerando ya declinando
la responsabilidad del impudor de su esposa. Más
tarde, vuelto de Rodas, ocupó por doce años el hogar
vacío del príncipe, y a continuación el supremo poder
3 del estado romano por casi veintitrés. También su
conducta cambió con los tiempos: se distinguió por
su vida y por su fama, tanto en los asuntos privados
como en los mandos, durante el reinado de Augusto [650];

646 Había nacido el 16 de noviembre del año 42 a. C.

647 Tiberio Claudio Nerón, primer marido de Livia. Véase nota 530.

648 En el 33 a. C.

649 La hija única de Augusto, y por imposición de él, en el año 11 a. C.

650 Hasta el 14 d. C.

reservado y engañoso simulador de virtudes mientras vivieron Germánico y Druso[651]; una mezcla, asimismo, de bien y de mal hasta la muerte de su madre[652]; fue de una execrable crueldad, pero ocultando sus vicios, mientras amó o temió a Sejano[653]; al final se lanzó, a un tiempo, al crimen y al deshonor, una vez que, alejados el pudor y el miedo, sólo obraba según su carácter.

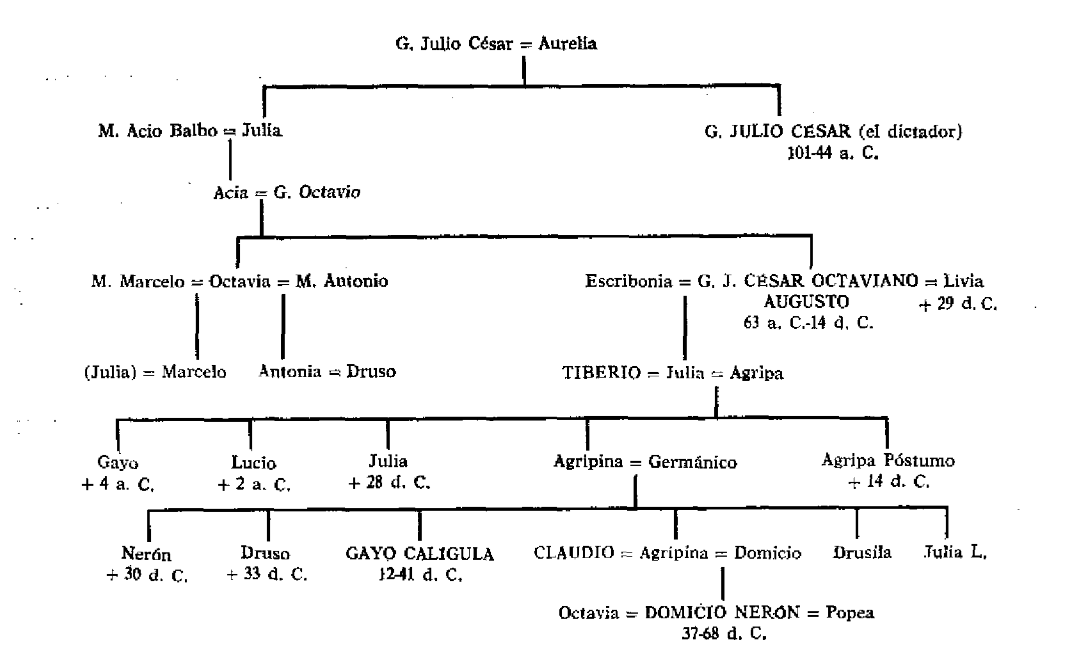
---

651 Germánico murió en el 19, Druso —el hijo de Tiberio— en el 23.

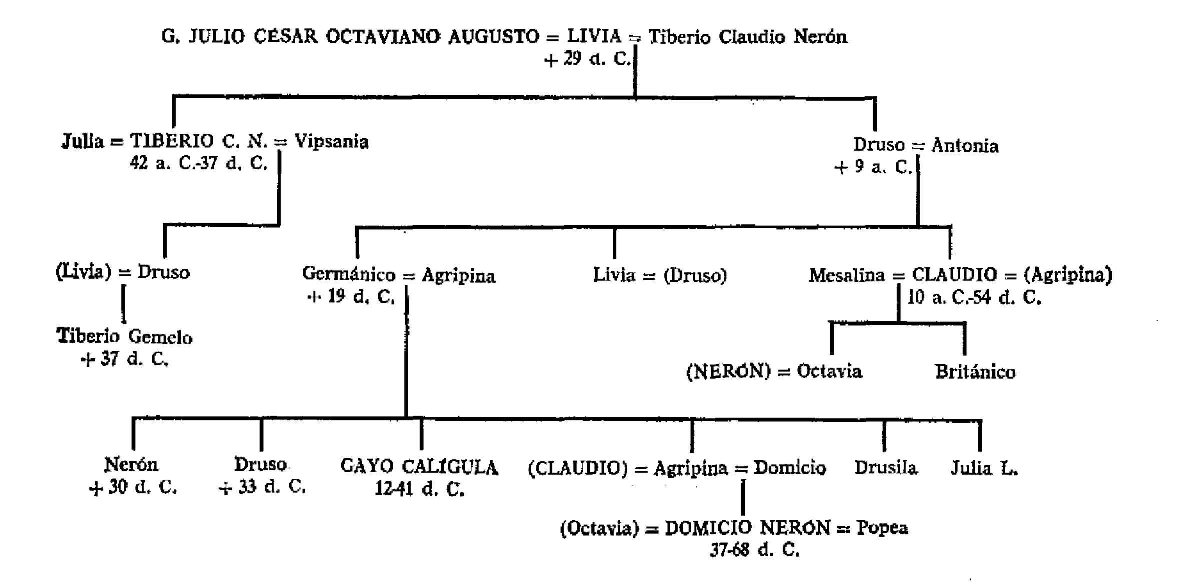
652 En el 29 d. C.

653 Sejano fue ejecutado en el 31 d. C.

FAMILIA JULIA (CÉSARES)



FAMILIA CLAUDIA



ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES *

* Con números romanos se han indicado libros; con los arábigos que los siguen, capítulos, y con arábigos separados de los anteriores por coma, los párrafos, según la edición de Koestermann. Cuando la mención se hace en varios párrafos de un mismo capítulo, los números correspondientes a los párrafos van separados por guión si son correlativos y por punto y coma si son salteados. Con punto y coma seguidos de espacio se separan las menciones de capítulos. Entre paréntesis van las menciones indirectas.

Han colaborado en la confección de este índice los alumnos de Filología Clásica de la Universidad de Oviedo Olga Alvarez Huerta, Pastora Díaz Villarias, Alfonso García Leal, Beatriz Martín González, Santiago Recio Muñiz, Inés Rico Rico, y María Teresa Rubio Sañudo.

ÍNDICE GENERAL